

La candidata perfecta

Rosa Sáenz



La candidata perfecta

Rosa Sáenz

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su tratamiento informático, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de recuperación o por otros medios, ya sean electrónicos, mecánicos, por fotografía, registro, etc., sin el permiso previo por escrito de la autora.

Título: La candidata perfecta

© 2026 Rosa Sáenz.

Primera edición: agosto 2026



Dedicado a mi padre, mi viajero más querido.

Nota de la autora:

A lo largo de esta historia encontrarás códigos QR que esconden contenido exclusivo: ilustraciones, rincones secretos y detalles que solo tú, como lector, podrás descubrir.

Si lees desde la aplicación o eReader, puedes hacer clic directamente sobre el enlace situado debajo de cada código para acceder con más comodidad desde tu navegador.

No son obligatorios para seguir la trama, pero sí una invitación a sumergirte de una manera más profunda en la historia.

Espero que te gusten.


Pitlochry
Dunkeld
Valle de
Glenbraith
Scone
Dundee
Perth
PORTUGAL
Univoraidad
de Sulamanca
San Felices
de los Gallegos
Salamanca
Madrid

Cuenta la leyenda que, durante una época de gran agitación en los reinos sagrados, los dioses mayores comenzaron a sospechar que Vadala, una deidad menor que custodiaba el umbral entre la vida y la muerte, se estaba extralimitando en sus funciones.

Como no podían actuar directamente contra ella sin romper sus propios pactos ancestrales, enviaron a un ejército de mortales leales para que terminaran con ella.

Se dice que Vadala fue atacada dentro del territorio del clan Callaghan, en pleno corazón del valle de Glenbràith.

Aunque los Callaghan nunca habían confiado plenamente en ella, su honor les impedía permitir una ejecución a traición en sus tierras. Por eso, todo el clan salió a defenderla y consiguieron hacer retroceder al ejército de los dioses. Pero su laird fue herido mortalmente y murió en el campo de batalla.

Su hijo, testigo de la muerte de su padre, exigió a Vadala una compensación por la gran pérdida que había sufrido su clan. A ella no le gustó que un simple mortal la pusiera entre la espada y la pared, pero tuvo que reconocer que sin la ayuda de los Callaghan no habría salido viva de allí. Así que se tragó su orgullo y, a regañadientes, accedió. Pero fiel a su naturaleza traicionera, impuso sus propias condiciones.

La leyenda añade que se inclinó sobre el cuerpo del laird caído, rasgó un fragmento de su manto, aún manchado de sangre, y se lo entregó a su heredero, diciendo:

«Quien apriete este retal entre sus manos y me pida ayuda para cumplir su deseo más profundo, la obtendrá. Pero si, a pesar de mi intervención, fracasa… vendrá conmigo al inframundo y allí se

quedará a mi servicio por toda la eternidad».

Y así fue como el linaje de los Callaghan quedó unido a Vadala para siempre.

Quieres ser testigo del pacto que desafió las leyes del tiempo?

Entra y contempla el rostro de Vadala



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



AÑO 1290

Calen Callaghan, como jefe del clan, cargaba con el peso de asegurar su linaje, pero la fortuna no parecía estar de su parte. Había contraído matrimonio dos veces y ambas esposas, sin llegar a cumplir el primer año de casados, habían fallecido sin darle descendencia. Lo que él consideraba un suceso tan lamentable como fortuito, el resto de habitantes de la región lo interpretaba como un nefasto designio divino, lo que dificultaba mucho la tarea de encontrar una nueva candidata.

Calen hacía muchos años que había dejado de creer, si es que alguna vez lo hizo, en hadas, diosas, druidas y brujas. Su línea de razonamiento estaba plagada de una lógica aplastante y toda afirmación que no cumpliera esa norma, para él, era un simple cuento de vieja. Por eso, esa mentalidad tan antigua y retrógrada de sus coetáneos le frustraba y enfurecía a partes iguales.

Aquella noche, algo más bebido de lo habitual, desesperado tras recibir un nuevo rechazo por parte del padre de una aspirante, subió a la torre con su hermano Lethan como acompañante y, como una broma para burlarse de este, que sí creía en esas leyendas, tomó el retal del *plaid*[1] de su antepasado entre sus manos y realizó la petición formal de ayuda a Vadala.

AÑO 2025

A Calen y a su hermano Lethan les costó dos días completos recuperarse de la resaca provocada por la borrachera y deshacerse del tremendo dolor de cabeza que apenas les permitía pensar con claridad. Una vez desaparecida la neblina producida por el excesivo consumo de alcohol, solo les llevó diez minutos darse cuenta de que habían viajado en el tiempo. Y tras media docena de preguntas a los lugareños, una hora más tarde, sabían que habían viajado al futuro. Para ser más exactos, la abrumadora e incomprensible cifra de setecientos treinta y cinco años hacia delante. Para más inri, se encontraban fuera de Escocia. Concretamente, en las Españas[2].

Digerir esa información les llevó toda la noche. Les surgieron mil preguntas y, la mayoría, después de horas elucubrando, sin una base sólida en la que basar sus cada vez más locas teorías y argumentaciones, quedaron sin respuesta.

Una vez aceptado el hecho de que la profecía era cierta y no un cuento de viejas, Calen tuvo que asimilar también lo que eso significa. Según su propia petición, tenía dos meses para elegir una mujer y una vez que lo hubiera hecho, cuatro para lograr convencerla de que abandonara su tiempo y regresara con él al suyo para convertirse en su esposa. Porque, si la primera parte de la leyenda se había cumplido, era obvio que la segunda, la que afirmaba que, si fracasaba en su propósito, debería acompañar a Vadala al inframundo para toda la eternidad, llegado el caso, también se cumpliría.

Admitido todo eso y siguiendo con su línea de pensamiento racional, no había tiempo que perder.

Los siguientes quince días fueron caóticos y, al mismo tiempo, apasionantes. Llenos de descubrimientos que en un principio creyeron fruto de la brujería, pero luego entendieron como simples consecuencias de la evolución: Agua que brotaba de las paredes o techos de las casas con solo girar una pequeña pieza de metal, luz sin necesidad de velas, libros al alcance de cualquiera, carros veloces sin caballos o barcos con alas que surcaban los cielos llenos de personas y mercancías. ¿Cómo era posible? ¡Todo era una locura! Pero una locura maravillosa que los dejaba, a cada momento, con la

boca abierta. Y, de manera incomprensible, tras un período de adaptación corto pero muy intenso, habían conseguido aclimatarse al nuevo tiempo de manera bastante satisfactoria.

Lo primero fue cubrir las necesidades básicas de abastecimiento. Lethan enseguida consiguió un empleo en la construcción en el que no hicieron demasiadas preguntas sobre su pasado o experiencia, ni pidieron ninguna identificación. Y, con la primera paga semanal, abandonaron el bosque donde habían estado pernoctando y alquilaron una habitación para ambos en una pensión cercana.

El segundo paso, fundamental para el buen término de la tarea, había sido recordar, con la mayor precisión posible, cuál había sido su petición y su juramento. No les resultó fácil. Las lagunas al principio eran inmensas, pero tras dos noches en vela, habían conseguido hacer una reconstrucción bastante exacta de lo dicho y hecho en aquella fatídica noche y estaban todo lo satisfechos que se podía estar del resultado. Releyeron todas las notas que habían ido tomando e hicieron la anotación definitiva.

Parecía que, pese al grado de embriaguez de aquella noche, Calen había sido muy meticuloso en sus especificaciones, condiciones, peticiones y promesas. Eso facilitaría y mucho el cometido.

Además, en un alarde de sensatez, antes de pronunciar el conjuro, había tenido el buen tino de llamar a su *constable*[3] a la torre y advertirle de la inminente partida de ambos hermanos por un tiempo indefinido. No mintió en el motivo: encontrar esposa. Aunque sí ocultó que, para ello, pensaba contar con la ayuda de Vadala.

El castillo estaba preparado para seguir con sus rutinas sin necesitar la presencia física de su laird. Era habitual que se ausentara durante semanas sin que el engranaje de tareas y obligaciones se resintiera. Pero sí habría resultado extraño desaparecer sin una mínima justificación.

A Calen lo dejó más tranquilo saber que, incluso en medio de aquella nebulosa mental, se había ocupado de que nadie se preocupara por su ausencia.

Que antes de lanzarse a esa aventura descabellada, se hubiera asegurado de no inquietar a los suyos decía mucho de su carácter.

Calen había contemplado la posibilidad de que Vadala los trasladara fuera de las fronteras de Escocia. Por eso, de manera brillante en su opinión, había incluido en las peticiones que, ambos hermanos pudieran hablar y entender a la perfección el idioma utilizado en las tierras a las que fueran trasladados. Pero a Vadala no se la conocía precisamente por jugar limpio. Siempre aprovechaba la más mínima grieta para llevar a cabo alguna de sus jugarretas y a él no se le ocurrió pensar que pudiera hacerlos viajar en el tiempo, a una época tan distante y diferente a la suya. Aunque tuvo que reconocer que, el lugar al que los había enviado, después de una primera inspección ocular sobre el terreno, cumplía los requisitos con creces.

Al parecer, se encontraban en una ciudad llamada Salamanca. No muy grande para los cánones de ese tiempo, pero cuyo centro neurálgico era una universidad. Que las mujeres llenaran un porcentaje bastante alto de sus aulas fue otra de las grandes sorpresas que les deparaba ese tiempo. Pero, a esas alturas, después de todo lo que ya habían descubierto, su capacidad de asombro había quedado colapsada.

A Calen el emplazamiento elegido por «su benefactora», lleno de féminas en edad de casar, le había parecido el lugar perfecto para encontrar una mujer sana y de mente abierta, dispuesta a seguirlo sin mirar atrás. Incluso creyó que no necesitaría tantos meses para conseguir su propósito. Casi un mes después, empezaba a dudarlo.

Tras esos primeros quince días, en que necesitaron toda su energía para intentar aclimatarse a ese nuevo tiempo y lugar, se sumergieron en una nueva rutina en la que Lethan empezó a acudir diariamente a la obra para trabajar como peón de albañil y Calen pasaba las horas deambulando por el campus. A pesar de que las clases no habían comenzado, la ciudad ya era un hervidero de jóvenes universitarios buscando alojamiento y deseosos de comenzar el curso.

Además de convertirse en un habitual de los bares y cafeterías más frecuentadas por los estudiantes, e ingeniárselas para integrarse en varias de sus tertulias y quedadas, pensó que sería buena idea matricularse en alguna asignatura. Eso le proporcionaría la excusa perfecta para pasar todavía más tiempo con las posibles candidatas. Después de todo, su plan era conseguir su objetivo lo más rápido posible para regresar a casa cuanto antes, así que, cuando le hablaron de la posibilidad de matricularse como oyente, le pareció la opción perfecta.

Barajó la idea de elegir la asignatura de Historia. Saber qué les habría deparado el futuro a los suyos era tentador, pero desistió. Se convenció de que sería como hacer trampa. La otra alternativa, pensar que no se atrevía a indagar y que, por lo tanto, en cierta forma era un acto de cobardía, era inaceptable para él. Decidió que la de Filosofía sería una opción emocional y moralmente mucho menos conflictiva.

Su decepción fue mayúscula cuando pasó por secretaría y descubrió que incluso para asistir como simple oyente se exigía la presentación de documentos acreditativos que, por supuesto, él no tenía. Por suerte, al comentarlo con su nuevo círculo de amigos, uno de ellos le sugirió que hablara directamente con el profesor que impartía la asignatura, e incluso se ofreció a acompañarlo.

Inventaron una supuesta investigación de campo para un estudio de posgrado que, según dijeron, Calen estaba realizando en una universidad extranjera. Su nuevo colega llevó el peso de la conversación, y fue crucial para alcanzar el objetivo.

El trabajo, explicó su acompañante al profesor, se basaba en la observación participante en aulas universitarias, centrada en la diversificación del alumnado y en la adecuación del temario según la ubicación del centro. Su perorata continuó durante varios minutos y estuvo llena de palabras muy técnicas y rimbombantes, pero totalmente vacías de contenido. Al final, su improvisado portavoz terminó la alocución con el argumento de que, para que el estudio fuera riguroso y veraz, era imprescindible que su compañero pudiera asistir con regularidad a las clases durante, al menos, un trimestre.

El catedrático accedió sin objeciones. Calen tuvo la impresión de que lo hizo más por agotamiento que por convicción.

Saldó la deuda con su eficaz amigo, invitándolo a un par de cervezas en un bar cercano, donde «su salvador» alardeó ante el resto de compañeros relatando su hazaña. Sin duda, la experiencia de aquel día pasaría a engrosar el seguro más que nutrido repertorio de anécdotas del avispado estudiante.

Desde esos primeros días, tanto él como su hermano se convirtieron en asiduos visitantes de la biblioteca. Ambos, cuando sus «obligaciones principales» se lo permitían, se pasaban horas devorando libros. ¿Quién iba a ser tan tonto de no aprovechar semejante oportunidad?

Calen se volvió un apasionado de los mapas y la geografía. Descubrió de golpe todo un continente, América, y quiso saberlo todo de él. De refilón supo de guerras y de anexiones de territorios por parte de unos países y otros, pero se cuidó muy mucho de leer nada en lo que estuviera involucrada la Escocia de su tiempo. Se dio cuenta de que, a lo largo de los siglos, los reyes y gobernantes de todos los países habían ido cambiando, pero la guerra había permanecido como un elemento común y constante en todos ellos.

A Lethan le interesaban más los libros de ingeniería y arquitectura. Desde el primer día estaba asombrado con los edificios tan altos y sofisticados que llenaban las calles. El sistema de alcantarillado, los ascensores o el alumbrado eléctrico eran inventos que quería desgranar para descubrir y entender su lógica y, en la medida de lo posible, intentar adaptarlos a su tiempo.

Era habitual verlos entrar o salir juntos de la sala de lectura. Su aspecto fuerte y atlético, unido a que ambos medían más de uno noventa, pronto los convirtió en objeto de miradas curiosas. Si a eso añadimos que, según los cánones de belleza de esa nueva época, y hablando en términos académicos, serían merecedores de un notable alto, enseguida dejaron de pasar desapercibidos y, para satisfacción de ambos, su círculo de «amigas» se amplió de forma exponencial.

Pero, pese a ello, para desesperación de Calen, los días pasaban y los avances eran poco significativos. Para soportar el

constante parloteo de las jóvenes, necesitaba utilizar grandes dosis de paciencia, virtud en la que no andaba sobrado. Y aunque de alguna de ellas conseguía algún escarceo que, digamos, compensaba un poco el esfuerzo, lo cierto es que la mayoría de los días regresaba a la pensión agotado y con un tremendo dolor de cabeza. Empezaba a estar harto de aquello.

Lethan, sin embargo, aunque su cometido requería mucho más esfuerzo físico, no parecía cansado ni contrariado. Al contrario, cada día se le veía más relajado e integrado. En el trabajo, preguntaba y se interesaba por las técnicas que utilizaban. Disfrutaba aprendiendo cosas nuevas cada día. Además, y sin proponérselo, había hecho amistad con la muchacha que atendía la tienda donde compraban los víveres y, por la noche, cuando regresaba a la pensión, si regresaba, lo hacía siempre con una sonrisa en la boca.

—Tal vez tendríamos que haber hecho la petición y el juramento sobre tu persona —le había comentado Calen una noche, algo malhumorado—. Ya estaríamos de vuelta con tu esposa debajo del brazo.

—No te confundas, hermano, yo no tendría que haber viajado tan lejos para conseguir esposa. Eres tú el que has atemorizado a todas las mozas de la comarca —respondió Lethan, con su habitual sentido del humor.

Calen no tomó a mal el comentario de su hermano. Tenía razón. Ese era uno de los motivos que había propiciado la borrachera de aquella fatídica noche. Había vuelto a ser rechazado como esposo por la última de las hijas casaderas del último clan vecino al que le quedaba por preguntar. Después de haber «matado» a dos esposas, entendía que todas se mostraran algo reticentes a ocupar su lecho.

Algunos en el clan estaban molestos con él por no dejarse de pamplinas y tomar como esposa a alguna de las candidatas, si era necesario, por la fuerza. Pero él no estaba dispuesto a cruzar esa línea y eso lo había llevado a beber más de la cuenta y a hacer ese estúpido pacto con Vadala.



Ese día Calen no estaba con ánimos para aguantar mucha conversación absurda, así que había optado por acompañar a un grupo de universitarias a una conferencia informativa en el salón de actos, sobre una nueva colección que habían cedido de forma temporal al museo de la universidad. Al menos, tendrían que estar calladas un rato, razonó. Quizás así su constante dolor de cabeza desde hacía días, le daría un respiro.

La tregua había durado poco. En cuanto salieron, las jóvenes encontraron un nuevo tema de conversación al que lanzarse de cabeza. ¿Las mujeres siempre hablaban tanto? ¿en su época también?, se preguntó. No tenía ni idea. Nunca había pasado tanto tiempo rodeado de mujeres como ahora. Su trato con ellas se había limitado a la alcoba, en donde la conversación era limitada o a verlas de aquí para allá en el castillo o en la aldea, llevando a cabo sus tareas. Analizaba esta cuestión mentalmente mientras de fondo seguía oyendo el parloteo incesante de las muchachas.

Había constatado que, aunque de manera individual fueran calladas, en cuanto se agrupaban más de tres y por muy dispares que fueran sus caracteres o formas de pensar, siempre encontraba un tema de conversación común que interesara a todas. Y podían estar horas y horas. Solo otro compromiso anterior, las hacía despedirse de forma abrupta y desaparecer un segundo más tarde. Sí, posiblemente en su tiempo pasaba lo mismo. Lo comprobaría cuando regresara, si es que alguna vez lo hacía.

No supo por qué, pero la figura de una mujer solitaria que pasaba por delante del grupo, le llamó la atención y no pudo evitar seguirla con la mirada hasta que la vio cruzar las puertas de la biblioteca. Una pregunta directa de su nueva candidata lo sacó de su abstracción. Volvió la mirada hacia la joven, le sonrió y respondió amablemente, como hacía siempre. Había dado con ella en la última semana. No habría sido su primera elección, pero podía servir. No era demasiado inteligente, ni demasiado hermosa, pero, sobre todo,

no era demasiado habladora. Y, ese dato, empezaba a ser valioso en las últimas semanas.

Si, a su juicio, en algo fallaban todas las jóvenes con las que había tratado, era en su falta de madurez. Con los años que tenían, en su tiempo, estarían todas casadas y con hijos. En su época, todas tendrían ya un hogar a su cargo. Serían mujeres adultas, maduras, que ya habrían aprendido todo lo necesario. Sin embargo, aquí, seguían instruyéndose y lo más importante, seguían sin madurar.

En fin, pensó Calen, no se puede tener todo. Si, al final, esta era la elegida, él se encargaría de enseñarle lo que fuera menester. Calen volvió a observarla. Sabía que, si empleaba malas artes, la seduciría sin demasiados problemas. Sabía que, bajo su embrujo, sería capaz de hacerla decir las palabras que tanto ansiaba escuchar: «Quiero irme contigo».

Calen cerró los ojos con fuerza. ¡Por Dios! exclamó para sí, empezaba a estar desesperado si ya estaba barajando la opción de emplear sus encantos para cautivarla. Y, como para demostrarse así mismo que, si la ocasión lo requería, sería capaz de hacerlo, la convenció para abandonar el grupo y tras un largo paseo a solas, la acompañó a su casa, dejándola más que dispuesta a aceptar otra propuesta más atrevida para la noche.

Dos días más tarde, Calen deambulaba por una de las salas adyacentes a la biblioteca, donde habían expuesto parte de los objetos procedentes de esa renombrada donación privada, cuando vio a la mujer que había llamado su atención días antes. Y, como ya le había pasado en la otra ocasión, la vista se le fue tras ella casi sin querer. No tenía pinta de estudiante. Parecía mayor. Calen buscó el anillo que identificaba en esta época a las mujeres casadas, pero no lo vio. La joven se internó en otra sala contigua y la perdió de vista, lo que lo obligó a ponerse en marcha y seguir sus pasos.

La desconocida se había parado ante una vitrina que encerraba uno de los libros expuestos. Había introducido un fino cable, conectado a un aparato, en el interior y ahora anotaba en una libreta.

Calen se acercó curioso, dispuesto a descubrir para qué servía ese instrumento. Era bastante improbable que desbancara en

su ranking particular de inventos, a la luz eléctrica o a eso otro aparato que llamaban teléfono y que les permitía hablar con otra persona, aunque estuviera a kilómetros de distancia. Pero eso había pensado con cada cosa que descubría de este mundo y, la mayoría de las veces, cada descubrimiento superaba al anterior. Parecían pura magia. Pura brujería. Por mucho menos, en su tiempo, los habrían quemado a todos en la hoguera.

Isabel comprobaba la temperatura del interior de las distintas vitrinas acristaladas. Había insistido en que era pronto para exponer las piezas. Aún quedaban por datar gran parte de ellas y, sobre todo, evaluar su estado. Sin embargo, desde la dirección le habían insistido en que, al menos una parte de la colección, debía ser expuesta antes del comienzo del curso. Era una de las condiciones que había impuesto el donante anónimo.

Así que, Isabel había seleccionado algunos objetos menores y, entre los manuscritos, aquellos que consideró menos relevantes o los que gozaban de mejor estado de conservación, y había entregado una breve lista con los elegidos. La dirección no puso objeción alguna. En realidad, nunca lo hacía.

Cuando acudió a la entrevista de trabajo, el director del MUSAL[4] le aseguró que tendría libertad absoluta para organizar y desarrollar la tarea encomendada de la forma que creyera más conveniente y así había sido desde el primer día.

El higrómetro[5] portátil que llevaba en la mano emitió el pitido característico que anunciaba que estaba disponible una nueva lectura: 20ºC y 50% de humedad. Perfecto. Isabel anotó diligentemente los valores en su libreta, y pasó a la siguiente vitrina para repetir el proceso.

Mientras esperaba a que el dispositivo hiciera las mediciones, su pensamiento regresó al día que la contrató la universidad. La llamada inesperada y la voz amable del director del MUSAL, invitándola a que pasara esa misma tarde por su despacho para una entrevista de trabajo relacionada con una colección privada cedida de forma temporal.

Acudió nerviosa, sin saber muy bien qué esperar. A pesar de su historial académico impecable, rozando el sobresaliente durante toda la licenciatura, su experiencia laboral era escasa. Un par de becas de colaboración durante la carrera y algunas sustituciones esporádicas como profesora de lengua o literatura. Completaba su *currículum,* un año como recepcionista en una asesoría laboral, y dos como dependienta en una librería especializada en libros de texto. Nada de ello tan destacado o excepcional como para justificar la llamada del director del MUSAL en persona.

El señor había guardado silencio mientras releía su expediente.

—Veo que estudió el Grado en Estudios Ingleses en esta universidad.

—Así es.

—Y veo que ya en su Trabajo de Fin de Grado se decantó por la traducción de manuscritos antiguos.

—Sí, señor. Siempre me atrajo la vertiente más filológica de la carrera.

El director, tras otro vistazo a los folios que tenía delante, añadió:

—Y luego, realizó el Máster Universitario en Estudios Medievales y Renacentistas, también aquí, por cierto.

El hombre levantó la vista y la miró directamente, pidiendo confirmación.

—Sí, señor.

—Dicho máster —continuó el veterano académico— incluye: Historia y literatura medieval, Paleografía, Cultura material y simbología. ¿Es correcto?

—Así es.

—Y, además, veo que enfocó su Trabajo de Fin de Máster en idioma y literatura escocesa medieval.

Isabel no lograba comprender dónde pretendía llegar con la conversación. En cualquier caso, volvió a confirmarle que los datos eran correctos.

—En efecto. Como mi TFG ya estuvo relacionado con manuscritos antiguos, me pareció la oportunidad perfecta para

ampliar mis conocimientos en esa área y centrarme en el siglo XIII escocés.

El director había afirmado con la cabeza de forma distraída y había seguido alternando muescas sobre los dos folios que tenía sobre la mesa.

Cuando terminó, levantó la vista, con una expresión que denotaba casi tanta perplejidad como la que sentía ella.

—La verdad es que estoy muy sorprendido —dijo—. Aquí tengo su currículum —anunció señalando uno de los folios— y este otro es la lista de requisitos que el donante, que prefiere permanecer en el anonimato, especificó que debía cumplir la persona que seleccionáramos como Comisaria de la exposición: conocimiento de inglés antiguo, familiaridad con simbolismos escoceses del siglo XIII, experiencia con traducción de manuscritos de esa época, sensibilidad estética y, a poder ser, formación en filología.

El rechoncho caballero se había reclinado hacia atrás y había abierto los brazos en un gesto que plasmaba toda su incredulidad.

—Ante una lista tan singular, pensé que tendríamos que inventar a la persona que cumpliera todos los requisitos… Sin embargo, solo hizo falta consultar nuestra propia base de datos y ¡*voilà!*: ahí estaba usted.



De esa conversación ya hacía cinco meses. Isabel seguía sin conocer la identidad de ese donante anónimo, pero le estaba profundamente agradecida y, para demostrárselo, pensaba cuidar con esmero cada uno de los objetos que había cedido a la universidad por tiempo limitado, para que regresaran a su poder en perfecto estado. Era una donación de gran envergadura: más de un centenar de piezas, en excelente estado de conservación y con una antigüedad que superaba los setecientos años de media. No sería ella quien pusiera en peligro ni una sola pieza de la colección.

De momento, los objetos expuestos no parecían estar afectados por la luz, la humedad o la temperatura. Sin embargo, si

llegaba a detectar el menor cambio, informaría en el acto a la dirección para que los retiraran.

Isabel estaba tan concentrada en su tarea que no se había percatado de que un hombre, con la altura suficiente para mirar por encima de su cabeza, se había posicionado tras ella. Por eso, cuando notó el soplo de su aliento en el oído, se sobresaltó.

—No parece una tarea difícil —comentó Calen, observando el dibujo que ilustraba la página por la que el libro estaba abierto.

—¿Perdón?

—Ese individuo, no parece que su vida sea demasiado complicada —explicó Calen, señalando el grabado.

Isabel se giró de nuevo hacia la vitrina. Vio que el dibujo en cuestión, representaba a un laird. Estaba en lo alto de una colina y su mirada se perdía en la marabunta de cadáveres que había en la base de la misma.

—Discrepo —respondió, sin dejar de observar la lámina.

—¿Le parece complicado observar desde lo alto, a salvo, cómo la muerte se cobra la vida de otros?

—Le invito a dar un segundo vistazo al grabado —pidió, intentando no parecer grosera—. El laird…

—¿Cómo sabe que es un laird?

—El artista lo deja claro. Su apostura. Su bravura. Su porte… y su rico broche, sin duda, al alcance de muy pocos —añadió Isabel dejando para lo último el dato más relevante.

—Continúe, por favor —pidió Calen.

—El laird tiene la mirada triste. Ha ganado la batalla, pero…

Calen volvió a interrumpirla.

—¿Cómo sabe que ha ganado la batalla?

—Su estandarte, con los colores de su *plaid*, es el que ondea en lo alto de la colina.

Calen la invitó a seguir con un gesto mudo.

—Ha ganado la batalla, pero, pese a ello, está triste por las vidas perdidas. Solo un gran líder valora más las vidas de sus hombres que una victoria en el campo de batalla.

—Bueno, tal vez, si hubiera luchado junto a sus hombres, hubiera salvado alguna vida.

—Vuelve a confundirse —reprendió Isabel, de muy buenas maneras—. Es sabido que la mayoría de los lairds lideraban a sus tropas en el campo de batalla y luchaban como uno más. Pero, aunque no tuviéramos ese dato, en este caso en concreto y si se fija de nuevo en la pintura, verá como su manto está desgarrado, su brazo herido y la punta de su espada manchada de sangre.

Calen se inclinó hacia delante, como si pretendiera observar el grabado desde más de cerca, obligando con ello a la mujer a hacer lo propio.

—Vaya, creo que tiene razón.

Continuó encorvado unos segundos más, aspirando el olor a manzana de aquellos cabellos que habían quedado tan cerca de su nariz. La mujer hizo mención de incorporarse y él tuvo que enderezar el cuerpo.

Isabel se giró y lo miró de frente por primera vez. Él le sobrepasaba la cabeza en altura. Tuvo que dar un paso atrás para poder mirarlo a los ojos. Y al segundo de hacerlo, estaba perdida en su verdor. Parpadeó para salir del ensimismamiento en que había caído y buscó otro punto focal, pero fue peor. Sus ojos pasearon de arriba abajo por aquel cuerpo y llegó a la conclusión de que, el modelo del grabado debía de haber sido un antepasado del hombre que tenía ahora delante.

Poco imaginaba Isabel lo cerca que estaba de la verdad.

Calen había cruzado los brazos y con las piernas semi separadas, en una de sus posturas favoritas, observaba asombrado y divertido a la mujer. Solo había buscado un tema de conversación para abordarla, pero había quedado sorprendido de su notable conocimiento sobre su época. Y ahora, ella miraba alternativamente hacia la pintura y hacia él, como si estuviera buscando similitudes.

Calen se inclinó hacia delante para leer el nombre de la mujer en la placa que llevaba prendida en el pecho.

—Señorita… Isabel, me ha sido de gran ayuda. ¿Es usted una alumna aventajada?

—Lo fui. Ahora soy una postgraduada mediocre, en espera de una plaza vacante de profesora —respondió sin disimular su frustración.

El desconocido la miraba fijamente. Ya hacía varios segundos que un incómodo silencio llenaba el encuentro e Isabel empezó a sentirse violenta bajo ese escrutinio.

—Y, ahora, si me disculpa, he de continuar con mi trabajo, si no quiero pasar a ser una desempleada mediocre.

Calen bajó la mirada e inclinó levemente la cabeza a modo de despedida. La vio girar y al hacerlo su olfato otra vez detectó aquel olor a manzana en el aire.

Se giró y volvió a observar el grabado, apreciando los detalles y descubriendo toda una historia detrás de ellos. No reconoció el estandarte. Posiblemente el pintor se había tomado algunas licencias, pero sí tuvo que reconocer que él mismo podría haber tenido una pose muy similar tras cualquiera de sus refriegas.

El sexto sentido en una batalla puede salvarte la vida. Calen, pese a ser un gran defensor de la lógica, sabía que, en más de una ocasión, dejarse llevar por su sexto sentido había salvado la vida de sus hombres y la suya propia. Alguna vez, lo lógico habría sido detenerse a descansar o tomar la bifurcación de la izquierda, pero haber continuado ruta o haber girado a la derecha, había cambiado el rumbo de los acontecimientos. Marcando la diferencia entre la vida o la muerte.

Ese mismo sexto sentido le indicó que debía de aparcar a su última candidata y fijar sus esfuerzos en la bibliotecaria. No sabía con exactitud el porqué, pero algo en su interior le decía que aquella mujer era la más afín a él de todas las que había tratado hasta ahora. Así que, esa semana, dejó de rondar al resto de aspirantes y se convirtió en un asiduo visitante de la exposición de la biblioteca, buscando la oportunidad de volver a verla y hacerse el encontradizo.

No le importó pasar gran parte de la mañana deambulando por las distintas salas, esperando encontrarla. Lo cierto es que se sentía muy cómodo entre todos aquellos objetos tan familiares. Para el resto de visitantes eran antigüedades. Para él, eran elementos que formaban parte de su vida y sus rutinas. El *skene*[6] con mango de roble oscurecido que reposaba dentro de la vitrina, sobre un retal de terciopelo negro, era muy similar al que había viajado con él en el

tiempo, escondido bajo su túnica. Y los *cuarans*[7] *de piel curtida o la limosnera*[8] *de cuero* de la vitrina de al lado, eran muy parecidos a los que, hasta hace pocas semanas, él utilizaba a diario. Entre aquellas «reliquias», él se sentía como en casa.

La experiencia que había adquirido con las candidatas anteriores respecto a las reglas del cortejo en este tiempo, le vinieron muy bien para, esta vez, no cometer los mismos errores. Por eso, aunque lo deseaba, no la invitó a salir la primera vez que, «por casualidad», se la encontró en una de las salas. Se limitó a realizar una pregunta sobre uno de los objetos de la exposición y escuchó con atención sus explicaciones. La segunda vez «que se encontraron», alargó la conversación hablando de historia, clanes y batallas, incluso aportó algunos datos sobre el tema, cosa que sorprendió y agradó a la candidata.

La tercera vez que «chocaron» de frente ante una de las vitrinas, Calen, tras una breve charla, creyó llegado el momento de invitarla a continuar la conversación en algún lugar tranquilo, fuera del campus. Pero ella se excusó, alegando un compromiso previo.

Mal guerrero sería si ante el primer escollo se batiera en retirada. Volvió a intentarlo, proponiendo posponer la cita hasta la tarde, con el mismo resultado. Y cuando lo intentó una tercera vez, ella ni lo dejó terminar la frase.

—Oye, no merece la pena que pierdas el tiempo intentándolo, de verdad. No te lo tomes a mal, pero en este momento, no estoy interesada en ningún tipo de relación.

—Perfecto, yo tampoco —respondió Calen, encajando la negativa con una sonrisa—. No voy a permanecer aquí el tiempo suficiente para buscar algo demasiado intrincado. Te aseguro que solo quiero que, mientras dure mi estancia, seamos amigos.

Y, a continuación, soltó una batería de opciones:

—Una copa, algún paseo, conversación, quizás una cena… —encogió los hombros y añadió—, nada complicado.

A la aspirante le debió sonar convincente porque, al fin, tras un largo silencio, aceptó.

—Está bien, salgo a las siete. Podemos tomar algo, si quieres.

—Perfecto —respondió Calen con voz neutra—. A las siete, entonces. Ahora, si me disculpas, tengo que irme. Nos vemos a la tarde.

Isabel se quedó allí plantada, observándolo mientras abandonaba la sala. No era la única que lo seguía con la mirada. Era una de esas personas que no pasaban desapercibidas. Su estatura, su porte y, sin duda, su complexión fuerte, ayudaban a ese efecto atrayente, pero tenía algo más. Isabel no supo discernir con exactitud qué era, no lo conocía lo suficiente. Y esa era la cuestión, pese a que se había mostrado muy rotunda en su afirmación de no confraternizar, lo cierto era que quería saber más cosas de aquel desconocido del que, ahora que lo pensaba, no sabía ni siquiera su nombre.



No volvió a pensar en él en toda la jornada, pero, al cruzar el umbral del portón de salida, alzó la vista y allí estaba: apoyado contra la hermosa fachada plateresca, con un hombro recostado en la pared y las manos en los bolsillos.

No parecía haberla visto. Estaba entretenido observando a los transeúntes, así que aprovechó para estudiarlo con detenimiento.

La camisa, con los dos primeros botones del cuello sin abrochar, dejaba asomar la piel tostada por el sol. Y el viento jugueteaba con algunos mechones sueltos de su melena, de un rubio oscuro, larga hasta los hombros. Su barba de pocos días, acentuaba una mandíbula fuerte y masculina. Sus labios, delineados con firmeza, parecían guardar palabras no dichas, y sus ojos…, de un verde profundo, proyectaban una mirada serena, con un toque salvaje de chico malo.

Estaba segura de que era de los que habría causado estragos en el instituto. Eso fue otra cosa que le llamó la atención. No parecía darse cuenta del efecto que provocaba en los demás. Esa postura

relajada, casi indolente, sin proponérselo, lo hacía parecer todavía más atractivo. Y era evidente que él no era consciente de ello.

Cuando sus miradas por fin se encontraron, él sonrió, con una curva lenta y segura que le recorrió la piel como una caricia invisible. Se acercó sin apartar los ojos de los suyos y, al inclinarse, dejó un beso leve en su mejilla. Un saludo breve… y, sin embargo…, suficiente para desbaratarle el pulso y hacer que su corazón se saltara un compás.

Calen no podía permitirse perder el tiempo, así que había decidido emplear el grueso de sus armas de seducción desde el minuto uno. Con esa intención, saludó a la candidata con una de sus sonrisas más cautivadoras.

—Buenas tardes, nueva amiga.

—Buenas tardes, desconocido sin nombre —respondió Isabel, sonriendo.

—¿Sin nombre? —repitió él, de forma exagerada—. ¿Es posible que a estas alturas de nuestra larga y duradera amistad todavía no lo haya mencionado? Os ruego que disculpéis mi torpeza, *milady* —imploró, acompañando sus palabras con una reverencia muy parecida a la que solía hacer en su tiempo ante una dama de alta cuna.

Tomó la mano derecha de Isabel, y con un perfecto besamanos, añadió:

—Mi nombre es Calen Callaghan y estoy a vuestro servicio, mi señora.

El tono de voz, el gesto, la postura… Isabel no supo qué fue, pero por un segundo sintió que había retrocedido en el tiempo y un apuesto caballero de varios siglos atrás le estaba rindiendo pleitesía.

Además, había pronunciado su apellido con un acento marcadamente cerrado, que ella no había escuchado antes. Desde luego, era un nombre inusual, incluso difícil de pronunciar, lo que contribuyó a esa sensación de haber sido transportada por un instante a otra época, una en la que los hombres saludaban con una reverencia y llevaban espadas al cinto.

Tuvo que parpadear varias veces para romper el hechizo y, cuando lo hizo, dijo lo primero que se le vino a la boca.

—Bien, ¿dónde vamos?

—Tú mandas —respondió Calen, entrelazando sus manos a la espalda, en un gesto despreocupado—. Tu ciudad, tú eliges.

A Isabel le estaba resultando difícil desprenderse de esa sensación de irrealidad, de estar viviendo una escena típica de otra época. Miró a derecha e izquierda, intentando centrarse en la lista de bares y cafeterías cercanos. Había muchos. No podía ser tan difícil.

—Vamos a ver… —exclamó, buscando ganar un poco de tiempo para ordenar sus pensamientos—. Podemos ir a Erasmus… o a Las Caballerizas.

A Calen el nombre de la primera opción no le evocaba nada. Sin embargo, lo de «Las Caballerizas» le resultó mucho más cercano. No creía posible que hubieran montado una taberna entre las cuadras de los caballos, pero, a estas alturas, no descartaba nada.

—Las Caballerizas suena bien —respondió—. No lo conozco.

—¿No has estado? —inquirió Isabel, indicando con el brazo hacia la derecha, antes de echar a andar—. Durante la carrera se convirtió en mi segunda casa.

—¿La carrera? —repitió Calen, poniéndose a su lado.

—Es el bar preferido de los estudiantes de Filología. Es lo que estudié yo en esta misma Universidad.

Para Calen, a pesar de que entendía y hablaba el español a la perfección, seguía habiendo expresiones que se le escapaban. No tenía nada claro qué tenía que ver estudiar filología con correr una carrera, pero lo dejó pasar. Tal vez era algún tipo de prueba adicional que exigían a los estudiantes, dedujo, intentando encontrar una lógica.

Tomaron la calle Libreros, antaño repleta de librerías, pero ya sin una sola abierta, y caminaron despacio. La cafetería no estaba a más de cinco minutos.

—Callaghan. ¿Lo he dicho bien?

—Más o menos —respondió Calen con una media sonrisa—. Puedes llamarme Cálajan[9] si te resulta más fácil de pronunciar— aseguró restándole importancia con un gesto—. La verdad es que, desde que he llegado, nadie es capaz de pronunciarlo bien. Ya me he acostumbrado al Cálajan.

Isabel afirmó con la cabeza y lanzó otra pregunta mientras giraba a la derecha para tomar la calle La Fe.

—¿Escocés?

—Sí. Mis antepasados eran irlandeses, pero hace varias generaciones que emigraron a Escocia.

—Así que, en nuestra charla de esta mañana, hablabas con conocimiento de causa cuando mencionaste la batalla de Largs como el lugar más probable en el que hubiera perdido la vida el dueño de la espada que ahora ocupa una de las vitrinas.

—¡Sí! Es muy posible que alguno de mis antepasados interviniera en esa guerra entre Escocia y Noruega. Y, posiblemente, cayera combatiendo al lado del dueño de tu espada —aventuró con cierto orgullo.

Volvió a hacerse el silencio entre ellos mientras cruzaban la plaza Anaya y el crujir de los guijarros bajo los zapatos ganó protagonismo. El eco lejano de unas campanas se mezclaba con las conversaciones de los turistas que, cámara en mano, trataban de capturar la imponente fachada de la Catedral Nueva y la elegante escalinata del Palacio Anaya.

—Ya queda poco —informó Isabel, mientras bajaban el corto tramo de escalones y enfilaban la calle Tostado—. Está ahí mismo, a la izquierda, justo enfrente del teatro.

—Y, ¿tú? —preguntó Calen—, ¿algún antepasado escocés escondido en el árbol genealógico?

—No, qué va. Hasta donde yo sé, todos mis antepasados son españoles. De distintas regiones, tengo sangre cántabra, riojana, aragonesa, catalana, incluso andaluza. Lo que se dice un buen cóctel de culturas y costumbres, aunque todos sus ingredientes pertenecen a la Corona española.

—Entonces, ¿por qué ese interés por las Tierras Altas de Escocia?

—Supongo que el culpable fue don Benito, mi tutor en primero de carrera. Era historiador y sentía pasión por tu tierra natal. Tenía una voz pausada y melodiosa que te envolvía y te hacía perder la noción del tiempo. Una de esas personas a las que nunca te cansas de escuchar. Me pasaba tardes enteras en su despacho, empapándome de su sapiencia. Narraba la historia como si la hubiera vivido en primera persona, intercalando comentarios o matices en los que solo se fijaría alguien que hubiera estado presente en los hechos. No sé cómo explicártelo, a veces daba la impresión de que perteneciera a otra época, como si hubiera viajado en el tiempo.

Isabel arrugó el entrecejo.

—No sé si me entiendes —añadió, frustrada por no saber explicarlo mejor.

—Sí, creo que sé a lo que te refieres.

—¿De verdad? —preguntó, con un matiz de sorpresa.

Calen se detuvo ante la reja de hierro que protegía la entrada al local y, mirándola a los ojos, respondió con un escueto:

—Sí.

Isabel se paró a su lado, lo miró y sonrió aliviada, convencida de que sí había captado la sensación a la que ella se refería.

—¿Entramos? —preguntó Calen, cediéndole el paso.

—Sí, claro.

Por la noche, ya en casa, Isabel tuvo que reconocer que había pasado unas horas muy agradables en su compañía. El ambiente había sido relajado y la conversación había fluido sin tiranteces.

En realidad, se dio cuenta de que, alentada por sus certeras preguntas, ella había compartido mucha más información personal que él. No había sido arisco, pero sí reservado. Ahora que repasaba mentalmente la conversación, le parecía como si en algún momento fuera a decir algo y, en el último instante, hubiera optado por callarlo. Habían hablado de muchos temas, pero seguía sin saber

demasiado de aquel desconocido. Decidió que, en la cita que habían fijado para el día siguiente, le pondría remedio.



Esa noche, Calen esperaba a su hermano, repanchingado en la cama, con las manos debajo de la cabeza y una expresión que denotaba su excelente estado de ánimo. Las cosas empezaban a encarrilarse. Por fin, el viento parecía soplar a su favor. Estaba muy satisfecho con la información que había obtenido en su primera cita con la candidata. Con sutileza, había sabido dirigir la conversación para obtener el mayor número posible de datos sobre ella. Así descubrió que era hija única, que sus padres habían fallecido, que sus parientes vivían dispersos por todo el país y que apenas tenía trato con ellos, y que su círculo de amigos era muy reducido, casi inexistente. Todo ello resultaba muy conveniente para su propósito de que lo acompañara a su tiempo.

Lethan captó el cambio de actitud de su hermano en cuanto entró a la habitación.

—¿A qué se debe esa sonrisita?

—¿Qué sonrisita?

—Esa que luce en tu semblante.

Calen levantó la cabeza, ahuecó la almohada y volvió a recostarse.

—Bueno, por fin tengo motivos para lucirla.

Lethan, mientras se desabrochaba la camisa, lo observó con curiosidad.

—¿Tienes algo que contarme?

—Todavía no…, quizá pronto —respondió de forma velada.

Cruzaron una mirada silenciosa antes de que Lethan retomara su tarea, dejando la camisa sobre la silla y sentándose para quitarse los pantalones.

—Me alegro de ambas cosas —dijo—. De que tengas un motivo para sonreír y de que no quieras contármelo en este instante. ¡Estoy molido! —confesó, retirando la sábana y tumbándose sobre el

colchón—. Mejor que me lo cuentes otro día. Es posible que, sin mala intención, me quedara dormido a mitad de explicación.

Colocó la almohada bien encajada bajo sus hombros y añadió, al tiempo que cerraba los ojos:

—¡Este trabajo va a acabar conmigo!

Calen giró la cabeza para mirarlo.

—¿Seguro que tu agotamiento no se debe a tus actividades extralaborales? —preguntó convencido de que, como cada tarde, su hermano venía de visitar a su nueva «mejor amiga».

Lethan abrió los ojos y giró la cabeza para mirar a su hermano. Le guiñó un ojo y, volviendo a cerrarlos, admitió:

—Bueno, tal vez un poco sí.

Calen sonrió mientras apagaba la luz. Tenía cierta sensación de culpa por haberlo arrastrado con él en ese viaje y se alegraba de que, al menos, le estuviera sacando partido.

Entra, mira, esta es la pintura que ha originado la primera conversación entre Calen e Isabel



ACCEDE AL CONTENDIO EXCLUSIVO

.



La semana siguiente fue especialmente productiva para Calen. Quedó todos los días con su candidata y, cuanto más tiempo pasaban juntos, más convencido estaba de que era la idónea. Las conversaciones fluían con naturalidad, ligeras a veces, profundas otras. Tenían una complicidad que iba creciendo con cada hora compartida y un sentido del humor muy parecido que les hacía reír al unísono por las mismas tonterías. Como a él, le gustaba echar mano de la ironía y, a veces, sus diálogos eran mordaces y estaban repletos de frases con segundas intenciones.

Era inteligente y mucho más madura que las aspirantes anteriores. Salvando las distancias temporales y culturales, tenían unos valores muy similares y una forma de pensar muy parecida. Y, por añadidura, era una apasionada de Escocia. Conocía su historia, sus leyendas, sus costumbres..., estaba convencido de que, con su ayuda, se adaptaría a la perfección a la vida en su tiempo.

A veces se sorprendía a sí mismo hablando más de la cuenta, deseando revelarle todo. Había empezado a confiar en ella y eso no sucedía a menudo. Y esa confianza trajo consigo una calma que hacía tiempo no sentía. La presión de la misión por cumplir seguía

ahí, pero, ahora, una sensación nueva y desconocida la hacía más liviana y llevadera.

Por si todo eso no fuera suficiente, su aspecto físico tampoco lo dejaba indiferente.

Le maravillaba lo expresiva que podía ser su mirada. Era capaz de cambiar del asombro, a la alegría, o la confusión tras un solo parpadeo.

Ese desfile de pecas que recorrían sus pómulos y ascendía hasta la punta de su nariz, imperceptibles para la mayoría, pero no para él, era en buena parte culpable de que le resultara tan difícil apartar la mirada de su rostro.

A menudo se descubría queriendo besar esos labios finos, aunque perfectamente delineados, que a veces mordisqueaba de forma inconsciente cuando estaba concentrada en algo.

Su media melena color miel era otro de los focos que le robaban la concentración. Cuando estaba perdida en sus pensamientos, jugueteaba sin darse cuenta con un tirabuzón, enroscándolo y soltándolo en su dedo, y ese gesto tenía sobre él un efecto casi hipnótico. Otras veces, cuando estaba nerviosa, deslizaba la punta de los dedos desde las sienes hasta detrás de las orejas, intentando recolocar un inexistente mechón fuera de lugar.

Todo ello hacía que cada día, le resultara más difícil controlar las manos para que no escaparan a acariciar y abrazar su cuerpo.

Los detalles cotidianos se convirtieron en algo significativo. Un roce accidental al entregarle la taza del café, su sonrisa cuando lo descubría esperándola en la puerta de la universidad, el calor de su mano al cobijarla en la suya cuando paseaban por la calle. Calen había conocido muchas mujeres, pero no recordaba haber vivido una relación con tanta intensidad con ninguna como la que estaba experimentando con ella. Por primera vez, se permitió imaginar su futuro no solo como laird, sino como hombre.

Estaba decidido. No necesitaba más tiempo para saber que era la mujer que quería llevarse consigo. Su suerte estaba echada y nada le haría cambiar de idea.



Isabel procuraba pasar por la sala de exposiciones varias veces al día. Le gustaba mezclarse con los visitantes y escuchar a hurtadillas sus comentarios. A veces, descubría en ellos aspectos o detalles que le habían pasado desapercibidos.

Pero, si había una hora en la que disfrutaba deambulando por la sala era cuando los visitantes la abandonaban y se quedaba vacía. Porque, cuando todos callaban, la historia gritaba. Entonces, como estaba haciendo ahora, la recorría sin prisa, deteniéndose delante de cada vitrina y observando su contenido como si fuera la primera vez.

No podía estar más contenta con la sala que había elegido el MUSAL para exponer la colección. Estaba ubicada en la planta baja del edificio histórico, en uno de los largos pasillos del claustro, y ya por sí sola constituía todo un tesoro. Techos abovedados, muros de piedra porosa…

Las vitrinas expositivas, de madera oscura y cristal grueso, descansaban sobre un suelo embaldosado, añejo como los buenos vinos y recio como el resto de materiales utilizados en la construcción del edificio. La luz natural entraba por los altos ventanales, pero eran los diversos focos semiocultos en lugares estratégicos del techo, los que aportaban ese juego de luces y sombras tan característicos de los museos.

La Universidad de Salamanca sabía jugar muy bien con el espacio y las luces. A lo largo de sus ochocientos años de historia, había ido engrosando poco a poco un valioso patrimonio y parte de

esos objetos se exhibían al público, bien de forma temporal o permanente, por lo que había adquirido mucha experiencia en organizar exposiciones. Y en esta ocasión, una vez más, había conseguido crear un espacio para el disfrute de los sentidos.

Un día, en una de las visitas guiadas que la Universidad concertaba con los colegios de la zona, escuchó a un niño decir que allí olía a museo. «Y ¿a qué huele un museo?» —le había preguntado la guía—. El niño, encogiéndose de hombros, había respondido: «No sé, a cuero…, a papel viejo…». Algunos compañeros se habían animado a continuar con la lista: «a madera mojada… a tinta… a rancio…», sugirió otro de los niños provocando un coro de risas a su alrededor. Al final la retahíla de olores se había desvirtuado un poco, pero Isabel estaba de acuerdo con la mayoría de las aportaciones. En definitiva, los museos no dejaban de ser un espacio en el que se pretendía que objetos de épocas pasadas siguieran vivos. Lógico era que lo hicieran también todos los olores que acarreaba su historia.

Escuchó las pisadas inconfundibles del guardia de seguridad y se giró para saludarlo.

—Buenas noches, Germán —exclamó, al tiempo que apagaba las luces de la sala y salía al pasillo.

—Buenas noches, señorita Isabel.

Por más que le había insistido en que suprimiera el «señorita», él, como todos los de su generación, seguía utilizándolo como muestra de respeto.

—Otra vez trabajando hasta tarde.

—No me importa —respondió, echando a andar hacia la salida—. Ya sabes que soy ave nocturna, como tú.

—No se crea —contradijo él, poniéndose a su lado para acompañarla un tramo del recorrido, como hacía siempre que se encontraban—. Mi cabeza sigue siendo la de un búho nocturno, pero mis huesos se comportan como los de un gorrión y me piden a gritos que cambie mis costumbres y, a estas horas, les deje ya descansar. Es lo que tiene ser viejo, que se produce un desajuste irreconciliable entre cuerpo y mente.

Isabel sonrió, divertida por el tono catastrofista de Germán.

—No exageres. ¡Estás estupendo! —halagó, frotándole el antebrazo con afecto—. Me voy. Mañana más y mejor —afirmó a modo de despedida, al tiempo que echaba a andar hacia la puerta lateral que utilizaba el personal fuera de las horas lectivas.

—Ya me han avisado de Dirección de que mañana a primera hora vienen a montar otra vitrina —voceó Germán.

—Sí —confirmó Isabel, caminando de espaldas para mirarlo —, ya tengo otro puñadito de cosas bonitas para enseñar a la gente.

—Se le va a quedar la sala pequeña.

—¡Ojalá! —respondió ella, empujando la barra de la puerta tras pasar la tarjeta por el lector.

Ya en el exterior, se detuvo para guardar la identificación en su bolso y escuchó el inconfundible estruendo de la pesada puerta metálica cerrándose a su espalda. A esas horas, cuando la intensidad del bullicio diario era mucho más leve, el fuerte ruido todavía resultaba más estridente y molesto.

Antes de ponerse en camino, valoró si debía sacar el fular para echárselo por los hombros, pero lo descartó. El trayecto hasta casa no era de más de veinte o veinticinco minutos y hacía una noche estupenda.

No había dado más de media docena de pasos cuando lo vio y como ocurría siempre, su corazón se puso contento.

Calen no se movió de su posición. La había visto salir… detenerse a rebuscar en su bolso… otear el cielo y, al fin, ponerse en marcha. Percibió el instante en que lo descubrió parado en la acera de enfrente, pero permaneció inmóvil, disfrutando del espectáculo de verla avanzar con paso firme, directa hacia él.

—Buenas noches —la escuchó decir, con una sonrisa que evidenciaba cuánto se alegraba de verlo.

Se dio un pequeño impulso para separar la espalda de la pared y, en el mismo movimiento, aprovechó para acercar los labios a su mejilla, dejándolos ahí unos segundos.

—Buenas noches —susurró junto a su oído antes de separarse.

—No habíamos quedado.

—No, pero me pareció buena idea pasarme y acompañarte a casa.

—Estoy muerta. Llevo trece horas ahí dentro.

—Bien. Pongámonos en marcha entonces. Cuanto antes lleguemos, antes podrás meterte en la cama.

A pesar de sus palabras, que incitaban a la acción, Calen no se movió, otorgándole el poder de decidir si permitía que la acompañase o no. Y eso, a ella, le gustó. Empezaba a conocerlo y algo le decía que esa noche, su caballero andante la iba a acompañar a casa. A su lado, con su beneplácito. O, unos metros más atrás, si no había otro remedio. Echó a andar y él se colocó a la par.

—¿Has cenado?

—Sí, me traje un bocata. Y ¿tú?

—Sí, con mi hermano. En un bar cerca de la obra donde está trabajando.

—¿Llevas mucho esperando?

—No —mintió.

Tomaron la calle Libreros y continuaron hacia la plaza Mayor.

—No tenías que haberte molestado.

—No me importa, al contrario. Además, no quiero que te pierdas —bromeó.

Isabel sonrió.

—Imposible. Llevo tantos años haciendo este recorrido que podría llegar a casa con los ojos cerrados.

Calen se puso a su espalda y la hizo detenerse, rodeando desde atrás su cintura con uno de sus brazos y tapándole los ojos con la otra mano.

—Demuéstramelo —le susurró, juguetón.

Esa mano posada en su vientre estaba haciendo estragos en su concentración, pero aun así logró recitar el itinerario de memoria.

—Libreros hasta la Plaza San Isidro… mi querida Rúa Mayor… calle Quintana… Plaza Poeta Iglesias… bordeamos Plaza Mayor para tomar la calle Toro, todo tieso hasta llegar a la Avenida de Mirat, cruzamos dejando a la derecha la Plaza de España, entramos al

barrio por la calle Auxiliadora y, en cinco minutos, tumbada en mi camita.

—Excelente, prueba superada —exclamó bajito Calen, resistiéndose a soltarla.

—Te lo dije —afirmó, escapando del abrazo y echando a andar—. Alquilé el piso cuando empecé a estudiar en la universidad, con la intención de dejarlo cuando terminara. Me costó convencer a la dueña —recordó divertida—. Había tenido una mala experiencia el año anterior y no quería saber nada con estudiantes, prefería alquilarlo a alguna pareja joven. Me había pateado media Salamanca, pero solo había encontrado cuchitriles o los que eran medio decentes, tenían unos precios desorbitados para mi limitado presupuesto. Empezaba a estar desesperada por lo que no estaba dispuesta a rendirme.

—Y ¿cómo la convenciste?

—Una tiene sus métodos —respondió con picardía—. Ahora, está encantada conmigo. Creo que, si algún día le dijera que me marcho, se llevaría un disgusto —profetizó con cierto tono de superioridad.

Rió divertida por hacer una afirmación tan osada y continuó hablando, recuperando la seriedad.

—Fue un acierto, la verdad. Las dos estamos contentas con el acuerdo. Esas cuatro paredes se han convertido en un lugar especial. Al final, he terminado encariñándome con el barrio, he ido encadenando trabajos por la zona y la idea de mudarme a otro lugar ha ido perdiendo fuerza. Me encanta poder ir andando al trabajo todas las mañanas —añadió levantando los brazos con efusividad—. Y me encanta que la mayor parte del recorrido sea por calles peatonales como esta, en las que puedes centrarte en otras cosas que no sean vigilar a conductores atolondrados.

En ese momento, Calen vio por el rabillo del ojo que de la puerta del bar que tenían justo al lado, salía un grupo de jóvenes más alegres y alborotados de lo normal. Tuvo el tiempo justo para estirar el brazo y detenerla. De lo contrario, se la habrían llevado por delante.

Isabel, que no los había visto, contuvo el aliento unos segundos por la impresión.

—¡Cuidado! Estos no necesitan coche para ir atolondrados —bromeó Calen.

Bajó el brazo y aprovechó para atrapar la mano de Isabel y arrastrarla consigo hasta pegarla a su costado. Y allí, en un amasijo de dedos entrelazados deseó que permaneciera el resto del camino.

—¿Te ha dado tiempo a dejar terminado lo que querías clasificar? —preguntó con celeridad para evitar en lo posible que Isabel fuera consciente de esa mano prisionera e intentara liberarla.

—Sí, todos los objetos están preparados para que mañana puedan exponerse —respondió orgullosa—. Ya solo me quedan media docena de cajas por revisar. Me va a dar pena cuando termine —confesó con tono melancólico.

—¡Ah! —exclamó entusiasmada de nuevo—. Tengo que enseñarte uno de los últimos que he clasificado esta tarde. Es una daga preciosa. No sé si estás familiarizado con el armamento tradicional escocés —continuó con la explicación, sin dar tiempo a que Calen respondiera—. Es un arma de doble filo, de unos veinte centímetros, diseñada para el combate cuerpo a cuerpo y que solía llevarse al cinto.

—Sí, me resulta vagamente familiar —comentó, con mordacidad, en cuanto pudo intervenir.

Isabel no detectó su sorna, mucho menos adivinó lo cercano que le resultaba el objeto en cuestión.

—La hoja es de acero y el mango… el mango es una obra de arte por sí solo. Es de raíz de tejo y está tallado con unos intrincados dibujos, seguramente de origen celta. Le he pasado unas fotografías a un colega para que me lo confirme.

Isabel fijó la vista en el suelo y pareció hablar con ella misma.

—En siglos posteriores las damas llevaban puñales similares, pero mucho más reducidos en tamaño, escondidos en sus ropas o en el corpiño. Pero en el siglo XIII, al que pertenecen la mayoría de los objetos de la colección, no tengo constancia de que fuese habitual que las mujeres llevaran este tipo de armas.

Calen se había detenido de golpe y había tirado hacia sí de la mano de Isabel, haciendo que esta chocara contra su pecho.

—¿Para qué iba a querer una mujer del siglo XIII llevar un arma de ese tipo?

—Para su protección.

—No necesita más seguridad que la compañía de su esposo, padre o hermano a su lado.

Isabel obvió esa respuesta tan retrógrada y desconcertante para ella, y se concentró en la expresión de Calen. Tuvo la impresión de que se había tomado el comentario como algo personal, como si le ofendiera la idea, a su juicio tremendamente descabellada, de que una mujer quisiera defenderse por sí sola.

Un instante después, tanto la respuesta como la expresión de Calen quedaron relegadas a un segundo plano. Sus miradas se habían quedado enganchadas y todo a su alrededor: transeúntes, luces, sonidos… todo dejó de existir.

Isabel hizo un esfuerzo por salir de ese limbo hipnótico y en un susurro sin el menor entusiasmo, replicó:

—A mí, para más seguridad, me gustaría tener uno de esos puñales escondido entre las enaguas.

Calen amplió la sonrisa y, sin poder resistirse, deslizó su dedo índice a lo largo de la nariz de Isabel, antes de asegurar:

—Te garantizo que conmigo a tu lado no necesitarías jamás juguetitos de ese tipo.

Lo afirmó con tal convicción que Isabel lo creyó. Y, como en otras ocasiones, tuvo la sensación de que él habría encajado a la perfección en aquella época. Su físico, su firmeza, su talante… Le resultaba fácil imaginarlo liderando alguna de las batallas que habían comentado en días pasados, o vistiendo los ropajes que describían los libros de historia.

Para cuando quiso darse cuenta, la lengua de Calen campaba a sus anchas por su boca. Y la atrevida de su homóloga se había apresurado a salir a su encuentro. El beso terminó cuando él le puso fin. Si por ella hubiera sido, habría seguido hasta quedarse sin aliento.

Cuando abrió los ojos, Calen la miraba sonriente. Había un atisbo de prepotencia en su mirada, como si, con ese beso demoledor, acabara de constatar algo que él ya sabía. Pero ni siquiera eso la molestó. Volvió a besarla de forma fugaz y echó a andar con ella abrazada por la cintura, bien pegada a su costado.

Isabel no fue consciente de haber atravesado la Plaza Mayor ni de haber recorrido la calle Toro. Cruzaron a la carrera, con el semáforo en rojo, el transitado Paseo de Canalejas, para tomar la calle María Auxiliadora y, en un abrir y cerrar de ojos, estaban en el portal de su casa.

Otro beso abrasador la dejó sin resuello y cuando Calen sugirió que le enseñara ese piso con el que tanto se había encariñado, ella aceptó la propuesta encantada.

A la mañana siguiente, camino del trabajo, todavía se sonrojaba al recordar las escenas de las que había sido testigo el sofá del salón. Ya nunca podría mirarlo de la misma manera, se dijo a sí misma sonriendo como una tonta mientras esperaba para cruzar la calle. Casi pudo volver a sentir las manos de Calen recorriendo su piel, con esa mezcla de cautela y descubrimiento propia de las primeras veces. Recordó la urgencia de los primeros instantes y la calma posterior. Recordó los suspiros, los susurros, las caricias, las risas apagadas… Revivió la sensación de vértigo y de fuego, de ternura y de refugio, y el rubor volvió a colorear sus mejillas.

A pesar de las trabas que ella misma había puesto a esa relación desde el primer momento, a pesar del poco tiempo que hacía que se conocían, a pesar de saber que él estaba en la ciudad por tiempo limitado…, a pesar de todos los pesares, no se arrepentía de nada de lo que había dicho o hecho la noche anterior. No había habido premeditación, todo había surgido de forma inesperada y natural. Y el resultado, lejos de clichés mil veces repetidos, había sido genuino, auténtico. Imposible compararlo con nada vivido hasta entonces.



Calen había abandonado el piso de Isabel al amanecer. Se había comprometido para acompañar a Lethan a la obra y no podía faltar a su palabra. No era la primera vez. Si el capataz preveía que iba a haber algún trabajo extra, solía contar con él. Casi agradeció tener una excusa para marcharse, si no, no habría sido capaz de abandonar el dormitorio de Isabel.

Se había despertado con la agradable sensación de tenerla pegada a su espalda. Se había girado con cuidado de no despertarla y la había estado contemplando, no supo cuánto tiempo. No se cansaba de mirarla. Solo el compromiso previo de acudir a la obra lo había arrancado, muy a su pesar, de esa cama.

Tras una hora de caminata hacia la pensión, el sol ya empezaba a calentar su cuerpo, nada comparable al calor vivido la noche anterior. No pudo evitar respirar henchido de satisfacción al recordar el ardor con el que Isabel lo había recibido. La intensidad con la que se habían fundido lo dejó con la sensación de haber traspasado un umbral invisible. Estaba seguro de que no había sido solo deseo. Era algo más parecido a la pertenencia. En su mundo no había juramento más sagrado que el de entregarse así, sin reservas, sin exigir nada a cambio. Tuvo la certeza de que esa mujer ya era suya, aunque ella todavía no lo supiera.

En ese mismo instante, se propuso hacerla consciente, en el menor tiempo posible, de esa realidad: la de que ya le pertenecía, aunque ella no lo supiera.

Pensó que la manera más rápida de lograrlo sería hacerse tan imprescindible en su vida como el aire. Si eso implicaba convertirse en su sombra, ¡qué se le iba a hacer!, bromeó consigo mismo, tendría que sacrificarse y no separarse de su lado.

Dicho y hecho. Esa misma tarde volvió a buscarla a la salida del trabajo, y tras un corto paseo, la acompañó hasta el portal. No subió a su casa, pero se aseguró de fijar un nuevo encuentro para el día siguiente. Que fuera sábado le permitió quedar a última hora de la mañana y, como esperaba, ella terminó invitándolo a comer a casa. El que, tras una tarde de conversación distendida y algún beso robado, terminara quedándose a dormir de nuevo, fue algo tan lógico y natural como inevitable.

¿Me ayudas a verificar que Isabel no se ha confundido al recitar de memoria el nombre de las calles de su recorrido diario?

Vamos a comprobarlo con el plano de Salamanca.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Isabel echó un vistazo al reloj de la mesilla y, al percatarse de lo tarde que era, salió de la cama disparada.

Calen se estiró y preguntó con mirada lasciva:

—¿Tienes que irte? ¿No puedes quedarte un poco más?

—Voy tarde, debería estar llegando a la universidad y mira dónde estoy todavía —respondió, desprendiéndose de la parte de arriba del pijama, brindando con ello todo un convite para la vista de Calen.

Abrochó con destreza el sujetador y se sentó sobre la cama para, en el mismo movimiento, desprenderse del pantalón del pijama y ponerse la ropa interior.

De camino al armario para coger una blusa limpia, se percató de que Calen se la estaba comiendo con los ojos.

—Por cómo me miras, diría que no has visto nunca a una mujer en ropa interior.

Calen podía haber respondido que había visto muchas mujeres desnudas, pero ninguna con esa ropa interior tan novedosa para él. En lugar de eso, contestó:

—Nunca una tan espectacular como tú.

Su piropo lo hizo merecedor de un beso largo y posesivo que casi termina con ambos tendidos de nuevo sobre la cama. Antes de que eso ocurriera, Isabel retrocedió, se colocó la blusa y terminó de

abrochar los botones camino de la cocina, deseando que la jornada pasara rápido para volver a esa habitación y continuar justo donde lo habían dejado.



Y para cuando quisieron darse cuenta, llevaban algo más de un mes despertando juntos y el paso de los días no había restado ni un ápice de emoción a ese momento. Era como si cada mañana se reencontraran por primera vez. Solían colocarse de lado para poder mirarse a los ojos. A veces, ella le acariciaba la mejilla o dejaba vagar su dedo índice por el rostro de Calen, como si de un pincel se tratara, y perfilaba sus pómulos, sus cejas… Otras veces era él el que le besaba los párpados cerrados o deslizaba los labios a lo largo de su cuello, encendiendo cada milímetro de piel que rozaban a su paso.



Isabel cedió el primer turno de ducha a Calen para remolonearse un poco más en la cama. Pensó en todas las cosas que quería compartir con él a lo largo del día: La visita turística que había preparado, la comida en una de las tabernas del casco antiguo… quizá un corto paseo por la tarde y una cena tranquila en algún lugar íntimo y poco concurrido… Imaginó todo aquello sin saber que esa jornada, lejos de ser un sábado más, iba a marcar un antes y un después en su relación.

Disfrutó del espectáculo de verlo pasearse desnudo por la habitación recogiendo su ropa, antes de encerrarse en el baño. Le gustaban esas rutinas recién adquiridas desde la llegada de Calen. Se dio cuenta de que, desde que había entrado en su vida, todo había cambiado por completo. La había llenado de luz, de risas, de conversación, de proyectos, de sueños y de amor. Isabel era consciente de que estaba viviendo una de las etapas más felices de su vida. Sonrió de puro gozo y, sin dar tiempo a que la pereza la convenciera de lo contrario, salió de la cama para preparar el

desayuno mientras esperaba su turno en la ducha. Se colocó el albornoz sobre la ropa interior y puso rumbo a la cocina.

Mientras degustaba el primer café de la mañana, sentada a la mesa de la cocina, se puso a recordar las que habían sido sus primeras citas con Calen. Estaba casi segura de que aquel «solo amigos» con el que logró convencerla para quedar, había sido solo una argucia. Casi se atragantó recordando cómo solo tres días después de aquella primera cita, él le había soltado a bocajarro: «Llevamos demasiado tiempo siendo amigos, ¿no te parece? ¿Qué tal si damos un paso más en nuestra relación?». Ella lo había mirado y buscado algún matiz que revelara broma o diversión, pero no lo encontró. Al contrario, por su expresión parecía una afirmación muy meditada. Y a Isabel no se le ocurrió ningún motivo para declinar su oferta, como tampoco lo encontró para rechazar el beso apasionado que él le dio a continuación, y al que ella respondió gustosa.

Aquel día marcó un antes y un después que entonces Isabel no supo ver, pero que ahora, al recordarlo, le parecía evidente.

Calen, desde ese instante, había empezado a tratarla de manera diferente. Quizás de una forma más cercana y es posible que más posesiva, pero a la vez, más tierna y cariñosa. Parecía haberse quitado una de esas capas protectoras que la mayoría nos ponemos cuando tratamos con desconocidos, lo que permitió que ella pudiera empezar a conocerlo de verdad. A menudo compartía fragmentos de su pasado que hasta entonces había obviado. Hablaba de su familia y del lugar donde vivía. Hablaba mucho de sus antepasados, de sus costumbres y creencias y lo hacía de manera tan minuciosa, que ella se quedaba anonadada por el grado de conocimiento que demostraba. Estaba convencida de que debía de haber consultado cientos de libros para recopilar tantos detalles como sabía.

Era capaz de hablar durante horas sobre batallas o hechos históricos en los que sus antepasados habían participado. Argumentaba, defendiendo el motivo de cada pequeña escaramuza que su clan había llevado a cabo. Y lo hacía con tanta pasión que parecía que él mismo hubiera intervenido en la refriega. Alguna vez que ella se lo había comentado, él se había burlado asegurándole

que así era, que había viajado en el tiempo y que, en realidad, su tiempo, su hogar y su vida, estaban a más de siete siglos de distancia.

Hasta semejante barbaridad, sonaba creíble en su boca. Era un narrador nato. A ella le encantaba escucharlo. Le recordaba a su profesor de primer curso y estaba segura de que, como él, si se lo propusiera, también sería un estupendo docente.

Tras el último sorbo a su café, rememoró el día en que Calen le presentó a su hermano menor. Lethan le había caído bien al instante. Aunque físicamente se parecían mucho, desde ese primer día notó que sus formas de ser eran muy diferentes, cosa que confirmó con el tiempo. Lethan era mucho más locuaz, espontáneo e impulsivo que su hermano mayor. En la forma de comunicarse de Calen tenían mucho más peso las miradas y los silencios.

También diferían en el humor. El menor de los hermanos siempre recurría a él para rebajar la tensión en momentos complicados. El humor de Calen era mucho más sutil. A veces utilizaba la ironía o el sarcasmo, pero no solía bromear tan abiertamente como lo hacía su hermano. Y, así como Lethan siempre tenía una sonrisa cómplice preparada, las de Calen eran más escasas y, por ello, más valiosas. Isabel también se dio cuenta de que Lethan tenía la necesidad de gesticular mientras hablaba. Era mucho más expresivo que su hermano. Calen, en cambio, solía mantener una postura firme, erguida. Sus movimientos eran mucho más medidos y solo se relajaba en la intimidad.

Desde el primer instante, Isabel percibió la camaradería que existía entre ellos y le gustó. Ella no tenía hermanos y era algo que siempre había envidiado en los demás.

A partir de ese primer día, fueron muchas las tardes que Lethan se unía a ellos y entre los hermanos siempre había bromas, miradas, sonrisas cómplices y frases con segundas intenciones que solo ellos entendían.

De hecho, Isabel recordó que aquel día en que Lethan acudió al parque para que se conocieran, se produjo una de esas conversaciones cifradas entre los hermanos. No había vuelto a pensar en ello, pero sí le había parecido algo rara la forma en que

Calen la había presentado a su hermano. Se había colocado tras ella, la había sujetado por los hombros y, dirigiéndose a su hermano con un tono muy solemne, había dicho algo así como: «Eres testigo de que esta es la mujer que he elegido como compañera de vida». A lo que Lethan, igual de ceremonioso, había respondido con un asentimiento de cabeza. Para cuando quiso girarse y amonestar a Calen por su broma, el momento había pasado y los dos hermanos volvían a comportarse de manera normal, por lo que ella lo había dejado pasar.

Para Calen, el invento de la ducha ocupaba uno de los primeros puestos en su lista de maravillas del siglo XXI. La combinación de agua caliente, chorro de presión y comodidad, al poder instalar el invento dentro de los hogares, era digna de una mente brillante.

Como siempre que la utilizaba, salió del habitáculo con energías renovadas. Las iba a necesitar. El día anterior había decidido que ya había llegado el momento de hablar claro a Isabel del conjuro, de la reliquia familiar y de su viaje en el tiempo. No podía demorarlo más. Llevaba semanas intentando prepararla y esperaba que hubiera sido suficiente. No había dejado de hablarle de su época, de su país, de cómo era la vida diaria… Ella se mostraba receptiva, lo escuchaba con atención. No estaba seguro, pero tenía la impresión de que le gustaba lo que oía. Aun así, no se hacía ilusiones, eso no era garantía de nada. Sabía que haría falta algo más que entusiasmo para creer su historia y todavía más para querer formar parte activa de ella.

Los sábados, Isabel preparaba excursiones turísticas por la ciudad, mostrándole lugares emblemáticos. Los domingos, simplemente se cerraban en casa y pasaban la tarde hablando.

Hoy, Isabel había reservado plaza para una visita guiada a una casa palaciega propiedad del ayuntamiento. Pero, antes de eso, él tenía pensado mantener la tantas veces postergada conversación y era posible que, según como se desarrollara, lo que hubiera que aplazar para otro día fuera la visita guiada.

El día anterior Calen había pasado por el hostal para recoger el pequeño cofre que habían comprado para guardar la reliquia, una

de las pocas cosas suyas que aún quedaban en la habitación. Ahora lo sacó de su mochila y fue en busca de Isabel.

—¿Tienes un momento? Quiero enseñarte una cosa.

—Más bien no, aún tengo que ducharme y tenemos que estar en la puerta del palacete a las once, vamos un poco justos —argumentó mientras terminaba de aclarar la taza del café—. ¿No puedes esperar?

—No. Llevo posponiéndolo días. Tengo que contarte una cosa importante. No nos llevará mucho tiempo.

—De acuerdo —asintió mientras se secaba las manos— Tú dirás.

—Sentémonos.

Isabel consultó el reloj, casi segura de que no llegarían a tiempo a la visita en la que había reservado plaza, pero, como lo vio tan circunspecto, obedeció sin rechistar y lo siguió hasta el salón. Lo observó posar una pequeña cajita sobre la mesa y abrirla con gesto reverencial, por lo que dedujo que aquello que estaba a punto de decirle era importante para él.

—Esta caja guarda una reliquia familiar que ha pasado de generación en generación desde hace siglos. Su custodio es el jefe del clan.

Calen hizo una pausa para comprobar si el mensaje iba calando en Isabel.

—Puesto que está en tu poder, deduzco que tú eres el jefe de tu clan.

—Así es. Yo soy el laird de los Callaghan —ratificó con orgullo.

Isabel estuvo a punto de hacer un comentario jocoso tipo «¡Qué calladito te lo tenías» «¡Vaya! así que yo soy una especie de consorte del jefazo», pero el tono y la actitud de Calen le indicaron que no era oportuno. Dejó que continuara hablando y unos minutos después habían desaparecido todas sus ganas de bromear. En realidad, su estado de ánimo se debatía entre el asombro y el cabreo. Para determinar hacia cuál de los dos estados se inclinaba la balanza, decidió dejar que siguiera hablando un poco más.

Lo escuchó relatar una historia digna del mejor libro de aventuras, en el que se entremezclaban conjuros, magia, druidas, dioses del inframundo y viajes en el tiempo. Barajó la posibilidad de que Calen volviera a bromear, pero a los pocos minutos, pese a su escepticismo sobre esos temas y a lo increíble que sonaba el relato de principio a fin, empezó a tomarlo en serio. La historia estaba tan bien argumentada que algo le decía que Calen no había inventado ni el más ínfimo detalle y eso sí que la asustó. Y, como parapeto defensivo, se refugió en el sarcasmo.

—¿Quieres decirme que has nacido en el siglo XIII y que ese trozo de tela es el responsable de que hayas viajado en el tiempo?

—Sí, exacto —respondió sin perderla de vista.

Para su gusto se lo estaba tomando de forma demasiado calmada. No le había interrumpido ni una sola vez mientras contaba toda su odisea y algo le decía que, esa calma aparente, estaba a punto de terminar.

Isabel, desde fuera, podía parecer calmada, pero su mente estaba sufriendo todo un terremoto interno y su boca era la salida natural por la que toda la lava del volcán iba a comenzar a erupcionar.

—¿Sabes qué? Llevas semanas pitorreándote de mí con ese temita y he aguantado tus bromas sin protestar, pero ya no tiene gracia.

—No te lo he contado para que te haga gracia —replicó muy pausado, consciente de que, a priori, no debía sonar muy creíble—. Te lo he contado porque es la verdad y no quería seguir ocultándotela.

Isabel había intentado mostrar una calma que no sentía. Ninguna de las alternativas era muy halagüeña. O ese tío intentaba burlarse sin escrúpulos de ella o lo que contaba era verdad. Y esa segunda opción, era mucho más terrorífica.

Su temperamento no aguantó más. Un segundo estaba sentada, erguida y con las manos apoyadas sobre la mesa y, al siguiente, la silla había caído al suelo y ella caminaba de un lado a otro, al tiempo que gesticulaba de forma exagerada.

—Pero ¿tú eres gilipollas? ¿Tan estúpida me crees para tragarme esa patraña?

—No creo que seas en absoluto estúpida —negó con calma Calen—. De hecho, cuento, precisamente, con que seas todo lo contrario.

—Pero, vamos a ver —exclamó, muy sulfurada, volviendo sobre sus pasos y tomando la tela en sus manos— ¿Cómo este viejo trapo te va a hacer ir a ninguna parte? —preguntó irreverente, tirando otra vez el retal de tela sobre la mesa—. ¡Es una solemne tontería! —sentenció tras reanudar su ir y venir.

—Sé que puede resultar difícil de creer, pero te aseguro que así sucedió.

Isabel regresó sobre sus pasos, apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia delante para acercar su rostro lo más posible al de Calen.

—Así ¿cómo? —interrogó con cara de pocos amigos.

—Ya te lo he dicho. Formulé la petición formalmente y Vadala la aceptó.

Isabel se reclinó hacia atrás hasta recuperar la horizontalidad. Agachó la cabeza, cerró los ojos y respiró muy profundo intentando serenarse.

—Creo que voy a sufrir un ataque de ansiedad.

Él miró alerta a ambos lados a medio camino entre la indignación y la incredulidad. No creía posible que nadie, ni siquiera del inframundo, se atreviera a atacarla estando él a un metro escaso. Endureció la expresión y afirmó con rotundidad:

—Estate tranquila, mientras yo esté contigo, nadie te va a atacar.

Isabel no supo si reír o llorar porque, que Calen hubiera tomado su frase al pie de la letra, como si de verdad esperase un ataque, sería algo muy lógico en alguien llegado del siglo XIII. Aun así, siguió negándose a claudicar.

—Eso que me estás contando, rompe todas las lógicas. Es imposible que suceda —aseveró dando un golpe en la mesa.

—Te digo que no lo es —respondió Calen sin perder la calma.

—¿Sabes qué? —lo increpó nerviosa, inclinándose otra vez hacia delante con gesto desafiante—. A mí me parece mucho más creíble que te hayas escapado de un psiquiátrico y que ahora intentes arrastrarme a mí en tu locura —culpó, enderezándose de nuevo.

Antes de reanudar su frenético paseo, comprobó que su albornoz se había abierto con tanta gesticulación. Cruzó las solapas con gesto brusco, tiró del cinturón para ajustar la prenda y, entonces sí, avanzó a toda velocidad hasta casi chocar con el televisor.

—¿Con qué fin iba a hacer eso?

—¡Está muy claro! —replicó, dando media vuelta y reemprendiendo su paseo—. Para que me encierren contigo en el manicomio y vivamos juntos, felices para siempre.

Calen no sabía qué más decir para convencerla.

—Escucha…

—No, escúchame tú —ordenó silenciándolo—. Quieres decirme que ese trapo…

—No lo llames así, suena irreverente —rogó, dolido por su falta de respeto.

Isabel levantó los brazos y le mostró las palmas, fingiendo una disculpa. Regresó hasta la mesa, tomó el retal sin miramientos y retomó la frase con algo de retintín.

—¿Quieres decirme que esta maravillosa pieza de tela —añadió con sorna—, tiene poderes mágicos y que, si yo pidiera un deseo me lo concedería?

Calen entornó los ojos, algo descolocado. Jamás se le había ocurrido hacerse esa pregunta. Siempre había dado por hecho que el retal solo funcionaba en manos de un laird.

—Supongo que no —respondió, aún pensativo—, pero no lo sé seguro. Siempre se ha dado por hecho que, al permanecer bajo la custodia del laird, su magia solo era efectiva si la petición la formulaba él. Aunque, en realidad, no hay evidencias que prueben tal cosa —razonó, pensativo.

—¡Ohhh! —exclamó Isabel, haciendo un gran aspaviento con los brazos—. ¡Qué conveniente para la credibilidad de tu historia,

que la magia solo funcione contigo! Pero, tal vez deberíamos comprobarlo para asegurarnos.

El tono chulesco de Isabel, lo puso en alerta. Calen reaccionó de inmediato, pero no con la suficiente rapidez. Para cuando quiso levantarse, bordear la mesa y arrebatarle el retal de la mano, ella ya había tomado la palabra y estaba formulando la petición:

Mi querida Vadala,

me gustaría viajar, diez minutos nada más,

al tiempo y lugar del que vino mo gharàdh[10]

para luego regresar a este mismo tiempo y lugar.

Isabel pensó que la mejor manera de desmantelar aquella fábula era encender la mecha en pleno polvorín y hacerlo saltar por los aires. Pero la que saltó fue ella y no por los aires… sino por el tiempo.

Si prometes guardar silencio, puedes asomarte y ser testigo de la discusión que cambió las vidas de Isabel y Calen para siempre.



ACCEDE AL CONTENDIO EXCLUSIVO



AÑO 1290

Para pronunciar el conjuro y darle más pompa y boato, había cruzado los brazos sobre su pecho con la tela bien sujeta en su puño y había cerrado los ojos. Cuando los abrió, dispuesta a burlarse de Calen al haber dado al traste con su farsa, se quedó sin aire. Se sintió débil y mareada y todo a su alrededor comenzó a desvanecerse. Fijó su mirada en Calen y vio cómo se levantaba con rapidez y, con una expresión mezcla de asombro y terror, intentaba alcanzarla. Tras el siguiente parpadeo, él y el salón habían desaparecido y estaba sola, en realidad rodeada de extraños, en medio de lo que parecía una aldea medieval recién atacada. ¡Aquello era una locura! Parecía haber aterrizado en pleno rodaje de una película, pero algo le decía que aquello no era ficción.

Observó paralizada cómo las mujeres huían despavoridas, los niños lloraban desconsolados y los lugareños se enfrentaban a los agresores con palos, hachas o lo que tuvieran a mano. Ella seguía paralizada. Solo era capaz de mover los ojos, intentando captar todo el caos que la rodeaba. Un jinete pasó junto a ella a toda velocidad y eso fue lo que la sacó de su estupor. Hasta entonces, solo había sido capaz de captar las imágenes, como si contemplara una película de cine mudo, pero de golpe, toda una amalgama de voces y gritos reverberó en su cabeza y tuvo que taparse los oídos con las manos para poder pensar.

Tenía que quitarse de en medio o se la llevarían por delante. Miró en todas direcciones, buscando un lugar donde esconderse y localizó una especie de cobertizo a su espalda. Ya estaba casi en la puerta cuando un fuerte brazo la cogió desde detrás por la cintura y la levantó en volandas. Isabel se revolvió y pataleó para que la soltara, quienquiera que la sujetase, pero lo único que consiguió fue que la agarrara con más fuerza. La metió al interior y la tiró al suelo con brusquedad. El golpe seco la dejó sin respiración y antes de que pudiera reaccionar, un hombre inmenso y mugriento estaba a horcajadas encima de ella. Y, lo que es peor, antes de que pudiera evitarlo, le dio un rudo beso en la boca.

Mientras seguía pateando y braceando, no dejaba de repetirse que aquello no podía estar pasando, pero estaba. Sentía el peso del hombre encima y su repugnante aliento golpeándole en la cara. Ella estaba aterrada. Él, por el contrario, sonreía divertido. Isabel, en su constante braceo, consiguió que uno de sus puños, en el que apretaba con fuerza la tela, impactara de lleno en la mejilla del agresor. Pareció tan sorprendido como lo estaba ella de que lo hubiera conseguido, pero al momento se enfureció y la zarandeó con fuerza. Estaba segura de que, si seguía sacudiéndola con tanta brutalidad, era cuestión de segundos que alguna de sus vértebras se descolocara. El hombre dejó de hacerlo de repente y su gesto de enfado se transformó en una expresión de puro gozo, como si alguien hubiera puesto delante de sus ojos un plato con un rico festín. Al mirarse a sí misma lo comprendió. Con el meneo, el cinturón del albornoz había vuelto a aflojarse, dejando al descubierto todo un manjar a los ojos de aquel individuo.

Isabel, aprovechando que seguía pasmado, intentó atizarle otro puñetazo, pero esta vez, no lo consiguió. Él, sin ningún esfuerzo, atrapó sus dos puños con una sola mano y los empujó hasta posarlos en el suelo, detrás de la cabeza de Isabel. Luego, volvió a fijar la vista en el escote femenino y con la mano libre, apartó el albornoz hacia los lados. Otra vez la miraba con ojos desorbitados por la sorpresa. Sin duda, la extraña ropa interior que llevaba la mujer, lo tenía desconcertado. Posó la palma de su mano sobre una de las copas del sujetador y ejerció un poco de presión.

Sus pupilas volvieron a agrandarse y bailotear al pisar de nuevo terreno conocido.

Pareció ser consciente de que estaba perdiendo demasiado tiempo con aquella mujer, así que decidió dejarse de juegos y empezó a tirar con fuerza de la prenda, intentando arrancarla.

Isabel no daba crédito. ¿De verdad la iba a violar un maleante del siglo XIII? Comenzó a notar que le faltaba el aire y fue consciente de que estaba a punto de entrar en pánico. Un segundo estaba atrapada, bajo aquella mole de mugre, y al siguiente, estaba otra vez en el salón de su casa. Semidesnuda y aterrada, pero a salvo.



AÑO 2025

Calen llevaba diez minutos paseando, como un león enjaulado, a lo largo del diminuto salón de Isabel. Llegó hasta el ventanal de la terraza y giró para emprender el trayecto una vez más y entonces la vio aparecer junto al sofá. En dos zancadas estaba junto a ella. La estrechó contra su pecho y tres segundos más tarde volvió a separarla para reprender su irresponsable forma de actuar. Se fijó por primera vez en su rostro desencajado y no le hizo falta preguntar, supo que algo malo había ocurrido.

Le quitó el albornoz sin demasiada delicadeza y comenzó una exhaustiva revisión de su cuerpo. Isabel seguía sin pronunciar palabra y, pese a su estado catatónico, no dejaba de intentar cubrirse. Calen no cedió a su mudo ruego. Necesitaba comprobar que no la habían herido. La parte superior, a excepción de algún arañazo y rojeces, no parecía tener ninguna lesión importante. Calen hincó la rodilla en el suelo y continuó con la exploración. Tras revisar la parte delantera, la obligó a girarse y palpó sus nalgas y las piernas. El hecho de que, a pesar del estado lamentable que presentaba, parecía que la hubieran arrastrado por media aldea, todavía llevara puesta la ropa interior, le proporcionó un mínimo de calma.

Cuando quedó satisfecho con la inspección volvió a abrazarla, no supo si por el bienestar de Isabel o por el suyo propio. Ni en la más cruenta de todas las batallas en las que había participado había pasado tanto miedo, ni se había sentido tan impotente como en los últimos diez minutos.

Al darse cuenta de que le costaba mantenerse de pie, la tomó en brazos y la llevó a la habitación. La acostó con delicadeza sobre la cama, la cubrió amorosamente con la colcha y se acostó tras ella. Estaba deseando saber qué le había sucedido, pero no iba a agobiarla con preguntas. Sabía que tendría que esperar un poco más. La abrazó fuerte y la atrajo hacia sí para mecerla como a un bebé. Y cuando, poco después, la escuchó empezar a llorar muy bajito, sin dejar de acunarla, comenzó a susurrarle una y otra vez, que estaba a salvo, que todo estaba bien.



Ninguno de los dos tuvo curiosidad por saber cuánto tiempo pasaron así. Muy pegados el uno al otro. Ella llorando bajito y él acunándola entre murmullos. Transcurrió lo que quedaba de mañana y dejaron que el mediodía se alejara, sin cambiar su posición.

Y poco a poco esas palabras susurradas fueron calando en la mente de Isabel. Se fue relajando y la neblina en la que se había sumido su mente tras la traumática experiencia, empezó a disiparse. Se obligó a respirar hondo unas cuantas veces para hacerla desaparecer por completo. Y entonces fue consciente de dos verdades igual de aterradoras: que habían estado a punto de violarla y que todo lo que Calen le había contado era cierto. Pegado a su espalda tenía a un hombre que había viajado más de setecientos años en el tiempo. Y fue en ese momento cuando toda la historia cobró una nueva dimensión.

Se giró para poder mirarlo a los ojos y él, le mantuvo la mirada en silencio. Intuía el torbellino que bullía en la cabeza de la mujer.

—Por favor, vuelve a contármelo todo —pidió poco después —. Ahora te escucho.

Y él lo hizo. Le habló de sus esposas muertas… de su desesperación por conseguir una nueva esposa… de la importancia de engendrar un heredero para su clan… de su inoportuna borrachera, de su estúpida burla de la leyenda y de su llegada a este mundo, como consecuencia de ella.

Le habló de todo eso con detalle, sin omitir nada, pero no le mencionó qué ocurriría si no conseguía regresar con una esposa en el plazo convenido.

Los silencios fueron una parte importante de la conversación, más bien del monólogo, puesto que Isabel casi no intervino. Dejó que él lo contara a su ritmo y solo cuando tuvo curiosidad por algún aspecto concreto, interrumpió pidiendo una aclaración más exhaustiva.

Isabel, alertada por un cambio brusco en la luz, se giró para mirar el reloj de la mesilla. Eran poco más de las seis, en teoría, aún quedaban varias horas para que se pusiera el sol. Sin embargo, el fragmento de cielo visible desde la ventana se había cubierto de densas nubes de un gris plomizo, que parecían tener prisa por descargar su contenido. Se avecinaba una tormenta.

—Estoy un poco destemplada —afirmó, apartando la colcha e incorporándose—. Voy a prepararme una infusión.

—Buena idea —respondió Calen, echando también pie a tierra.

—¿Tú también quieres una infusión? —preguntó extrañada.

—No. Quiero recuperar la templanza, pero para eso, yo necesito algo más fuerte. Echaré mano de mi botella mágica.

Isabel sabía a cuál se refería. Desde el día que lo conoció, siempre que tenía ocasión, aseguraba que la cerveza que bebían aquí era tan suave e insulsa que parecía pis de gato. Ella siempre había pensado que por «aquí» se refería a España, pero ahora comprendía que él se refería al presente. Sin embargo, cuando probó el whisky por primera vez, aquel destilado le pareció toda una revelación, un licor con la fuerza del aguardiente de su época, pero infinitamente más refinado. Desde ese día, junto con el vino, era lo único que Isabel le veía beber.

Isabel se detuvo nada más rebasar el umbral de la puerta.

—Primero necesito lavarme —anunció con voz apagada—. Voy a darme una ducha rápida.

Calen asintió.

—Pondré a calentar agua para tu infusión.

Un cuarto de hora más tarde, estaban instalados en el sofá, sentados de medio lado para poderse mirar a los ojos: Isabel con su tisana y Calen con su whisky.

Ella, tras los dos primeros tragos, empezó a recuperar la calma. Después de todo y siendo consciente de lo que podía haber pasado, todo había quedado en un susto.

Se dio cuenta de que Calen seguía observándola como un halcón y la sorprendió ver miedo reflejado en su mirada.

—¿Seguro que no te sentará mal eso con el estómago vacío? —le preguntó con cierto tono maternal.

—Tranquila, no es la primera vez que recurro a él por sus efectos medicinales.

Calen alargó el brazo que tenía apoyado en el respaldo del sofá y acarició la mejilla de Isabel.

—¿Estás mejor?

Isabel afirmó con la cabeza, posó la jarra sobre la mesita y apoyó la cabeza sobre el pecho de Calen, abrazándose a su cintura.

Tras una larga inspiración, como si necesitara cargarse de energía, quiso retomar la conversación en el punto dónde la habían interrumpido.

—Háblame de Vadala.

—Ya te lo conté todo.

—Lo sé, pero entonces no te escuché. No quería creerlo. Ahora estoy preparada para saberlo todo sobre la leyenda de Vadala.

—Está bien —asintió Calen, con tono grave, apretándola aún más contra su pecho, sin saber si lo hacía porque ella se sintiera más segura o para sentirse más seguro él—. Lo primero que tienes que tener claro, como has comprobado, es que no es una leyenda ni ningún cuento de viejas. Su historia es real y por suerte o por desgracia, el destino de los Callaghan está ligado a ella.

Hizo una breve pausa, que Isabel aprovechó para acomodarse mejor contra su pecho y abrazarse con más fuerza a su

cintura.

—Eso ya lo tengo claro —aseguró mientras lo hacía.

—Antes Vadala —comenzó Calen—, era la encargada de acompañar a los que estaban a punto de morir a cruzar al otro lado. A ella recurrían los propios moribundos o sus parientes para que los guiara y ayudara a pasar al otro mundo. Pero algo cambió.

—¿En qué sentido?

—Los dioses empezaron a sospechar que se estaba extralimitando en sus funciones. Estaban seguros de que retenía las almas de los que debían cruzar al otro lado, más tiempo del debido.

—¿Con qué fin?

—Al principio seguramente por pura diversión. Pero luego empezó a obsesionarse y a disfrutar demasiado con la angustia y la desazón que mostraban los pobres desgraciados que caían en sus manos. Su lado oscuro, alimentado por los miedos y las súplicas de los agonizantes, comenzó a crecer de modo exponencial.

—Y eso cabreó al resto de deidades —dedujo Isabel.

—Supongo que más que cabrearlos les preocupaba que hiciera su santa voluntad y se convirtiera en alguien demasiado poderoso e incontrolable.

—Y empezaron a verla como una amenaza.

—Exacto. No podían destruirla directamente sin romper sus propias leyes, así que formaron un ejército humano. Valerosos guerreros y prestigiosos druidas se pusieron al servicio del orden divino, con la misión de aniquilarla.

—Con tan mala fortuna que eligieron como campo de batalla las tierras de los Callaghan.

—En efecto.

—Y los Callaghan salieron en tromba a defender a la débil damisela en apuros.

A Calen no le pasó desapercibido ese leve tono burlón y le dio un suave tirón de pelo a modo de correctivo para, a continuación, besar cariñoso la zona maltratada antes de aclarar:

—Por lo que sé de Vadala, yo no la definiría como una débil damisela en apuros. Y te aseguro que tampoco contaba con el cariño y el apoyo incondicional de los míos. Pero el honor es el

honor. Y en tierras de los Callaghan no se mata a traición a nadie sin que, al menos, intentemos defenderlo.

Ahora fue él el que añadió con cierta sorna:

—Menos a una diosa, por muy perversa y poco de fiar que sea.

—Y así fue como tu ¿bisabuelo?

—Tatarabuelo. Malcolm Callaghan, *primer laird de Glenbràith.*

—Tu tatarabuelo, Malcolm Callaghan, *primer laird de Glenbràith* —repitió ella con solemnidad—*,* perdió la vida por defender a Vadala.

—Exacto. Y eso lo cambió todo —susurró melancólico.

Isabel apoyó la mano sobre su camisa y dejó que la palma se deslizara con suavidad, como si ese sencillo gesto pudiera calmar su pena sin necesidad de palabras. Surtió efecto. Calen respiró profundo y en la siguiente espiración se liberó de su congoja y continuó con el relato.

—Mi bisabuelo, Ian Callaghan, con veinte años recién cumplidos, tuvo que ver morir a su padre sin poder hacer nada para evitarlo. Supongo que la mezcla de impotencia y rabia contenida le dio el valor suficiente para atreverse a exigir a Vadala una compensación por el sacrificio de su padre.

—Y ella accedió.

Calen soltó un corto resoplido.

—No por gusto, estoy seguro. Es sabido por todos que Vadala odia que la obliguen a hacer nada. Imagino que, desde el primer momento, detestó a aquel muchacho por su osadía, pero muy a su pesar, tuvo que ceder. Aunque, como era de esperar, se aseguró de conservar la ventaja en su trato.

Isabel, sin levantar la mejilla de la camisa de Calen, le palmeó el pecho, apremiándolo para que continuara.

—Esta parte la conozco, la he sufrido en propias carnes, pero quiero oírla de tus labios. Continúa, por favor.

Calen miró con reverencia la pequeña caja de madera que contenía la reliquia y aún estaba encima de la mesa, y como si recitara una antigua letanía, añadió:

—Vadala se agachó y rasgó un trozo del manto ensangrentado del laird y se lo entregó a su heredero asegurándole que, quien lo empuñara con deseo verdadero, recibiría su ayuda para alcanzar lo que más ansiaba. Pero si, a pesar de su mediación, no lo lograba… entonces ella reclamaría lo que era suyo y lo arrastraría al Inframundo para siempre.

Aunque todas las ventanas estaban cerradas, ambos sintieron un soplo de aire fresco que les hizo estremecerse al unísono. Isabel se incorporó y se frotó los antebrazos con ambas manos para eliminar esa sensación de vulnerabilidad.

Por motivos diferentes, guardaron silencio durante unos segundos.

—¿Sabes si alguien más, además de vosotros, lo ha usado?

Calen negó con la cabeza antes de levantarse del sofá y caminar furioso hasta el ventanal.

—No tengo ninguna prueba —afirmó con tono burlón, mientras friccionaba con fuerza su nuca—, pero me parece que soy el primer gilipollas que ha tenido la brillante idea de invocar la ayuda de la tramposa e intrigante Vadala.

Un relámpago eligió justo ese instante para rasgar el oscurecido cielo y un potente trueno resonó pocos segundos después.

Calen se giró para mirar a Isabel, vio un punto de temor en sus ojos e intentando desdramatizar lo que acababa de pasar, añadió sarcástico:

—No le cuentes esto a Lethan o verá en una simple coincidencia un aviso amenazador del más allá.

Hizo una mueca burlesca, mezcla de temor e incredulidad, y eso bastó para que Isabel se relajara de nuevo.

Se habían saltado la comida y Calen ni siquiera había desayunado, por lo que acogió con agrado la propuesta de Isabel de trasladarse a la cocina y preparar algo ligero que sirviera de cena. Calen se limitó, como siempre que decidían cocinar juntos, a merodear alrededor de ella, pero, aun así, ella agradeció su compañía.

Isabel preparó una generosa tortilla de patatas, que Calen devoró casi en su totalidad. Ella se sirvió una pequeña ración que, tras media docena de bocados, quedó olvidada en el plato. Y el silencio, una vez más, se convirtió en el protagonista.

Calen no quería meterle prisa, pero llevaba horas conteniéndose las ganas de interrogarla sobre lo que había sucedido en esos eternos diez minutos en los que había permanecido ausente. Ya no podía aguantar más.

Isabel se había levantado para llevar su plato casi intacto hasta la fregadera y permanecía ahí, de espaldas a él y ensimismada. Calen apuró de un largo trago la copa de vino, apoyó los codos en la mesa y entrelazó las manos a la altura de la nariz. Entonces, con una voz calmada, tan protectora como su mirada, sugirió:

—Creo que, ahora, te toca hablar a ti.

Sí, Isabel sabía que era lo justo. Calen había demostrado una paciencia infinita. Conociéndolo, tenía que haberle costado un gran esfuerzo no acribillarla a preguntas nada más regresar.

Afirmó con la cabeza y, sin girarse, comenzó a narrar su relato. Lo hizo de forma serena, casi impersonal, como si hubiera sido una simple espectadora. Pero la rigidez de su postura, la tensión de los hombros, y la fuerza con que se sujetaba con ambas manos a la encimera, indicaban que su aparente serenidad era solo fachada.

Cuando terminó la crónica de lo acontecido, Calen, que a duras penas había resistido sentado, se levantó, se acercó a ella y la besó en la frente para luego estrecharla entre sus brazos, dando gracias a todos los dioses por haberla mantenido a salvo.

—Supongo que habrás tenido la mala fortuna de aparecer en mitad de una de las incursiones habituales de los Burg —conjeturó poco después.

—¿Quiénes son esos Burg y a qué llamas tú habituales? —preguntó separándose hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Los Burg son nuestros vecinos del norte. Nunca han llevado bien que nuestro clan sea más fuerte y respetado que el suyo.

Desde que mataron a mi bisabuelo, la antipatía entre ambos clanes es mutua.

—Espera, espera —lo interrumpió, con tono titubeante— ¿mataron a tu bisabuelo? —preguntó a medio camino entre la alarma y el alivio, sin tener claro si debía sentirse asustada o afortunada tras su encuentro con los Burg.

—Mi bisabuelo, Ian Callaghan, asumió el liderazgo del clan después de que su padre Malcolm diera su vida por proteger a Vadala —explicó gustoso Calen—. Se ganó el respeto de su clan. Pero, más importante todavía, se ganó el respeto de la corona tras posicionarse de lado de Guillermo I frente a la presión que el monarca inglés estaba ejerciendo sobre él.

Isabel, pese a que los engranajes de su cabeza, en ese momento, no iban todo lo rápido que acostumbraban, pronto dedujo que el monarca inglés al que se refería era Juan I, también llamado Juan Sin Tierras, el hermano menor de Ricardo Corazón de León.

—Más tarde —estaba diciendo Calen—, el propio Alejandro II, el hijo de Guillermo, reconoció los derechos del clan sobre el valle de Glenbràith al invitar a mi bisabuelo a presentar los títulos de propiedad de las tierras ante el tribunal real. Glenbràith —añadió, sin poder ocultar su orgullo—, es un paso estratégico clave para el comercio entre las tierras del priorato y la costa. Los Burg llevaban décadas intentando hacerse con el control del valle, así que, como te puedes imaginar, que recibiéramos este respaldo por parte de la corona, no gustó demasiado a nuestros vecinos.

Isabel lo escuchaba hablar todavía abrumada ante el hecho de tener en su cocina a un hombre que había nacido en el siglo XIII. Era algo increíble. Tan increíble como que ella no hubiera percibido algo extraño en él desde el principio.

Ahora le parecía tan obvio…

Tenía la mente al borde del colapso, pero se obligó a seguir atenta a las palabras de Calen. Ya habría tiempo para asimilar la magnitud de todo lo que había vivido y descubierto en las últimas horas, aunque todavía no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo.

Calen había hecho una pausa y la miraba, supuso, intentando evaluar su estado emocional. Antes de que las piernas le fallaran,

notaba que le flojeaban, decidió tomar asiento de nuevo y desde allí le animó a que continuara, preguntándole:

—¿Cómo murió tu bisabuelo?

—Le prepararon una emboscada y lo asesinaron sin darle la más mínima oportunidad de defenderse, como los cobardes que son —respondió con un tono frío y distante que no dejaba traslucir toda la ira que le provocaba hablar de ello.

—Si los enfrentamientos siguen vigentes en tu tiempo, imagino que esa acción tuvo sus represalias por vuestra parte —conjeturó, con buen criterio.

—Por supuesto —respondió, como si fuera algo obvio—. Mi abuelo Duncan juró venganza y lideró en persona el ataque contra los Burg. Los obligó a firmar un pacto de no agresión y a retroceder y abandonar parte de su territorio para crear una tierra de nadie entre ambos clanes.

Calen parecía perdido en sus pensamientos. Isabel respetó su silencio.

—Su esfuerzo no sirvió de mucho. Una vez más, años más tarde, los Burg incumplieron su palabra. Y hubo un nuevo enfrentamiento abierto que tuvo su punto álgido en los campos de Caol Gleann. Los Callaghan ganaron la batalla, pero el abuelo Duncan cayó mortalmente herido.

Isabel podía imaginar la red de odio que generación tras generación van creando hechos así.

Calen se encogió de hombros y con ello pareció sacudirse toda la nostalgia que le había provocado hablar del pasado. Con tono más ligero, como si intentara restar importancia al asunto, añadió:

—Las rencillas entre ambos clanes han sido constantes desde entonces. Mi padre consiguió meterlos en vereda. Están mucho más comedidos y parecen haber entendido, por fin, cómo son las cosas. Pero, de vez en cuando, irrumpen en alguna aldea y arman un poco de alboroto. Normalmente no suelen pasar a mayores. Reparten algunos puñetazos, hacen pequeños destrozos y se van por donde han venido.

—Y ¿ya está? —exclamó Isabel con incredulidad.

—No, por supuesto que no. Después solemos ser nosotros los que vamos a una de sus aldeas y hacemos algo parecido para resarcirnos.

Isabel no daba crédito a lo que estaba oyendo. Calen se dio cuenta de lo mal que debía de haber sonado su alegato para alguien del siglo XXI.

—Sé cómo suenan esas palabras en tus oídos, pero te aseguro que no es para tanto. Digamos que es una práctica habitual. Nos mantiene alerta y activos y hostigar a los vecinos no deja de ser una forma de divertirnos.

—¿Diversión? —gritó, levantándose de golpe como empujada por un impulso interno, y volviéndose a sentar al instante, al darse cuenta de su incapacidad temporal de mantenerse en pie—. ¡Una bestia malnacida casi me viola! ¿Me estás diciendo que, por diversión, tú y los tuyos también tenéis la costumbre de hacerlo? —preguntó horrorizada.

—Por supuesto que no —aseguró categórico—. No digo que a veces, lamentablemente, no ocurra —confesó con cierto recelo—, pero siempre el culpable recibe su castigo. Lamento mucho lo que te ha sucedido y te aseguro que mi percepción de lo que es divertido y de lo que no, a partir de ahora, no será la misma.

Isabel bajó la cabeza y resopló como un toro de lidia.

Calen se puso en cuclillas ante ella, la sujetó por la barbilla y la obligó a levantar la vista para mirarlo.

—Sé que es algo incomprensible para tu mentalidad. No te pido que lo entiendas o lo apruebes, solo que intentes verlo con mis ojos. Vuestra sociedad tampoco es perfecta. Tenéis robos y asesinatos. Y también violaciones a diario y convivís con ello. Los saqueos y las incursiones forman parte de la mía. No lo defiendo, al contrario, me alegra saber que es una de las cosas que desaparecerán en unos años. Solo quiero decir que, ni allí es todo malo, ni aquí todo es bueno. Nada más.

Calen no la soltó hasta que ella afirmó con la cabeza.

—Dejémoslo aquí por hoy —propuso, ya más calmada—. Estoy agotada. Me voy a la cama —añadió, levantándose y casi llevándoselo por delante al hacerlo.

—¿Estás bien? —preguntó Calen, interceptando su salida.

Isabel ladeó la cabeza y atrapó con dulzura la mano que le acariciaba el rostro, acunándola entre la mejilla y el hombro. Sonrió serena antes de responder.

—Solo necesito dormir tropecientas horas seguidas —bromeó —. No te preocupes, mañana estaré como nueva —aseguró posando su mano sobre la que Calen aún tenía en su mejilla.

Isabel hizo mención de esquivarlo y echar a andar, pero él se resistió a dejarla marchar sin verbalizar en alto un último ruego.

—Debes prometerme que nunca más volverás a hacer una petición a Vadala si no estoy a tu lado.

Isabel bufó como si le hubiera planteado hacer algo a todas luces imposible.

—Te aseguro que no tengo intención de volver a hacer algo semejante, ni sola ni acompañada.

Calen la tomó de la nuca y la atrajo hacia sí.

—Mi viajera en el tiempo… —exclamó antes de depositar un beso en su frente.

—¡Vaya viajera estoy hecha! He hecho un aterrizaje forzoso en toda regla —se lamentó Isabel—. Bueno, al menos ya sabemos que el trapo zarrapastroso ese, no solo obedece a los lairds.

—¡Ajjjj! —se quejó Calen de forma exagerada, echando la cabeza atrás—. No lo llames así —rogó, quejumbroso —, me desgarra las entrañas.

Calen bajó la vista de nuevo para mirarla y la pícara sonrisa que encontró en su cara lo tranquilizó más rápido que un trago del mejor whisky. Volvió a estrecharla contra su pecho para acariciarle la espalda.

Isabel se dejó abrazar. Acurrucada en sus brazos se sentía a salvo y eso era justo lo que necesitaba.

Calen la tomó en brazos sin previo aviso y puso rumbo al dormitorio.

—Vámonos a la cama.

La oscuridad los fue engullendo al tiempo que los nervios de Isabel se iban templando. El sonido de los truenos, cada vez más lejanos, los acompañó hasta que se quedaron dormidos.

Piso de Isabel. El lugar donde Calen e Isabel empiezan a desafiar las leyes del espacio- tiempo.

Si te apetece, puedes pasear por él con total libertad.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Cuando despertó, Calen no estaba en la cama. Aún más dormida que despierta, se reincorporó un poco para consultar el reloj de la mesilla. Las diez y cuarto. Se dejó caer otra vez con fuerza sobre la almohada. No recordaba cuándo había dormido hasta tan tarde, por muy domingo que fuera.

El olor a café terminó de despertarla del todo. Curiosamente, Calen, aunque nunca lo tomaba, había aprendido a manejar la cafetera italiana solo para preparárselo a ella. Sonrió, con esa mezcla de asombro y ternura que le provocaban ese tipo de gestos. Que un hombre del siglo XXI hiciera algo así, ya era algo habitual, y no por ello menos valioso. Que lo hiciera uno del siglo XIII era casi impensable e imposible no agradecerlo. Con ese pensamiento, se puso la bata y se dirigió a la cocina. No lo encontró allí. El tintineo de una cucharilla la guió hasta el salón.

No estaba solo.

En cuanto la vieron, ambos hermanos interrumpieron su susurrante conversación y se pusieron en pie. Calen volvía a observarla con ojo crítico, evaluando su estado emocional. Lethan, por el contrario, parecía algo intimidado. Al incorporarse, se recolocó el cuello de la camisa con un gesto automático, casi inconsciente, y se irguió hasta estirarse por completo. Luego separó ligeramente las piernas y llevó las manos a la espalda en una postura firme, casi marcial. Solo entonces alzó la vista y la miró expectante… aunque también temeroso de que Isabel lo viera con otros ojos.

Por un instante, así fue.

Isabel pasó revista a aquel musculoso cuerpo y, ahora lo veía claro, siempre en guardia, y reconoció en él a un guerrero nato. Le resultaba increíble haberlo confundido con un simple albañil del siglo XXI.

Después, al mirarlo a los ojos, encontró en ellos la bravura que esperaba, pero también la ternura que le caracterizaba y ese afecto silencioso que ya había empezado a surgir entre ellos. La sonrisa contagiosa que se dibujó poco a poco en sus labios, le devolvió al Lethan bromista y cariñoso que ella conocía.

Los hombros de Lethan se destensaron y sonrió más abiertamente antes de inclinar su cuerpo en señal de respeto.

—*A Bhean Uasal*.[11]

—No tengo ni idea de qué me has llamado, pero veo la chufla en tu mirada. Será mejor que me des un abrazo antes de que decida perseguirte con la escoba.

El guerrero obedeció la orden, encantado, y toda la tensión del ambiente se esfumó.

Era evidente que Calen había puesto al día a su hermano sobre el altercado asociado al improvisado viaje en el tiempo de Isabel. Lethan le pidió disculpas, como si en parte fuera responsable de lo ocurrido, y se interesó por su estado. Ella le eximió de toda culpa y, con un rápido «estoy bien», zanjó de inmediato el escabroso tema de su atropellado viaje.

Se trasladaron a la cocina para desayunar y bollos, cuencos de leche de avena y cereales integrales fueron testigos mudos de la conversación que se desarrolló a continuación. El apetito de los hermanos no parecía afectado por las novedades acontecidas en las últimas horas.

Isabel, en cambio, aunque se resistiera a reconocerlo, seguía con el cuerpo revuelto por el huracán de acontecimientos vividos. Solo se sirvió una generosa taza de café. En ese momento, para ella era mucho más urgente saciar su curiosidad que su estómago. Su cabeza era un hervidero de ideas y preguntas. Quería saberlo todo. Bajo esa nueva verdad, en la que Lethan y Calen habían viajado en

el tiempo, todo adquiría una perspectiva diferente. A través de los libros había aprendido muchas cosas de su tierra y de su tiempo, pero ahora quería escucharlo de sus labios.

Del mismo modo, para ellos poder hablar sin tapujos de lo ocurrido también fue una liberación. Intentaron describir lo que sintieron cuando, tras un parpadeo, estaban en otro país y en otro siglo. Ahora Isabel podía comprenderlo a la perfección.

—Esos primeros momentos, cuando comprendimos que la leyenda se había cumplido, fueron impactantes —explicó Calen—. Nos quedamos sin habla, ¿verdad?

—Sí, no éramos capaces de procesar lo ocurrido —añadió Lethan—. Nos dolía todo el cuerpo, supongo que como te pasó a ti.

Cuando Isabel afirmó con la cabeza, continuó:

—Pero eso no fue nada comparado con lo que vendría después. La primera vez que entramos en la ciudad, se nos sobrecargaron los sentidos. Todo era nuevo: olores, ruidos, texturas, colores… No sabíamos dónde mirar.

—Daba igual donde miráramos, todo era extraño y ajeno —apostilló Calen—. Nos pasamos un día entero deambulando sin rumbo, hasta que los olores se volvieron más suaves, los colores más tenues, las texturas más familiares y la visión del conjunto menos estridente. Cuando oscureció, regresamos al cobijo del bosque, convencidos de que ya controlábamos la situación.

—Pero no controlábamos una mierda —exclamó Lethan, ignorando la mirada recriminatoria que le dedicó Calen por utilizar ese vocabulario delante de Isabel—. Cuando empezamos a interactuar con la muchedumbre, fue peor. Mucho peor —se quejó apesadumbrado—. Gente, muchísima gente en las calles. Ni en la feria anual del condado, a la que acuden habitantes de más de una docena de poblaciones vecinas, habíamos visto tal multitud. Pensamos que, por algún motivo, todo el mundo había salido de sus casas a la vez. Incluso llegamos a creer que habíamos llegado en plena movilización para una batalla o algo así. Pero no. Simplemente era…

—¡Hora punta! —corearon a dúo los hermanos.

Se dieron cuenta de que Isabel intentaba contener la risa. No se ofendieron. Eran conscientes de lo cómica que debía parecer su odisea para alguien que había vivido toda su vida en medio de ese caos cotidiano. ¡Ahora, hasta a ellos les estaba sonando divertido!

—En un alarde de valentía sin precedentes —ironizó Calen—, hicimos un primer intento de comunicarnos con alguno de los viandantes, y entonces nos dimos cuenta de lo diferente que era este tiempo del nuestro. Gracias al conjuro hablábamos el mismo idioma, pero, aun así, no éramos capaces de entender nada.

—Creíamos que nos estábamos volviendo locos —apostilló Lethan.

—Nos batimos en retirada —continuó Calen, sin abandonar el tono jocoso—. No nos pareció deshonroso. Era evidente que el enemigo nos superaba en número, y eso requería diseñar una nueva estrategia.

Lethan le quitó la palabra.

—Por la tarde, una vez recuperado el ánimo tras sustraer algo de manduca de unos puestos ambulantes con los que nos topamos de casualidad —confesó divertido por haber intercalado en la frase esa palabra nueva que había escuchado a un compañero en la obra la tarde anterior—, optamos por intentar pasar desapercibidos, mantenernos callados, mezclarnos con la plebe y escuchar.

A Isabel, que seguía intentando contener la carcajada, le pareció harto difícil que dos hombres de más de un metro noventa de altura pasaran desapercibidos, pero no hizo comentario alguno.

—En fin, para no aburrirte —concluyó Lethan, tras apurar con un último sorbo el contenido del tazón—, después de varios intentos más, cada uno más osado que el anterior, conseguimos la suficiente información para emprender el cometido por el que habíamos venido: encontrar a la candidata perfecta para mi hermano. O sea, a ti. ¿Puedo repetir? —añadió levantando su taza vacía.

—Sírvete tú mismo —respondió Isabel, señalando hacia la encimera donde seguían expuestos la caja de cereales, los bollos, la cafetera, la leche y el resto de productos que componían el desayuno.

Isabel tenía curiosidad por ese punto en concreto que acababa de señalar Lethan. Miró directamente a Calen, que en ese momento saboreaba con deleite un bollo untado con mantequilla, y comentó:

—Viniendo de donde venís tuvo que ser muy impactante encontraros con mujeres independientes, con libertad para hablar y opinar de todo, decidiendo por sí mismas, sin tener que pedir permiso a ningún hombre… incluso dando órdenes a algunos. Supongo que en esos primeros días resultaría algo desconcertante para vosotros.

Frunció el ceño, intentando visualizar la escena, y añadió:

—Me cuesta imaginar cómo abordaste a tus primeras candidatas.

Calen acababa de dar otro bocado a su bollo recién impregnado de mantequilla y lo tragó sin apenas saborearlo para poder responder.

—En realidad, los primeros trabajos de campo los hizo este —respondió señalando a su hermano, que seguía rellenando su tazón y repoblando su plato de bollería.

Antes de dar otro mordisco al bollo, añadió en tono burlón:

—La primera lo abofeteó antes de que pudiera terminar de preguntarle cuánto cobraba.

Isabel cerró los ojos y echó la cabeza atrás, representando un pesar que no sentía. Por primera vez en muchas horas, se lo estaba pasando bien. Sabía que, para los hermanos, toda aquella vorágine de los primeros días tuvo que ser una experiencia casi traumática, y les agradecía que le estuvieran quitando hierro para hacerla más liviana para ella.

Al abrir los ojos y volver a mirar a Calen, este la estaba observando, calibrando el impacto que estaba causando en ella todo aquello.

—¡Patético! —exclamó, con énfasis, ahora mirando a Lethan.

Este se sintió obligado a defenderse.

—Noto cierto retintín en ese tonito —acusó, bajando la cabeza y alzando las cejas, como haría alguien que utilizara gafas para mirar a otro por encima de la montura—. Intenta imaginar lo

que es llegar a un mundo donde las mujeres deciden con quién, cuándo y cuántas veces se acuestan.

Ahora la señaló con el dedo índice mientras afirmaba:

—Las mujeres de tu época son… muy diferentes a las de la mía. Su forma de hablar, de caminar, de vestir… Son libres y resolutivas… —Calló un segundo, antes de añadir con una media sonrisa—. Son peligrosas.

—¿Peligrosas? —repitió Isabel, sorprendida por el matiz acusador implícito en el adjetivo.

—Para dos hombres como nosotros, criados en un tiempo en que las jerarquías entre hombres y mujeres son incuestionables, sí —alegó, intentando sonar serio—. En un instante, todo lo que nos habían enseñado, todo lo que creíamos saber… —Hizo una pausa breve, dejando que las palabras se asentaran—. Dejó de servirnos. Se esfumó de un plumazo. Tuvimos que empezar de cero.

—Sí, así os fue —replicó ella, conteniendo la risa de nuevo.

Recibió el impacto de una miga de pan en forma de proyectil, por su falta de respeto, que la hizo estallar en carcajadas.

—¡Shhh! ¡Haya paz! —amonestó Calen, igual de divertido que ellos.

Los tres se pusieron serios por un segundo y, cuando Lethan se sentó a la mesa, de vuelta con su segunda ración de desayuno, ella continuó con el interrogatorio.

—¿Y la segunda?

—No fue mucho mejor —confesó el aludido, sin el menor pudor—. Otra pregunta similar…, otra respuesta parecida.

Isabel fingió darle un capón, y él gesticuló de manera exagerada, como si de verdad lo hubiera golpeado.

—Tras varios intentos —intervino Calen—, consiguió dar con una joven lo suficientemente ingenua para tragarse el embuste de que profesaba una religión muy estricta que prohibía el contacto carnal entre las parejas hasta no haber jurado los votos.

Gracias a eso, pudo mantener una conversación bastante instructiva sobre el tema y averiguar que, en este tiempo, las mujeres son libres de practicar sexo, aunque no tengan intención de continuar con la relación. Y luego, cuando deciden tener una pareja

estable, no tienen problema en encontrar a un hombre dispuesto a tomarlas como esposa.

Aquí, las mujeres no temen que los demás se enteren de que comparten el lecho con quien les place. Y, para nuestra sorpresa, no son estigmatizadas por ello ni pierden valor ante los hombres.

—Por supuesto que no —espetó Isabel en un arrebato de feminismo, dispuesta a debatir sobre ello con quien se atreviera a rebatirlo.

Calen levantó las manos en señal de rendición. Por experiencias anteriores sabía que, aunque no estuviera del todo de acuerdo, ese era un jardín que no debía pisar.

—El caso es que, gracias a los errores de él, yo empecé mi andadura con bastante más información, mucho más tacto y, por supuesto, mejores resultados.

Su derroche de fanfarronería le valió un abucheo que, lejos de hacerlo recular, lo envalentonó aún más y terminó añadiendo:

—A las pruebas me remito. Mi mejilla está intacta y he conseguido a mi candidata perfecta.

Terminaron de desayunar sin que el buen humor los abandonara y se trasladaron al salón para continuar la charla. Calen e Isabel se acomodaron en el sofá y Lethan ocupó el sillón orejero que había en frente.

Los hermanos comentaron algunas de las cosas que más les habían llamado la atención de este tiempo: El bullicio constante, la cantidad de tabernas que había y la de horas que pasaban en ellas los habitantes de este tiempo.

—Aunque no me extraña —había comentado Calen—, tiene que darles pavor permanecer dentro de esas cajas apiladas tan altas a las que llaman hogar.

—Tuviste suerte de que yo viviera en un edificio de solo tres plantas —había respondido Isabel.

—Sin duda fue una de las cosas que decantó la balanza a tu favor —había replicado él, socarrón, antes de besarla.

Después, fue inevitable que también nombraran lo que más echaban de menos… El silencio, las estrellas, el olor a brezo…

Se callaron muchas otras por no herir a Isabel: el sentido de hermandad, el arraigo, el apego… el honor, el valor de la palabra dada…

También aprovecharon para preguntarle abiertamente a ella por cosas que no entendían y que antes habría sonado extraño que preguntaran. Algunas, fue capaz de responderlas por sí misma. Para otras, las distintas herramientas de IA se convirtieron en un valioso aliado.

La hora de comer los sorprendió sin haber recogido todavía la mesa del desayuno. Isabel abrió el frigorífico y estudió las posibles alternativas. Se decidió por una fuente con hornazo[12]. Desde que Calen había aparecido en su vida, el socorrido hornazo nunca faltaba en casa. Ya la había sacado de más de un apuro.

Mientras retiraba el papel de aluminio que lo cubría, recordó la primera vez que Calen lo probó:

—¡Dios santo! ¿Cómo no me habías hablado de esto antes? —había exclamado tras el primer bocado.

A partir de ese día se convirtió en un básico de su alimentación. Por algún motivo, ya fuera su elaboración, los ingredientes, el sabor… o quizá la mezcla de todo ello, le resultaba evocador, y su paladar lo reconocía como si fuera un manjar propio de su tiempo.

Encendió el horno para recalentarlo un poco y, mientras esperaba a que se atemperase y perdiera el frío de nevera, preparó una rudimentaria ensalada.

Los hermanos dieron buena cuenta de todo ello. Ella, tras media docena de bocados, se sintió saciada. Su estómago seguía revuelto.

Y, en cuanto terminaron de comer, se trasladaron de nuevo al salón, donde siguieron conversando durante horas, buscando una lógica que no fueron capaces de encontrar. Revisaron pormenorizadamente todo lo que había pasado, separando los hechos constatados de las suposiciones y las certezas de las cosas pendientes de verificar.

Pasadas las dos de la madrugada, Isabel optó por dar por concluida la jornada. Tenía la sensación de que la cabeza estaba a punto de estallarle. Se quedó dormida con el sonido apagado de las voces que le llegaban desde el salón. Eran más de las tres cuando los fuertes brazos de Calen rodearon su cintura y la hicieron pegar la espalda a su tórax.

Me ha entrado hambre al ver ese desayuno tan opíparo…

Ahora que se han ido al salón, ¿qué tal si nos colamos en la cocina, a ver si han dejado algo?



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Al día siguiente, Isabel hizo el firme propósito de archivar y olvidar «el incidente». No le gustaba autocompadecerse. Y, aunque el asunto podría haber acabado muy mal si se hubiera prolongado su estancia allí solo unos minutos más, la cosa es que no había pasado nada irreparable, más allá del cabreo y la impotencia.

De momento, tampoco se atrevía a pensar demasiado en la petición que había hecho Calen y que le había llevado a viajar en el tiempo. Ahora que conocía el propósito de ese viaje, las palabras que Calen pronunció en el parque la tarde que le presentó a Lethan: «Eres testigo de que esta es la mujer que he elegido como compañera de vida», que ella había tomado como un simple comentario jocoso, adquirían un nuevo significado, mucho más profundo y, en cierta forma, aterrador. Porque, si estaba en lo cierto, lo que Calen pretendía era que ella lo acompañara a su tiempo para ser su compañera de vida. Mejor no pensarlo, todavía no estaba preparada para ese desafío mental.

Poner el foco de atención en Calen resultaba más fácil. Aunque, en cierta forma, también mucho más perturbador. Ahora que sabía la verdad, lo observaba desde otro prisma y le asombraba lo rápido que se había adaptado a las costumbres de esta época, tan distintas a las de la suya. No había levantado la más mínima sospecha en nadie, ni siquiera en ella. Nada en su comportamiento lo delataba como fuera de lugar y lo admiraba por ello.

Sin embargo, de pronto, su lado racional, al que le seguía costando aceptar el pequeñísimo detalle de que Calen tuviera ¿cuántos? ¡SETECIENTOS SESENTA Y TRES AÑOS!, se activaba e intentaba convencerla de que eso era imposible y de que ambos hermanos le estaban tomando el pelo. Pero, tras su propio viaje en el tiempo, ese argumentario hacía aguas por todas partes.

Por eso, en los siguientes días y semanas, Isabel se propuso compensar el desarraigo que el viaje hubiera podido ocasionar en Calen. Que, de alguna manera, se sintiera lo más cerca posible de su tiempo. Entre semana, el trabajo limitaba, y mucho, las posibles opciones. Pero, para los fines de semana, preparó toda una batería de actividades para acercarlo a todas esas cosas a las que había renunciado.

Su primer intento no salió como ella esperaba. Se podría considerar un fracaso en toda regla. Isabel había preparado un viaje relámpago a Madrid para llevar a los hermanos al hipódromo. Pensó que, acostumbrados a convivir a diario con los caballos, disfrutarían viéndolos correr. Y sí, lo hicieron, pero no como ella creía. Enseguida percibieron la calidad de los animales. Su excelente pedigrí y su fuerza. Pero se pasaron el día fanfarroneando y asegurando que esos jinetes tan endebles, pese a su dominio de la montura, no durarían ni cinco minutos en el campo de batalla.

Isabel no se rindió. Para el fin de semana siguiente preparó una excursión muy diferente. Estaba empeñada en conseguir sorprender a Calen.

El destino elegido fue el pequeño pueblo de San Felices de los Gallegos. Su elección se basó en que poseía un castillo originario del siglo XIII. Aunque es verdad que en el siglo XV había sido objeto de algunas reformas, Isabel pensó que el conjunto podía resultar bastante evocador para Calen. Estaba a poco más de cien kilómetros hacia el oeste, cerca de la frontera con Portugal. A no más de hora y media de camino. Dos horas, a lo sumo, si se lo tomaban con calma y decidían hacer alguna parada para disfrutar de la belleza agreste de las Arribes del Duero. También sumó puntos en la elección el hecho de que el pueblo en sí fuera pequeño y silencioso y estuviera

cargado de historia. Isabel supuso que todo eso contribuiría a que Calen se sintiera casi «como en casa».

Lethan, esta vez, había declinado la invitación. Aunque puso como excusa una inaplazable cita con una joven con la que parecía haber hecho muy buenas migas, Isabel tuvo la impresión de que había sufrido algún tipo de presión por parte de su hermano para que no los acompañara. Si hubieran ido los tres, Isabel tenía pensado haber alquilado un coche para la excursión. Pero siendo solo ellos dos, utilizarían su moto. Aunque Calen nunca lo admitiría, ella notaba su nerviosismo e incomodidad en cuanto subían a un vehículo de cuatro ruedas. Solía agarrarse con fuerza al asidero de la puerta y se hablara de lo que se hablase, su aportación a la conversación solía ser algún aislado monosílabo. Sin embargo, de paquete en la moto, bien sujeto a su cintura, lo notaba relajado y feliz.

No proporcionó a Calen demasiados datos sobre su lugar de destino y a él no le importó. Su espíritu aventurero estaba encantado. Así que, tras el copioso desayuno habitual de él y el consabido café bebido de ella, se pusieron en marcha.

Aunque Calen lo consideraba un invento para tontos o comodones, Isabel introdujo la dirección de su destino en el GPS y se dejó guiar.

Abandonaron Salamanca por la comarcal CL-517, dirección Ledesma. La carretera era amplia y tranquila, lo que les permitió ir disfrutando de las vistas abiertas a los campos de Castilla. Fueron dejando atrás poblaciones como Aldeatejada, Doñinos de Salamanca, Parada de Arriba…

Al llegar a Vitigudino, como iban bien de hora, Isabel decidió desviarse un poco de la ruta original para añadir una parada previa a San Felices. Cuando preparaba la escapada en Vilvestre, un pueblo asomado a los cañones del Duero, localizó un tesoro que sabía que, como la fortaleza que visitarían más tarde, haría que Calen se sintiera más cerca de su hogar.

Al entrar en la población, redujo la marcha y aparcó en la plaza. Calen, casi antes de que la moto se detuviera del todo, ya se había apeado y se peleaba con ese «objeto infernal», como él

denominaba al casco integral, para conseguir quitárselo. Isabel, mientras hacía lo propio, no le quitaba la vista de encima para no perder ninguna de sus reacciones.

Una vez que se deshizo del casco, movió la cabeza a ambos lados para desapelmazar su cabello y, a continuación, como hacía siempre, lo acomodó bajo el brazo como si fuera su yelmo. Isabel sonrió divertida por la solemnidad con la que lo hizo. Calen enseguida localizó el monumento que ella quería enseñarle y caminó decidido hacia él. Ahora miraba absorto la columna de piedra, hermosamente tallada y rematada con una cruz en lo alto, que se erigía unos pasos más allá sobre varios escalones de granito.

—Es un rollo jurisdiccional —explicó Isabel cuando llegó a su lado—. Empezaron a proliferar a partir del siglo XV. Este concretamente, por lo que leí cuando preparaba la excursión, es del siglo XVI. Y era la manera en la que indicaban a los viajeros que la villa tenía derecho a impartir justicia. A juzgar y castigar por sí mismos. De hecho, a nivel práctico, solían emplearse para ajusticiar o anunciar sentencias. A veces colgaban cadenas o grilletes, solo para que todos lo supieran.

—En mi tiempo utilizamos horcas al borde del camino, o picotas hechas de madera y soga. No están talladas con tanto esmero —añadió con cierta sorna—, pero el mensaje es el mismo.

Isabel sintió un escalofrío leve. Ella se limitaba a comentar datos que había leído en los libros y él respondía con hechos y experiencias vividas en primera persona. Esa era la abismal diferencia entre ellos.

—Póntelo otra vez, justiciero Laird de las Tierras Altas —bromeó ella señalándole el casco—. Aún no hemos llegado a nuestro destino final. Esto es solo un entrante. Lo descubrí mientras preparaba la ruta y había que desviarse tan poco que no me he podido resistir a enseñártelo. He pensado que te resultaría familiar.

—Y tanto.



¿Nos unimos a la excursión y echamos un vistazo al rollo jurisdiccional de Vilvestre? ¡Vamos!



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

Se subieron de nuevo a la moto y, en pocos minutos, volvieron sobre sus pasos para retomar el camino hasta Lumbrales para coger el desvío hacia la carretera provincial SA-324.Doce kilómetros más tarde, tras una larga curva, vieron el cartel blanco con letras negras que anunciaba: «San Felices de los Gallegos —Conjunto histórico—». Isabel redujo la velocidad.

Olivos y muros de piedra les dieron la bienvenida al tiempo que el aire se empezó a llenar de olores de campo. La carretera empezó a estrecharse y enseguida vieron las primeras casas bajas, con fachadas de granito, portones de madera y macetas con floridos geranios en los alfeizares. Tras un pequeño repecho, suave pero perceptible, divisaron una pequeña explanada que a Isabel le pareció el lugar perfecto para aparcar y poder hacer el resto del trayecto andando.

La idea de cargar con los cascos no le entusiasmaba demasiado. Miró al cielo. No tenía trazas de que fuera a llover. No solía hacerlo, pero optó por dejarlos en la moto. Abrió el pequeño compartimento de debajo del asiento y sacó la cadena antirrobo para sujetarlos al vehículo. Esperaba que ese elemento disuasorio fuera suficiente para cualquier amigo de lo ajeno. Le apenaría

mucho que tuviera que comprar otros. Sería un desembolso importante para su economía mensual. Les echó una última mirada lastimera y, en cuanto se dio la vuelta, se olvidó de ellos.

Calen la tomó por la cintura para apretarla a su costado y echaron a andar por la calle Corredera, una vía que cruzaba el pueblo de este a oeste y que los llevaría hasta la antigua puerta de la muralla.

Hicieron el recorrido en silencio. Calen no perdía detalle. No se parecía demasiado a su aldea y, a la vez, todo le recordaba a ella. En cuanto entraron en el recinto fortificado, esa sensación de cercanía se intensificó.

—¿Todo bien? —quiso saber Isabel, al notar que su cuerpo se tensaba.

Él tardó en responder unos segundos. Lo hizo con una sonrisa serena dibujada en su rostro.

—Piedras, musgo, silencio… huele como en casa. Gracias —añadió después de otra pequeña pausa.

—Vamos —animó Isabel, feliz—, aún nos quedan cosas por ver.

Continuaron camino hasta la torre del homenaje. Al entrar les llamaron la atención unas vitrinas que parecían contener objetos artesanales y se acercaron a echar un vistazo. Uno de los expositores encerraba una pequeña colección de piezas de cerámica tosca que casi pasaron de largo.

En el siguiente, Isabel se detuvo ante una figura de arcilla. La observó durante varios minutos, pero no fue capaz de identificar qué o a quién representaba. La figura quedó olvidada cuando descubrió en la vitrina de al lado un colgante con una cruz celta hermosamente tallada, que le pareció una verdadera obra de arte.

Cuando levantó la vista, Calen ya no estaba. Lo localizó poco después, fuera, con los ojos cerrados y las palmas de sus manos apoyadas en las piedras de uno de los muros. Se detuvo a unos metros y lo observó. Estuvo así varios minutos. Cuando abrió los ojos y la miró, Isabel juraría que vio en esa mirada un matiz salvaje que hasta entonces no había detectado. Tuvo la impresión de que, por primera vez, estaba frente al Calen del siglo XIII. En el siguiente

parpadeo, desapareció, oculto ya bajo una capa de urbanidad. Pero a ella le quedó el regusto y las ganas de volver a tratar con ese otro Calen más primitivo.

Subieron juntos a lo alto de la torre. Era una construcción robusta, almenada y bien conservada. Estaba rodeada por muros gruesos y fragmentos de la antigua muralla que bordeaba el casco antiguo de la población. Desde lo alto se dominaba todo el valle, y al fondo, Portugal.

A Isabel las vistas le parecieron espectaculares, entre otras cosas, porque estaban libres de todo elemento urbanita. Nada de cables ni asfalto. Solo árboles y algún que otro cuervo. Y el silencio, solo roto por un ligero viento y el rumor de las encinas, hipnótico y sobrecogedor. Cero coches… cero polución…

Dejó de observar el paisaje y volvió a centrar la atención en la expresión y las reacciones de Calen. Paseaba con paso marcial a todo lo largo del perímetro como si estuviera evaluando el asentamiento. Sus siguientes palabras confirmaron que así era.

—Si quisieras proteger estas tierras de incursiones portuguesas, no habría una ubicación mejor para hacerlo. No tendrías que defender toda la frontera, solo ese paso de ahí —afirmó señalando al frente—. ¿Lo ves? Es el único acceso. Todo lo demás tiene demasiado desnivel. Sería muy difícil subir cargado, y con escalas, casi imposible. Y a campo abierto, esa pendiente sería una trampa mortal.

Permanecieron un rato más, cada uno sumido en sus propios pensamientos, para después desandar el camino.

De vuelta en el pueblo, se entretuvieron visitando varias tiendas de productos locales. Tras probar algunos, terminaron comprando un queso y una botella de vino con la intención de disfrutarlos esa misma noche.

Isabel nunca había sido amiga de comprar en sus viajes el típico llavero o imán de nevera con la consabida frase: «Recuerdo de…», pero esta vez sí que le pareció buena idea adquirir uno que atrapara ese día y ese instante y lo retuviera para siempre.



La rutina diaria continuó siendo muy parecida. Calen pasaba a buscarla y ahora, tal vez, evitaban más los lugares cerrados. Casi nunca entraban a bares o restaurantes. Se limitaban a pasear o se encerraban en casa y pasaban horas hablando y compartiendo vivencias o recuerdos.

Aprovechando las suaves temperaturas que aún ofrecía el recién estrenado otoño, implementaron una nueva rutina. Los sábados cogían comida y sacos de dormir y se perdían en cualquier campo, monte o bosque de los alrededores.

Allí, sin nada que le recordara que estaba en otro siglo, afloraba un Calen capaz de orientarse sin necesidad de brújula, mucho menos de GPS, de saber la hora sin mirar un reloj, de encender un fuego sin cerillas o de cazar un sabroso conejo sin escopeta. En ese entorno se sentía más a gusto. Era lo más parecido a estar en casa.

A Isabel le encantaban esas escapadas porque en ellas Calen solía relatar anécdotas de su infancia. Le contaba travesuras cometidas a dúo con su hermano o en solitario, le hablaba de sus padres, le describía su hogar y los alrededores… En esas noches bajo las estrellas, solía aflorar el Calen más auténtico, más familiar.

Ahora que podía hablar con Isabel con plena libertad, estaba mucho más relajado. No tenía que estar constantemente midiendo sus palabras, como debía de hacer con el resto de las personas.

Isabel quería saber cosas de su tiempo y él estaba deseando contarle.

Y tenía la intención de aprovechar cada minuto de esas charlas para conseguir que ella se enamorara a partes iguales de él y de su hogar o que lo hiciera mucho, mucho, de él, para que no le importara abandonar todo y acompañarlo a su tiempo.

No era ningún iluso. Veía cómo Isabel, siendo como era una apasionada de la historia, lo escuchaba con avidez hablar de su tiempo y sus costumbres. Pero era muy consciente de que una cosa era empaparse de conocimientos de una forma tan privilegiada, oyéndolo de boca de uno de sus protagonistas, y otra querer irse a vivir a ese tiempo para siempre. Pese a ello, no perdía la esperanza de conseguirlo, aunque sabía de sobra que su plazo se agotaba.



Calen había convencido a Isabel de que se tomara el día libre. No le costó mucho: llevaba una semana saliendo tarde a diario, necesitaba un respiro. Invitaron a Lethan a comer y aceptó encantado. Llevaban días sin coincidir los tres y lo echaban de menos.

Holgazanearon en la cama hasta casi las diez, desayunaron sin prisa y, como aún faltaban horas hasta la llegada de Lethan, decidieron dar un largo paseo hasta el río.

Tomaron el camino habitual hacia la Universidad, aunque en esta ocasión pasaron de largo. A Isabel le resultó extraño no formar parte de ese bullicio que marcaba siempre las primeras horas de clase. No recordaba la última vez que se había tomado un día libre y se sintió casi una privilegiada.

Continuaron andando calle abajo, hacia el Puente Romano, cruzándose aún con estudiantes presurosos rumbo a clase. En contraste, ellos atravesaron el puente con calma y luego descendieron al paseo fluvial para seguir caminando.

Tras más de media hora recorriendo la ribera, regresaron y se sentaron en uno de los bancos de madera desde el que se contemplaba el contorno de la ciudad, con la catedral erguida en el centro del paisaje.

Calen aguantó poco sentado. Pronto se levantó, se acercó a la orilla y permaneció allí, con la vista perdida en un punto indeterminado del horizonte. Isabel dejó que disfrutara de esa soledad buscada. Notaba que, a veces, necesitaba tomar distancia de todo y lo entendía. Debía de ser muy difícil asimilar todo lo que estaba viviendo y le parecía natural que, de vez en cuando, buscara esos pequeños retiros en solitud[13].

Calen se agachó, recogió varios guijarros y los lanzó al agua. Ese gesto, tantas veces repetido en su juventud, permitió que pudiera imaginar que estaba junto a uno de los recodos de su querido río *Tay*, y no ante este cauce extraño y tan lejano de sus tierras. A veces le sorprendía la de cosas similares que lograban unir dos mundos tan distintos y lo cerca o lejos que llegaba a sentirse uno tras un simple parpadeo.

Vamos a verlos disfrutar de un momento de relax a orillas del río Tormes.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

El repique de campanas dando las doce lo sacó de su ensimismamiento. Se giró y se encaminó hacia Isabel, que lo

esperaba con una sonrisa en los labios. Entrelazaron los brazos y emprendieron el regreso.

Calen no se cansaba de recorrer aquellas calles estrechas. Le ayudaban a imaginar como serían las grandes urbes de su tiempo en los siglos venideros.

A Isabel no le pasó desapercibido la atención con la que observaba todo.

—¿En qué piensas?

Calen sonrió tímidamente, como un niño pillado en falta.

—Me gusta imaginar que el Edimburgo de mi tiempo, dentro de pocos años, tendrá un aspecto parecido a este. Ya cuenta con su *Royal Mile*, una larga calle que une el Castillo con *Holyrood* y que incluso está empedrada en algunos tramos.

Calen volvió a hacer un barrido visual panorámico y añadió:

—Seguro que pronto las construcciones de adobe y madera, con techumbres de paja, irán dando paso a hermosas fachadas de piedra y tejados firmes, sostenidos por sólidas vigas. El humo, las hogueras y el olor a animales serán cosas del pasado. Y el barro y el estiércol desaparecerán del pavimento para dar lugar a calles limpias, que dejarán de ser simples lugares de tránsito para convertirse en vías por donde apetezca pasear despacio, como ahora hacemos nosotros.

Aprovechando que ya habían entrado en la calle Libreros, Isabel comentó:

—¿Sabes? Esta calle es de tu tiempo. Más vieja, de hecho. No se llamaba como ahora, ha tenido muchos nombres, pero ya existen registros de la calle como tal desde 1250. Fue una de las calles principales durante la Edad Media. Luego, cuando la comunidad judía, que era la que ocupaba toda la zona, cayó en decadencia, la Universidad consiguió los solares y la calle se llenó de negocios de libreros e impresores, lo que motivó que se la conociera como la calle de los Libreros. Hubo un tiempo en que la mayoría de sus locales estaban ocupados por librerías.

Isabel señaló la fachada de uno de los cafés.

—Lamentablemente, parece que, ahora, los estudiantes prefieren los bares a las librerías —apostilló, con tono lastimero.

Antes de llegar a casa, pararon en la panadería. La cocina no era una de las áreas favoritas de Isabel. Se desenvolvía mejor entre libros y antigüedades que entre cazuelas y recetarios. Así que había pensado recurrir a su socorrido amigo el hornazo. Un poco de picoteo previo y un delicioso postre después tendrían que bastar para salir del paso.

Salió haciendo malabares con las dos bandejas pensando que Calen le echaría una mano de inmediato, pero no estaba en la puerta. Giró en redondo y lo localizó parado junto a la verja del patio del colegio que había pocos metros más adelante. Estaba observando, con cierta envidia, juguetear a la chavalería que apuraba los últimos minutos de uno de sus tiempos de descanso. No era la primera vez que lo veía hacer eso.

Isabel se detuvo a su lado.

—Ya está, podemos irnos.

Calen siguió mirando a los críos. Los señaló y afirmó nostálgico:

—Creo que no me habría importado haber estudiado en uno de vuestros colegios. Parece divertido.

—No creas. Solo a ratos. Si te tocaba un profe plasta o, peor aún, uno que te cogiera manía, el curso se hacía muy cuesta arriba.

—Solo por poder estar con tantos chicos de tu edad, merece la pena —afirmó él sonriendo al ver corretear y bromear a unos con otros.

—Esa era otra —exclamó Isabel, con cierto pesar—. Como empezaras con mal pie y no tuvieras suerte con el mote que te tocara en suerte… te habías caído con todo el equipo.

—¿Mote?

—Apodo —aclaró—. Si tenías suerte y te lo ponían tus amigos, era llevadero. Como te lo adjudicaran otros no tan bien intencionados…

Por sus palabras, y sobre todo su tono de resignación, Calen dedujo varias cosas: que Isabel había cargado con un sobrenombre desde edad temprana y que no era muy de su agrado.

—¿Cuál era el tuyo?

—No tuve —respondió demasiado rápido.

Calen le echó el brazo al cuello, la atrajo hacia sí y le revolvió el pelo de la coronilla.

—Confiesa ¿cuál era? —repitió con falso tono amenazador—. No me obligues a utilizar la fuerza para arrancarte la verdad —añadió, haciéndole cosquillas en el costado.

—Vale, vale, me rindo —exclamó, retorciéndose de la risa—. Isabelilla. Unieron mi nombre y mi apellido: Isabel Illa. Isabelilla.

—No está tan mal.

—Cuando todas tus compañeras de clase te sacan una cabeza de altura, no te hace demasiada gracia que constantemente se dirijan a ti con un diminutivo que pone en evidencia tu baja estatura.

Calen volvió a atraerla hacia sí y, ahora, depositó un beso en su cogote.

—Pobrecita, *mo gharàdh.*

Isabel aceptó encantada su gesto de cariño. Unos pasos más adelante, Calen ejerció una leve presión en su hombro, para llamar su atención, y preguntó:

—¿Qué apodo me habrían puesto a mí?

Isabel lo pensó un instante.

—Con lo complicado que es pronunciar bien tu apellido, creo que habrían simplificado llamándote Doble C.

—Suena contundente —afirmó con cierto orgullo, tras repetirlo un par de veces en voz alta—. Me gusta.

Isabel no quería que le gustara, se suponía que tenía que suceder lo contrario. Así que dijo con malicia:

—Eso, suponiendo que te lo pusieran tus amigos. Los otros no habrían sido tan benévolos.

—¿Qué me habrían llamado los otros? —inquirió, siguiéndole la corriente.

Isabel empezó a jugar con distintas variantes de su apellido, hasta que dio con un apelativo con chispa.

—Callaghan… Calajan… Calayan… Callajan… Calla ya. ¡Calla ya! —repitió divertida.

—A ti sí que te voy a callar yo —amenazó Calen, acribillándola a cosquillas con ambas manos, provocando con ello

que el hornazo casi acabara en el suelo.

Isabel le pasó las dos bandejas para poder buscar las llaves en el bolso y abrir el portal.

—Así que, tú ¿nunca asististe a una escuela como tal? —preguntó mientras recogía el correo del buzón.

Calen, que la esperaba a pie de escaleras, retrocedió mentalmente en el tiempo.

—Recuerdo que una vez mi padre encontró en nuestras tierras a un hombre bajito y apocado que iba de paso. Le ofreció la hospitalidad del castillo para que recuperara fuerzas, pues se le veía exhausto, y él aceptó.

Isabel llegó a su altura, le cedió el paso y, a continuación, la siguió escaleras arriba.

—El hombrecillo le dijo que era un estudioso de la historia, amante y observador de la naturaleza y que también dominaba las matemáticas a la perfección. Tras dos días durmiendo a cubierto y con el hambre saciada, padre le propuso que se quedara una temporada e intentara enseñarnos a mi hermano y a mí todo lo que pudiera.

Hizo una pausa en el relato y sonrió con cierta picardía.

—Creo que mi padre nunca tuvo muchas esperanzas de que aprendiéramos gran cosa —comentó cuando llegaron al rellano del primer piso—. Pero supongo que pensó que, al menos durante las horas que durasen las lecciones, nos tendría localizados. El hombre aceptó con la condición de que pudieran asistir a sus improvisadas clases todos los niños que quisieran. Mi padre no se opuso y mi hermano y yo nos encargamos de reclutar a todos los muchachos que pudimos —explicó divertido—. Al final el hombrecillo se quedó dos años. Terminamos cogiéndole cariño y sentimos su marcha. Supongo que, entre trastada y trastada, algo aprenderíamos, pero desde luego fueron los dos años más divertidos de mi infancia.

Isabel abrió la puerta y, tras recuperar las dos bandejas que había subido Calen, siguió atenta a la historia camino de la cocina.

—Sí, puedo hacerme una idea de lo que tuvo que bregar aquel pobre hombre con una habitación llena de gamberretes —aseguró, burlona, posando las bandejas sobre la encimera.

Calen, que la seguía a pocos pasos, le echó el brazo al cuello, la atrajo hacia sí y revolvió su cabello a modo de regañina.

Después, con tono nostálgico, continuó:

—Poder pasar gran parte del día en compañía de otros chicos de nuestra edad fue todo un regalo inesperado. Tras su partida, se acabó la diversión. En realidad, se acabó la infancia tal y como la conocéis vosotros. Me temo que nuestra niñez dura bastante menos que la vuestra —comentó, como si fuera un detalle en el que no hubiera caído hasta entonces—. En cuanto aquel hombrecillo salió por el portón, se acabaron los libros y las travesuras y empezó el duro entrenamiento cuerpo a cuerpo y la instrucción en el manejo de la espada.

Dejaron el tema, pero surgieron otros. Nunca les faltaba conversación. Lethan llegó puntual y la sobremesa volvió a alargarse hasta media tarde, cuando el invitado, al darse cuenta de la hora, se despidió de forma precipitada porque había quedado con alguien y abandonó la casa con prisas. No se libró de las bromas de Isabel y su hermano ya que, aunque no dio pistas, los dos tuvieron clarísimo que su misteriosa cita era rubia, lucía media melena y se llamaba Laura.

La última hora de la tarde estuvo llena de arrumacos. Una vez más, el sofá fue testigo de confidencias, de conversaciones susurradas, de tiernos besos, de largos abrazos…

Para Isabel fue un día estupendo. No habían hecho nada extraordinario y, sin embargo, sentía que su relación con Calen, tras esas horas compartidas, se había consolidado. Después de cenar, el dormitorio fue el escenario del broche de oro que puso punto y final a un día, a su juicio, apacible y perfecto.

Sería uno de los últimos días tranquilos que pasarían juntos. Pronto se desataría todo un torbellino de acontecimientos tras los cuales sus vidas cambiarían para siempre.

¿Cómo imaginas el aula improvisada donde Calen y los otros niños descubrieron el mundo?

Entra y comprueba si tu visión coincide con la mía.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Calen tenía claro que su tiempo en este siglo se terminaba. Los días pasaban cada vez más deprisa y sabía que no podía seguir postergando la conversación que tenía pendiente con Isabel. Sin embargo, tras el trauma que ella había sufrido al viajar a su tiempo, aún no se atrevía a pedirle que repitiera la experiencia… esta vez, sin retorno.

Había decidido no compartir con ella la segunda parte de la petición a Vadala, lo que ocurriría si no conseguía convencer a ninguna mujer de que lo acompañara a su tiempo. Ya tenía claro que no habría otras candidatas. O era Isabel o no sería ninguna. Pero no estaba dispuesto a ejercer sobre ella ningún tipo de chantaje emocional. Sabía que eso le situaba en desventaja, pero le daba igual. Y así se lo hizo saber a su hermano que, aunque trató de convencerlo de que esa era su mejor baza y tenía que usarla si quería ganar, aceptó su decisión y prometió no revelar esa parte de la información a Isabel.

Calen era consciente de cuánto había cambiado su postura al respecto. Al llegar a este siglo, supuso que lo más difícil sería encontrar la mujer adecuada. Una vez elegida, creyó que bastarían unas horas para convencerla de que lo acompañara. Sin embargo, cuanto más conocía a Isabel, más dudaba si tenía derecho a arrancarla de su mundo para llevarla con él. Se preguntaba si sería capaz de mantenerla a salvo… si sería feliz allí o si acabaría añorando su tiempo y su hogar, como él añoraba el suyo.

Ahora comprendía lo inconsciente y egoísta que había sido al formular la petición a Vadala. No tenía ningún derecho a pedirle semejante cosa. Y, al mismo tiempo, en este punto de su relación, se veía incapaz de separarse de ella, de vivir sin ella. De todos modos, poco importaba, si la maldición se cumplía, no tendría que hacerlo.

Él, que jamás había tenido miedo a nada, ahora estaba aterrado. Temía que Isabel no quisiera acompañarlo y por eso seguía retrasando esa conversación en la que su destino quedaría sellado.



Tras recoger la mesa después de la cena, Isabel, casi sin ser consciente, buscó la compañía de Calen.

Lo encontró en la terraza, que se había convertido en uno de sus lugares favoritos. Se pasaba horas apoyado en la barandilla, con la vista perdida en el horizonte. Habían estado dando un largo paseo sin rumbo fijo, conversando y disfrutando de esa complicidad que se estaba consolidando entre ellos. Sin embargo, desde hacía unos días lo notaba inquieto, más meditabundo que de costumbre. Le había preguntado varias veces qué le ocurría. Siempre respondía con evasivas, restando importancia al asunto. Lo dejó correr, convencida de que sería pasajero, pero los días pasaban y él seguía como ausente. Intuía que tenía que ver con ella, pero si no le decía de qué se trataba, no podría ayudarlo. Y quería hacerlo. Haría cualquier cosa porque regresaran la alegría y el brillo a sus ojos.

—¡Aquí estás! —comentó, saliendo a la terraza y abrazándolo por la espalda—. Pensé que te habías acostado.

—No, te esperaba —respondió Calen, sujetándola del antebrazo y tirando para colocarla delante de él, aprisionada entre la barandilla y su pecho.

Cuando la tuvo con la espalda bien pegada a su torso, la abrazó por la cintura y la besó en la coronilla. Calen llenó sus pulmones de aire y lo soltó en un largo suspiro.

—En mi hogar —comentó— tengo un lugar parecido a este, al que también me gusta salir al terminar el día para contemplar el

cielo salpicado de estrellas. Pero aquí no se ven.

—Sí, es verdad. Es por culpa de la polución y la contaminación lumínica.

Calen no sabía qué era ni lo uno ni lo otro, pero le daba igual el motivo.

—¿Cómo podéis vivir sin verlas? Yo las echo tanto de menos —confesó.

Isabel detectó tanta nostalgia en su tono que se giró para mirarlo a los ojos y acariciar su mejilla.

—¿Hay más cosas que echas de menos? —preguntó, temerosa de la respuesta.

—Muchas —respondió con sinceridad—, pero otras las compensan —añadió, rozándole la mejilla con el dorso de la mano.

Isabel sonrió, premiándolo con un beso dulce y suave. Lo miró a los ojos y, al encontrarlos otra vez apagados y tormentosos, se decidió a intentar de nuevo que Calen compartiera con ella aquello que lo torturaba.

—Sé que te pasa algo y sé que tiene que ver conmigo. Supongo que tu afán protector te impide decírmelo —conjeturó mientras acariciaba mecánicamente el tórax de Calen—, pero te aseguro que esto es peor. No sé si he hecho algo mal o…

—No has hecho nada mal —atajó.

—Entonces ¿qué? ¿Dímelo? —pidió sujetándole las mejillas con las manos—. Si sé lo que te pasa seguro que podré hacer algo para ayudarte.

Calen la tomó de las muñecas y las acercó hasta los labios para besarlas con ternura. Primero una y luego la otra. Después, las apretó contra su pecho, cerca de su corazón.

—Puedes hacer mucho, pero no sé si tengo derecho a pedirte que lo hagas.

Isabel liberó sus manos, que seguían prisioneras entre las de Calen, y volvió a sostener el rostro masculino con ellas.

—Haré lo que sea —afirmó, presionando las mejillas de Calen para dar énfasis a sus palabras.

Él volvió a tomarle las muñecas y las retuvo de nuevo entre sus manos. La miró con intensidad, intentando colarse en su mente

y adivinar la respuesta a esa pregunta que no se atrevía a formular. No lo consiguió, pero comprendió que había llegado el momento de exponerla en voz alta.

Siguió callado unos segundos más, mientras dejaba que Isabel volviera a acariciar su tórax de manera mecánica. La cadencia de ese roce constante, lo ayudó a calmarse y a recuperar la confianza.

—Mi tiempo aquí se acaba —anunció sin más preámbulos—. Pronto tendré que regresar a mi hogar.

Isabel sintió una punzada en su corazón.

—¿No podrías renovar el voto, la promesa o como quiera que se diga, y alargar tu permanencia aquí?

—No. Me temo que no funciona así —respondió con pesar.

Isabel se abrazó a Calen y apoyó la frente en su pecho.

—Pero sí que habría una manera de que permaneciéramos juntos —añadió Calen, casi en un susurro.

Isabel levantó la cabeza esperanzada. Haría todos los conjuros que fueran necesarios con tal de que él pudiera quedarse más tiempo.

Calen le mantuvo la mirada unos segundos antes de sugerir:

—Podrías venirte conmigo.

Isabel retrocedió un paso, como si una fuerte ráfaga de aire la hubiera empujado. Esa propuesta sí que no la esperaba.

—¿De vacaciones? —preguntó con un hilo de voz, casi segura de que la respuesta sería no.

—No, para siempre.

Isabel cerró los ojos y negó con la cabeza. No podía pedirle eso. Que necesitase una esposa no era razón suficiente para que quisiera llevarla con él.

De repente sintió mucho frio. Se abrazó a sí misma y dio unos pasos, buscando la seguridad del salón. Calen la siguió. Ahora que había empezado no podía dejarlo a medias. Había visto el momento exacto en el que el pánico se había adueñado de Isabel. Tenía que hacerlo retroceder antes de que ocupara todo su pensamiento y le impidiera pensar en la proposición con calma. La

sujetó por los antebrazos y la obligó a mirarlo. Para convencerla, necesitaba que no perdiera el contacto visual.

—Escucha, lo que te pasó la otra vez no volverá a suceder. Mi hogar es seguro. Nunca permitiría que te pasara nada malo.

La mente de Isabel, en ese instante, estaba llena de imágenes de su visita al pasado. Seguía mirándolo, pero no dejaba de negar con la cabeza.

—No puedo dejarte aquí —confesó Calen—. Necesito tenerte a mi lado.

—Yo también quiero estar contigo, pero no puedes pedirme que lo abandone todo —argumentó, abriendo los brazos en un amplio círculo para señalar todo el entorno.

—¿Abandonar el qué? Solo son cosas, amor.

—Son mis cosas —objetó con vehemencia, al tiempo que hincaba el dedo índice en el pecho de Calen—. Mis cosas —repitió con especial énfasis en la palabra «mis».

—De acuerdo, son tus cosas, pero siguen siendo eso, cosas.

—Para ti son solo cosas. Para mí son mi vida. Es mi vida la que me pides que abandone de la noche a la mañana.

Se giró y tomó un marco con una fotografía en la que se veía a un grupo de personas en lo que parecía una excursión familiar.

—Tú solo ves una foto —afirmó Isabel, al tiempo que le mostraba la imagen—, yo veo el último día que salí de excursión con mis padres y mis tíos.

Dejó el portarretratos donde estaba, abrió el cajón que había debajo y sacó un sencillo mantel bordado con punto de cruz.

—Para ti esto solo es un trozo de tela. Yo cada vez que lo miro, recuerdo a mi madre pasando tardes enteras dando puntada tras puntada.

Isabel devolvió la mantelería al cajón y lo cerró con un golpe seco de cadera.

—Estos pequeños ceniceros de plata —explicó cogiendo uno y plantándolo ante la nariz de Calen—, fueron el regalo de boda de mis tíos a mis padres. Para ellos tenían más valor que si fueran de oro porque, al parecer, en aquella época mis tíos estaban pasando una mala racha y andaban bastante justos de dinero. Mi madre

estaba segura de que había supuesto un verdadero dispendio para ellos comprar estos sencillos ceniceros.

Volvió a posarlo en su sitio y algo emocionada, añadió:

—Tú solo ves cosas. Para mí son recuerdos de personas a las que quería y ya no están conmigo.

Calen comprendió que Isabel estaba a punto de sucumbir al llanto y la atrajo hacia sí, para envolverla en un amoroso abrazo.

—Perdona, no quería decir que no fueran importantes —intentó explicar—. Me refería a que no hay padres, hermanos o hijos que te retengan aquí.

Calen la tomó por los hombros y volvió a separarla.

—Si fuera así —añadió mirándola a los ojos— jamás me atrevería a pedirte que los abandonaras.

Al ver que Isabel cogía aire y lo soltaba despacio mientras afirmaba con la cabeza, dando a entender que le había comprendido, sonrió al tiempo que le secaba con sus pulgares ese par de lágrimas que pretendían escapar de sus ojos. E, intentando calmar sus miedos, aseguró:

—Tampoco pretendo que lo hagas de la noche a la mañana. Tal vez, ahora que tú lo has propuesto, podríamos programar una especie de vacaciones, como tú dices, una breve visita antes de que tomes una decisión definitiva.

Calen depositó un corto beso en sus labios y añadió:

—Yo estoy descubriendo tu mundo a través de tus ojos. Me gustaría tener la oportunidad de mostrarte el mío tal como yo lo veo. Solo te pido eso. Después, la decisión será solo tuya.

Isabel colocó sus manos alrededor de las muñecas de Calen y con los ojos cerrados, giró la mejilla, buscando una caricia con el roce. Respiró profundo y el pánico de momentos antes, desapareció. La oferta de Calen era tentadora y aterradora por igual. Una parte de ella susurraba «Sí, no lo pienses ni un instante. Serías estúpida si dejaras escapar lo que tienes con él por tus miedos infantiles». Y la otra, le gritaba «¿Estás loca? ¿Abandonar todo lo que has conseguido con tanto esfuerzo, por amor? ¿Qué pasará cuando el amor termine?».

Isabel abrió los ojos y, con un hilo de voz, preguntó:

—¿Puedo… pensarlo?

—Por supuesto, *mo gharàdh* —respondió con ternura Calen, encerrándola entre sus brazos.

Isabel se dejó mecer unos segundos y a continuación le dio las buenas noches.

—Me voy a la cama. Estoy cansada. ¿Vienes?

—Enseguida.

Calen la vio desaparecer por el pasillo y se giró para mirar de nuevo al horizonte. «La suerte estaba echada», pensó. Temió que el hecho de marcharse, de que tuvieran que separarse para siempre, no fuera un motivo suficiente para convencer a Isabel de acompañarlo. Pero, aun así, no estaba dispuesto a revelarle lo que le sucedería si ella decidía quedarse en su tiempo. Si lo supiera, seguro que accedería, aunque lo haría por pena o piedad. Esas razones quizás al principio hubieran sido válidas. Ahora, ya no. Ahora quería que viajara con él porque de verdad lo deseaba.

Una hora más tarde, dejó de darle vueltas a la cabeza. Poco más podía hacer. Por supuesto, iba e insistir, a intentar convencerla, pero la decisión sería de ella.

Entró al salón, cerró la puerta acristalada de la terraza y a oscuras, se dirigió al dormitorio. Se desnudó sigiloso y se metió bajo las sábanas. Isabel, de espaldas, dormía profundamente, pero en cuanto él se acostó a su lado, su cuerpo, de forma instintiva, buscó su contacto. Se giró y apoyó su mejilla sobre el pecho de Calen, a la vez que pasaba su brazo por encima del vientre masculino para abrazarlo.

Calen levantó su brazo para facilitar que se acomodara a su gusto. Después lo bajó y lo colocó a lo largo de la espalda de Isabel, hasta que su mano reposó sobre la tersa nalga femenina. Y así, con su candidata bien pegada a su costado, se quedó dormido.



Pasó la semana sin que volvieran a hablar de ello, aunque el tema seguía muy presente en la mente de ambos. Fueron días en los que se respiraba una tensa calma.

Calen la notó distante, pero no se lo reprochó. Al contrario, respetó su espacio. E Isabel se encerró en sí misma, nerviosa y temerosa de que él le exigiera una respuesta. Pero no lo hizo y ella lo agradeció. Continuó con sus rutinas, lo hacía de modo automático, mientras ocupaba su mente en intentar poner orden en sus pensamientos.

Sopesó, de la manera más neutral que pudo, las dos opciones. Cuantificó, si es que eso era posible, las cosas intangibles que llenaban y daban forma y estabilidad a su vida. E intentó averiguar si estaría dispuesta a renunciar a ellas. Por las noches, se giraba hacia él en la cama e intentaba imaginar lo que llenarían su vida si decidía marcharse con aquel hombre.

Tras esos primeros días, y al ver que Calen no incidía en el tema, empezó a relajarse y decidió postergar de forma indefinida la decisión de aceptar esas «vacaciones especiales». Pero le fue imposible. Una vez que la semilla de ese viaje, sin duda bastante fuera de lo común, prendió en su mente, no pudo apartarlo de sus pensamientos.

Para una amante de la historia y de la cultura anglosajona, el poder viajar a ese tiempo y verlo con sus propios ojos era como si un paleontólogo tuviera la oportunidad de hacerse un selfi con un *Tyrannosaurus rex* al fondo. Era una oportunidad única. Por el momento, ni se planteaba lo de irse a vivir a esa época para siempre. Más bien su intención era convencer a Calen para que se quedara con ella. Dejar atrás todas las comodidades del siglo XXI para constatar en persona las cosas que había leído en los libros, no. Aunque… un vistazo rapidito, una breve excursión a un destino tan singular, eso tal vez no sería una locura demasiado grande. ¿O sí?

Daba igual si lo era. No podía quitárselo de la cabeza. Cuantos más días pasaban, más terreno ganaba la idea en su mente. Se descubría a cada momento pensando en ello y, para cuando se dio cuenta, sin todavía comentarle nada a Calen, se había pasado por el despacho del director para mencionarle la posibilidad de que, en breve, se tomara cuatro semanas de vacaciones. Probablemente era una locura. Pero una locura maravillosa.

Creo que no estará de más que empecemos a conocer mejor a los Callaghan. Me parece que pronto vamos a convivir de lleno con ellos.

Para empezar a familiarizarnos lo mejor será tirar de árbol genealógico.

Hasta que te hagas con uno, te presto el mío por si quieres echarle un vistazo.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



El sábado se levantó rebosante de vitalidad. Lethan iba a venir a comer a casa y ella quería lucirse preparando algo especial. La idea era encerrarse en la cocina, sola. Pero Calen se ofreció como pinche y, aunque fue mucho más divertido cocinar juntos, la tarea, con tantos besos y arrumacos, se ralentizó. Aun así, el resultado fue bastante aceptable.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Isabel, al ver la hora en el reloj de pared— ¡Es tardísimo! —añadió, con los brazos todavía alrededor del cuello de Calen—. ¡Tengo que ir a recoger la tarta!

Isabel escapó de sus brazos, pero este intentó retenerla y ella empezó a bracear para impedirlo.

—No, no, suelta. Me voy…

—Espera, voy contigo.

—No, tú quédate. Tu hermano llegará en cualquier momento. ¿Qué anfitriones seríamos si tuviera que esperar en la escalera?

Frente al espejo de la entrada, liberó su melena de la coleta que se había hecho, como siempre que cocinaba, y enterró sus dedos en ella, a modo de peine improvisado.

—¿Ves? —gritó desde el recibidor—. Si no fuerais unos antiguos y hubierais accedido a compraros unos móviles, ahora podríamos haberle avisado de que viniera más tarde y podrías haberme acompañado.

—¿Antiguo? —repitió, ofendido.

—He intentado ser educada, la otra opción era llamarte viejo —replicó asomándose a la puerta que comunicaba el recibidor con el salón.

—¡Será víbora! Este viejo te va a demostrar la buena forma física que tiene para su avanzada edad.

Isabel lo vio apoyar una mano en el respaldo del sofá, y saltar limpiamente por encima, y supo que tenía dos segundos para echar a correr escaleras abajo. Lo hizo riendo a carcajadas y llegó al portal todavía con la sonrisa en la boca. Se detuvo sorprendida por la duda que surgió en su cabeza. ¿Qué cosas le hacían reír a carcajadas antes de conocer a Calen? No fue capaz de enumerar ninguna y eso la desconcertó.

Regresó media hora más tarde, feliz con su flamante tarta. También había parado en el supermercado para comprar una botella de whisky. La que tenía en casa estaba en las últimas y sabía que a los hermanos les gustaba alargar la sobremesa degustando un buen licor. Los oyó hablar en cuanto introdujo la llave en la cerradura. Parecían alterados y eso era extraño, nunca discutían. En cuanto cerró la puerta, las voces cesaron.

Se detuvo en la puerta del salón y observó a ambos. Lethan estaba de espaldas, con las dos manos entrecruzadas a la altura de la nuca. Calen estaba sujeto con ambas manos al borde de la mesa y permanecía con la cabeza gacha.

—¡Hola!

Lethan se giró y le dedicó una tenue sonrisa.

—¡Hola! —respondió, cruzándose de brazos.

Calen no varió su postura.

Silencio.

—¿Qué ocurre?

—Nada —respondió Calen.

—Nada, no —contradijo Lethan.

Calen levantó la vista y lo fulminó con la mirada. Puesto que ninguno de los hermanos parecía dispuesto a dar una explicación, tras unos largos segundos, Isabel repitió su pregunta.

—¿Qué ocurre?

Calen se enderezó y la miró por primera vez.

—Lethan ha leído en algún sitio…

—En algún sitio, no —lo interrumpió el menor de los hermanos—. En la biblioteca. En un libro de historia.

Calen resopló y continuó con lo que estaba diciendo.

—Según él, está a punto de ocurrir algo en nuestro tiempo…

—Según yo, no, según el libro.

—¿Quieres dejar de rectificar todo lo que digo? —inquirió Calen, visiblemente irritado.

Lethan elevó las palmas de las manos en señal de disculpa y volvió a cruzar los brazos, en apariencia dispuesto a guardar silencio.

Calen respiró hondo y, con tono más calmado, intentó retomar el hilo.

—Digamos que nuestra ausencia, hasta el momento, no habrá disparado ninguna alarma. Es habitual que faltemos algunas semanas sin dar demasiadas explicaciones a nadie. Pero eso está a punto de cambiar si es verdad lo que ha leído Lethan.

—¡Cómo no va a ser verdad si lo pone en un libro de historia! —protestó este, cansado de tanto rodeo.

Calen, desesperado por las interrupciones de su hermano, golpeó la mesa con la palma de la mano y se alejó unos pasos, elevando la vista al techo. Regresó y se detuvo delante de Lethan para increparlo.

—¿Lo explicas tú o lo explico yo?

—Pues creo que lo voy a hacer yo —replicó su hermano pequeño, tan irritado como él.

Se giró hacia Isabel y, sin más preámbulos, anunció con contundencia:

—Tenemos que regresar a nuestro tiempo ya.

—No seas bruto —reprendió Calen, sorprendido por el poco tacto de su hermano—. No puedes soltar a bocajarro semejante bomba sin una explicación previa.

—No hay tiempo para grandes peroratas —se defendió el increpado—. Estás derrochando un tiempo del que no disponemos.

—¿Queréis decirme uno de los dos qué puñetas pone en ese libro de historia? —exigió Isabel, tan alterada ya como lo estaban ellos.

Los dos hermanos, en un gesto muy parecido, bajaron la cabeza, apoyaron las manos en sus caderas y observaron la punta de sus zapatos durante unos segundos. Después, Lethan tomó la palabra.

—¿Has oído hablar de la doncella de Noruega?

—Supongo que te refieres a la pequeña Margarita I de Escocia, la nieta de Alejandro III.

—Esa misma. ¿Sabes lo que le ocurrió?

—No en profundidad. En su día lo estudié, pero lo tengo algo oxidado. Creo recordar que su abuelo se despeñó con su caballo por un barranco y murió. Y ella, como su única heredera, se convirtió en reina de Escocia siendo una niña.

—Tenía tres años —puntualizó Calen.

—Exacto. Eso se supone que ocurrió hace cuatro años. Cuatro años nuestros, no tuyos —intentó explicar Lethan—. Esto es un lío —añadió confuso.

—Lo he entendido. Sigue.

—Debido a su corta edad, se nombró a un grupo de nobles escoceses para que gobernaran Escocia hasta que se estableciera un sucesor legitimo.

—Sí, los guardianes escoceses.

—Correcto. No está tan mal para alguien que dice tenerlo oxidado —bromeó Lethan antes de proseguir.

—La pequeña ha permanecido todo este tiempo en Noruega, bajo la tutela de su padre, pero, según ese libro, en septiembre de 1290, tomó un barco rumbo a Escocia para ser coronada y falleció en la travesía.

Isabel empezó a vislumbrar el problema. Lethan, con un par de zancadas, se plantó delante de ella y preguntó:

—¿Sabes cuándo murió?

—No, aunque me temo que estoy a punto de averiguarlo.

—El libro en cuestión tampoco lo tiene claro, pero la franja que marca es mínima: entre ayer, 26 de septiembre, y mañana, 28.

Se hizo el silencio. Esperaron a que ella hiciera algún comentario. Al no hacerlo, Calen se sintió en la obligación de añadir:

—Sería muy extraño que un laird no acudiera a la coronación de su reina.

—¡Pero no va a haber coronación! —protestó Isabel—. Vais a regresar para nada.

—Eso lo sabemos nosotros —puntualizó Lethan con tono suave—, pero ellos no. Calen debe estar allí cuando den la noticia de la muerte. Si no, podría considerarse una falta de respeto.

Isabel miró al techo y suspiró al tiempo que entrelazaba los dedos de sus manos a la altura de la nuca.

—¿Por qué ahora? —inquirió enfadada—. ¿Por qué han esperado cuatro años para coronarla? ¡Maldita sea!

Anduvo unos pasos hasta la puerta que daba al pasillo y regresó, señalando a Lethan con el dedo índice.

—No entiendo eso que has dicho de que gobernarían los Guardianes de Escocia hasta establecer un sucesor legítimo. Ya lo tenían. ¿Por qué lo retrasaron tanto?

Fue Calen el que respondió con un tono calmado que no correspondía a su estado emocional.

—Hubo muchos nobles que dudaron que, siendo tan pequeña y criada en Noruega, pudiera llegar a ser una buena reina.

—Y otros —añadió Lethan— temíamos que, si la traían a Escocia y terminaban casándola con el hijo del rey de Inglaterra, como se rumoreaba, Eduardo aprovecharía para anexionarse nuestro país a la corona inglesa, como lleva queriendo hacer desde hace años.

—Y, por si eso fuera poco —continuó Calen—, se empezaban a barajar los nombres de otros candidatos, que también reclamaban su derecho al trono.

Isabel sintió una flojera en las piernas y tuvo que sentarse en la silla que tenía al lado. Apoyó los codos en la mesa y permaneció pensativa, mientras, de forma inconsciente, se apretujaba los labios con los pulgares. ¿Ya está? se preguntó a sí misma ¿Así termina todo?

Los hermanos la observaban en silencio, intentando adivinar si había captado lo que significaba ese precipitado regreso. La

siguiente pregunta que hizo confirmó que lo había comprendido a la perfección.

—Y ¿no podríais ir, hacer acto de presencia y regresar aquí?

Los hermanos volvieron a mirarse y, esta vez, Lethan dejó que fuera Calen el que respondiera.

—Me temo que no. A cada petición le corresponde un viaje de ida y uno de vuelta. Si el peticionario decide regresar sin haber conseguido el objetivo, es su problema.

Calen esperó a que Isabel lo mirara de frente y añadió:

—Si me voy, no podré volver.

De la calle llegaba el ruido de los coches circulando: frenazos de vez en cuando, bocinas de conductores con prisa… incluso música a todo volumen escapando del vehículo de algún piloto solidario, de esos que piensan que los demás no llevan radio en el coche y comparten la suya con generosidad desmedida.

Fuera se seguían escuchando los sonidos habituales de un sábado por la tarde. Parte de la ciudad agotaba ya sus últimas horas de ocio y se preparaba para recogerse y descansar. Mientras, otra parte empezaba a animarse con gente que abandonaba sus hogares en busca de unas merecidas horas de diversión.

Dentro…, dentro del apartamento de Isabel, hacía más de diez minutos que hasta el tic tac constante del reloj de péndulo colgado junto a la librería, sonaba con sordina.

Cada uno estaba sumido en sus propios pensamientos.

Isabel, furiosa con el destino por jugar así con su vida, seguía sin darse por vencida, buscando una excusa que evitara que los hermanos tuvieran que regresar.

Lethan era algo que daba por hecho y ocupaba los minutos en hacer balance de su fantástico viaje y de todas las cosas que había aprendido y descubierto, y que se llevaría con él.

Calen seguía sin dar crédito a todo el cúmulo de casualidades que lo habían conducido hasta allí y que, de la misma manera, ahora se lo iban a llevar después de haberle mostrado todo lo que pudo haber sido y no sería. Incluso consideró la idea de que la mano de Vadala estuviera detrás de todo ello. Igual ella había sabido desde el principio que su escapada no tenía ningún futuro y que terminaría

en fracaso por causas ajenas a él, con lo que ella conseguiría un nuevo siervo.

Los últimos cuatro años habían estado llenos de rumores sobre las negociaciones que se estaban llevando a cabo entre los Guardianes de Escocia y la corona inglesa, pero solo eran eso, rumores, más o menos creíbles según de dónde procedieran. Después de revisar los acontecimientos de las semanas previas a su viaje al futuro, llegó a la conclusión de que no hubo nada en ellas que ayudara a presagiar que el acuerdo estaba tan cerca de materializarse.

—¿A qué pacto habrán llegado que, después de tanto tiempo, ha contentado a todos y les ha hecho descartar al resto de candidatos y decidirse al fin por ella?

Calen formuló la cuestión sin dirigirse a nadie en particular. Más bien parecía que se le hubiera escapado uno de sus pensamientos y, en realidad, siguiera hablando consigo mismo. Lo más seguro es que fuera una pregunta retórica para la que no esperaba respuesta. Pero Isabel se levantó como si la voz de Calen hubiera activado un resorte. Tomó su móvil de encima de la mesa y volvió a dejarse caer sobre el sofá al tiempo que decía:

—Ahora mismo te lo voy a decir yo.

Calen negó con su dedo índice levantado.

—No, ni hablar. Tenemos un trato. Nada de husmear el pasado en ese chisme.

Isabel levantó la vista del móvil el tiempo justo de decir:

—Las normas han cambiado. Ante hechos extraordinarios, medidas extraordinarias.

Y sin más, bajó la mirada y siguió tecleando. Un segundo después de pulsar sobre la lupa de Google, la pantalla se volvió oscura y al instante se llenó de información.

Isabel leyó de carrerilla la parte que ya conocían y se detuvo para leer con calma la pieza del puzle que les faltaba.

—El 18 de julio de 1290, se firma el Tratado de Birgham que establece que Margarita será reconocida como reina. Que su matrimonio con el príncipe Eduardo no implicará la unión política de Escocia e Inglaterra. Y que Escocia mantendrá sus leyes, parlamento

y libertades. En cuanto se firmó el tratado, se organizó la escolta y la flota que la trasladaría de Noruega a Escocia. Y comenzaron los preparativos para la coronación, prevista para finales de septiembre o principios de octubre, en la abadía de Scone.

Lethan bufó en cuanto Isabel terminó de leer.

—Al final el inglés les ha engatusado. No tiene ninguna intención de cumplir su palabra. Tarde o temprano se saldrá con la suya y borrará a Escocia del mapa.

—Eso ya no importa —atajó Calen, al ver que su hermano se desviaba de la cuestión principal—. Sea lo que sea lo que han pactado, no va a suceder.

—De momento —añadió por lo bajo Lethan, incapaz de disimular su animadversión hacia el rey inglés.

Calen se puso serio.

—¡Basta! ¡Deja el tema ya!

Lethan obedeció al instante.

Isabel fue consciente de que había vuelto a suceder algo que ya había observado otras veces. Lethan tenía la habilidad de distinguir con precisión si quien le hablaba era su hermano o su laird. Al primero, si lo creía oportuno, le discutía, le llevaba la contraria o incluso se permitía, si se terciaba, gastarle bromas o lanzarle pullas. Al segundo, al laird, jamás le hacía ninguna de esas cosas. Cuando Calen asumía el rol de laird, contaba con la obediencia y el respeto absolutos de su hermano menor.



¡Bufff! No me he atrevido a intervenir hasta ahora. ¡Madre mía, menuda bronca!

Qué temperamento tienen estos hermanos cuando les sale la vena guerrera…

Ahora que se han calmado los ánimos ¿quieres asomarte al salón y ver la tensión que se respiraba hace un momento?



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

—¿No os dais cuenta? —preguntó poco después Isabel, en tono reflexivo—. Una vez más, el caprichoso destino se hace con el control de nuestras vidas.

Los hermanos la miraron sin comprender a qué se refería.

—Llevaban cuatro años sin ponerse de acuerdo. Si el tratado se hubiera firmado solo unos días antes, la noticia de la coronación habría llegado primero, tal vez, lo suficiente para que tus prioridades, ante esos nuevos acontecimientos, hubieran sido otras —afirmó, mirando a Calen—. Quizás habrías postpuesto tu fallida petición de mano, no te habrían rechazado, no os habríais emborrachado ni invocado la ayuda de Vadala y, por lo tanto, no habríais viajado en el tiempo.

Tras una breve pausa, sentenció:

—Nunca habríais estado aquí.

Buscando quitar hierro al asunto, ironizó:

—Una vez más, el poder en las sombras haciendo de las suyas.

No consiguió su objetivo. Sus palabras cayeron como una losa invisible sobre los tres y volvió a dejarlos mudos. Sumidos cada uno en sus propios pensamientos.

Los hermanos pronto recuperaron el ánimo y comenzaron a divagar sobre quién acudiría al evento. Se atrevieron incluso a conjeturar cuáles serían las reacciones de cada uno de los presentes cuando se hiciera pública la muerte de Margarita.

Isabel siguió en silencio. Al no conocer a las personas de las que hablaban, perdió interés por la conversación. Se quedó ensimismada, abstraída en sus propias reflexiones. Localizó una minúscula cutícula en su dedo índice y se obcecó en arrancarla. Todo su castillo romántico, con la primera brisa en contra, se había empezado a desmoronar ante sus ojos. No era ninguna ilusa, sabía que existía la posibilidad de que aquella relación no prosperara. En realidad, había muchos boletos para que eso sucediera. Demasiados elementos inusuales, por decirlo de forma suave. Pero estaba convencida de que, si eso sucedía, sería porque uno de los dos, lo había decidido así. No se le había ocurrido que fuera una causa externa la que, en contra de su voluntad, terminara con la relación de una forma tan abrupta, sin concederlos la más mínima oportunidad.

Para cuando se dio cuenta, su dedo sangraba tras el estropicio causado al arrancar el trozo de piel. Se lo llevó a la boca y succionó para eliminar la sangre.

Los hermanos habían reemprendido la conversación sin que ella se percatara.

Se levantó con la excusa de dar los últimos toques a la comida. Primero fue al baño, abrió el grifo del lavabo y metió el dedo dañado bajo el agua. Luego, cubrió la herida con una tirita.

Desde la cocina, escuchó retazos de la conversación que se mantenía en la sala. Lamentaban la muerte de la niña y hacían balance de las consecuencias que tendría. Conjeturaban sobre las posibles soluciones al conflicto que la desafortunada muerte había

provocado. Al parecer, Lethan había abandonado el libro a su suerte, tras leer ese primer párrafo, sin esperar a averiguar nada más.

Isabel no pudo menos que sonreír. Tenía su gracia. Seguían perdiendo el tiempo debatiendo sobre qué pasaría a partir de ese momento, cuando sería mucho más fácil averiguarlo consultando un libro de historia o «*el chisme ese*», como se refería Calen a Google o a las siempre cooperadoras IA.

Pero los hermanos se habían negado en redondo a hacer eso desde un principio. Más bien, había sido Calen quien se había opuesto y le había hecho prometer a ella que no les revelaría lo que supiera ni indagaría aposta nada más sobre su época. Ella se había comprometido a hacerlo. Lethan, de forma explícita, no, por lo que, en sentido estricto, al pasarse esa mañana por la biblioteca, no había desobedecido la orden de su hermano. Aunque, conociendo a Calen, estaba segura de que ese tecnicismo no habría disminuido en absoluto su cabreo al constatar que este había ignorado deliberadamente su deseo.

Durante la comida, los tres se esforzaron por mantener una conversación fluida, pero no lo consiguieron. Ellos la vigilaban, temerosos de hacer o decir algo que pudiera dañarla y ella fingía una entereza de ánimo que, desde luego, no sentía. Huyó a la cocina en cuanto tragó el último bocado y allí dio rienda suelta a su desconsuelo. Estaba bloqueada. No era capaz de imaginar lo que haría al día siguiente. ¿De verdad el lunes tendría que ir a trabajar como si nada? ¿En serio le tocaría volver a cocinar para ella sola? ¿Otra vez iba a tener que dormir sola? Sola, sola… Todos los pensamientos que se le venían a la cabeza terminaban en sola.

Isabel secó con el antebrazo una lágrima que escapaba mejilla abajo y continuó aclarando los platos. Ahora no era capaz de escuchar nada. Habían bajado el tono de la conversación hasta convertirla en murmullos ininteligibles. Daba igual, no tenía ningún interés en escucharlos hacer planes.

Otra tanda de preguntas se coló en su cabeza en cuanto bajó la guardia. ¿Se llevaría Calen todo lo que le había dado? Estabilidad emocional, risas, autoestima, planes de futuro… ¿Cómo iba a vivir sin todo eso?

¿Cómo iba a vivir sin él?

Escuchó cerrarse la puerta de la calle y al momento, Calen apareció en el umbral. Se miraron y sonrieron sin proponérselo, de forma natural.

—Y ¿Lethan?

—Ha ido a la pensión a recoger nuestras cosas. Lo traerá aquí todo y elegiremos lo que podemos llevarnos.

Isabel afirmó con la cabeza mientras pasaba por décima vez el estropajo por la base de la tartera.

Calen no había cruzado el umbral, como si la cocina fuera terreno prohibido o pantanoso. Se apoyó en el quicio y la observó desde allí. Solo con mirarla, supo que había llorado. Supo que estaba confusa. Supo que estaba dolida. Y lo único que se le ocurrió para intentar solventar todo eso fue abrazarla. Y lo hizo. Se pegó a su espalda y la rodeó con sus brazos sin decir ni una palabra. Y ella lo agradeció en el alma. La acunó con un leve balanceo y, cuando la escuchó empezar a llorar bajito, la apretó más fuerte y la dejó desahogarse.

—Deja eso para luego —la instó, pasándole un paño para que se secara las manos.

Ella obedeció y entonces, la tomó de la mano y la guió hasta el dormitorio. Se tumbaron sobre las sábanas, se miraron, se acariciaron y, después, como la cosa más natural, como algo tan inevitable como que en pocas horas se separarían para siempre, hicieron el amor.



En algún momento, totalmente satisfecha y saciada, se debió de quedar dormida y cuando despertó, él no estaba a su lado. Se tensó. Se sentó de inmediato en la cama y permaneció inmóvil, conteniendo la respiración y atenta a todo su entorno. Sus sentidos se agudizaron y unos segundos más tarde, cuando le llegó el tenue sonido de una conversación, soltó de golpe todo el aire contenido en sus pulmones. Se levantó y salió como un rayo, rumbo al salón.

Calen la vio entrar como una exhalación y al segundo la tenía abrazada a su tórax, como una bomba lapa. La voz de Isabel sonó amortiguada al tener la boca pegada a la camisa de Calen.

—¡Dios, qué susto me he dado! Me he despertado y no estabas.

Isabel levantó la cara para mirarlo y añadió:

—¡Creí que te habías ido!

Calen la abrazó y volvió a acunarla al tiempo que besaba su cogote.

—Tranquila, estoy aquí.

Era tentador fingir que su vida no iba a sufrir un cataclismo en breve, pero Isabel no cayó en esa trampa y quiso saber con exactitud cuánto tiempo les quedaba de estar juntos.

—Hemos pensado marcharnos al anochecer, cuando ya todos estén en sus casas. No sabemos dónde reapareceremos exactamente. Será mejor evitar en lo posible espectadores no deseados.

Isabel afirmó con la cabeza mientras consultaba el reloj. Dos horas máximo, calculó.

Lethan se levantó y estiró el brazo para coger su cazadora.

—Necesito estirar las piernas —afirmó mientras se la colocaba—. Volveré en una hora.

Calen asintió. Lethan le mantuvo la mirada y mientras recolocaba el cuello de la prenda, ordenó:

—Díselo.

Vio cómo Calen fruncía el ceño en señal de amonestación y añadió:

—Tiene derecho a elegir.

Abandonó el apartamento de inmediato para no dar tiempo a réplica.

El golpe seco de la puerta al cerrarse puso en marcha el cronómetro. Empezaba la cuenta atrás.

Isabel concedió un instante a Calen para que hablara, pero no lo hizo y tiempo era algo que no podía permitirse perder.

—¿Y bien? —inquirió para instarlo a que hablara.

Calen se levantó y fue hasta el ventanal, pero continuó en silencio. Lethan le había estado presionando para que le dijera toda la verdad a Isabel. Según él, debía saber cuál sería su destino si ella decidía no acompañarlo. Por unos segundos, la idea de contárselo fue muy tentadora. Intuía que ella no había decidido nada, aunque se lo estaba planteando, y sabía que ese dato, inclinaría la balanza a su favor. No tenía la menor duda de que, en cuanto ella supiera que si no lo acompañaba él pasaría el resto de la eternidad en el inframundo, al servicio de Vadala, en ese mismo instante elegiría regresar con él sin el menor titubeo. Pero, aunque era lo que más deseaba en el mundo, no quería que sucediera de esa manera. Quería que ella lo decidiera por propia voluntad, sin la más mínima coacción.

Isabel casi iba a insistir cuando al fin, lo escuchó decir:

—Es posible que haya otra forma de hacerlo, pero no estamos seguros de que funcione.

—¿A qué te refieres?

Calen se giró para mirarla de frente y con cierto deje de desesperación, confesó:

—Todo son conjeturas, no tenemos experiencias anteriores en las que basarnos.

Calen volvió a dudar si seguir hablando. Bajó la cabeza y se pasó la mano por el pelo. Aquello era un despropósito, pero estaba desesperado y eso lo hacía el candidato perfecto para cometer locuras.

La escuchó pronunciar su nombre y levantó la cabeza para mirarla.

—Por favor, dime que habéis pensado.

—Que seas tú la que haga la petición a Vadala.

Calen pensó que ella explotaría, que diría algo así como «¿Estás loco?», pero en lugar de eso, lo sorprendió con un «continúa» y eso fue suficiente para que relatara toda la idea de tirón.

—De las pocas cosas que tenemos claras es que toda petición lleva implícito un viaje de ida y uno de vuelta. Si yo hago la solicitud se dará por zanjada mi petición y no podré regresar. Pero si eres tú la que pides viajar y que nosotros te acompañemos, técnicamente, no se puede considerar parte de la misma petición y quedaría la puerta abierta a que podamos regresar los tres.

Calen hizo una pequeña pausa para estudiar su expresión y añadió para que el mensaje resultara más tranquilizador a ojos de Isabel:

—Considéralo una especie de vacaciones, como tu dijiste. Nada definitivo. Una semana, diez días, quince…, lo que tú quieras. En cuanto decidas regresar, lo haremos.

Calen volvió a guardar silencio y a estudiar el gesto de Isabel para intentar adivinar lo que pasaba por su cabeza.

Y por su cabeza pasaban muchas cosas. Más que pensar en si ese viaje de ida conllevaría uno de vuelta, de momento estaba evaluando la viabilidad del plan. Tras casi un minuto en silencio, habló.

—Yo ya he utilizado una vez el retal para viajar, igual que tú. ¿Por qué conmigo va a funcionar una segunda vez y contigo no sería

posible?

«Porque yo, es muy posible que, en cuanto regrese, vaya de cabeza al inframundo y no tenga opción a hacer una segunda petición», deseó poder responder.

En lugar de eso, inventó sobre la marcha otra excusa plausible.

—Todo son conjeturas, pero creemos que tú completaste el ciclo, fuiste y regresaste. Ahora sería una nueva petición. En cambio, yo estoy a medias. No puedo iniciar una nueva petición sin finalizar la anterior. Si vuelvo, se considerará el cierre de la primera, no el comienzo de otra. Y tampoco sirve que sea Lethan el que haga la petición puesto que forma un tándem indiviso conmigo. Vinimos juntos, nos vamos juntos.

Calen sabía que esa teoría estaba cogida con alfileres y era cuestión de tiempo, de poco por la cara de Isabel, que ella le encontrara alguna falla.

—Pero lo más importante de ese plan —continuó con rapidez para dejar atrás la explicación cuanto antes— es que, haciéndolo así, nos da la oportunidad de que tú vengas con nosotros con la tranquilidad de que, en cuanto decidas regresar a tu tiempo, podrás hacerlo.

El teléfono móvil de Isabel eligió justo ese instante para empezar a sonar. Calen torció el gesto y maldijo entre dientes.

—Es un compañero de trabajo. Tengo que contestar.

Calen deslizó las manos entre los cabellos y las dejó entrelazadas en su nuca, maldiciendo de nuevo lo oportuno de la llamada.

Isabel abandonó el salón, rumbo al dormitorio, antes de descolgar.

Calen consultó el reloj que había colgado en la pared. El tiempo, una vez más, se había convertido en su peor enemigo. En menos de media hora, su hermano estaría de vuelta y habría que empezar con los preparativos. En poco más de dos horas, su destino estaría sellado.

Fue hasta la ventana y dejó que su mirada se perdiera en la oscuridad. Sin ver ni mirar nada en particular.

Todo aquello era una locura. De hecho, era posible que hicieran el viaje de regreso, para que su clan estuviera representado en esa importante reunión, y que Vadala ni siquiera lo dejara asistir. ¿Esperaría a que el tiempo se agotara o lo daría por terminado en cuanto volviera a su tiempo y le arrastraría de inmediato al inframundo con ella? No había forma de saberlo.

Si Isabel decidía no acompañarlo, era muy probable que no volviera a ver amanecer. Si decidía hacerlo y el hechizo no funcionaba con ella una segunda vez, las posibilidades de ver amanecer eran de nuevo escasas. Lo que pasaría en las próximas horas, tras ese segundo viaje en el tiempo, era todo un enigma, y eso le ponía nervioso. Casi deseó estar borracho, como la primera vez, para no ser tan jodidamente consciente de todo.

No le hizo falta volver la cabeza para saber que Isabel había regresado. La vio reflejada en el cristal. Estaba apoyada en el marco de la puerta. Mantenía la cabeza gacha, fija en la pantalla del móvil que todavía estaba iluminada.

—Era Esteban. Le ha surgido un imprevisto y quería saber si podría hacerme cargo de las llamadas o recados de su departamento por un par de días.

Calen metió las manos en los bolsillos, inspiró muy hondo y se giró para mirarla de frente, intentando mantener una expresión neutra.

Tras una pausa eterna, Isabel, añadió:

—Le he dicho que me es imposible porque salgo de viaje esta noche. Que, de hecho, me ha pillado con el teléfono en la mano para avisar a la dirección de que me ha surgido una urgencia, fuera de la ciudad, y necesito cogerme unos días libres.

Hizo una pausa, pero como Calen seguía callado, añadió:

—En cuanto he terminado de hablar con Esteban, he llamado al director. No me ha puesto pega. Todo está arreglado. Tengo cuatro semanas de vacaciones.

Calen no era consciente de que hubiera retenido el aire en sus pulmones, pero así debía de haber sido a razón de la larga exhalación que hizo a continuación. La miró deseando ser capaz de ver en su interior. Como no lo era, tuvo que preguntar.

—¿Estás segura?

—No, no mucho —confesó ella, con una sonrisa nerviosa—. Pero sí estoy segura de que me arrepentiré si te dejo marchar sin más.

Calen intentó mantener la expresión neutra, pero le fue imposible. Estaba pletórico. Mantuvo sus manos prisioneras en los bolsillos para impedir que alzaran a Isabel por los aires. Apretó los labios para que no se dibujara la sonrisa que pujaba por salir. Pero sus ojos, sus ojos lo traicionaron, y en ellos se reflejó lo feliz que le habían hecho las palabras de Isabel.

Esperaron a Lethan. Cenaron algo ligero. Redactaron entre los tres el hechizo que Isabel debería leer y aunque los hermanos insistieron en que no hacía falta que preparara equipaje, porque la proveerían de todo lo que necesitara al llegar, ella se negó a viajar sin su ropa interior, su cepillo de dientes y un peine. Eran cosas que no estaba dispuesta a usar de segunda mano. Y antes de lo que pensaba, llegó la hora.

Pasa y toma asiento junto al fuego.

El laird se dispone a contar la historia de la familia a grandes y pequeños.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



AÑO 1290

Había vuelto a suceder. Un segundo antes estaba en su salón, muerta de miedo y bien sujeta a la mano de Calen. Un segundo más tarde, seguía muerta de miedo y bien sujeta a esa mano que era lo único que le garantizaba un mínimo de seguridad, pero ya no estaba en su casa sino en medio de ninguna parte. El sol casi se había ocultado e Isabel no era capaz de distinguir nada a más de dos metros de distancia. Al momento, fue consciente del frio que hacía y comenzó a tiritar. Aunque no tuvo muy claro si era solo debido a la baja temperatura o si ese hormigueo que sentía en la boca del estómago tenía algo que ver. Estaba aterrada. Se acercó más al torso masculino y enroscó su brazo alrededor del de Calen.

Tampoco le pasó desapercibido el cambio de actitud de los hermanos. Nada quedaba del aspecto confiado y relajado que habían mostrado hasta entonces. Ahora ambos estaban en guardia, atentos a cualquier posible amenaza. El brazo de Calen al que ella seguía sujeta con ambas manos estaba tensionado y su mirada parecía ser capaz de ver a través de esa oscuridad que ganaba terreno por momentos.

Isabel fue incapaz de evitar un retemblor de pies a cabeza. Calen lo detectó, se quitó la zamarra y la colocó sobre sus hombros.

—Vuelvo enseguida —advirtió Lethan, antes de alejarse.

—Ven, esperaremos ahí —indicó Calen, tomándola del codo.

Isabel anduvo en la dirección que él indicaba y pronto se toparon con un murete de piedras. Tomaron asiento y Calen la abrazó para protegerla del frio en la medida de lo posible.

—¿Estás bien?

—¿Aparte de congelada?

—Aparte de congelada —repitió él.

—Creo que estoy todo lo bien que se puede estar después de haber viajado más de setecientos años en el tiempo… porque hemos viajado en el tiempo, ¿verdad?

—Creo que sí.

Miró a derecha e izquierda, seguía sin ser capaz de distinguir demasiado, y preguntó:

—¿Sabes dónde estamos?

—Sí. No muy lejos de casa. Lethan ha ido a asegurarse de que el camino está despejado.

Isabel afirmó varias veces con la cabeza, pero seguía mirando desconfiada a todas partes.

La tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Todo está bien, tranquila. Te prometo que vas a disfrutar de la visita —afirmó rotundo, como si solo por pronunciar esas palabras, fueran a hacerse realidad.

Isabel también lo miró. Y volvió a percatarse del cambio de actitud que se había producido en él. Tenía la sensación de que este era el verdadero Calen. Mucho más fiero, más fuerte, más orgulloso si cabe. Se perdió en esos ojos que casi era lo único capaz de distinguir y en verdad le creyó.

Le pareció escuchar unas pisadas y volvió a asustarse.

—Tranquila —afirmó Calen, sin ni siquiera girar la cabeza para comprobarlo—, es Lethan.

En efecto, el menor de los Callaghan reapareció ante ellos. Se puso en cuclillas y le entregó a Isabel un puñado de ropa.

—Toma, ponte esto. Creo que te estará bien.

Isabel miró la ropa y lo miró a él extrañada, preguntándose cómo había sido capaz de encontrar aquello, allí, en medio de la nada.

Lethan interpretó mal esa extrañeza y pensó que los ropajes no eran de su agrado.

—Lo siento, no había mucho donde elegir. Te prometo que mañana conseguiré algo mejor.

Isabel tenía demasiado frío para desvestirse así que se colocó la falda sobre los pantalones y la blusa encima de la propia. Luego se enfundó un chaleco de lana, forrado con piel de borrego, que la sorprendió gratamente por su suavidad y calidez. Y encima se puso la pelliza que Lethan le dio. Era algo grande para su tamaño, pero no pensaba quejarse.

En cuanto terminó, se aferró a la mano de Calen y se pusieron en marcha. Isabel era muy consciente de cada sonido, de cada olor, de cada sombra. Todo era nuevo y antiguo a la vez.

Los hermanos, pese a la oscuridad, parecían saber exactamente dónde estaban y qué dirección tomar. Ella se limitó a seguirlos, cosa que no le resultó fácil. Sus zancadas eran bastante más largas que las de ella. La falda arrastraba por el suelo y se enredaba constantemente en la maleza, haciendo que cada paso supusiera un sobreesfuerzo añadido.

—Vamos, date prisa —apremió Calen a media voz.

—Lo intento, pero no estoy acostumbrada a tener que lidiar con estos voluminosos faldamentos —protestó, tirando con ambas manos del manojo de faldas hacia arriba.

—Vamos, chica de ciudad —bromeó Lethan, divertido al verla remangarse un poco más las faldas para intentar avanzar más deprisa—, no será para tanto.

—Ya me gustaría verte atrapado aquí dentro, a ver si seguías opinando los mismo —replicó, tras un resoplido.

—Venga, dejaros de cháchara o no llegaremos nunca —ordenó Calen.

Desanduvo los pasos que los separaban y se detuvo a su lado.

—Ya falta poco —aseguró, tomándola del brazo para ayudarla a caminar.

En efecto. Diez minutos más tarde, abandonaron los campos y cruzaron un camino de suelo firme y arenoso. Se dirigieron

directos a una estructura de madera. Retiraron el tablón que bloqueaba la puerta y entraron. El hedor a oveja y estiércol se coló en las fosas nasales de Isabel de inmediato. A los hermanos no pareció afectarles aquel brusco contraste de olores.

Al momento, Lethan resurgió del fondo del habitáculo con una lámpara de aceite encendida y un rebullo de voluminosas pieles bajo el brazo. Y, efectivamente, Isabel comprobó que su olfato no le había fallado. La mitad del recinto estaba lleno de ovejas.

—¿Vamos a dormir aquí? —preguntó extrañada al ver que posaban sus pertenencias en el suelo y empezaban a esparcirlas.

—Nosotros sí —respondió Calen, sin dejar de rebuscar en el saco del equipaje—. Él lo hará en casa.

—Y ¿por qué nosotros no?

—Para evitar tener que dar demasiadas explicaciones.

Aunque Calen no lo dijo, Isabel supo que se refería a explicar de dónde había salido ella. Sus siguientes palabras lo confirmaron.

—Llevamos fuera demasiados días. Lethan inventará una excusa creíble y mañana regresará con todo lo necesario para emprender el viaje a Scone. A la vuelta haremos ver que te uniste a nosotros en esta última parte del viaje. Será más creíble.

Isabel volvió a afirmar con la cabeza. Parecía que era lo único que hacía desde que habían llegado, pero estaba algo sobrepasada por la situación y para ella, al menos hasta que sus pensamientos recuperaran una cierta normalidad, era la forma más sencilla de responder.

—Bien parejita, os dejo en vuestro nido de amor. Mi cama me llama a voces.

Lethan, antes de salir, dirigió un imperceptible gesto de cabeza como despedida a su hermano y le guiñó un ojo a Isabel con picardía.

Calen volvió a cruzar el tablón, esta vez por la parte de dentro de la puerta y regresó junto a Isabel.

—Ven, al fondo estaremos más protegidos del frío.

La tomó de la mano y ella se dejó guiar. No sabía si por culpa del viaje tan singular que acababa de realizar o por la tensión acumulada en las últimas horas, pero sentía que las piernas se le

plegaban, como si acabara de correr una maratón. Por lo que agradeció que Calen cogiera un fardo de paja, lo extendiera de forma rápida y eficiente y lo cubriera con una de las mantas que había sacado de su morral. Luego, tiró de su muñeca y la hizo tumbarse. Él se colocó a su lado y cubrió a ambos con otra de las mantas. Y sobre ella, extendió varias de las pieles que Lethan había posado en el suelo. La sensación de calidez fue casi inmediata.

Calen se pegó bien a su espalda y pasó uno de sus brazos por debajo de la cintura de Isabel, para enlazar sus dos manos a la altura del vientre. Ella agradeció esa cercanía. No iba a confesarlo, pero estaba aterrada. Ella no era valiente. No era aventurera. Entonces ¿por qué se había embarcado en aquella locura? No tenía respuesta para esa pregunta.

—Te has quedado muy callada.

—Pensaba.

—¿En qué?

—¿Ya estamos en tus tierras?

—Sí. El castillo está a menos de una milla.

—¿Este cobertizo es tuyo?

Calen la apretó más contra cuerpo y después de depositaba un minúsculo beso en su oreja, añadió en un tono íntimo y posesivo.

—Sí y todo lo que hay en él, también.

—No esté tan seguro, caballero. Por si no se ha dado cuenta, las mujeres de mi tiempo ya no son posesión de nadie —ronroneó Isabel.

—Por si no se ha dado cuenta, mi bella y querida dama —aseguró Calen, dejando un reguero de besos a lo largo del cuello femenino—, ahora está en mi tiempo. Y aquí, algunas cosas son diferentes.

Isabel giró la cara para mirarlo de frente. Más que ver, debido a la poca luz, intuía su expresión, pero estaba segura que reflejaba la misma posesión que marcaba su tono de voz.

—Aquí y ahora, vos sois mía. Solo mía —repitió con convicción, antes de asaltar sus labios.

Isabel respondió al beso con la misma intensidad. Dando tanto como recibía. Él podía decir lo que quisiera, pero estaba por

ver quién era más de quién.

—Pensaba que hoy vería tu hogar.

—Habrá tiempo. Hoy habría causado demasiado revuelo si además de llegar a horas intempestivas, lo hubiéramos hecho con una forastera. Es mejor así.

Le besó en la nariz y preguntó:

—¿Cansada?

—Muerta.

Calen sonrió y volvió a besar su nariz antes de recostarse y atraerla hacía sí.

—Duerme —ordenó—. Mañana te mostraré mi tiempo.

Isabel sintió un escalofrío. No supo si la causante fue la temperatura, más bien la falta de ella, pues el desplome térmico que se había producido al trasladarse desde su salón hasta los campos escoceses había sido significativo o, tal vez, se debía a ese runrún anticipativo que sentía en su estómago, fruto del miedo a lo desconocido y la excitación previa a la aventura. En cualquier caso, agradeció el calor que irradiaba el cuerpo de Calen bien pegado al suyo.

El viento se colaba por las rendijas de la cabaña y runflaba haciendo que la sensación térmica aún fuera más baja. Isabel se arrebujó bajo las mantas y oteó el cielo por uno de los agujeros de la techumbre. Era tan oscuro que las estrellas parecían más brillantes. Justo antes de dormirse pensó en toda esa locura que acababa de poner en marcha. Pensó en lo que había dejado atrás y en lo que le depararían los próximos días. Y se sorprendió al sentir algo de vértigo, sí, pero sobre todo expectación y ganas de vivir la experiencia de forma plena. «Mañana comienza la aventura», gritó su mente antes de dejarse vencer por el sueño.



Breve biografía de Domhnall Callaghan: El propulsor del clan.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Calen ya llevaba un rato en vela, pero había permanecido muy quieto para no interrumpir el sueño de Isabel. No se cansaba de mirarla y todavía le parecía mentira que estuviera allí. En sus tierras. En sus brazos. Su intención era acudir hasta Scone Abbey y en cuanto terminara la pantomima de la fallida coronación, regresar a Glenbràith. Estaba deseando mostrarle toda la belleza que encerraban sus tierras y su gente.

Por la luz que se colaba entre los tablones de la techumbre, calculó que no faltaba demasiado para que el pastor pasara a recoger el rebaño. Lo cual quería decir que Lethan reaparecería en cualquier momento. Aun así, no quiso despertarla.

Isabel se durmió con su espalda bien pegada al pecho de Calen y despertó de la misma forma, como si no hubieran cambiado de postura en toda la noche.

—Vamos, dormilona. Hora de levantarse —exclamó Calen, al tiempo que se ponía en pie y se desentumecía.

Un instante estaba adormilada y al segundo siguiente fue consciente de dónde y cuándo estaba. Eso bastó para despejarse por completo, con todos los sentidos en alerta. Se levantó con tanta rapidez que uno de los pies se enredó en la manta y, gracias a los buenos reflejos de Calen, no cayó de bruces.

—Eh, cuidado —advirtió Calen, abrazándola por la cintura.

Isabel se sujetó a sus brazos y se perdió en el verdor de esos ojos que la miraban.

—Buenos días —musitó, sonriendo.

Calen permaneció callado preguntándose cómo una mujer, con aquel aspecto tan desaliñado, podía resultar tan atractiva.

—¿Qué haremos hoy? —oyó que le preguntaba.

—Cabalgar.

Isabel frunció el ceño.

—Me temo que eso va a ser un problema —confesó contrariada—. No he subido a un caballo en mi vida. No creo que sea capaz de sostener las riendas.

—Por suerte, no tendrás que hacerlo —aclaró Calen, deslizando su dedo índice por la nariz de Isabel—. Yo lo haré por ti. Tú solo tendrás que sujetarte fuerte a mi cintura.

Isabel sonrió.

—Eso sabré hacerlo.

Una vez más, se quedaron embelesados mirándose, hasta que las voces de Lethan los sacaron del ensimismamiento.

—¡Tortolitos! ¡Hora de levantarse!

Calen fue hasta la puerta y retiró el tablón que la bloqueaba.

—¿Por qué no gritas un poco más? Tal vez haya alguna aldea cercana en la que no te hayan oído.

—Uy, qué malas pulgas ya de mañana —exclamó Lethan, pasando de largo por delante de su hermano—. Buenos días, princesa —saludó, plantándose delante de Isabel y dedicándole una perfecta reverencia.

Ella se lo quedó mirando, sorprendida por el cambio de aspecto. Llevaba un blusón blanco que combinaba a la perfección con su tez tostada, unos pantalones de lana que parecían una segunda piel y unos robustos *brogues*[14] de cuero que le cubrían hasta media pantorrilla, dejando asomar por encima las gruesas calzas de lana que lo protegían del frío y estilizaban aún más su figura.

Lethan esperó paciente, pero sobre todo divertido, a que terminara la inspección a la que le estaba sometiendo. Cuando la mirada de Isabel, tras un lento ascenso, llegó a la altura de sus ojos, le entregó el hatillo que llevaba bajo el brazo.

—Toma, te he traído algo de ropa. Pruébatela. Creo que es de tu talla. Lo del calzado era más complicado. Te he traído estos *brogues* sencillos, que creo que te estarán pequeños, y estos zapatos de caña alta, que quizás te estén grandes. Tendrás que rellenarlas con un poco de paja.

—No te preocupes, ya me apañaré, pero antes tengo que salir un momento.

—Sí, por supuesto —afirmó Lethan, retirándose a un lado para dejarle paso libre.

Isabel posó el hatillo en el suelo y pasó por debajo del brazo de Calen, que aún mantenía la puerta abierta.

—No te alejes ni te entretengas demasiado —le advirtió este—. El pastor llegará en cualquier momento.

—Tranquila, tómate el tiempo que necesites —rectificó Lethan, con tono de superioridad—, el pastor aún tardará un poco en llegar. Le va a llevar un poco de tiempo encontrar a su perro —aclaró, socarrón.

Isabel no se entretuvo. Regresó en menos de cinco minutos y, para entonces, ya le esperaba un cuenco con leche recién ordeñada y una porción de una especie de bollo dulce, cuyo nombre desconocía, pero que estaba delicioso.

—¿Y los hombres? —preguntó Calen.

—Les he dicho que se adelanten y nos esperen en el cruce de Kilbrae Cross —respondió Lethan, al tiempo que se ponía de pie y se sacudía las briznas de paja que se habían adherido a sus pantalones.

Isabel tragó su último bocado y preguntó con un leve tono de pánico que no logró disimular.

—¿No viajamos los tres solos?

—No —respondió Calen, mientras vertía un poco de agua en las tazas para aclararlas y las metía en un pequeño zurrón con el resto de enseres—. No puedes quedarte sola mientras nosotros acudimos al teatrillo de la coronación. Mis hombres te harán compañía. No te preocupes, son de total confianza.

Isabel todavía no había pensado en lo que iba a ocurrir más allá de los próximos diez minutos, pero parecía que ellos ya lo tenían todo controlado. Y eso ayudó a apaciguar su desasosiego.

Echó un vistazo al recinto y localizó unos montones de paja apilados que bien podían servir de improvisado vestidor. Cogió el montón de ropa y fue para allá.

Desató el nudo y desplegó los ropajes. Había una blusa de lino de manga larga, rematada en los puños con lazos deshilachados. Sonrió divertida. «¡Qué gracia! ¡Claro, olvídate de los botones, Isabelilla!», se dijo a sí misma.

Lo siguiente en la pila era una sobrefalda de lana basta, de color pardo rojizo, algo recia al tacto, pero sorprendentemente ligera. Olía a humo y a puchero.

La última prenda era una falda larga y esta, sí, muy pesada. Unas gruesas medias completaban el ajuar. Al desdoblarlas cayó al suelo una cinta oscura, dedujo Isabel para recogerse el cabello: «Adiós a la goma y las horquillas, Isabelilla» volvió a murmurar para sí misma, mientras se desprendía de ellas y las guardaba en el bolsillo de sus vaqueros.

Empezó a vestirse la mar de divertida. La situación le recordaba mucho a las pruebas de vestuario que hacían previas al estreno de una obra, cuando formaba parte del grupo de teatro de la universidad.

Cuando terminó, revisó su aspecto y suspiró resignada. Tendría que valer. Se sentó en el suelo para probarse los zapatos. Los *brogues* de cuero rústico, como había vaticinado Lethan, con aquellas medias tan gruesas, le quedaban pequeños. Se colocó uno de los de caña alta y se levantó para dar un par de pasos y decidió dejarse puestos debajo de las medias sus propios calcetines para que ajustaran mejor.

Reapareció con la vista fija en el suelo, pendiente de no pisarse las faldas. Cuando levantó la mirada, se quedó inmóvil, impactada por el aspecto tan distinto que presentaban los hermanos. Isabel ya conocía las prendas de vestir habituales de ese siglo, pero una cosa era leer su descripción en un libro o verlas en un grabado, y otra muy diferente contemplarlas al natural, sobre un cuerpo de carne y hueso.

Calen vestía ahora una túnica azul oscura, adecuada para una jornada a caballo. Sencilla, pero impecable. Bajo la túnica, unos *braccae*[15] de lana grisácea, que por lo que intuía, eran tan estrechos y ajustados como los que lucía Lethan. Y, también como su hermano, llevaba un calzado de cuero robusto que le protegía hasta la pantorrilla, con las punteras algo desgastadas, pero, a simple vista, de buena calidad.

Pero, lo que más la impresionó fue la espada que, sujeta a su cintura, colgaba a lo largo de su costado derecho. Hubo otro elemento de la vestimenta que no pasó desapercibido en el escrutinio de Isabel. A pesar de no haberlo visto nunca, lo reconoció

al instante. El broche de plata que sujetaba los pliegues del inmenso *plaid* de gruesa lana que cubría sus hombros, era, sin duda, el que su padre había encargado expresamente para él, y que reproducía fielmente el escudo del clan: Dos lobos rampantes enfrentados, con las fauces abiertas y las garras tensas, custodiando una espada en posición vertical entre ellos. Y sobre la empuñadura, una media luna invertida.

Lethan también lucía ahora una túnica sobre su blusón y una capa sobre los hombros, muy similar a la de Calen. Y, como su hermano, llevaba colgada de su cinto una espada de dimensiones impresionantes. La pose de ambos era una réplica exacta de la que lucían los actores que interpretaban a valientes guerreros escoceses en las películas. Pero ahora no eran meros disfraces. Esto era muy real. Fue una sensación extraña, como si de pronto los conociera de forma más profunda, más cercana y, a la vez se hubieran alejado. Se estaba emocionando y no quería añadir el llanto a su aspecto que, ya de por sí, seguro resultaba bastante ridículo.

—¡Jo! ¡No es justo! —exclamó, contrariada.

—¿El qué no es justo?

—Vosotros estáis impresionantes. Esas ropas os quedan como un guante. ¡Miradme a mí! —se quejó, dando un giro de trescientos sesenta grados con cara de enfurruñada.

Los dos rieron divertidos, más que por su aspecto, que no era para tanto, de hecho, Calen, al verla, había sentido orgullo y un fuerte tirón en la entrepierna, por su expresión tan lastimera.

—Venga, deja de protestar. No es para tanto —la animó antes de besarla—. Deberíamos ponernos en marcha —añadió, cambiando el tono, al tiempo que se agachaba para recoger las ropas que se habían quitado y llevarlas al fondo del corral.

Lethan se quedó con Isabel. Cruzó los brazos y la sometió a un escrutinio parecido al que había sufrido él primero.

—Para solo llevar unas horas aquí, yo no te veo tan mal —sentenció, mientras se frotaba la mejilla con aire pensativo.

—¡Andando! —ordenó Calen, ya de vuelta, posando la palma de la mano en la parte baja de la espalda de Isabel, invitándola con el gesto a ponerse en marcha.

Isabel respiró hondo y se dejó guiar. «¡Vamos allá!», se dijo a sí misma. «¡Lo desconocido nos espera!»

Cuando rodearon la cabaña e Isabel se dio de bruces con los caballos, volvió a tener la misma sensación que poco antes: en las películas no parecían tan grandes.

Los ojos de Calen se iluminaron en cuanto tuvo a la vista a su caballo. Se dirigió hacia él y durante cerca de un minuto, Isabel tuvo la sensación de que ambos mantenían algo muy parecido a una conversación. Se colocó a su lado y, al tiempo que le acariciaba las crines y el lomo, le susurraba palabras que el animal parecía entender, porque emitía relinchos y estiraba el cuello tras cada una de sus frases. Isabel estaba impresionada. Otra vez, la realidad superaba con creces a la ficción.

Calen dio por terminado el saludo, tomó las riendas y, ágilmente, se subió al caballo. Entonces la miró y extendió su brazo con la mano estirada hacia ella.

Isabel puso los brazos en jarra, sin entender qué pretendía que hiciera.

—Agárrate a mi mano y apoya el pie en el estribo. Yo haré el resto.

Isabel calculó la altura a la que estaba el estribo. Mínimo setenta centímetros del suelo. Ni en sus años de más actividad física, cuando se apuntó a un gimnasio y consiguió acudir, no sin mucho sacrificio, dos días por semana durante tres largos meses, habría sido capaz de subir su pie hasta esa altura.

Miraba alternativamente a Calen y al estribo, intentando pensar alguna solución, cuando las fuertes manos de Lethan la sujetaron por la cintura y, sin el menor esfuerzo, la alzaron y la sentaron tras Calen.

—Asunto resuelto —afirmó satisfecho, mientras se frotaba las palmas de las manos.

El caballo de Calen, al notar un extra de peso, cambió de postura e Isabel se sujetó rápidamente a la cintura de Calen. Por supuesto, a él no le importó.

Se pusieron en marcha, rumbo a la intersección en la que esperaba el grupo de jinetes que les servirían de escolta.

Justo antes, al girar el recodo, en lo alto de una pequeña ladera, Isabel divisó una edificación medio en ruinas. Muros bajos, sin tejado y con parte de las piedras de la estructura ocultas bajo la maleza. A primera vista, le pareció un viejo refugio de pastores, como los que había visto alguna vez en las sierras cercanas a Salamanca. Pero entonces se fijó en la cruz. Alta, solitaria y, a pesar de que su brazo izquierdo estaba partido, mostrando cierta robustez y dignidad.

—Es lo que queda de la celda monástica[16] de Kilbrae —le informó Lethan al ver hacia dónde miraba—. Un solitario monje fue su único morador durante muchos años. Los ancianos cuentan que encendía fuegos cada noche para guiar a los viajeros que cruzaban estos caminos. Cuando murió, el monasterio del que dependía no mandó relevo y el lugar quedó abandonado.

Isabel observó con detenimiento la estructura, intentando imaginar la vida del monje que la ocupó durante tanto tiempo.

En el momento en que llegaron a la altura de los hombres que los esperaban en el cruce, la postura de Calen se transformó. Recuperó su porte de Laird.

Isabel, lamentablemente, no fue capaz de percibir ese fugaz aunque importante momento en que el Calen, «viajero en el tiempo», se desvanecía y resurgía el Calen Callaghan, «quinto laird de Glenbràith». No fue hasta días después cuando empezó a echarlo en falta. Y pasaría mucho tiempo hasta que el Calen «viajero en el tiempo» reapareciera.

Los hombres se miraron entre sí y avanzaron en bloque hacia ellos. Se detuvieron ante el caballo de Calen y al unísono inclinaron la cabeza a modo de saludo. Isabel observaba en silencio, con el corazón desbocado y una mezcla de asombro y expectación. Por sus expresiones, era evidente que se alegraban de verlo después de tantas semanas. Aunque, en su actitud, más allá de la alegría por el reencuentro, se percibía con mucha más fuerza el respeto y la lealtad que le profesaban.

Si alguno se extrañó por la presencia de aquella mujer a la grupa del caballo de su laird, ninguno lo expresó en voz alta. Isabel,

aferrada con fuerza a la cintura de Calen, se limitó a escuchar su escueto intercambio de frases, muy atenta y consciente de esa demostración de sumisión y jerarquía que estaban llevando a cabo los hombres del clan. No dijo ni palabra, bastante tenía con tirar de su falda hacia abajo, intentando cubrir la parte visible de sus muslos con la tela.

No pasó desapercibida para Calen la lucha que mantenía con su faldamento. Y mientras esperaban a que los hombres volvieran a montar, le murmuró entre dientes:

—¿Quieres parar quieta? ¿Qué te pasa?

—Son estas dichosas faldas —siseó ella en voz baja—. Se me ve todo. Me parece que no es la indumentaria perfecta para una amazona.

Calen se giró levemente para mirarla a la cara.

—Nadie se va a fijar en tus piernas.

—¡Sí, claro, porque tú lo digas! —replicó mientras levantaba un poco el trasero, intentando que la falda bajara unos centímetros.

—Sí, exacto.

Isabel, sorprendida, detuvo su particular guerra con sus ropajes. Era una frase hecha. No esperaba respuesta y menos, esa respuesta. Entonces observó a los hombres y sí, ciertamente ninguno la miraba. En realidad, más bien la ignoraban. Volvió la vista hacia Calen y antes de que este se volviera para fijar la mirada al frente, apreció un brillo, mezcla de orgullo y superioridad, en sus ojos. Era evidente que en el saludo que Calen había hecho a sus hombres, se había encargado de incluir la orden de: respeto absoluto a la dama. ¿Cómo lo había hecho? Isabel no tenía ni idea.

Pese a la aparente indiferencia, Isabel procuró no llamar la atención. Pasó gran parte de la mañana callada y con un hormigueo raro en el estómago, mezcla de miedo, curiosidad y expectación difícil de explicar.



Breve biografía de Malcolm Callaghan: Primer laird de clan.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Para media tarde, la tensión, tanto física (tenía el trasero insensibilizado con tanto bote repetitivo) como emocional, dio paso a un cansancio extremo. Por suerte, Calen dio la orden de detenerse y acampar, e Isabel pudo al fin bajar del caballo.

—¿A qué viene esa cara de perros? ¿Tienes algún problema? —preguntó Lethan con cierta malicia, pues ya imaginaba el motivo.

—En las películas cabalgar parece mucho más sencillo y apetecible que en la realidad —protestó, masajeando con disimulo sus nalgas para reactivar la circulación sanguínea en la zona.

Lethan soltó una sonora carcajada. Admiraba a aquella mujer que había sido capaz de embarcarse en esa aventura de manera consciente y voluntaria, no como él. Pero, a veces, no podía resistir la tentación de hostigarla.

—Si quieres —propuso mientras avanzaba con lentitud hacia ella—, puedes tumbarte boca abajo sobre mis muslos y yo masajearé gustoso la zona afectada.

Isabel empezó a retroceder sin quitarle la vista de encima, con su dedo índice alzado de forma amenazadora ante la nariz de Lethan.

—Ni se te ocurra.

—¿Por qué no? Seguro que sientes alivio de inmediato. Soy muy bueno masajeando esa parte del cuerpo femenino. Tengo mucha experiencia.

—No lo dudo. Pero este trasero no va a contribuir a engrosar esa larga lista tuya.

Isabel no había dejado de observarlo, por lo que adivinó sus intenciones y, un segundo antes de que intentara apresar su muñeca, se dio la vuelta, dispuesta a echar a correr. Soltó un gritito, sobresaltada, cuando al hacerlo chocó contra algo.

—¿Se puede saber qué hacéis? —siseó Calen, malhumorado, al tiempo que, como un acto reflejo, sujetaba a Isabel por la cintura al toparse con ella.

Lethan colocó las manos a su espalda, detuvo su avance e intentó hacer desaparecer de su cara cualquier resquicio de diversión. Después, respondió lo más serio que pudo.

—Nada. Solo charlábamos amigablemente.

—Pues busca otra persona con quien charlar amigablemente. Todos los hombres os observan.

Esta fue una de esas veces en las que Isabel tuvo la impresión de que los hermanos mantenían una conversación paralela, al margen de las palabras que salieran de su boca.

Lethan echó un vistazo a su alrededor y, en cuanto comprobó que lo que decía Calen era cierto, su semblante se oscureció. Se puso serio, pidió disculpas y se alejó, no sin antes guiñar un ojo a Isabel de manera casi imperceptible.

Isabel se encaró con Calen e intentó justificar la actuación de Lethan.

—No era para tanto.

—Sí lo es. Los hombres no dejan de observar la forma en la que te tratamos. Si nosotros nos tomamos libertades, deducirán que ellos también pueden hacerlo y nos imitarán. Si te pierden el respeto, no podré protegerte. Mi hermano, aunque actúe como un inconsciente, sabe que debe guardar las formas. Ha sido un irresponsable.

Tras su explicación, Isabel entendió su reacción y la agradeció. Eso la hizo sentirse segura y protegida. Continuó guardando las distancias y, sin que su postura o gestos pudieran levantar la más mínima sospecha ante cualquier posible espectador, preguntó con el tono más sensual que pudo:

—Entonces, mientras estemos aquí, ¿no vas a volver a tocar mi trasero?

Calen no pudo retener una leve sonrisa. Era la primera vez que Isabel utilizaba un tono tan insinuante. Era evidente que lo hacía porque sabía que ahí, delante de todos, por mucho que lo deseara, él no iba a poder responder como le hubiera gustado. Pero estaba casi seguro de que, sin ni siquiera tocarla, con su voz como única herramienta, era capaz de hacerla ruborizarse y quiso comprobarlo.

—No. Nunca lo haré, mientras haya alguien observándonos.

Bajó el tono de su voz, haciéndola aún más grave y añadió:

—Pero, en cuanto estemos a solas, haré mucho más que tocarlo.

En efecto, el color de las mejillas de Isabel subió de intensidad de inmediato, pero la sonrisa seductora que le dedicó lo animó a poner en práctica su advertencia a la primera ocasión.



En tiempo récord sus hombres montaron un campamento que incluía una pequeña tienda para Isabel, que estuvo observando todo el despliegue de actividad desde una distancia prudencial. Intentando pasar desapercibida, pero sin alejarse demasiado de Calen o Lethan, los únicos presentes que, de momento, le inspiraban confianza.

Por eso, cuando poco más tarde circundaba el campamento en un corto paseo y sintió que un brazo rodeaba su cintura, no pudo evitar que escapara de su garganta un grito que quedó ahogado casi al instante por los ardientes labios de Calen.

Una vez que identificó a su atacante, se dejó arrastrar al interior de la tienda y disfrutó del apasionado beso.

—Me has asustado.

—Ya te he dicho que no tienes por qué temer nada, solo disfruta del viaje —aseveró, molesto por su desconfianza.

—No puedes ordenarme no tener miedo. ¿No te das cuenta de lo absurdo que es? —protestó Isabel—. Es fácil decir «no tienes que temer nada» —repitió con voz aflautada— pero, desde que he

llegado, todo mi cuerpo está en tensión permanente. Todo es similar: paisajes, sonidos… y, a la vez, todo tiene un matiz diferente. Creo que pasarán algunas horas antes de que consiga deshacerme de esa mezcla de angustia y pánico que siento en este momento.

Calen comprendió que tenía razón. Él mismo había sentido algo parecido cuando viajó al futuro.

—Perdóname. Tengo tantas ganas de que disfrutes de todo esto que olvido lo singular de la situación.

Deslizó ambas manos por los antebrazos de Isabel, a modo de caricia y añadió, con tono meloso:

—Lo entiendo. Estás tensa y tienes motivos para estarlo.

Que de repente se mostrara tan comprensivo puso en alerta a Isabel. Aun así, la pilló desprevenida cuando, al tiempo que la tomaba por la cintura, añadió con tono pícaro:

—Tendremos que hacer algo para que te relajes.

Un nuevo grito, esta vez seguido de una carcajada, escapó de su garganta cuando la alzó y la tiró sobre el mullido montón de mantas que habían colocado en el suelo a modo de colchón. Y, como la vez anterior, Calen se vio en la obligación de acallarlo antes de que llegara a oídos de sus hombres.

Para cuando reaparecieron en el claro, ardía una viva fogata y todos se afanaban en los preparativos de la cena. Lethan colaboraba como uno más en las tareas y parecía llevar la voz cantante en la conversación.

—¿No deberíamos acercarnos a ayudar nosotros también? —preguntó Isabel, acurrucada bajo el brazo de Calen.

—No —respondió este sin el menor remordimiento.

A Isabel le hizo gracia su rotundidad. Lo miró sonriente y él le devolvió la sonrisa.

—Ven, sentémonos allí hasta que nos avisen para cenar.

Calen la tomó de la mano y juntos caminaron hasta un pequeño montículo. Se sentó sobre la hierba, apoyando la espalda en un murete medio derruido e hizo señas a Isabel para que tomara asiento delante de él, entre sus rodillas. Isabel obedeció. Apoyó su espalda en el pecho masculino y colocó los codos sobre las rodillas de Calen.

Respiró hondo y, mucho más relajada que al principio de la jornada, disfrutó de las vistas de postal.

La hoguera ya chisporroteaba con fuerza y el olor a leña quemada cada vez era más intenso. Por detrás de los resoplidos de los caballos y de las voces y risas apagadas de los hombres, distinguió el sonido del agua del arroyo cercano, discurriendo sin prisa.

—¿Muy distinto a Salamanca? —preguntó Calen.

—Tampoco tanto. Es lo curioso. Estoy segura de que en los alrededores de Salamanca hay un paraje similar. Con un arroyo serpenteante y un bosque parecido a aquel —indicó señalando las copas de árboles—. Tal vez aquí sean abetos y allí pinos. Tal vez aquí huela a brezo y allí a tomillo, pero en esencia, son muy parecidos.

Un lobo eligió ese momento para aullar entre la espesura.

—¿También tenéis lobos?

—Sí, aunque no tantos como antes. Ahora hay más jabalís… y estudiantes con guitarras —añadió divertida— que, a veces, son más peligrosos.

Depositó un beso en una de las muñecas de Calen y dejó caer la cabeza hacia atrás hasta posarla en su pecho.

—¡Todavía no puedo creer que esté aquí contigo! —exclamó dejando libre por un momento todo el asombro que todavía colapsaba su mente.

—Créelo. Estás aquí. Conmigo —le aseguró apretándola más contra su pecho—. Como yo estuve primero allí, contigo. No sé cuántas normas, reglas o leyes me he saltado para lograrlo ni si tendrá consecuencias, pero si las hay, habrá valido la pena.

Isabel giró la cabeza y estiró el cuello para alcanzar a besar sus labios. Luego volvió a acurrucarse entre sus brazos.

De forma gradual y casi imperceptible, la intensidad del sol había ido disminuyendo y las sombras habían empezado a ganar terreno.

El viento cambió por un segundo de dirección e Isabel percibió un exquisito olor a carne asada.

—¡Mmmm! ¡Qué bien huele! ¿Qué están cocinando?

—Supongo que venado ahumado. Suele ser el plato estrella de estas «barbacoas» campestres improvisadas —respondió, orgulloso de haber incorporado a su vocabulario esa palabra tan futurista para él—. ¿Tienes hambre?

—Creía que no, pero este olorcito me está haciendo salivar de anticipación.

Calen rió con ganas al tiempo que la instaba a levantarse.

—Pues vamos a ponerle remedio.

El olfato no le había fallado a Calen. Los hombres habían cortado una veintena de ramas afiladas, en las que habían ensartado gruesas lonchas de carne ahumada. Las habían clavado en la tierra, alrededor de la hoguera, permitiendo que el calor abrazara la carne dorándola despacio, sin quemarla.

A Isabel la escena le recordó a los habituales espetos de sardinas que se preparaban al atardecer en los chiringuitos de cualquier playa de Andalucía. Allí, el humo olía a sal y mar. Aquí, a resina y carne curada. Dos formas sencillas de cocinar, separadas por siglos y kilómetros de distancia, pero en lo esencial muy similares.

Completaba el menú una especie de pan plano, que estaban recalentando sobre piedras calientes y un poco de queso curado.

Lethan sirvió un líquido ambarino en su taza de madera y se la ofreció a Isabel. Estaba sedienta así que su primer trago fue generoso. Los dos hermanos esperaban su reacción, que no se hizo esperar: nada más tragar, arrugó la nariz y torció el gesto, dejando claro lo desagradable que le había resultado el sabor.

Lethan soltó una carcajada:

—¿Ves cómo nuestra cerveza es bastante más contundente que la vuestra?

—Buajjjj —exclamó con expresión agria, por si quedaba alguna duda—. ¿Cómo os puede gustar esto? ¡Sabe asqueroso!

Calen intentaba no sonreír. Cogió su *odre* y se lo entregó. Isabel la aceptó, pero dudó si beber y él respondió a su muda pregunta:

—Es agua del arroyo.

Con el último bocado, ya con la noche cerrada, Calen e Isabel se retiraron a la tienda. La conversación del resto, aún reunidos alrededor de la hoguera, se prolongó un poco más.

Isabel, recostada de medio lado sobre la gruesa manta que servía de colchón, con el cuello apoyado en el antebrazo de Calen y este muy pegado a su espalda, quiso saber lo que depararía el nuevo día.

—Nos queda una media jornada de camino.

—¿Todavía? —protestó Isabel, preocupada por sus posaderas.

—Si no fuéramos a paso de tortuga…—bromeó él.

—Intento no retrasar.

—Lo sé —afirmó, depositando un beso entre su melena—. No te preocupes, haré de ti una estupenda amazona.

Calen notó cómo la espalda de Isabel se tensaba y se dio cuenta de que su subconsciente le había jugado una mala pasada. Él veía ese viaje como el preámbulo de uno mucho más largo y definitivo. Para Isabel solo eran unas vacaciones, de no más de tres o cuatro semanas, en un destino cuanto menos exótico, nada más. Ni imaginaba lo que su negativa a considerar esa opción de «destino permanente» podía significar para Calen.

—¿Te acercarás mañana a Scone? —preguntó decidida a acabar con la incomodidad que había provocado el comentario de Calen.

—Creo que no. Si las fechas que manejamos son correctas, tenemos margen. Iré al día siguiente.

—¿Cuánto tendremos que quedarnos?

—Depende de lo que tarde en llegar la noticia de la muerte de la heredera. Iremos viendo sobre la marcha, pero no creo que sean más de dos o tres días. El descanso le vendrá bien a tu trasero —añadió, dejando un reguero de pequeños besos en el cuello de Isabel.

—No lo dudes —aseguró ella, girando la cabeza para ampliar el acceso a la zona.

—Estoy pensando —murmuró Calen entre beso y beso— que tal vez debería hacer un seguimiento minucioso de esa parte de tu

cuerpo para verificar su estado y posterior mejoría.

Isabel, entre risas, respondió con tono juguetón:

—Tal vez…

—Entonces será mejor empezar cuanto antes —replicó Calen de inmediato.

Lethan, al igual que el resto de los hombres, escuchó desde su ubicación junto a la hoguera las risas y súplicas intercaladas de Isabel, e imaginó lo que seguiría después. Para darles algo de intimidad, dio por terminada la tertulia. Disolvió el corrillo y repartió algunas tareas entre los hombres para mantenerlos distraídos y alejados.

Breve biografía de Ian Callaghan: Segundo laird de clan.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Al final llegaron a destino algo más tarde de lo previsto. Aquella mañana, Calen no había querido interrumpir el sueño de Isabel y había abandonado sigiloso la tienda, dispuesto a esperar lo que hiciera falta hasta que ella se levantara por voluntad propia. Los ruidos y las conversaciones del campamento terminaron despertándola una hora después.

También disminuyó el ritmo de la marcha en comparación con el día anterior. Con la excusa de enseñarle un paraje cercano, hicieron una parada a media mañana y después otra, dos horas más tarde, para almorzar. Una vez decidido que no acudiría a Scone hasta la mañana siguiente, que el viaje resultara lo más placentero posible para Isabel se convirtió en una prioridad.

A diferencia del día anterior, la acomodó en el caballo delante de él. Para Isabel, al tener visión de ciento ochenta grados, la marcha fue mucho más entretenida. Para él, con ella bien sujeta por la cintura y pegada a su pecho, mucho más placentera.

Si Calen hubiera viajado solo, lo más seguro es que hubiera pernoctado en el propio castillo de Scone. De hecho, habría sido la forma más eficaz de ponerse al día de todos los chismes y rumores. Pero estando Isabel, y para evitar violentarla con presentaciones innecesarias o tener que inventar explicaciones que podían ser evitables, prefirió montar su propio campamento en las inmediaciones de la abadía. Eligió un claro amplio, cubierto de

hierba corta. Cercano, a no más de diez minutos a caballo, pero lo bastante apartado como para mantener la privacidad.

La rutina fue muy parecida al día anterior. Los hombres organizaron el campamento de forma diligente y, tras un leve descanso, prepararon la cena y la compartieron alrededor de una nueva hoguera. La diferencia estuvo en que, esta vez, Calen e Isabel se quedaron y participaron de la conversación posterior.

Calen quería que, cuando tuviera que dejarla al día siguiente sola con sus hombres, los conociera lo suficiente para sentirse cómoda. Solo por eso permitió que el viejo Tavish Boyd relatara una de sus historietas favoritas, en la que dos jóvenes Calen y Lethan hacían de las suyas.

—Aún recuerdo la que organizaron estos dos cuando se les ocurrió apostar a ver quién llegaba antes desde el patio de armas hasta la torre.

—No habría habido ningún problema —intervino Lethan, recordando la anécdota—, si este, al ver que iba a perder, no hubiera intentado hacer trampa.

Calen, sentado sobre un tronco seco, escuchaba con las piernas separadas y los codos apoyados en las rodillas. Su media sonrisa indicaba que también recordaba la historieta en cuestión.

—No hice trampa —afirmó pausado—, solo reestructuré la ruta. No contaba con que hubiera tanto transeúnte en ella.

—¡Vaya si había! Al joven laird no se le ocurrió otra cosa que atajar por la cocina en plena preparación de un banquete. Volaron cacerolas, se volcaron sacos de patatas… dos de las sirvientas terminaron en el suelo, en un revoltijo de faldas y verduras a medio cortar… Y cuando una de las cocineras consiguió acorralar en una esquina al joven Lethan, justo cuando iba a atizarle con una cuchara de palo, este le dio un empujón, la tiró de espaldas y saltó por encima como alma que lleva el diablo.

Isabel se tapaba la boca con una mano, imaginándose a la perfección la escena. El afable Tavish era un estupendo cuentista. A Lethan le pegaba mucho ese tipo de comportamiento. Y, conociendo el espíritu tan competitivo de Calen, estaba segura de que al travieso

Lethan no le habría costado demasiado convencer a su hermano mayor para participar en la carrera.

—Bueno y ¿quién ganó? —preguntó uno de los hombres.

—Eso es lo mejor —respondió Tavish entre risas—. Ninguno. Su padre los atrapó justo antes del último tramo de escaleras y los hizo correr alrededor del patio durante más de una hora, cargados cada uno con una alforja llena de piedras a la espalda.

—Y a mí, además, por orden de mi padre, la cocinera me tuvo pelando patatas toda una semana —confesó Lethan, también entre risas.

Lo que Lethan jamás supo, porque Calen nunca se lo contó, fue lo dolorido que estuvo él durante aquella semana por culpa de los correazos que le propinó su padre.

—No te azoto para humillarte —le dijo su padre—. Un futuro laird debe aprender a respetar el trabajo de todos, empezando por el de los más humildes. Si no respetas al que trabaja para ti, ellos tampoco te respetarán. Te obedecerán, por supuesto, pero no tendrás su respeto. El respeto, hijo, hay que ganárselo.

Estuvo pensando en las palabras de su padre gran parte de la noche. Al día siguiente, sin que él se lo hubiera ordenado, había bajado a las cocinas y pedido disculpas a todos los implicados en su fechoría. Llevó un ramillete de flores silvestres, que él mismo había cortado esa mañana, para cada una de las sirvientas que habían acabado tendidas en el suelo y pidió al herrero que afilara con esmero el cuchillo favorito de la cocinera. Después, pasó parte de la mañana ayudando a descargar uno de los carros de víveres que acababa de llegar del mercado.

Y comprobó que su padre tenía razón. En las cocinas dejaron de verlo como un adolescente consentido para considerarlo el futuro laird. Calen aprendió la lección. Además, la cocinera, una cascarrabias que dirigía sus dominios con mano de hierro, con la que todos temían tener la más mínima desavenencia, se convirtió en la más servicial de sus criados. A partir de ese día, sin que él lo pidiera, siempre aparecía en el menú de la semana alguno de sus platos o postres favoritos.

La charla continuó. Todos terminaron contando alguna de sus travesuras de la infancia. Incluso Isabel compartió cómo, a los trece años, se rompió el brazo al intentar salir por la ventana para acudir a la fiesta de una amiga a la que sus padres le habían prohibido ir.

Calen no dejó de observar con disimulo las reacciones de Isabel. Estaba a gusto y relajada, por eso no le importó alargar la velada un poco más. Pero en cuanto vio que el cansancio la vencía y le arrancaba un bostezo, la dio por concluida.



Isabel despertó por culpa del reguero de besos que Calen estaba escondiendo entre sus cabellos. Se giró para mirarlo de frente y, una vez más, se perdió en la verdura de sus ojos.

—He de irme. Lethan debe acompañarme.

En cuanto vio asomar el primer vestigio de pánico en la mirada de Isabel, añadió:

—Tavish y otros tres hombres se quedan contigo. Aun así, mientras yo esté ausente, procura no alejarte demasiado. Estos eventos atraen a muchos curiosos y, también, a algunos indeseables.

No era necesario que se lo advirtiera. Basándose en su limitada experiencia en ese tiempo, no pensaba dar ni un paso fuera de la tienda sin tener a uno de los hermanos a su lado.

Pasó la mañana sola. Ese retiro voluntario le permitió tomar conciencia de su nueva realidad. «*¡Has viajado en el tiempo!*» se gritó mentalmente.

Según pasaban las horas, esa sensación de zozobra constante fue desapareciendo y empezó a tranquilizarse. Incluso se dejó convencer por el amistoso Tavish para comer con ellos junto al fuego, lo que le permitió conocer alguna anécdota más de los hermanos Callaghan. Aunque, no tentó a la suerte y regresó pronto a la seguridad que le proporcionaba la tienda. Se tumbó de espaldas sobre las mantas y, de nuevo, su viaje y lo extraordinario del mismo ocuparon sus pensamientos.

A medida que ese pánico inicial cedía, fue siendo sustituido por un estado de excitación bastante más difícil de controlar. «*¡HAS*

VIAJADO EN EL TIEMPO!», siguió repitiéndose para autoconvencerse.

A última hora de la tarde escuchó ruido de caballos y, al reconocer la voz de Calen entre los recién llegados, se puso en pie y salió a recibirlos.

Sus miradas se encontraron y, como si se hubieran lanzado un hilo invisible, los fue atrayendo el uno hacia el otro.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Calen, sonriente, solo para que la voz de Isabel confirmara lo que ya su mirada le había contado.

—Todo perfecto. ¿Y vosotros?

Fue Lethan, que se había acercado a ellos, el que respondió:

—Imagínate un nido de víboras y un gallinero repleto de gallinas cotorras, mézclalo bien y tendrás algo parecido a lo que se respira en los salones y pasillos de Scone.

—Suena aterrador.

—Lo es —aseguró Lethan después de pegar un trago al pellejo[17] con cerveza que traía en la mano—. Si me dieran una moneda por cada rumor que he oído, podría comprarme media Escocia —aseguró divertido, antes de pasarle el pellejo a su hermano.

—La noticia de la muerte de Margarita ha llegado a última hora de la mañana —relató Calen, después de dar un generoso trago al pellejo—. Desde entonces, todos hablan, intentando parecer que saben algo más que el que tienen al lado, pero nadie sabe nada.

—Y, ¿entonces?

—Hoy se ha desatado la locura de los chismes y las teorías conspiratorias. Esperemos que mañana se restablezca la cordura y haya avances.

—¡Me muero de hambre! —anunció Lethan, masajeando su estómago—. Casi no me han dejado probar bocado en todo el día. ¿Qué tal si seguimos con la tertulia mientras comemos algo?

Aunque los hermanos ya conocían el fallecimiento de la pequeña Margarita, se suponía que acababan de enterarse, así que pusieron a los hombres al corriente de las novedades, y la noticia se

convirtió, como era de esperar, en el tema de conversación durante la cena. Y, tras una breve sobremesa, dieron por concluido el día y se fueron a dormir.



Calen entró a la tienda como una exhalación, pero se detuvo en seco al percatarse de que Isabel estaba dormida.

Ninguno en el castillo parecía haberse dado cuenta de su nerviosismo. Esa segunda jornada de parloteos, la mayoría vacíos o sin mucho sentido, había puesto a prueba su temple. A pesar de estar tratando un tema trascendental, fueron muchas las veces que perdió el hilo de la conversación. Estaba deseando terminar para regresar y poder comprobar que Isabel estaba a salvo. Se habría mostrado a favor de cualquier acuerdo, aunque implicara regalar la corona de Escocia, con tal de regresar un minuto antes a su lado.

Isabel estaba soñando que impartía una clase en una de las aulas más grandes de la universidad. Era algo que nunca había hecho y con lo que, sin embargo, fantaseaba de forma recurrente. Era consciente de que era un sueño, pero eso no lo hacía menos placentero. Siempre se desarrollaba en la misma aula, una de esas que salen en las películas americanas: mesas en semicírculo, escalonadas sobre unos amplios peldaños que permiten que todos los alumnos vean al profesor y la pizarra sin obstáculos. De la misma manera, para el que impartía la clase, en esta ocasión Isabel, la vista era imponente.

A pesar de lo a gusto que se sentía allí, delante de ese nutrido y atento grupo de alumnos, indicio inequívoco de que se trataba de un sueño, algo la estaba distrayendo y, por ende, haciéndola despertar. Ella se resistía a abandonar su ensoñación, pero lo que fuera que tiraba de ella lo hacía con fuerza.

La imagen de los alumnos comenzó a ser borrosa mientras que cada vez era más nítida la sensación de que alguien acariciaba su vientre, provocando un cosquilleo interior muy agradable que al final terminó por hacerla abrir los ojos.

Se le iluminó la mirada y despertó de golpe, sonriendo al ver el rostro de Calen pegado al suyo.

—¡Ey, ya has regresado! —exclamó, echándole los brazos al cuello al tiempo que atrapaba sus labios y depositaba un breve pero apasionado beso en ellos.

—Veo que me has echado de menos.

—Mucho —respondió con énfasis.

—¿Quieres que demos un corto paseo antes de que anochezca?

—Excelente idea, me vendrá de perlas tomar un poco el aire.

En cuanto se alejaron de posibles miradas curiosas, Calen la tomó de la cintura y la atrajo hacia su costado. Delante de sus hombres tenía la intención de guardar las formas, al menos durante un par de días. No tanto por ellos, que sospechaba que ya intuían lo especial que era esa mujer para él, sino más bien por Isabel. Suponía que, aunque intentaba hacerse la dura, se sentía algo fuera de lugar y no quería darle más motivos para sentirse incómoda o preocupada.

Había sido una jornada algo tensa y solo sentirla pegada a él, templó sus nervios. La tomó de la mano y echó a andar por un estrecho sendero ascendente.

No fue consciente de su mutismo ni de que hubiera acelerado el paso. Solo al detenerse en lo alto de un pequeño risco se dio cuenta de la distancia recorrida en silencio y de la respiración entrecortada de Isabel, intentando seguirle el paso.

—Lo siento —se disculpó—, he corrido demasiado.

—No, no pasa nada. Son estas malditas faldas. Pesan una barbaridad y se enredan a cada paso con la más mínima zarza.

Calen seguía con el ceño fruncido.

—No te preocupes —aseguró palmeándole el pecho a la altura del corazón—. Estoy bien. Yo también necesitaba algo de actividad.

La abrazó y besó su coronilla.

—Ven, sentémonos aquí a descansar.

Ambos tomaron asiento sobre una robusta roca y disfrutaron en silencio de las vistas panorámicas.

Isabel se dio cuenta de que poco o nada difería el paisaje que tenía delante del que podrían estar admirando desde las afueras de su querida Salamanca. Sus ropajes eran el único punto discordante, un único detalle que lo cambiaba todo.

—¿No quieres que te cuente lo que se rumorea que pasará?

Isabel dudó. Ignoraba cómo se tomaría Calen la respuesta. No quería que se molestara, pero tampoco pensaba mentirle.

—No —respondió tras unos segundos—. A grandes rasgos puedo imaginar el abanico de posibilidades que se han barajado en esas conversaciones. Pero yo voy un paso por delante. Yo no tengo que conjeturar, sé lo que pasará en un futuro a no muy largo plazo.

Al principio, Calen pareció sorprendido, pero luego asintió y dejó que su vista se perdiera en el horizonte.

—Lo miraste en uno de esos chismes vuestros antes de venir, ¿no es cierto?

—Sí. En algún momento de la carrera lo había estudiado, pero, como muchas otras cosas, había olvidado detalles.

Calen volvió a afirmar con la cabeza y tras un largo silencio, pidió:

—Cuéntamelo.

—¿Seguro?

Hizo otra breve pausa y confirmó:

—Sí, quiero saberlo.

—Está bien —cedió, con un leve suspiro.

Isabel se tomó unos segundos para ordenar sus ideas y responder.

—Hasta donde yo sé, la elección del nuevo rey va a llevar su tiempo. Pasarán más de dos años hasta que Escocia vuelva a tener uno.

Observó la punzada de dolor que esa revelación producía en Calen y decidió dar el resto de la información de un tirón para que el trance durara lo menos posible.

—Que los guardianes de Escocia pidan al rey de Inglaterra que haga de mediador en el conflicto no será una de sus mejores decisiones.

—Eduardo tiene experiencia en ello —argumentó Calen, intentando defender la decisión que habían tomado los guardianes —. Ha terciado en otras disputas de este tipo.

—No lo dudo, pero no será un árbitro objetivo. Tiene sus propios intereses y alargará el proceso hasta que tenga colocadas todas sus piezas en el tablero.

Calen apretó los labios y miró al frente intentando ocultar sus emociones.

—Aunque son más de trece las personas que reclaman el trono, solo hay dos aspirantes con posibilidades reales.

—John Balliol y Robert Bruce —apuntó Calen sin dejar de mirar al horizonte.

—Exacto. Pese a ello, Eduardo va a insistir en escuchar a todos. Les concederá meses para que aporten pruebas de sus argumentos y mientras, él moverá sus fichas para conseguir su objetivo.

—¿Qué es…?

—Hacerse con el poder en Escocia.

Calen se puso en pie como si le hubieran clavado un garfio en el trasero.

—Eso no va a ocurrir —bramó más alto de lo que pretendía —. Lo ha intentado antes, por eso, cuando se acordó el compromiso de Margarita con el hijo de Eduardo quedó claro que el posible descendiente que pudieran tener, reinaría en ambos territorios. No puede anexionársela. En el tratado de Brigham se comprometió a respetar la existencia de Escocia.

—Escocia no desaparecerá. Aunque, en la práctica, estará supeditada a Inglaterra. Eduardo va a conseguir que ambos candidatos al trono lo reconozcan como su señor feudal. Mientras no lo hagan, se encargará de seguir alargando el proceso de elección.

Él volvió a sentarse a su lado. Isabel respetó su silencio. Sabía que era demasiada información para digerir de golpe. Calen seguía con la mandíbula tensa y la vena de la sien más hinchada de lo habitual, signo inequívoco de que sus revelaciones no le estaban gustando demasiado. Pero aún faltaba un último dato por desvelar.

Calen se levantó y de espaldas a Isabel, preguntó:

—¿Cuál de los aspirantes será el próximo rey?

Sin darle tiempo a que respondiera, Calen, sin girarse, insistió:

—Dime quién será.

—Balliol —respondió Isabel a media voz—. Pero, cuatro años más tarde, a pesar de haber jurado lealtad a la corona inglesa, se rebelará contra Eduardo. Habrá una batalla que perderá y, tras ella, se verá obligado a abdicar.

Calen, en un intento de controlar su rabia, apretó los puños hasta hincarse las uñas. Se avecinaban tiempos difíciles para Escocia y poco o nada podía hacer para evitarlos. Esa impotencia le rasgaba las entrañas.

—Guerras. Guerras y más guerras. Se supone que nuestros soberanos deben evitarnos conflictos, pero son los que los provocan y el resto quienes los sufrimos.

Volvieron a quedar en silencio. Isabel sabía que necesitaba tiempo para digerir todo lo que le había contado. Un par de minutos después, él se giró. De su rostro había desaparecido toda la rabia. Sonrió y le tendió la mano, invitándola a levantarse.

—Suficientes revelaciones por hoy. Regresemos.

Breve biografía de Duncan Callaghan: Tercer laird del clan.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Los hermanos volvieron a acudir a Scone al día siguiente. Algunos de los invitados a la coronación emprendieron el regreso a sus hogares. Muchos, tristes. La mayoría, preocupados. Los corrillos se habían ido reduciendo. En las conversaciones, ya más en *petit comité*, fueron varios los que se atrevieron a lanzar comentarios y opiniones más personales y comprometidas, pero siempre cuidando quién podría escucharlas.

Aparte de confabular o jugar a las adivinanzas poco más quedaba por hacer allí. Así que, tras un ligero almuerzo se despidieron de amigos y conocidos y abandonaron el lugar.

El viaje de regreso fue mucho más pausado que el de ida. Calen quería mostrar a Isabel toda la belleza de esas tierras, como ella había hecho cuando él estuvo en su tiempo.

Ahora que ya no sentía las tenazas que habían estado apretando sus tripas aquellas primeras horas, Isabel disfrutó y fue mucho más consciente de todo lo que la rodeaba. No se cansaba de admirar el paisaje. De vez en cuando, divisaba alguna cabaña cobijada en una pequeña explanada o en lo alto de algún risco, aunque la mayor parte del día, mirara donde mirase, solo vio pinos. Su aroma se le impregnó tan hondo que, a veces, hasta la hacía estornudar, pero no le importó.

—Los romanos llamaron a Escocia Caledonia por los inmensos bosques de pinos que se extienden de norte a sur y de

este a oeste —explicó Calen con orgullo cuando ella expresó su admiración.

—Creo que la España de este siglo debe de ser muy parecida a esto. Siempre he oído contar que, antiguamente, una ardilla podía atravesar la península Ibérica de rama en rama sin tener que tocar suelo.

—Por lo que me has enseñado de tu país, puedo creerlo. En esas noches que pasábamos durmiendo a la intemperie, perdidos en algún bosque, me sentía casi como en casa.

Isabel sonrió complacida. Intuía que las excursiones que había preparado le habían gustado, pero nunca lo había expresado en voz alta.

—¡Sí! nuestros oasis sin urbanizar —respondió con una sonrisa melancólica—. Allí, sobre todo alrededor de las ciudades, cada vez cuesta más encontrarlos. Aquí, sin embargo, son habituales. No hay muros, ni caminos de asfalto, ni señales de tráfico indicativas… tanta libertad da miedo al principio. Y, a la vez, paz.

—Yo tuve el sentimiento inverso cuando vi tu mundo. Pensé: muchas señales, y, sin embargo, nadie parece saber a dónde va. Demasiadas vallas y muros que nadie respeta.

Ella estuvo de acuerdo. Calen posó la palma de la mano sobre su muslo, a modo de caricia, y ella se apretó un poco más a su espalda.



Isabel fue consciente del cambio que se iba produciendo en Calen conforme se aproximaba a casa. Comenzó a contarle historias sobre los lugares por los que pasaban, anécdotas que le habían ocurrido aquí o allá. Desde la distancia fue capaz de identificar todos los rebaños con los que se cruzaron y le habló de las familias que se encargaban de ellos. Percibió orgullo en cada una de sus explicaciones y más ansia por llegar a cada metro que avanzaban. Y, de alguna manera, ella también se contagió de esas prisas por llegar

y ver, con sus propios ojos, el hogar de Calen. Pero, en el último tramo, todos sus miedos regresaron sin avisar.

Para llegar al castillo de los Callaghan debían atravesar la aldea que estaba a pie de valle. Isabel la reconoció al primer vistazo. La mirada se le fue hacia el cobertizo en el que habían estado a punto de violarla, y eso bastó para revivirlo todo otra vez. Volvió a sentir las manos de aquel hombre sobre su cuerpo y su olor se le coló dentro, al punto de provocarle náuseas. Sintió pánico, pero curiosamente no podía dejar de mirar hacia el portón, como si esperara que aquel energúmeno apareciera por él en cualquier momento.

No fue consciente de que hubiera aumentado la fuerza con la que se abrazaba a la cintura de Calen hasta que este detuvo el caballo.

—¿Estás bien?

Esas dos palabras rompieron el encantamiento. Liberó la cintura de Calen y se frotó las manos. Las notaba frías, entumecidas. Abrió y cerró los puños varias veces, estirando los dedos hasta que sintió que la sangre circulaba de nuevo por ellos.

—Ahí fue donde estuve la otra vez.

Calen supo a qué se refería. Se giró para mirarla de frente y posó su mano sobre el muslo femenino. Isabel esperó alguna palabra de consuelo, pero él no dijo nada. Sin embargo, su mirada le templó las entrañas y aquella mano posesiva calentó su piel hasta derretir cualquier vestigio de miedo. El frío que había sentido poco antes, desapareció.

Isabel aspiró hondo y soltó el aire poco a poco, como había aprendido a hacer en sus clases de yoga. Calen esperó pacientemente y supo el momento exacto en que ella controló su pánico. Levantó de forma imperceptible una ceja, interrogándola en silencio, y ella afirmó con la cabeza para indicar que podían continuar.

Calen se giró y, antes de arrear a su caballo, buscó las manos de Isabel y las colocó alrededor de su cintura. Cuando ella entrecruzó sus dedos, cerrando el abrazo, él posó su mano izquierda

sobre las de ella y la mantuvo ahí hasta que llegaron a las puertas de la fortaleza.

En cuanto cruzaron los muros, Isabel, sin entender muy bien por qué, se sintió segura. Y esa sensación fue en aumento. Contribuyó a ello que, durante los siguientes siete días, Calen no se separara de su lado ni un instante. Le mostró cada rincón de sus tierras, contándole leyendas y creencias de casi todos los lugares que visitaron. Le presentó a todos los habitantes con los que se cruzaron y la puso al corriente de los chismes, anécdotas y parentescos que tuvieran relación con ellos. Fue un verdadero curso intensivo de historia, costumbres y cultura escocesa.

Una mujer del siglo XXI paseando a caballo en el siglo XIII.

¿Te imaginas los engranajes de la mente de Isabel intentando recolocarse para procesar los cambios?



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

Isabel era incapaz de memorizar toda la información que Calen le suministraba, pero daba igual. Lo importante era que él estaba intentando que se sintiera una más entre los suyos. Fueron unos días intensos y felices y ella los disfrutó minuto a minuto. Dejando a un lado la nimiedad de haber viajado en el tiempo, hecho en el que procuraba no pensar demasiado, estar con la persona que amaba, porque sí, ahora estaba segura de que lo amaba, de alguna manera, anulaba todas las inseguridades que pudiera provocarle ese salto temporal. Estaba en un país extraño, rodeada de gente que no conocía y en una época que no era la suya, pero ninguna de esas cosas la afectaban. El simple hecho de estar junto a Calen lo compensaba todo. Aquello debía parecerse mucho a una luna de miel.

Pero, como toda luna de miel, terminó. Calen llevaba demasiado tiempo fuera y tuvo que retomar sus obligaciones. Isabel no protestó. Al contrario, le gustó verlo en acción. Ya en Salamanca su instinto le decía que era un líder nato, y ahora comprobaba que no se había equivocado. Se implicaba en todas las actividades del castillo, se interesaba por todos sus habitantes y ejercía su autoridad de manera justa, pero firme. Se enfadaba y reprendía al que no cumplía con sus obligaciones, y del mismo modo, valoraba y elogiaba a quien sí lo hacía. Todos acataban sus órdenes con celeridad, no por temor a castigos o represalias, sino porque confiaban en su criterio a ojos ciegas.

Isabel intentaba comprender, aceptar y adaptarse a este nuevo Calen que estaba empezando a descubrir desde que habían llegado a ese tiempo. Porque, aunque en esencia, sobre todo cuando estaban solos, seguía siendo el mismo, ella notaba cómo poco a poco se desprendía del barniz de urbanidad que había lucido en Salamanca y se transformaba en otra versión de sí mismo: más autoritario, algo más tosco y quizás menos civilizado, al menos según los parámetros modernos.

Puede que Calen estuviera cambiando… o volviendo a ser quien siempre fue, según se mire. Pero Isabel seguía siendo una mujer de su tiempo, para quien ciertos comportamientos, por muy habituales que fueran en el siglo XIII, resultaban inaceptables.

De hecho, una de esas actitudes, perfectamente admisible en esa época, aunque en el siglo XXI habría sido motivo de una fuerte amonestación por «machista integral», provocó la primera desavenencia entre ambos.

En realidad, ya habían tenido otro episodio similar dos días antes, que Isabel dejó pasar. En aquella ocasión, Calen había salido al amanecer con un grupo de hombres en una partida de caza. Estaba anocheciendo cuando habían regresado. Ella lo había echado mucho de menos y había pensado que el sentimiento habría sido mutuo. En cuanto había escuchado a la jauría de perros entrar en el patio, había corrido escaleras abajo para recibirlo, pero la decepción fue mayúscula al encontrarlo con una sirvienta colgada de su cuello en actitud más que melosa. Cuando se lo recriminó, él le restó importancia, argumentando que esos juegos eran algo muy normal en ese tiempo.

Isabel no era especialmente celosa, de hecho, el comentario lo había realizado casi en tono jocoso, pero la respuesta de Calen le había molestado. «No es cuestión de tiempo ni de lugar», le había replicado ella, «es cuestión de actitud, de compromiso y de respeto. Si estás conmigo, no se te debería ni pasar por la cabeza prestarte a esas zalamerías con nadie que no fuera yo». Ahí quedó la cosa. Él se disculpó: «Por no hacerle un feo a la criada, te he ofendido a ti. Lo siento, no volverá a pasar», y ella no le dio más importancia. Creyó que lo de «actitud, compromiso y respeto» había quedado claro, pero lo cierto es que seguía tratándola sin ninguna de esas tres cosas. Y el que esa misma mañana se hubiera repetido una situación similar, era prueba de ello.

Calen había salido con sus hombres para revisar los cercados de la zona norte. Algunos pastores llevaban días quejándose de que les faltaban reses y temían que, tras las lluvias de las semanas anteriores, alguna sección de murete se hubiera derrumbado. «No serán más de dos horas», le había asegurado, «en tres, a lo sumo, estaré de vuelta y tú serás mi prioridad el resto de la jornada». De eso hacía más de nueve horas.

En situaciones así era cuando ella echaba más en falta la tecnología que había dejado atrás. En su tiempo, una llamada o un

simple mensaje de WhatsApp, tipo: «Todo bien, pero voy a retrasarme. Luego te cuento», le habría devuelto la tranquilidad. Pero aquí, sin móvil, y con muchos más «posibles contratiempos», algunos bastante nocivos y peligrosos para la salud y la vida, tenía los nervios a flor de piel.

Cada vez que Calen abandonaba el castillo a ella le invadía una sensación de vulnerabilidad absoluta que le atenazaba el estómago. Y su mente se colapsaba con un único pensamiento. ¿Y si no vuelve? ¿Qué vas a hacer tú aquí si no vuelve?

Por fin, casi al anochecer, escuchó la algarabía típica que anunciaba el regreso de los hombres.

Solo se detuvo lo justo para rebuscar en el arcón y ponerse una de las capas más gruesas que tenía antes de echar a correr escaleras abajo. Pero, para cuando llegó al salón, este estaba abarrotado. A base de codazos y empujones, consiguió abrirse camino y llegó hasta la larga mesa. Entonces lo vio.

Estaba sentado y tenía a una de las sirvientas, otra vez la tal Clarens, de pie entre sus piernas, limpiando amorosamente una pequeña brecha que parecía tener en la parte alta de la frente, justo en el nacimiento del cuero cabelludo.

Isabel hizo una revisión ocular rápida y se tranquilizó al comprobar que no era nada grave. Pero casi en el mismo instante, todo el miedo y la preocupación que había acumulado durante el día, por alguna reacción química que escapaba a su entendimiento, se transformó en cólera. Cólera y enfado. Y antes de que se diera cuenta, se escuchó a sí misma gritar a pleno pulmón:

—¿Se puede saber dónde has estado todo el día? Se suponía que regresabas en pocas horas.

Ella ya intuía que su reacción había sido desproporcionada, pero solo le hizo falta ver la expresión de Calen para saber que además no había sido la forma más acertada de abordar la situación. Pero ahora no podía recular así que puso los brazos en jarra, para enfatizar más su posición desafiante, a la espera de una explicación.

Calen había dejado una frase a medias y la sonrisa socarrona que tenía mientras explicaba lo ocurrido, todavía no se le había

borrado de la cara. Siguió mirándola, sin contestar, sorprendido por el tono de exigencia que detectó en la pregunta.

Cuando pasaron unos segundos más sin que contestara, Isabel dedujo que no tenía intención de hacerlo y decidió batirse en retirada antes de que su genio se encendiera aún más. Levantó los brazos en un gesto que podía parecer de rendición, pero que no lo era, y los dejó caer resignada.

—Está bien. Tú ganas. En realidad, me importa un bledo lo que hayas estado haciendo.

Y sin más, recogió un poco sus faldas, dio media vuelta y salió del salón.

Lo escuchó llamarla, pero continuó andando. Ni por todo el oro del mundo iba a regresar ahí dentro. Había hecho una salida muy digna y un verdadero acto de contención al guardarse para sí todo lo que le hubiera gustado gritarle a la cara a ese neandertal que la había tenido todo el día en vilo y ahora se permitía regresar con un leve rasguño y fanfarroneando de sus hazañas. Su madre estaría muy orgullosa de ella. Si volvía sobre sus pasos, no estaba segura de conseguir contenerse. Y si explotaba delante de todos… iban a saber lo que era una mujer del siglo XXI cabreada.

Cuando ya había recorrido diez metros, lo escuchó volver a llamarla desde el final del pasillo, pero no se detuvo.



La llamó dos veces por su nombre. La primera vez, calmado. La segunda con más premura al darse cuenta de que iba a tener que correr tras ella si quería alcanzarla. Aligeró el paso, sin dejar de llamarla y consiguió sujetarla de la muñeca justo cuando giraba la esquina del pasillo.

Isabel, al notar la presión en su muñeca, se giró para encararlo. Tiró con brío de su brazo para soltarse y se cruzó de brazos sin intentar disimular su enfado.

—¿Se puede saber a dónde vas? —preguntó Calen con mesura, intentando evitar la confrontación.

—Pues si esta va a ser nuestra nueva rutina de comunicación, supongo que a mi casa.

—No digas tonterías.

—¿Tonterías? ¿Se puede saber por qué no me has contestado? Llevo todo el día preocupada, imaginando mil justificaciones diferentes para tu retraso, a cuál peor.

Calen levantó la vista algo nervioso, intentando encontrar las palabras adecuadas. Sabía que, si no lo hacía, aquella conversación no iba a terminar bien.

Un cambio en la postura de Isabel le alertó de que su interlocutora se estaba impacientando.

Volvió a elevar la vista. Puso los brazos en jarra y miró de nuevo al suelo, intentando ganar unos segundos más de tiempo. Al fin se decidió a hablar.

—Digamos que el tono de tu pregunta no fue el adecuado.

Isabel abrió los ojos de forma desorbitada y dejó que su mandíbula inferior colgara inerte durante unos segundos para enfatizar todavía más su sorpresa e incredulidad ante esa respuesta.

—¿Qué el tono no era el adecuado? Entro al salón y te encuentro con la nariz metida entre las tetas de una mujer que, ya no tengo la menor duda, parece empeñada en camelarse a mi novio ¡y resulta que el problema es que no utilicé el tono adecuado al hacer la pregunta! ¡Genial! ¡Esto es increíble! —exclamó entre aspavientos.

Calen miró al suelo y se frotó la mejilla, intentando ocultar una sonrisa. Sabía que no era un buen momento para sonrisas.

A Isabel, algo más calmada después del estallido, no le pasó desapercibida.

—¿Se puede saber qué tiene tanta gracia? —le preguntó, al tiempo que le propinaba un manotazo en el antebrazo.

—Es esa palabra, novio. Pese a todo lo enfadada que estás no has podido evitar incluirla en la frase.

Ahora fue ella la que giró la cabeza evitando mirarlo.

—De manera fortuita, hemos localizado a un grupo de Burg bastante nutrido. No sé qué se traerían entre manos, pero seguro que nada bueno. Como comprenderás, no hemos desaprovechado la

ocasión de acercarnos e intentar averiguarlo. Además, aun no les había hecho pagar por el altercado que sufriste en tu primera visita a Glenbràith. Hemos tenido un pequeño rifirrafe y les hemos hecho salir de nuestras tierras con el rabo entre las piernas —añadió con leve matiz jocoso en la voz, al tiempo que cruzaba los brazos y se balanceaba adelante y atrás sobre los talones con aire satisfecho.

El que Isabel siguiera callada era una buena señal.

Se inclinó para acercar su rostro al de Isabel, como si tuviera miedo a que alguien pudiera oírlo, a pesar de que estaban solos, y explicó a modo de justificación:

—Ya lo hemos comentado en alguna ocasión, tal vez en tu tiempo ya no sea necesario, pero en este aquí y ahora, es tan importante salir vencedor en un enfrentamiento como parecerlo a los ojos de todos.

Volvió a bajar la vista al suelo como haría el niño angelical que quería parecer y añadió:

—Cuando has entrado estaba escenificando mi victoria, fanfarroneando ante mi clan de la hazaña, como nos gusta hacer a los neandertales como yo —añadió imitando el calificativo que ella solía utilizar cuando se enfadaba—, y… ¿cómo decís vosotros?... me has cortado el rollo.

Ella intentó seguir pareciendo enojada, pero lo cierto es que ya no lo estaba. No tanto al menos. Era la primera en reconocer que, la suya, no había sido la forma más correcta de pedir explicaciones. Que él hubiera incluido en su aclaración la palabra «neandertal», con la que ella, ciertamente, solía referirse a los hombres de ese siglo cuando quería evidenciar alguno de los imperdonables defectos que a sus ojos tenían, y que hubiera imitado la forma de hablar del siglo XXI terminando la frase con «me has cortado el rollo», había ayudado bastante a rebajar ese enojo. Ella nunca había entendido esa necesidad masculina, también muy presente en su tiempo, de demostrar siempre que había ocasión lo macho que era uno. Pero, sin duda, tenía mucho más sentido hacerlo en el siglo XIII que en el XXI.

Calen entrelazó sus manos a la espalda y con expresión angelical, le besó la punta de la nariz y añadió un «lo siento» que

terminó con cualquier vestigio de enfado.

Isabel le propinó un leve mandoble en el antebrazo y añadió:

—Anda, regresa al salón y sigue fanfarroneando todo lo que necesite tu ego.

Se dio la vuelta para seguir camino, pero Calen volvió a sujetarle la muñeca para que no lo hiciera. Lo miró interrogante.

—Y tú, ¿dónde estarás mientras tanto? —musitó atrayéndola hasta pegarla a su cuerpo.

—¡Dónde crees que voy a estar! —exclamó melosa— Pues esperándote en nuestro dormitorio.

Él sonrió abiertamente y atrapó sus labios en un beso abrasador al que ella no dudó en responder con la misma pasión.

En los días siguientes, ambos se esforzaron por volver a ese entendimiento mutuo que habían tenido hasta llegar a Escocia. Calen evitó, en la medida de lo posible, ausentarse del castillo. Si surgía alguna cosa, solía mandar a Lethan en su lugar para poder pasar el mayor tiempo posible con Isabel. Además, se esforzó por comportarse de forma más civilizada, más acorde con los cánones que había aprendido en el siglo XXI. Ella, por su parte, intentó ser más permisiva con algunas de las conductas de Calen, entendiendo que así debía de ser si querían reforzar y salvar su relación. No fue sencillo, pero funcionó. De nuevo disfrutaban de la mutua compañía. Pero, una vez más, solo hizo falta que pasaran unos días para que todo se volviera del revés.

Esa mañana, tras hacerle el amor con una urgencia inusitada, Calen había vuelto a salir al amanecer. Ella supuso que, de nuevo, a proveer de carne al castillo. Los había escuchado regresar horas más tarde y, pese a las ganas de correr a su lado, había esperado en la alcoba a que él subiera, pensando que lo haría de inmediato. Pero se demoraba demasiado y decidió bajar a su encuentro.

En cuanto entró al salón, él había detectado su presencia, como si llevara conectado un geolocalizador. Lo había visto acercarse con paso decidido y había pensado que la iba a abrazar con ternura y a susurrarle que la había echado de menos, tanto como ella a él.

Pero, en lugar de eso, la había agarrado bruscamente por la cintura, obligándola a plegarse hacia atrás, y había asaltado sus

labios de forma posesiva, al tiempo que la palma de su mano campaba a sus anchas por su trasero, rozando la grosería. Todo ello bajo la ruidosa ovación de los presentes.

No era la primera vez que la trataba de forma tan tosca y poco considerada delante de todos y estaba empezando a hartarse de ese trato denigrante.

Cuando consiguió apartarlo y reprocharle sus modales, él la soltó con brusquedad y le sugirió que subiera a los aposentos si tan a disgusto estaba a su lado.

Ella había abandonado el salón de forma airada, pero, en lugar de encerrarse en la habitación, muy posiblemente solo por llevarle la contraria, había elegido la biblioteca.

Allí la encontró Calen poco después, tras subir a la alcoba y no hallarla.

Había dejado que Isabel creyera que volvían a salir de caza, primero para que no se preocupara y segundo porque, de caza, habían salido, aunque no precisamente a por ciervos o conejos. Su objetivo de ese día eran los Burg.

La salida había sido exitosa. Había conseguido dejar claro quién mandaba en esas tierras, y lo había hecho sin tener que emplearse a fondo, sin apenas derramar una gota de sangre. Estaba convencido de que el éxito de la misión se había debido a que el menor de los Burg, el más problemático, no estaba presente. Los otros eran más fáciles de convencer. Fuera cual fuera el motivo, había logrado arrancarles la promesa de que interrumpirían sus saqueos a las granjas colindantes. Él, a cambio, iba a liberar a los tres miembros del clan que habían capturado en una de sus últimas incursiones. Esperaba que fuera suficiente para tener unas semanas tranquilas y así, poder estar más tiempo con Isabel, pero, conociéndolos, no confiaba demasiado en ello.

Aprovechó que ella estaba de espaldas para observarla sin ser visto. Estaba agotado. Era tal su ansia por volver junto a Isabel que el viaje de regreso lo habían hecho sin detenerse ni una sola vez.

Parte de ese cansancio había desaparecido al verla. Por eso tal vez no fue capaz de contenerse y se había abalanzado sobre ella

para abrazarla y comérsela a besos. Era evidente, por la reacción que había tenido Isabel, que no había sido una buena idea. Primero no había entendido su arrebato de cólera, pero ahora se daba cuenta de que, de nuevo, las costumbres tan diferentes que tenían le habían jugado una mala pasada.

Ella debió de percibir su presencia porque se giró unos segundos después.

A pesar de su enfado, no pudo evitar que se le iluminara la mirada al verlo. Creyó que era buena señal. Aun así, permaneció junto a la puerta, cauteloso, esperando algún indicio más.

Isabel se fijó en el vendaje que llevaba en el antebrazo y que antes le había pasado inadvertido. Le habría gustado seguir muda e imperturbable, para que su enfado fuera más evidente, pero no fue capaz de hacerlo.

Cruzó los brazos y señaló el vendaje con la cabeza antes de decir:

—No sé el resto de clanes, pero empiezo a pensar que los Callaghan salís caros en vendas. ¿A nadie se le ha ocurrido montar una fábrica? Se forraba seguro.

Intentó que su comentario sonara a reproche, pero en su tono se filtró cierta ironía. Fue la señal que Calen estaba esperando para empezar a caminar despacio hacia ella. Mientras lo hacía, respondió, restando importancia al incidente:

—Supongo que entre nosotros es normal no llegar a viejo sin cicatrices.

—Sí, ya veo que convivir con los Burg es todo un deporte de riesgo.

Isabel volvió a señalar la herida con la cabeza y preguntó:

—¿Tengo que preocuparme?

Él adelantó el brazo para mostrar el vendaje y, encogiéndose de hombros, explicó:

—Uno de los Burg ha decidido pasar de los puños al cuchillo, dispuesto a cortarme el cuello, pero se ha quedado en un intento.

Al ver la cara de susto de Isabel, añadió con guasa:

—Te aseguro que su cara ha quedado bastante peor parada que mi brazo.

Ella lo miró y, poco a poco, su expresión de preocupación se fue suavizando.

Calen la había buscado, dispuesto, si era necesario, a pedirle perdón. Ya no parecía enfadada, aunque era evidente que algo la inquietaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el tono más dulce que pudo.

—Nada. O todo —refunfuñó malhumorada.

A Calen lo que menos le apetecía era jugar a las adivinanzas, pero aun así lo intentó.

—¿Qué se supone que significa eso?

Isabel apartó la vista del ventanal y se giró para encararlo.

—Prometiste que no ibas a dejarme sola —recriminó de forma airada.

Calen apretó los dientes. No creía que fuera posible, aun así, preguntó:

—¿Alguien te ha faltado al respeto? Si es así, dime quién ha sido y se las verá conmigo.

—No, nadie ha osado meterse conmigo —negó, girándose otra vez hacia el ventanal—. Hasta eso habría sido más llevadero que su indiferencia —añadió frustrada.

Más tranquilo se acercó a ella y la abrazó desde atrás.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—¡Que me aburro! —respondió soltándose de su abrazo y encarándolo de nuevo.

—¿Me armas esta escena porque te aburres?

—Se suponía que este viaje era para que me enseñaras tu hogar, para estar juntos, para conocernos mejor.

—Y así es, pero debes entender que tengo obligaciones.

—Y tú debes entender que yo aquí no pinto nada si tú no estás conmigo.

Aquellas palabras produjeron cierta alarma en Calen.

—¿No te gusta esto? ¿No te gusta estar aquí? —preguntó con cierto temor.

—No es eso… Me gusta si estamos juntos.

—Pensaba que estabas a gusto, que podrías ser feliz aquí —confesó, temeroso de las siguientes palabras que Isabel pronunciara.

—No lo sé, no me lo he planteado. Supongo que podría si tú estuvieras a mi lado —respondió, pensándolo por primera vez y creyendo que se refería a repetir pronto la experiencia de pasar unos días allí.

En la cabeza de Calen seguía firme la idea de que aquel viaje era solo un ensayo general de otro en el que ella se quedaría a vivir para siempre en ese siglo. Con esa idea en mente, aclaró:

—Yo no podré estar contigo siempre.

Pero Isabel seguía viendo aquel viaje como una simple escapada. No veía tras él intención alguna de acciones futuras. Por eso interpretó sus palabras como el colmo del desinterés.

—¿Estás de broma? Sé que llevas semanas fuera y estás deseando retomar tus obligaciones, pero ¿de verdad no puedes retrasarlo unos pocos días y atender como es debido a tu invitada? ¿Por qué insististe tanto en que viniera si no pensabas hacerme ni caso?

Isabel, sin ser consciente, con cada pregunta había ido subiendo el volumen de su voz. La última la hizo casi gritando:

—¿Se puede saber para qué me has traído?

Él estuvo tentado de responder en el mismo tono: «¡Para que te quedes aquí conmigo para siempre! ¡Para que seas mi compañera de vida, me des hijos y juntos seamos felices el resto de nuestra vida!». Pero se tragó la réplica y, dolido, guardó silencio. Decidió abandonar la conversación en ese punto, antes de que los daños fueran mayores.

—Si no te importa, seguiremos con esto en otro momento. Ahora debo hablar con mi *constable* para reorganizar a la guardia. No me fío de los Burg. Al menos por unos días, doblaré el número de vigías.

Isabel asintió varias veces y volvió a girarse hacia el ventanal. Había quedado claro que el tema no era lo bastante importante para él.

Calen echó a andar hacia la puerta. Antes de abrirla, sin girarse, afirmó pesaroso:

—Siento mucho que no estés disfrutando de tu estancia aquí.

Isabel tardó apenas unos segundos en girarse, dispuesta a decirle que eso no era cierto, pero para cuando lo hizo, él ya había abandonado la sala.

Después de que su *constable* le pusiera al corriente de lo acontecido durante su ausencia, Calen ordenó incrementar las patrullas de vigilancia y, con la excusa de comprobar los alrededores, ensilló su caballo y cruzó el portón. No se alejó demasiado, tanto él como su corcel habían cabalgado suficiente por ese día.

Cuando Lethan supo que su hermano había abandonado, solo, la seguridad de los muros para inspeccionar las inmediaciones, pidió a cuatro hombres que lo acompañaran y salió en su busca.

Se sorprendió al verlo de pie, en lo alto de una loma cercana, e intuyó que lo de reconocer la zona solo había sido una excusa. Mandó a los hombres de vuelta y dirigió a su potro hacia la cima.

Calen estaba tan absorto en sus pensamientos que no oyó llegar a su hermano hasta que lo tuvo a pocos metros. Intentó disimular su malestar, pero Lethan lo conocía demasiado bien y no pudo engañarlo. Y la verdad es que se sintió aliviado cuando compartió con él la conversación que había tenido con Isabel.

—Después de todo, me confundí en la elección. No es feliz aquí. No quiere quedarse.

—Yo no deduzco eso de lo que me has contado.

—Pues yo sí —replicó malhumorado—. Si no me quiere lo suficiente es mejor que se vaya. No la necesito —añadió ufano.

—No digas tonterías. Por supuesto que te quiere, tanto como tú a ella y no me digas que no es cierto porque tengo ojos en la cara. Y por supuesto que la necesitas. Te recuerdo que tu vida depende de ella. En cualquier caso, en un tema tan importante, debería disponer de toda la información que necesita para tomar la decisión correcta. Estoy seguro de que si supiera toda la verdad...

—Si la supiera, se quedaría por pena. Y yo no pienso aceptar eso.

—No creo que…

—Hermano, ese punto no es discutible —zanjó tajante—. Deberá tomar la decisión basándose en sus sentimientos hacia mí.

No en mis posibles futuros. Si nuestro vínculo no es lo suficientemente fuerte, no la ataré a un destino que no desea.

Calen giró y tomó las riendas de su caballo.

—Regresemos, se está haciendo tarde.

Lethan frunció el ceño. En esta ocasión no iba a plegarse a la voluntad de su hermano. Era un asunto demasiado importante, que atañía también a su futuro y al del clan. Le concedería unos días para que entrara en razón y revelara a Isabel toda la verdad. Si Calen no lo hacía, no tendría más remedio que hacerlo él. No permitiría que Vadala lo arrastrara al inframundo sin haberlo intentado todo antes.



Los siguientes dos días casi ni se hablaron. Y lo poco que lo hicieron fue para pelearse. Las sonrisas tardaban en llegar, a veces, incluso se veían forzadas. Y las miradas se alargaban, como si ambos esperaran que fuera el otro el que rompiera el prolongado y denso silencio, pero ninguno lo hacía.

Calen era consciente de que la cuerda se estaba tensando demasiado. Si seguían así, en cualquier momento Isabel se hartaría y expresaría en voz alta su deseo de regresar a su tiempo. Y él habría perdido la última oportunidad que tenía de convencerla.

Intentó varias veces ese acercamiento de posturas, pero a los pocos minutos de conversación, uno de los dos decía algo a lo que el otro le veía una segunda intención y, una vez más, todo saltaba por los aires.

Se dio cuenta de que mientras habían estado juntos en el futuro no habían tenido ninguna discusión importante. Sin embargo, ahora, desde que habían vuelto a su época, no paraban de hacerlo. No le encontró explicación.



Calen, ya sentados a la mesa, se esforzó por hacerse perdonar. Lethan le había echado una reprimenda considerable poco antes y, la verdad, el que su hermano pequeño fuera ahora el más lúcido,

coherente y sensato de los dos, lo asustó. Porque lo cierto era que tenía razón al afearle su comportamiento. Se empeñaba en tratar a Isabel como a cualquiera de las otras mujeres, pero ella no era como las otras. Ella no estaba acostumbrada a eso y sabía que le estaba haciendo daño. Aun así, parecía que no quería o podía evitarlo. Y eso lo llevó a recapacitar sobre la última afirmación que su hermano había lanzado al aire antes de darse la vuelta y alejarse de forma airada. Según él, tenía tanto miedo a modificar el futuro de Isabel que, de forma inconsciente, estaba saboteando su propio plan para que ella decidiera abandonarlo. Sin embargo, para el nuevo y juicioso Lethan, cabía la posibilidad de que el futuro de Isabel siempre hubiera sido conocerlo y viajar al pasado.

Isabel notó el cambio de actitud de Calen. Fue obvio para ella que todas sus atenciones eran su forma de pedir disculpas y su objetivo, hacerse perdonar. Y, aunque al principio intentó hacerse la dura, todas sus reticencias quedaron pronto olvidadas y las sábanas, más tarde, fueron testigos de su reconciliación.

Ven, entra.

Calen le está explicando a Isabel el porqué de cada símbolo del escudo familiar.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Calen hizo mención de levantarse e Isabel ejerció fuerza sobre su pecho para hacerlo recostarse.

—No, no, no te vayas. Quédate y hablamos un poquito más —suplicó, acurrucándose bien abrazada a él.

Calen cedió encantado. Le pasó un brazo por la espalda y aún la atrajo más hacia él.

—De acuerdo, aunque no puedo demorarme demasiado o tendré que aguantar las burlas de todos por culpa de mi retraso. En especial las de mi hermano, y créeme, no es bueno proporcionar a Lethan material con el que te pueda atacar.

—No será para tanto. Además, tu excusa no provocará burlas, más bien envidia.

Calen soltó una carcajada.

—Puede que tengas razón.

Dejó que la palma de su mano se deslizara por la espalda femenina hasta llegar a los glúteos, y allí se detuvo. Cruzó las piernas a la altura de los tobillos y preguntó:

—Y bien, ¿de qué quieres que hablemos?

Había algo de lo que Isabel quería hablar hacía tiempo. Se planteó por un instante si ese podía ser un buen momento.

—No sé… háblame de tus esposas.

Calen sonrió. Esperaba esa pregunta desde que, en Salamanca, la había puesto al corriente de su pasado.

—¿Por qué ahora?

—No sé, supongo que el estar tumbada en esta cama me ha hecho pensar en las que estuvieron antes que yo. ¿Estabas enamorado de ellas?

—No —respondió sin dudar.

—¿No? —inquirió, extrañada de no detectar el menor remordimiento en su tono de voz.

Calen intentó explicar su respuesta.

—Mi relación con ellas fue distinta que contigo. El amor no tenía cabida. Aquello fue más parecido a un acuerdo comercial que a otra cosa.

—¿Ni un poquito?

—Ni un poquito —aseguró—. La primera, tal vez, si el matrimonio hubiera durado más, habríamos acabado siendo buenos amigos. Por desgracia, surgieron complicaciones en el sexto mes de embarazo. Una mañana todo iba bien y, al día siguiente, estábamos enterrando a ambos.

Isabel sí detectó un cierto pesar en su tono.

—¿Y la segunda?

Calen bufó.

—Era de constitución débil. Si las fiebres no la hubieran matado, habría muerto de miedo.

—¿Miedo a qué?

—A qué no, a quién —rectificó, señalándose a sí mismo.

—¿En serio? —inquirió incrédula.

—En cuanto me acercaba, temblaba como una hoja. Creo que me sobran dedos para contar las conversaciones que tuvimos en los seis meses que duró nuestra unión.

Isabel sonrió con malicia.

—Ya hemos encontrado el alias perfecto para ti: Calen Callaghan, más conocido como «el terror de las mujeres».

Calen agarró con disimulo la esquina de la almohada y, en un movimiento relámpago, levantó la cabeza para liberarla y le propinó un almohadazo.

Isabel, tras la sorpresa inicial, rió con ganas.

—Ahora sí que me voy —anunció Calen saliendo de la cama, fingiéndose ofendido.

Ella protestó y refunfuñó, pero él ignoró sus quejas y empezó a vestirse.

Isabel plegó el codo, apoyó la barbilla sobre la palma de su mano y se dispuso a disfrutar del espectáculo de verlo vestirse.

—¿Qué miras? —preguntó Calen, al percatarse del escrutinio al que estaba siendo sometido—. Ni que nunca hubieras visto a un hombre desnudo —añadió, plagiando casi al milímetro la frase que

Isabel le había dicho a él una de las primeras veces que se había quedado a dormir con ella, en su piso de Salamanca. En aquella ocasión, era ella la que se estaba vistiendo y él el que se la comía con los ojos desde la cama.

Isabel, con su respuesta, demostró que también recordaba esa escena, porque contestó con las mismas palabras que entonces utilizó él.

—Nunca uno tan espectacular como tú.

Sonrieron, cómplices. Calen se acercó a la cama, la besó con pasión y se dirigió hacia la puerta. Cuando ya tenía la mano en la aldaba, regresó sobre sus pasos, apoyó las manos en el colchón y se inclinó hacia delante para decir:

—Por cierto, te aconsejo que mantengas a raya esa imaginación tan desbordada.

Isabel ladeó la cabeza sin saber a qué se refería con ese comentario.

—Mis dos esposas tenían sus propias habitaciones.

Tras una leve y estudiada pausa, añadió:

—Tú eres la única mujer que ha dormido en esta cama.

Isabel mordisqueó su labio inferior, intentando contener una sonrisa. Calen dejó que la suya se dibujara sin cortapisas. Volvió a besarla hasta dejarla sin resuello y, ahora sí, abandonó la estancia bajo el aura de todo lo que prometía ese beso, dejándola deseosa de más.

La noche no defraudó. Estuvo llena de ternura, caricias y palabras compartidas. Y en los días siguientes, parecieron recuperar la cercanía que tanto habían echado de menos.



Breve biografía de Fergus Callaghan: Cuarto laird del clan.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Aquella mañana, Calen le anunció que se iba a ausentar del castillo por unas horas.

Isabel le había ordenado, rogado y suplicado que la llevara con él, que no la dejara sola. Lo había seguido hasta el patio para intentarlo una última vez, pero Calen había sido inflexible.

—Mejor no. No podré estar pendiente de ti —había argumentado.

—No será necesario. Yo estaré pendiente de ti. No me separaré ni un milímetro. Te seguiré como un perrito faldero. Nadie notará mi presencia. No abriré la boca.

—Tentador —había comentado malicioso—. Lo siento, *mo gharàdh,* esta vez no*.*

Y sin más, depositó un cándido beso en su frente y montó en su semental para desaparecer por el portón sin darle el más mínimo derecho a réplica.

Ella se había quedado en medio del patio, como un pasmarote y allí permaneció hasta que el gran portón de entrada se cerró.

Decidió instalarse en el salón a esperar su vuelta. Intentó mimetizarse y pasar desapercibida y en cierta forma lo logró porque nadie le dirigió la palabra. Pero, lo que no pudo evitar fueron las miradas curiosas o las sonrisas nerviosas que le dedicaron todas las sirvientas cuando cruzaban la sala, camino a las cocinas o a las escaleras que daban acceso a las dependencias del piso superior.

Fue peor cuando cambió su ubicación del salón al patio. Allí se convirtió en invisible para herreros, carpinteros, mozos de cuadra… todos continuaron con sus tareas y conversaciones como si no la vieran. Al principio le gustó, pero cuando empezó a captar retazos de conversaciones… comprendió que Calen no le había contado toda la verdad sobre su «paseo matinal». Sí era cierto que iba a visitar a algunos granjeros, pero se le había pasado comentarle que las granjas en cuestión, que lindaban con las tierras de los Burg, en las últimas semanas, aprovechando la ausencia del laird, estaban siendo asediadas, atacadas y saqueadas de forma persistente por el clan vecino. A los oídos de Isabel llegaron retazos de conversaciones. Algunas preocupadas: «debía de haber llevado más hombres con él», «si realmente esos hijos de mala madre están merodeando por la zona, los nuestros estarán en desventaja». Otras claramente pesimistas: «con lo ratas y cobardes que son, seguro que atacan por la espalda, como acostumbran», «sí, me temo que se van a dar un festín a costa de los nuestros». Y, por suerte, también las había rebosantes de optimismo: «¡No digas tonterías! Calen sabe lo que hace. Sabe que cada uno de nosotros vale por cuatro Burg. Si se atreven a asomar el hocico sabrán lo que es bueno» …

Cuando los mozos de cuadra empezaron a apostar por cuál sería el número de bajas de ambos clanes, en esa hipotética reyerta, como si la apuesta versara sobre cuántos goles iban a encajar los equipos finalistas de la Champions, Isabel decidió refugiarse en la alcoba y esperar allí el regreso de Calen.

Solo fueron tres horas, pero le parecieron mil.

Escuchó revuelo en el piso de abajo y supo que habían regresado. Bajó deprisa y las voces la llevaron hasta un pequeño cuarto contiguo al salón. Le fue imposible entrar. Un tumulto de gente llenaba la habitación hasta la puerta y el que casi todos estuvieran hablando a la vez, tampoco ayudaba a aclarar qué ocurría. Parecían estar atendiendo a varios heridos a la vez. Y, entre todos, uno al que habían tumbado sobre la mesa parecía el más grave.

Isabel supo que había entrado en modo pánico. Había leído algo sobre eso. *Reacción de pánico emocional o ansiedad anticipatoria*, recordaba que lo llamaban. Era cuando el vínculo emocional con una persona hace que el temor a que le pase algo se dispare incluso antes de tener información real. Eso era lo que le estaba pasando. Mientras se abría paso a codazos hacía el fondo de la habitación, aunque todavía no podía ver al herido, su cerebro, tras escuchar y analizar el bullicio, había rellenado los huecos y deducido que, entre todos los hombres de la partida, el que estaba tendido sobre la mesa, solo podía ser Calen.

Con esa certeza en mente, siguió apartando a todo el que encontró en su camino y, por fin, cuando lo tuvo a la vista, no pudo evitar que su cuerpo se aflojara de golpe. Sintió que le faltaba el aire. Se agarró con ambas manos al borde de la mesa y se plegó por la cintura. Tras una fuerte inspiración, se enderezó, se cubrió la boca con ambas manos y volvió a fijar la mirada en el herido. Las primeras sacudidas producidas por el llanto no se hicieron esperar. Se llevó las manos a la cabeza, las enredó entre el cabello y las entrelazó en la nuca, sin poder apartar la vista del rostro del herido. Una náusea la hizo plegarse por la cintura y, acto seguido, la falta de aire la hizo volver a enderezarse. Alguien la tomó de los hombros y la hizo girarse y cuando Isabel se dio cuenta de quién era el dueño de esas manos que la sujetaban, se dejó abrazar y empezó a llorar con más fuerza.

—¡Pensé que eras tú! ¡Pensé que eras tú! —repetía sin cesar, abrazada a su cintura.

Calen la sacó de la habitación y la apretó contra su pecho.

—¡Sshhh! Tranquila, estoy bien. Estoy bien, ¡cálmate! ¡tranquila! —repitió una y otra vez mientras le acariciaba el cabello, deseando que ese movimiento, lento y pautado, apaciguara sus nervios.

Temió que terminara plegando las piernas e hincando las rodillas en el suelo y antes de que eso sucediera, la tomó en brazos y entró con ella en la biblioteca.

—Quédate aquí, vuelvo enseguida —ordenó con ternura tras sentarla en uno de los sillones.

En dos zancadas llegó hasta el aparador que había al fondo de la sala. Cogió la jarra de peltre, sirvió una generosa ración de vino especiado en una copa y regresó junto a ella.

—Bebe, te sentará bien —le pidió, acercándole la copa a los labios.

Isabel obedeció como un autómata, pero tras tragar el primer sorbo, tosió con fuerza y le devolvió el vaso. Calen no dudó en beberse lo que quedaba de un trago.

Isabel, a pesar de la quemazón que le produjo aquel vino fuerte y cargado de especias mientras bajaba por su esófago, tuvo que reconocer que, con su llegada al estómago, sus nervios se templaron.

—¿Estás mejor?

Isabel afirmó con la cabeza.

La puerta se abrió de repente y un alterado Lethan entró sin esperar a ser invitado.

—¿Qué ha pasado? Me han dicho que Isabel no se encontraba bien.

Echó la rodilla al suelo frente a ella y la miró preocupado.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Isabel se afanaba en secar el rastro de las últimas lágrimas, mientras seguía afirmando con la cabeza.

—Sí, sí, ya estoy bien —aseguró tras una larga inspiración.

—Estás blanca como la nieve. ¿Qué te ha pasado?

—Me asusté. No sé por qué, pensé que el herido era Calen y cuando vi que no lo era, fue tal el alivio que no pude aguantar el llanto.

Lethan se reincorporó y cruzó una mirada con Calen. A Isabel no le pasó desapercibida esa muda conversación entre los hermanos. No le gustaba que pensaran que era una blanda. No lo era. No en su tiempo al menos. Se levantó con fuerzas renovadas e intentó justificar lo que, ahora, hasta ella le parecía ridículamente inexplicable.

—Lo siento, chicos —exclamó, al tiempo que echaba a andar con brío hacia la chimenea—. Siento haberos asustado, pero he pasado la mañana aterrada.

Llegó a la chimenea, dio media vuelta y desando el camino.

—Para vosotros será muy normal esto de salir a partiros la cara con el vecino, pero para mí no lo es. Yo, a mis vecinos, en el peor de los días, les puedo recriminar que ponen la música demasiado alta o sacan la basura a la puerta demasiado pronto.

Al llegar a la altura de los hermanos, dio media vuelta de nuevo y como si hablara para sí, añadió:

—No creo que pudiera acostumbrarme a esto nunca.

—¡Lo harás! —aseveró Calen, sin el más mínimo atisbo de duda.

Isabel lo miró y por un momento pensó que debía de aclararle que eso no dependía de él. Pero, al instante, desistió. No tenía fuerzas para eso. Ahora no.

A continuación, Calen sentenció, con la misma rotundidad, que debía subir a descansar y a esto, tampoco puso ninguna objeción. Al contrario.

—¿Subes conmigo? —propuso dubitativa.

—Por supuesto, *mo gharàdh*.

Isabel sonrió y le rodeó la cintura y él hizo lo mismo con la de ella. Cruzaron los brazos por la espalda y echaron a andar como si fueran uno solo.

—Si queréis —propuso Lethan—, diré que os suban algo de comer.

—Buena idea —respondió Calen sin girarse.

Lethan, con intención de relajar la tensión y subir el ánimo, hizo una nueva propuesta, esta vez, añadiendo un tono pícaro a su oferta.

—Si queréis, puedo subirla yo y la degustamos los tres juntos.

Su hermano, de nuevo sin girarse, respondió de inmediato:

—Mala idea.

Isabel sí se giró. Sonrió, le lanzó un beso y vocalizó un mudo gracias que dejó a Lethan más tranquilo.

Calen no se movió de su lado en toda la tarde. Hablaron y hablaron sobre lo ocurrido. Él, procurando restar importancia a esos «encontronazos vecinales». Pretendiendo que Isabel lo viera y

aceptara como algo «normal». Y ella, intentando explicar con palabras algo tan difícil como son los miedos y las emociones.

—No sé por qué me pasa, pero me pasa y no puedo evitarlo. Mientras sé que estás en el castillo o en los alrededores, aunque no te vea, estoy tranquila. ¡Como si estar a menos de un kilómetro fuera garantía de algo! —añadió resoplando—. Pero, en cuanto te alejas, no dejo de imaginar trágicos sucesos que me dejan sola y desamparada en esta tierra y este tiempo.

Calen se puso tras ella, la tomó de los hombros y la hizo girarse para que lo mirara a la cara.

—¡Eso no va a pasar! —aseguró tajante.

—No digas eso. No puedes saberlo —replicó estirando el cuello y levantando la cabeza en un intento de que la punta de su nariz llegara a tocar a su homóloga.

—Te garantizo que eso no va a pasar —aseveró tozudo, acercando su rostro al de ella para dar todavía más fuerza a su afirmación.

—¿Por qué? ¿Porque lo dices tú y punto? —objetó contrariada, ahora sí, con su nariz a escasos milímetros de la de Calen.

—Pues sí, esa es una razón tan válida como cualquier otra.

Isabel se giró exasperada por esa lógica absurda.

Calen no le permitió alejarse demasiado. Volvió a tomarla de los hombros y la giró de nuevo. Isabel resopló, aunque no opuso resistencia, eso le dio una pista de lo agotada que estaba. Apoyó su frente sobre la de ella y guardó silencio unos segundos mientras acariciaba sus brazos de arriba abajo. Con tono mucho más sereno, añadió:

—No sé cómo explicarlo, pero te aseguro que eso no va a pasar. Lo sé. Es lo mismo que esos deportistas de élite de tu tiempo. La gente cree que lo que tienen fuerte es su cuerpo, pero se equivocan. Hay que entrenar el cuerpo para que esté a la altura, pero lo verdaderamente importante es la mente. Su mente es mucho más fuerte que su cuerpo. Ellos son los primeros que deben visualizarse como ganadores antes de empezar la competición. Ellos son los primeros que deben creerse indestructibles.

Calen la tomó de la barbilla y presionó hacía arriba para que lo mirara a los ojos.

—Nunca te dejaré aquí sola. No tengo la más mínima duda. Lo sé cómo sé que mañana saldrá el sol o que soy hijo de mi madre. Lo sé —insistió rotundo—. Mi mente y mi voluntad lo saben y no van a permitir que nada ni nadie cambie esa realidad.

Debía de ser el cansancio porque Isabel, a pesar de la absoluta falta de lógica de su argumento, le creyó. Estaba casi segura de que al día siguiente volvería a sentir la misma angustia en cuanto lo perdiera de vista, pero, en ese momento, su pobre razonamiento la convenció. Sonrió. Se abrazó a su cintura y la discusión quedó zanjada.



En los siguientes días, Calen volvió a hacer el firme propósito de no abandonar el castillo, pero otro incidente con los Burg, esta vez bastante más serio, truncó sus planes. No se lo dijo a Isabel hasta última hora de la tarde, cuando estaban a punto de bajar a cenar.

—Mañana, muy a mi pesar, tendré que ausentarme. No creo que sean más de dos días. Tres a lo sumo.

Se puso ante ella y añadió:

—Estaría más tranquilo si, en mi ausencia, no abandonas la seguridad de los muros del castillo.

—Yo estaría más tranquila si me llevaras contigo —ronroneó ella intentando negociar.

—No, esta vez, no. No es un viaje de placer. Voy a solucionar un problema.

—¿Qué clase de problema?

Por un momento Calen tuvo el impulso de responder que eso no era asunto suyo, es la respuesta que habría dado a cualquier mujer de su época. Pero recordó a tiempo que Isabel no lo era y no aceptaría esa contestación de buen grado. Así que optó por dar una explicación que a otra persona no se hubiera planteado dar.

—Al parecer, el pequeño de los Burg, ha llevado su diversión demasiado lejos. Sus hermanos le debieron llamar la atención tras

mi última visita y al niño no le gustó que le tiraran de las orejas. Me dicen que hace dos días acabó con todas las ovejas de un rebaño y golpeó al pastor hasta dejarlo medio muerto. Desde entonces, nadie lo ha vuelto a ver. Está desaparecido.

—Y ¿qué piensas hacer?

—Voy a encontrarlo y a dejarle claro que lo de campar a sus anchas y hacer su santa voluntad, se ha terminado. Toda la familia, y este Burg en particular, es bastante reacia a obedecer las normas. Tal vez le cueste un poco entrar en razón. Y sus hermanos, por muy enfadados que estén con él, no creo que se pongan de mi lado, por lo que cabe la posibilidad de que la cosa se complique un poco y no podré estar pendiente de ti.

—Vamos, que soy un estorbo —dedujo dolida.

—Yo no he dicho eso —afirmó sujetándola de los antebrazos y obligándola a que lo mirara a los ojos—. Cuanto más segura te sientes tú, más miedo tengo yo a que te pase algo —confesó algo incomodo—. Mientras estés en este tiempo, debo protegerte, es mi responsabilidad. No sé lo que me voy a encontrar allí. Digamos que pueden surgir complicaciones que me obliguen a utilizar la fuerza. Por muy pequeña que sea la posibilidad de que eso ocurra, no voy a exponerte a ello.

Isabel, tras guardar silencio unos segundos, respondió:

—De acuerdo, si ese es el motivo…

—Te aseguro que ese es el motivo —repitió con rotundidad.

—Bien, entonces —reconoció de buen grado—, será mejor que no vaya para que tú te centres en volver sin un rasguño.

Calen sonrió de oreja a oreja. Isabel podía ser persistente, aunque no cabezona. Si le explicabas las cosas no se obcecaba en tener la razón. Era otra de las muchas cualidades que le gustaban de ella. Necesitaba una esposa con carácter, pero no testaruda. Cada vez estaba más seguro de que su elección había sido la acertada.

Casi de manera inconsciente había empezado a dejar un reguero de besos por el cuello de Isabel.

—¿Qué haces? No hay tiempo para esto, debemos bajar a cenar —protestó Isabel, con poca convicción, al tiempo que inclinaba la cabeza para ampliar el posible recorrido de los labios de Calen.

—Bueno, supongo que, siendo el señor del castillo, conseguiré que, en caso de que me quede con hambre, alguien me suba más tarde algo con lo que llenar mi estómago.

—¿En caso de que te quedes con hambre?

Calen dejó de besarla para que pudiera volver a mirarlo a los ojos y leyera en ellos los que estaba a punto de confirmar con palabras y hechos.

Deslizó el dorso de su mano por la mejilla de Isabel y con voz ronca aseguró:

—Estoy a punto de darme un banquete contigo.

Antes de que Isabel tuviera tiempo de asimilar sus palabras, la cogió por la cintura y la lanzó sobre la cama. Ella aun luchaba por deshacerse del revoltijo de enaguas que tenía sobre la cara, cuando sintió a Calen a su lado y supo que lo de devolver las faldas a su posición correcta, ya era una tarea imposible.

Breve biografía de Calen Callaghan: Quinto laird del clan.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Para cuando despertó, Calen hacía horas que había partido. Se remoloneó todo lo que pudo, sabiendo que, con Calen ausente y Lethan desbordado al tener que hacerse cargo, además de sus tareas, de las de su hermano, nadie tendría tiempo para ella.

Desde el primer día había notado que el trato que le dispensaban era correcto, pero encorsetado, casi artificial. Suponía que la falta de explicaciones sobre su persona tenía a todo el mundo muy desconcertado. Debían percibir algo extraño en su aparición en escena. Pero al comprobar lo especial que era para su señor, nadie osaba meterse con ella, hacer comentarios jocosos o preguntas indiscretas. Se limitaban a mantener las distancias y tratarla con cortesía, cosa que, la verdad, le hacía sentirse incómoda.

Tras dos días deambulando sin rumbo por la fortaleza, sin prácticamente hablar con nadie, optó por encerrarse en la biblioteca. Los libros siempre habían sido un buen refugio, pero ni eso resultó. En realidad, llamarla biblioteca era toda una exageración. La estancia servía para que Calen o Lethan recibieran a sus visitas o se reunieran con siervos o vecinos, pero libros era lo que menos había allí. Y los pocos que ojeó le resultaron tediosos.

Se alegró al ver a Lethan apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Ocupada?

—Aburrida, que es diferente. ¿Me haces compañía un rato?

—A eso venía, aunque temo que me contagies tu aburrimiento.

Isabel sonrió.

—Eso no pasará. Ya lo has espantado.

Lethan sonrió halagado.

—Como ayer no te vi en todo el día, pensé que no estabas.

—No estaba. Tuve que ausentarme. Había que cambiar varios rebaños de pastos y, viendo cómo está el percal, preferí coger a algunos hombres y acompañar a los pastores para vigilar el traslado, no tuviéramos visitantes no deseados. Pregunté por ti cuando regresé, pero me dijeron que ya te habías retirado a tus aposentos.

—Sí, me acosté pronto. Me dolía un poco la cabeza. Al no verte en todo el día, pensé que te habías ido con Calen.

—Pues, como ves, no ha querido llevarme con él.

—A mí me dijo que no podía acompañarlo porque sería un estorbo.

—No te creo.

—Empleó otras palabras, pero créeme, soy muy buena leyendo entre líneas. Era eso lo que le rondaba por la cabeza —aseguró sin dejar de afirmar con la cabeza—. Esa fue su excusa para no llevarme a mí. ¿Cuál fue la excusa para dejarte a ti en tierra?

—Soy su *steward*[18]. Eso suele dejarme fuera de muchas diversiones.

—¿*Steward*?

—Su sustituto. Digamos que, después de él, yo soy lo mejorcito del clan —bromeó, restando importancia al cargo y a las obligaciones que llevaba implícitas.

Lethan señaló el entrecejo de Isabel con el índice, haciéndolo oscilar a pocos centímetros de su rostro, y apostilló:

—No me gusta nada ese ceño fruncido. ¿Qué significa?

—Bueno, significa que, aunque a mí me hizo creer que era una expedición casi rutinaria, en realidad, si te dejó a ti aquí sí implica cierto riesgo, puesto que se ha asegurado de minimizar las pérdidas del clan si le pasa algo a él.

Sí que era buena en eso de leer entre líneas, pensó Lethan.

—Como te digo, suele dejarme fuera de muchas diversiones de este tipo. Así que o todas son peligrosas… o no lo es ninguna y quiere ser el único protagonista.

Se dio cuenta enseguida de que no había conseguido engañarla.

—Yo no me preocuparía mucho de él. Desciende de una estirpe de guerreros.

Bajo aquel tono superficial que solo pretendía tranquilizarla, Isabel percibió también el mismo orgullo que notaba en Calen cuando hablaba de sus antepasados.

—Algo he oído —respondió—, aunque no me importaría saber algo más.

—Puedo hacer algo mucho mejor que hablarte de ellos —aseguró Lethan, bajando el tono como si compartiera un secreto reservado a unos pocos.

Isabel lo vio caminar hacia uno de los arcones del fondo de la habitación y extraer una caja de madera con ambas manos. Regresó sobre sus pasos, la rebasó y se dirigió hacia la chimenea. Se sentó en el suelo, delante del fuego y posó la caja a sus pies. Miró a Isabel, palmeó el suelo a su lado y ella corrió a sentarse junto a él. Cualquiera que los viera pensaría que eran dos chiquillos descubriendo un oculto tesoro.

Lethan no abrió la caja de inmediato y eso permitió a Isabel admirarla con calma.

Calculó que tendría unos cuarenta o cuarenta y cinco centímetros de largo por treinta de fondo y unos quince de altura. La tapa estaba hermosamente trabajada. El artista debía de haber pasado horas tallándola. No pudo evitar acercar la mano y deslizarla por encima de las decenas de surcos que la recorrían, emulando las ramas de un frondoso árbol, uno con una forma similar a la representación que se le daba en el siglo XXI al árbol de la vida: grueso tronco y frondosa copa redondeada.

—Es preciosa —murmuró mientras la acariciaba.

—Lo es. Pertenece a un juego de tres, idénticas salvo por su tamaño. Esta, la más grande, fue de mi padre. Yo soy el dueño de la

siguiente en tamaño. Y la más pequeña se la quedó el artista. ¿Adivinas quién es?

—¿Calen? —exclamó, incrédula.

Lethan afirmó, con una sonrisa llena de orgullo mal disimulado.

Isabel volvió a observarla en silencio, sin poder dejar de pasear la yema de su dedo corazón por toda la superficie. Había sido lijada con esmero, no halló ni una sola astilla que raspara su piel. Y brillaba como solo puede hacerlo una madera protegida con varias capas de barniz. También le llamó la atención su cierre metálico. Por lo que ella sabía, era más común el uso de pasadores de madera o bisagras de cuero flexible.

—Es un trabajo magnífico. No conocía esta habilidad de Calen.

—Hubo un par de años en los que podía pasar horas ensimismado con un taco de madera entre las manos. A veces, los observaba durante días antes de hincar la gubia en ellos por primera vez. Decía que, antes de empezar a tallar, debía averiguar qué objeto estaba oculto en su interior.

Isabel lo miró, cada vez más sorprendida al descubrir esa faceta artística de Calen.

—¡Anda que no me burlé veces de él por esos razonamientos locos! —recordó divertido—. De eso hace años. No sé por qué dejó de hacerlo —exclamó pensativo—. Se veía que disfrutaba con ello. Supongo que, cuando padre murió, las obligaciones ganaron terreno y tuvo que renunciar a su afición de liberar formas ocultas en los bloques de madera —comentó no sin cierta nostalgia.

Tras unos segundos, Lethan recuperó la caja de las manos de Isabel y afirmó:

—No es la caja lo que quería mostrarte. El verdadero tesoro está en su interior. Recuerda que te iba a hablar de nuestros antepasados.

Isabel, hasta entonces arrodillada y sentada sobre sus talones, ahuecó las faldas para sentarse en el suelo y recolocar sus piernas, cruzándolas al estilo indio.

Adelante, siéntate junto al fuego.

Lethan está a punto de enseñarle a Isabel lo que hay en la caja.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

Con mucha ceremonia, Lethan abrió la caja y, mientras lo hacía, explicó:

—Mi padre decidió utilizar la caja para guardar en su interior sus tesoros personales.

—¿Tesoros personales? —repitió Isabel intentando asomarse al interior.

Lethan cerró parcialmente la tapa, como una clara amonestación a su impaciencia. Isabel se reclinó hacia atrás, dispuesta a ser paciente, divertida e intrigada a partes iguales por la puesta en escena del menor de los Callaghan.

—Lo primero que debe aprender un futuro laird es que, cuando lo sea, se convertirá en el protector de su clan —afirmó con voz grave, casi reverente, al tiempo que volvía a destapar la caja con

estudiada lentitud—. Eso implica no solo proteger a los vivos sino preservar la memoria de los muertos.

Lethan sacó de la caja una pipa de madera oscura, de cazoleta redonda y caña corta, marcada por los años de uso, con la que jugueteó mientras retomaba su relato.

—Mi padre se tomó muy en serio ambos deberes. No fue un líder carismático ni querido —reconoció—, pero sí temido y respetado. Tuvo la suerte de que, durante su liderazgo, Escocia vivió el periodo más pacífico en generaciones. No tener que lidiar con ejércitos extranjeros, ni responder a llamados reales, le permitió dedicarse en cuerpo y alma a la defensa de Glenbràith frente a las incursiones constantes de los Burg. Bajo su mando, el clan alcanzó una fortaleza sin precedentes y se ganó el respeto y reconocimiento de todos los linajes vecinos —afirmó orgulloso.

—Por cómo lo describes no lo imagino como un padre cariñoso —comentó Isabel, intentando no parecer irrespetuosa.

—No lo fue —afirmó como la cosa más natural—, aunque tampoco fue rudo o cruel. Gobernaba el clan con la misma firmeza que empuñaba su espada. Y el trato hacia sus hijos no fue muy diferente.

—¿Era suya? —preguntó Isabel señalando la pipa.

—¡Ajá! Uno de los primeros recuerdos que tengo de mi padre es con esta pipa en su mano y Calen y yo, con ocho y seis años, sentados a sus pies, en este mismo lugar, escuchándolo narrar relatos de viejas hazañas de nuestros ancestros.

Lethan hizo una pausa en la que aprovechó para frotar con ahínco una imaginaria mancha en la cánula de la pipa. A continuación, cerró los ojos y la acercó a su nariz.

—¡Mmmm! —exclamó tras aspirar hondo— aún conserva su olor. ¡Mira! ¡huele!

Isabel obedeció y dejó que su olfato se diera un festín de tabaco. Lethan la apartó de debajo de su nariz y volvió a acariciarla con respeto.

—Recuerdo cómo insistía en que la familia, nuestros ancestros y sus recuerdos son un tesoro que debemos preservar y proteger del olvido. «Debemos ser capaces», nos decía siempre, «de

transmitírselo a los que vienen detrás porque, si nosotros no lo hacemos ¿quién lo hará? La respuesta es, nadie» —añadía de inmediato—, «y toda nuestra historia, todo ese legado de anécdotas, logros y vivencias, se perderá para siempre».

Isabel sonrió, melancólica.

—Tenía razón —dijo, aprovechando la pausa de Lethan—. En toda generación debería haber al menos un miembro dispuesto a narrar historias y varios de la siguiente generación deberían estar dispuestos a escucharlas y empaparse de ellas para que la cadena no se rompa y sean capaces de pasar el testigo a los que vengan detrás.

Lethan sonrió y casi sin querer, se le escapó un pensamiento:

—Estoy seguro de que le habrías gustado a padre. Y, casi seguro de que, a pesar de su enrabiado carácter, él te habría gustado a ti.

Depositó la pipa en el fondo de la caja, con un cuidado casi reverente y, con ello, el recuerdo de Fergus Callaghan, cuarto laird de Glenbràith, dejó paso al de otro de los Callaghan.

Lethan rebuscó en la caja y extrajo un broche metálico ennegrecido por el paso de los años.

—¿Quién era el dueño de ese broche? —preguntó Isabel con interés.

—Este broche perteneció a Domhnall Callaghan, el tatarabuelo de mi padre —añadió sin disimular su orgullo—. Dicen que, en sus buenos tiempos, en esta oquedad llevaba engarzado un rubí, pero ahora, como ves, solo queda el armazón.

Se lo pasó a Isabel y mientras ella lo examinaba, preguntó:

—¿Te resulta familiar?

Isabel enseguida advirtió el parecido con el broche que Calen lucía desde que había regresado a este tiempo.

—Mi padre encargó una réplica para él como regalo por su decimosexto cumpleaños. Se supone que debería reservar su uso solo para ocasiones especiales, pero a mí hermanito le gusta demasiado y acostumbra a usarlo a diario, bien para sujetar la capa o bien prendido en su túnica. Suele pasar con los presumidos —añadió burlón.

Isabel le propinó un empujón en el antebrazo.

—¡Tu hermano no es un presumido! Seguro que para él tiene un significado más profundo que la simple coquetería.

La respuesta había salido sin pensar y al ver la picardía en los ojos de Lethan, comprendió que lo único que había buscado con el comentario era comprometerla. Tras esa deducción, volvió a darle otro empujón.

—Háblame de Domhnall —exigió, devolviéndole el broche.

Lethan guardó silencio unos segundos para ordenar de forma mental su relato, y comenzó:

—No muy lejos de aquí está el Priorato de Beannchain. Desde su fundación, el trayecto hasta la costa se llenó de peregrinos y, con ellos, de artesanos y mercaderes que les ofrecían sus productos o servicios. Domhnall era un hombre de armas de origen gaélico-irlandés. No poseía tierras, pero se ganó el respeto y la gratitud de la comunidad local al encargarse de proteger los caminos de saqueadores y bandidos. Con el tiempo, quienes prosperaron o se sintieron seguros bajo su amparo, se lo agradecieron con donaciones de tierra. Ese fue el germen de nuestro linaje.

—Pero, a pesar de sus logros y de ser el verdadero precursor del clan, nunca fue laird. ¿Por qué?

—Simplemente porque el clan Callaghan todavía no existía. A ver cómo te lo explico.

Lethan empezó a enumerar requisitos a la vez que iba marcándolos con los dedos de su mano:

—Para que una familia se convierta en un clan, debe tener tierras propias, cosa de la que Domhnall aún carecía; debe contar con la lealtad de las gentes de la zona, en eso empleó gran parte de su vida; debe tener un apellido estable y reconocido, cosa que también logró con el paso de los años. Y debe contar con alianzas… e incluso enemigos entre los clanes vecinos. Eso último, quizá sin proponérselo, también lo consiguió —bromeó para quitar hierro al asunto—. Así que, sí, podríamos decir que dedicó su vida a allanar el camino para que su hijo, Malcolm Callaghan, se convirtiera en el primer laird de Glenbràith. Malcolm solo tuvo que consolidar todo lo que su padre había construido.

Soltó un teatral suspiro, a la vez que guardaba el broche en la caja y añadió:

—El bueno de Malcolm habría tenido una vida larga, sencilla y apacible… si Vadala no se hubiera cruzado en su camino.

Isabel se dejó caer hacia atrás con teatralidad.

—¡Oh! ¡Vadala! Ese nombre me suena de algo.

—Sí, a mí también. Por su culpa, mi bisabuelo Ian se convirtió en el segundo laird de Glenbràith, con solo veinte años.

—Ian… tu hermano me habló de él. Lo mataron los Burg.

—Así fue. Mi bisabuelo Ian, además de poner a la poderosa Vadala contra las cuerdas, al exigir una compensación por la muerte de su padre, consiguió el respaldo de la Corona, cosa que no gustó demasiado a los Burg, y en una de las disputas por el control del paso comercial entre el priorato y la costa, le tendieron una emboscada y lo asesinaron.

—¡Malditos Burg! —exclamó furiosa.

Lethan sonrió, divertido por su reacción.

—¿Qué guardáis ahí de Ian? —preguntó a continuación, estirando el cuello para asomarse al interior.

Lethan sacó un pequeño puñal con una empuñadura de ébano, hermosamente trabajada, y se lo pasó para que pudiera admirarlo de cerca. Ella, mientras lo hacía, se percató de un detalle.

—No me has enseñado ningún objeto que haya pertenecido a Malcolm. ¿No tenéis nada?

—Por supuesto que sí —replicó, extrañado por la pregunta—. Conservamos un jirón de su *plaid*, de hecho, estuvo aquí dentro mucho tiempo, pero ahora que hemos descubierto su verdadero valor, hemos decidido guardarlo en otro lugar más seguro —respondió, poniendo especial énfasis en la última frase.

Isabel se tapó la boca con la mano al darse cuenta de su torpeza.

—¡Claro! ¡Qué lapsus! ¡El trozo de tela!

Lethan se cubrió el rostro con ambas manos antes de exclamar quejumbroso:

—¿Trozo de tela? ¡Por favor, no lo llames así!

—Perdón, perdón. Tienes razón —se disculpó, devolviéndole la daga.

Isabel se inclinó sobre la caja y tomó el único objeto que todavía no había abandonado la misma. Lethan se lo permitió.

Mientras ella desplegaba el hermoso pañuelo de seda, bordado con las iniciales M. C, él comentó:

—Yo tenía cuatro años cuando mi abuelo Duncan murió. No lo recuerdo, pero dicen que mi padre heredó su mal genio de él. Nació bajo el rigor de los fríos vientos de invierno, y eso lo obligó a ser fuerte desde sus primeros días de vida. Fue el único varón de cuatro hijos, tal vez por eso, todo el peso de la disciplina recayó sobre él. Como su padre, se convirtió en laird con solo veinte años. Y, como su padre, murió a manos de los Burg.

—Por cómo lo describes, cuesta creer que un pañuelo de seda sea el objeto que mejor lo represente.

—Era de mi abuela, Morgan Callaghan. Murió cuando apenas llevaban diez años casados y, desde entonces, ese pañuelo se convirtió en el eterno compañero de mi abuelo. Siempre lo llevaba consigo como recordatorio del amor que se profesaron.

Tras unos segundos, Isabel comentó:

—Su historia me trae a la memoria una novela romántica que leí hace un tiempo titulada «*Hasta los ogros se enamoran*».

Lethan soltó una sonora carcajada.

—Será mejor que Calen no te oiga llamar ogro a su abuelo.

—Yo no le he llamado ogro —protestó.

—Sí, ya, lo que tú digas.

Lethan dobló el pañuelo ceremoniosamente y lo guardó en la caja, cerrándola con cuidado.

—Con tanto hablar se me ha abierto el apetito. Vayamos a comer antes de que nos dejen sin nada.

Ambos se levantaron. Isabel esperó a que Lethan regresara de guardar la caja en el arcón y juntos salieron al pasillo.

—¿Sabes? Me impactó una galería de retratos que vi en uno de vuestros museos. Algún día me gustaría que alguien de mi familia hiciera una igual, con los rostros de todos mis antepasados. Eso sí

que sería un buen legado para las generaciones futuras, ¿no te parece?

—Sin duda, aunque creo que los retratos serán una de las cosas que, más pronto que tarde, las nuevas tecnologías se encargarán de que desaparezcan.

—¿Por qué?

—No sé, me da la impresión de que posar durante horas para hacerte un retrato tiene que ser tedioso. Es mucho más sencillo hacerte un *selfie*.

—Pues será una lástima.

Isabel se detuvo antes de entrar al salón y agarró a Lethan de la manga para que la imitara.

—Se me ha pasado la mañana volando. Gracias por hablarme de los tuyos, ahora siento que os conozco un poco más.

—Me alegro.



Estaban terminando de comer cuando se escuchó ruido de caballos en el patio. Ambos esperaban que alguno de los criados anunciara la llegada de su laird, pero se sorprendieron al ver que el que entraba era directamente Calen. Solo hacía falta ver su expresión para saber que la expedición había sido todo un éxito.

De hecho, Isabel iba a hacer un comentario al respecto, pero no hubo tiempo. Calen llegó a su lado, le tomó el rostro con las manos y la besó. Primero con urgencia, luego con pasión contenida. Tras una breve pausa para comérsela con los ojos, volvió a besarla, esta vez con infinita dulzura.

—Yo también me alegro de verte, hermano —afirmó Lethan con una media sonrisa—. Por si no te has dado cuenta, también estoy aquí —advirtió divertido.

—De lo cual me alegro —respondió Calen, tomando uno de los últimos trozos de carne que quedaban en el plato de Isabel y llevándoselo a la boca—. Me va a evitar tener que buscarte.

—¿Buscarme para…?

—Para decirte que te quedas al mando por unas horas más. Isabel y yo nos vamos…, ¿cómo lo llamáis vosotros…? —sin dar tiempo a que Isabel respondiera, añadió— ¡Excursión! Nos vamos de excursión.

Sin más explicaciones, tomó a Isabel de la mano y tiró de ella para que lo siguiera hacia las cocinas. Cosa que hizo encantada.

—Sabía que no me buscabas para nada bueno —se quejó con fingido tono lastimero Lethan.

—Pórtate bien y no quemes el castillo en la ausencia de tu laird —voceó su hermano, antes de abandonar el salón a paso ligero.

—Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado? —preguntó Isabel, sorprendida y divertida a partes iguales por ese brote de espontaneidad en Calen.

—No me ha picado ningún bicho —respondió frenando en seco, haciendo que ella se chocara contra su pecho—. Solo te he echado de menos —dijo pletórico, antes de besarla—. Mucho —añadió echando a andar de nuevo.

Isabel tuvo que acelerar para seguirlo.

Cuando entró en la cocina, le pidió a la primera doncella que encontró que trajera una cesta. La muchacha volvió rauda con ella y él se encargó de llenarla. Robó una hogaza de pan, dos manzanas, una porción generosa de queso… Y dio instrucciones para que prepararan un envoltorio con lonchas de carne seca, un odre con agua fresca y otro con aguamiel. Cuando todo estuvo listo, ordenó a uno de los criados que cargara con un pequeño barril de cerveza y los siguiera al patio.

Cogió la cesta, tomó a Isabel de la mano de nuevo y se puso en marcha. Esta vez, en lugar de atravesar el salón, salió por la puerta lateral de las cocinas y atajó por el sendero que bordeaba la edificación. Cuando reaparecieron en el patio, los hombres que lo habían acompañado en la expedición aún estaban desensillando y atendiendo a sus monturas. Todos menos Travish, que cargaba una mula con lo que parecían ser mantas y ropa de abrigo para ambos. Hizo señas al mozo para que le diera el barril y vació el contenido de la cesta en dos alforjas que tenía preparadas, que luego ató diligentemente a la silla de la mula.

Calen se detuvo junto al caballo y se giró hacia Isabel.

—¿Preparada?

—¡No! —respondió divertida por sus prisas.

—Lo siento —replicó Calen con picardía—, era una pregunta retórica.

Y, sin más, la agarró de la cintura y la alzó para sentarla sobre la grupa del caballo.

Isabel soltó un gritito de sorpresa y antes de que pudiera replicar, tenía el pecho de Calen bien pegado a su espalda y sus brazos rodeaban su cintura.

Enseguida llegaron a su destino. Calen detuvo el caballo en un claro, a no más de diez minutos.

—Es precioso.

—Yo lo llamo Fàthach Bràith[19]. Es mi rincón de pensar.

Isabel se giró para mirarlo.

—¿Tu rincón de pensar?

—Lo descubrí cuando tenía… no sé, quince, tal vez dieciséis años. Desde entonces, cuando estoy preocupado, agobiado o alicaído acostumbro a escaparme aquí. Este lugar me ayuda a pensar y suelo encontrar las respuestas que busco.

—Sí, la verdad es que se respira una paz que invita a la calma.

Calen se bajó del caballo y cogió a Isabel por la cintura para posarla en el suelo.

—¿Cómo es que, estando tan cerca del castillo, nadie lo había descubierto antes que tú?

—Yo no he dicho eso. Alguien hizo más que descubrirlo —afirmó, señalando una pequeña edificación en ruinas—, vivió aquí. Aunque, por el estado tan lamentable de la casa, calculo que hace varias décadas.

Isabel echó a andar hacia la cabaña.

—No, no entres. Es peligroso. Está en mis planes derribarla o arreglarla para que no se le caiga a nadie encima… pero es una de esas tareas eternamente pospuesta. Nunca tengo tiempo para ello.

Se encogió de hombros y confesó:

—Quizá es que no quiero hacerlo. Me resisto a tocar nada. Temo que el más mínimo cambio rompa la magia del lugar.

Isabel se lo quedó mirando.

—¿Qué? —inquirió él, tras unos segundos.

—Hoy estoy descubriendo varios nuevos Calen.

—¿Ah sí?

—Sí. Un Calen espontáneo, mucho menos calculador que el habitual… Y ahora un Calen que muestra su lado más emotivo, como pocas veces hace. Un Calen respetuoso con las auras y las energías…, casi místico, diría yo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Calen, pegando su pecho al de ella — ¡cuántos descubrimientos estás haciendo! —añadió rodeando su cintura y entrelazando las manos a su espalda—. Y dime, ¿te gustan esos nuevos Calen?

—Mucho —afirmó Isabel, echándole los brazos al cuello.

—Pues espera a descubrir al Calen fogoso —dijo, al tiempo que comenzaba a girar en redondo, haciendo que los pies de Isabel se despegaran del suelo.

Ella echó la cabeza atrás y soltó un grito de júbilo.

—Creo que a ese ya lo conozco, pero no me importa en absoluto reencontrarme con él —afirmó entre risas.

Tras un par de giros más, Calen se detuvo y atrapó sus labios en un beso tierno, que dio paso a otro más largo.

Las manos de ambos, estáticas y entrelazadas hasta entonces, comenzaron a desplazarse en busca de nuevos lugares que explorar. Las de Calen descendieron, buscando sus caderas y se entrelazaron detrás, atrapándolas con firmeza. Mientras que las de Isabel, se colaron bajo la camisa de él, ansiosas de contacto directo con la piel.

No hubo tiempo de extender las mantas sobre la húmeda hierba. Ambos terminaron tumbados largos sobre ella, sin notar siquiera cómo su ropa se iba empapando.

Después, sí. Después se desnudaron, colgaron sus ropas de un arbusto y volvieron a tumbarse, esta vez sí, envueltos en las cálidas mantas que Calen había tenido la precaución de traer.

Para Isabel, aquel improvisado plan de Calen había sido todo un regalo. Desde que habían llegado a este tiempo, eran más comunes las riñas, cualquier motivo, grande o nimio era válido, que los momentos de intimidad como este. Y los echaba de menos. En su tiempo abundaban, pero aquí, eran un tesoro escaso.

Depositó un beso sobre el pecho de Calen y volvió a apoyar la cabeza sobre él.

—¿Sabes? Esta mañana Lethan me ha estado hablando de los lairds de vuestro clan.

—¿Sí?

—Sí y me ha mostrado la caja de madera que tallaste y regalaste a tu padre. Se me había olvidado ese otro nuevo Calen —añadió con tono más ligero—. El Calen ebanista.

Calen se removió algo incómodo.

—Me temo que ese Calen está encerrado bajo siete cerrojos —comentó, con cierto matiz melancólico.

—Es lo bueno de los cerrojos que, llegado el momento, si se quiere, se pueden abrir.

Calen la besó en el nacimiento del cabello y la atrajo más hacia sí, demostrando que su comentario le había gustado.

Ella guardó silencio unos segundos antes de lanzar una hipótesis al aire.

—Tal vez algún hermano menor, o alguna hermana de uno de esos laird, fue el morador de esta cabaña ¿no crees? —preguntó con voz pizpireta.

Calen sonrió dispuesto a seguirle la corriente.

—Es posible. Si tuviera que apostar… yo me inclinaría por Tormod, el hermano de mi bisabuelo Ian. Tenía fama de reclamar siempre su propio espacio. Su hermano Niall también sería un firme candidato. Dicen que nadie le aguantaba mucho tiempo bajo el mismo techo —añadió socarrón.

—No me gustan esos candidatos. Parecen tener muy malas pulgas. No son dignos candidatos para vivir en un lugar tan especial.

Hizo una breve pausa y continuó fantaseando.

—¿Por qué no una mujer? Una de carácter fuerte que, cansada de tanta autoridad masculina en el castillo, decidió

construirse un refugio para, como tú, escaparse de vez en cuando y poder estar sola.

Calen colocó la mano bajo su nuca, divertido por esa posibilidad, seguramente factible y lógica en el siglo XXI, pero desde luego, muy poco probable en el siglo XIII. Aun con todo, decidió continuar con el juego.

—Bueno, siempre se ha dicho que el carácter fuerte se reparte a partes iguales en ambos sexos entre los Callaghan. Si tuviera que apostar, diría que mi tía abuela Fiona sería una buena candidata.

Isabel notó cómo el pecho de Calen reverberaba, signo inequívoco de que se avecinaba una carcajada.

—Tengo entendido que fue una verdadera pesadilla, primero para su padre y, cuando este murió y su tutela pasó a su hermano, mi abuelo Duncan, también lo fue para este. Rechazó todos los pretendientes que le asignaron, haciendo su santa voluntad cada día de su vida, y permaneciendo soltera hasta los cincuenta años. Y cuando todo el mundo la había dejado por imposible, se casó con un inglés y se fue a vivir al condado de Durham. Todo el mundo pensó que lo había hecho solo por fastidiar y llevar la contraria, pero no, resultó que lo hizo por amor.

Isabel percibió otro temblor bajo su oreja, procedente de las entrañas de Calen y supo que intentaba contener la risa.

—Regresó a la casa familiar cuando enviudó. Dicen que el obispo de Durham[20], aliviado por librarse de la única persona que veía capaz de arrebatarle el poder, organizó una gran fiesta para celebrarlo.

Isabel se echó a reír y él se unió a las risas.

—Me cae bien tu tía Fiona, pero no creo que fuera de las que se retiraban a vivir a un sitio como este. Por como la describes, habría hecho que todos los del castillo se hubieran venido a vivir aquí buscando paz.

Ambos volvieron a reír a carcajadas.

—¿Tal vez tu abuela Morag? —propuso Isabel, levantando la cabeza para mirarlo.

—Nooo, seguro que no. Adoraba a mi abuelo. Si por ella hubiera sido, no se hubiera separado de él ni un segundo.

—¿Seguro? —insistió maliciosa— por lo que tengo entendido tu abuelo Duncan era un cascarrabias.

Calen la miró con el ceño fruncido, sorprendido y divertido a partes iguales.

—Pero ¿qué demonios te ha contado el insensato de mi hermano? A nuestra vuelta pienso tener unas palabritas con ese deslenguado.

—No, no, no le riñas —suplicó, aguantando la risa—. Lo más seguro es que yo haya interpretado mal sus palabras.

—Peor me lo pones —afirmó girándose y atrapándola bajo su cuerpo—. ¿Crees que te va a salir gratis meterte con mi afable y bonachón abuelo Duncan?

—Pagaré lo que haga falta —se apresuró a responder entre risas al sentir el primer mordisco de Calen en su cuello.

Sus miradas volvieron a encontrarse, como tantas otras veces y las palabras perdieron fuerza. Y es muy posible que, escondido entre las piedras caídas y cobijado por los silencios del claro, el espíritu del misterioso morador de la cabaña fuera testigo mudo de su interludio de amor.

Es curioso cómo ante un mismo hecho, solo modificando las circunstancias que lo rodean, cambia la percepción. Cuando en el siglo XXI hicieron escapadas parecidas al campo, era Calen el que se sentía como si hubiera regresado a su tiempo. Ahora, era Isabel la que, durante esas horas, revivió esas excursiones por los alrededores de Salamanca y se engañó pensando que el domingo por la tarde regresaría a su piso y el lunes por la mañana, a la universidad.

Pero no fue así. A la mañana siguiente, cuando volvieron al castillo, la atmósfera mágica había empezado a diluirse hasta que desapareció.

Isabel pensó que tal vez eran imaginaciones suyas, pero, en el fondo, no lo creía. Percibió con claridad ese cambio de actitud de Calen en cuanto traspasaron el portón de entrada al castillo. En *Fàthach Bràith,* había vuelto a ser el Calen que conoció en

Salamanca. Serio y responsable, sí, pero también algo despreocupado y más relajado y distendido de lo que lo había visto estar desde que llegaron a su hogar. Algo, que seguía sin compartir con ella, lo preocupaba, oscurecía su mirada y lo estaba volviendo taciturno por momentos.



Calen, tras provocar una brecha al infeliz que se ofreció a entrenar con él, había abandonado la práctica con la espada y decidido que lo mejor era pasar el resto de la mañana solo.

Eligió la torre como escondite. Seguro que no tardarían en requerir su opinión o notar su ausencia, iniciando a continuación un operativo de búsqueda que acabaría por descubrirlo y arruinar su plan de soledad.

Había estado un rato asomado en lo alto de la muralla, pero el frío viento del norte, al estar desprovisto de su capa, le había hecho refugiarse en el interior.

Giró el cuello en círculo hasta que consiguió que alguna vértebra se recolocara. Estiró los brazos, rotó los hombros y, de nuevo, parte de su columna crujió, provocando un alivio instantáneo.

Notaba cómo su cuerpo se tensaba por momentos, y no era debido a las preocupaciones de su cargo, llevaba bregando con ellas sin problemas desde hacía más de dos años. Lo que estaba destemplando sus nervios era lo rápido que se acercaba la fecha límite pactada con Vadala.

Nunca había tenido problemas para vencer al sueño, pero ahora sus horas de descanso se llenaban de angustiosas pesadillas. Como la noche pasada en la que los secuaces de Vadala lo perseguían sin descanso. Él corría campo a través, intentando alcanzar el cobijo del bosque. Al fin, agotado por el esfuerzo, lo conseguía, pero no había dejado de correr porque el relincho de los

caballos a su espalda, cada vez se escuchaban más cerca. De pronto toda la bruma que lo rodeaba se había disipado y la diosa Vadala había aparecido ante él. Había alzado la mano y una fuerza invisible los había hecho detenerse, tanto a él como a los jinetes a su espalda.

—Tu destino está sellado. Es la hora —la oía decir, sin que ni siquiera hubiera movido los labios.

Y, a continuación, había levantado los brazos y comenzado a recitar un cántico en la lengua antigua. Una grieta había empezado a separar la tierra y una luz intensa y cegadora había empezado a escapar por ella, obligándolo a cerrar los ojos en su sueño. La luz lo envolvió. Sintió que sus pies dejaban de tocar el suelo y que empezaba a caer. Y de pronto, no hubo bosque, ni jinetes. La luz se fue apagando mientras él seguía cayendo en un hoyo sin fin.

Entonces había despertado, jadeando, muerto de frío y, a la vez, cubierto de sudor.

Por suerte Isabel no se había enterado de nada. Habría sido difícil explicar su sueño sin revelar el miedo que lo había provocado.

Isabel… Cada día la amaba más y, sin embargo, algo los estaba separando. Añoraba los días pasados en Salamanca. Allí, a pesar de lo extraño y complicado que le resultaba asimilar los miles de variantes nuevas que conformaban el día a día, todo fueron risas y felicidad.

Tal vez la culpa era suya. Estaba obcecado en no desvelar lo que ocurriría si decidía regresar a su tiempo. Quizá todo fuera más sencillo si lo contara… Sería tan fácil autoconvencerse de que esa era la solución… Bastaba con insistir un poco más y conseguir retroalimentar ese pensamiento. Casi podía imaginarse diciéndoselo, deseaba tanto hacerlo… Pero no. No lo haría. Sabía que no podría vivir el resto de su vida sin tener la certeza de que su elección había sido libre y genuina. No, no lo haría.

Para ponérselo más difícil, entre todos los que podían subir a buscarlo, el destino eligió a Isabel. Tenía que alejarse de ella antes de que la tentación de compartir su pesadilla y el motivo que la había ocasionado, fuera irresistible.

—¡Estás aquí! Llevo buscándote más de media hora.

—Pues ya me has encontrado —respondió distante.

—No te encontraba —se justificó Isabel, algo sorprendida por su evidente mal humor.

—Tal vez no quería que nadie me encontrara.

Hasta a él le dolió su tono seco y cortante.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada.

Isabel cruzó los brazos y bajó la mirada, intentando controlar su genio.

—¿Querías algo? —preguntó como si solo su presencia lo estuviera molestando.

—Pues sí, quería estar contigo, pero va a ser mejor que no. No voy a arriesgarme a que me pegues tu gilipollez.

Isabel había arremangado la falda para asegurarse un giro rápido y había abandonado la estancia a paso ligero.

Calen levantó la vista al techo, al tiempo que masajeaba su cuello con ambas manos y maldecía intentando contener todos los exabruptos que pugnaban por salir por su boca. Volcó la solitaria mesa que había en el cuarto, provocando que varios cestos que reposaban encima y todo su contenido, salieran volando. No sirvió para apaciguar su rabia.

Isabel corría escaleras abajo cuando oyó un estruendo a su espalda. No se detuvo a identificar qué lo había provocado.

Se evitaron el resto del día: Calen no acudió a comer, Isabel no bajó a cenar… Y, por la noche, cuando él entró a la alcoba, ella fingió estar dormida.

El día siguiente no fue muy diferente. Sin embargo, a un observador neutral, como Lethan, no le pasó desapercibida la atracción que sentían el uno por el otro.

Evitaban hablar, sí, pero se buscaban con la mirada. Y las miradas hablaban… vaya si hablaban.

Se engañaban fingiendo no querer coincidir, pero cuando lo hacían, no podían evitar que sus manos se rozaran y que sus cuerpos, en un intento constante por esquivar al otro, chocaran.

Cuando esa mañana antes de abandonar sigiloso el dormitorio, Calen, creyéndola aún dormida, depositó un beso en su

frente, a Isabel se le alegró el alma y pensó que, por fin, ese día todo se arreglaría.

No lo vio en toda la mañana, pero acudió puntual al salón a la hora del almuerzo y su decepción fue mayúscula cuando, pese a sus muestras de acercamiento, él siguió mostrándose tan grosero y distante como los días anteriores.

Cuando se levantó para abandonar la mesa sin tan siquiera acabar el contenido del plato, Isabel le echó mano al brazo para detenerlo.

—¿Ya te vas? Ni siquiera has terminado de comer.

Para Calen la comida había sido un martirio. Las ganas de abrazarla y sincerarse habían sido más intensas que nunca. Le había costado y mucho resistir y mantenerse firme en su idea de no desvelar lo que se avecinaba y que, en pocos días, sería una realidad: su más que posible marcha al inframundo como siervo de Vadala. Ahora, esa mano posada sobre su brazo lo estaba abrasando, incendiando su, hasta hace poco, férrea voluntad. Si no conseguía apartarla pronto, la iba a convertir en cenizas.

—Tengo cosas que hacer —aseguró en un tono estudiadamente displicente—. No puedo perder más tiempo —añadió, como si estar con ella fuera la forma más absurda de malgastar la vida.

La mirada de Isabel se apagó al instante, pero no contento con eso, aún echó mano de otro ardid que ya había quedado claro que la molestaba. Tiró con brusquedad de su brazo para obligarla a ponerse en pie y la abrazó con rudeza antes de besarla de manera tosca y ordinaria. La soltó de forma tan brusca que cayó hacia atrás y aterrizó con exceso de aplomo sobre la silla.

Isabel tuvo que agarrarse al borde de la mesa para recuperar el equilibrio tras tanto zarandeo, al tiempo que se secaba con la manga los restos de saliva que Calen le había dejado por media cara. Después de semejante despliegue de ordinariez, lo vio alejarse como si nada y ella hizo lo propio y, una vez más, se encerró en la biblioteca, frustrada y enfadada a partes iguales.



Sonaron unos golpes en la puerta y pensó que era él, dispuesto a reconocer sus malos modales.

—Quiero estar sola —gritó malhumorada.

—¿Seguro? —preguntó Lethan, asomando la cabeza por la rendija de la puerta—. Te sentirás mejor si descargas tu enfado. Puedes desahogarte conmigo, soporto bastante bien los golpes.

—Perdona —se excusó Isabel, algo avergonzada de su arranque de mal genio—. Pensaba que eras otra persona.

Lethan entró y cerró la puerta.

—Ya me imagino quién —conjeturó con voz neutra—. No se lo tengas en cuenta. Le pudo el ansia por abrazarte.

—Pero ¿tú has visto qué maneras se gasta el bruto neandertal? Parecía que estaba saludando a la tabernera. En realidad, ni ella habría sido merecedora de ese derroche de vulgaridad —añadió cruzando los brazos, visiblemente irritada.

—Anda —exclamó ya a su lado, tomándole las manos y obligándola así a descruzar los brazos—, no te fijes en las formas, sino en la intención.

—Eso es lo que me preocupa, últimamente, no tengo muy claras sus intenciones —confesó bajando la mirada.

—Vamos, no puede ser tan malo —exclamó, zarandeándola con cariño.

Isabel se soltó y fue a sentarse a uno de los sillones que había junto a la ventana.

—Creo que fue un error venir.

—No digas eso —replicó, sentándose en el sillón de al lado.

—Es lo que siento. Desde que hemos llegado Calen no es el mismo. No sé cómo explicarlo. Es como si su propósito fuera convencerme de venir y ahora que lo ha conseguido hubiera perdido todo interés por mí.

—Eso no es verdad. Más bien es todo lo contrario. Cada día que pasa te necesita más y tiene más miedo a perderte.

Isabel se recostó en el respaldo y bufó, incrédula.

—Pues lo disimula muy bien.

—Créeme, es verdad.

—Permíteme que discrepe —insistió con terquedad, mientras desprendía de la manga de su chaqueta pelusas inexistentes.

Se hizo un silencio en el que los dos se concentraron en sus pensamientos. Lethan se debatía entre sincerarse con Isabel o ser leal a los deseos de Calen. Isabel, en cambio, sopesaba hasta qué punto podía desahogarse con él sin ponerlo en el compromiso de elegir bando. No quería ningún tipo de enfrentamiento entre los hermanos por su culpa, pero intuía que Lethan sabía algo que podía ayudarla a comprender mejor el comportamiento de Calen y, con ello, a reconducir su relación.

Lethan se animó a intentar influir en Isabel procurando al mismo tiempo no revelar demasiado.

Respiró hondo y se inclinó hacia delante para resultar más persuasivo.

—Escucha, debes creerme cuando te digo que mi hermano te ama. Pero debes tener un poco de paciencia, darle algo más de tiempo. Tiene la cabeza en un problema que le quita el sueño y hasta que no lo resuelva, tal vez su forma de actuar resulte un poco incomprensible a tus ojos.

Isabel dejó su pasotismo a un lado, Lethan había conseguido captar toda su atención.

—¿Qué problema es ese? ¿Los Burg?

—No, es algo más serio que eso —admitió a regañadientes.

—Por Dios, Lethan, me estás asustando. Habla claro.

—No puedo —respondió levantándose para poner distancia—. Se lo prometí —afirmó, como si eso fuera justificación suficiente—. Debes tener paciencia. Seguramente, él te lo contará en unos días —añadió con rotundidad, dando el tema por zanjado.

Isabel no insistió y él respiró aliviado. Por un momento había temido que le exigiera una explicación. Se sintió orgulloso de cómo había controlado la situación de peligro. A veces había que mostrar un poco de carácter y mano dura, pensó. Como tampoco quería que Isabel se sintiera mal, se acuclilló ante ella para, en caso necesario, suavizar su afirmación.

La miró a los ojos y no vio el más mínimo atisbo de capitulación. Al contrario. Le asustó la firmeza con la que lo miraba y se amedrentó aún más cuando, con voz muy calmada, la escuchó decir:

—Si no empiezas a hablar ahora mismo, me levanto, pronuncio la mierda esa de conjuro y en menos de cinco minutos estaré descongelando una deliciosa pizza en mi flamante horno y quince minutos más tarde, estaré degustándola bien repanchingada en el cómodo sofá de mi salón mientras disfruto de una película extremadamente romántica en mi televisión.

—No puedes hacer eso —se quejó Lethan, sin saber cómo se había metido en ese lío.

—Ponme a prueba —replicó ella, igual de firme y calmada.

Lethan se alejó a paso rápido hasta la puerta y regresó soliviantado.

—Vamos a tranquilizarnos y a dejar las cosas como están, ¿de acuerdo? Todo se aclarará y se arreglará si dejamos que las cosas sigan su curso.

—No estoy de acuerdo. Si no me das una explicación, esto se acaba aquí y ahora.

—Joder, Isabel, no me hagas esto —exclamó alterado.

—Lo siento, necesito saber cuál es ese problema tan serio que tiene Calen.

Lethan hundió los dedos de ambas manos entre sus cabellos y los entrelazó a la altura de la nuca.

—Mierda, esto me pasa por intentar ayudar y meterme donde no me llaman —exclamó malhumorado, más para sí que para que lo escuchara nadie.

Isabel le concedió un poco de tiempo. Entendía su disyuntiva, pero no iba a permitir que le siguiera ocultando eso tan importante que él sabía y ella ignoraba.

Lethan continuó con su ir y venir. Iba hasta la puerta, se asomaba para comprobar que no había nadie cerca y, otra vez, emprendía la marcha en sentido contrario. Lo repitió varias veces y a Isabel le pareció que había entrado en bucle y que necesitaba un empujoncito para que se le soltara la lengua.

—Está bien, como quieras —afirmó al tiempo que se levantaba y echaba a andar.

Lethan se interpuso en su camio para detenerla.

—Vale, tú ganas —cedió, visiblemente frustrado—. Te lo contaré, pero no ahora. No aquí. Alguien podría escucharnos.

Lethan volvió a mirar hacia la puerta, y tras unos segundos en silencio, añadió:

—Mañana vístete con ropa cómoda para montar y baja al patio. Te estaré esperando.

No dio tiempo a réplicas. Huyó antes de que Isabel volviera a acorralarlo.

Ella no tenía intención de insistir. Estaba segura de que no era ninguna treta y si tan serio y secreto era lo que tenía que decirle, mejor fuera de los muros, lejos de oídos amigos de saber. Volvió a sentarse y empezó a hacer cábalas de qué podía ser lo que Lethan iba a revelarle.

Tan abstraída estaba en sus elucubraciones que perdió la noción del tiempo y, si no llega a ser porque, por orden de Calen, una de las sirvientas vino a buscarla, se habría saltado la cena.



El hueco de Calen en la cama ya estaba frío cuando Isabel se despertó. Casi fue un alivio. Sin él merodeando por la habitación, no tendría que inventar excusas para justificar su cita con Lethan.

Le extrañó que hubiera tanto movimiento en el castillo, aunque lo cierto era que, desde su llegada, nunca había bajado a esas horas a la planta baja. Desconocía si era o no habitual.

Supo que algo inusual pasaba cuando salió al patio y la actividad todavía era más frenética. Se sumergió en la maraña de gente con la intención de localizar a alguno de los hermanos para que le explicaran qué sucedía.

Tras recibir un empujón inesperado cayó justo delante de un jamelgo que a punto estuvo de patearla. Si no ocurrió, fue gracias a los buenos reflejos de Lethan que se percató del peligro que corría y la apartó de inmediato.

—¿Estás bien?

—Sí. ¡Qué susto! —exclamó sacudiendo la tierra de su vestido —. ¿Qué ocurre?

—Los Burg —respondió, como toda explicación.

—¿Otra vez?

—Son cortos de entendederas —respondió Lethan con resignación—. Les cuesta coger el concepto.

Isabel apretó los labios contrariada.

—Supongo que habrá que posponer nuestra conversación.

—Supones bien —respondió él, al tiempo que se cercioraba de que Calen no estuviera cerca.

—No te habrás confabulado con los Burg para que te proporcionen una excusa y no tener que hablar conmigo, ¿verdad? —bromeó Isabel, con fingido enfado.

Pese al nerviosismo que se respiraba a su alrededor, su comentario consiguió relajarlo e incluso lo hizo sonreír.

—Me has pillado —respondió siguiéndole la broma.

Tras otro leve vistazo, afirmó señalando con el dedo a un punto entre la multitud:

—Voy a seguir con los preparativos, tu halcón particular se acerca.

Isabel se giró y vio venir a Calen. Sujetó a Lethan del brazo para no dejarlo marchar.

—Ten cuidado, ¿vale?

Lethan la miró a los ojos y aseveró con su dedo índice apuntando a la nariz de Isabel.

—No finjas que te preocupas por mí, solo quieres que vuelva de una pieza para interrogarme.

—Me has pillado —afirmó ella, levantando las palmas de la mano a la altura de la cara.

Se miraron, sonrieron y Lethan depositó un cariñoso beso en su frente antes de alejarse en dirección opuesta a la que venía su hermano.

Calen había sido testigo del percance que había sufrido Isabel, pero, para su desesperación, estaba demasiado lejos para impedirlo. Por suerte, su hermano había evitado el desastre.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado, sujetando a Isabel por la cintura con ambas manos—. Te vi salir y, justo cuando te iba a hacer una seña, te engulló la multitud.

—Sí, sí, no te preocupes —afirmó, restándole importancia—. Así que los Burg han vuelto a liarla. ¿Qué ha sido esta vez?

—Han destrozado dos graneros y prendido varios campos, y cuando los granjeros han intentado sofocar el fuego, han arremetido contra ellos a golpes.

—No se puede decir que haya durado mucho la tranquilidad.

—Supongo que ha sido cosa del menor de los Burg. Seguro que sus hermanos ni se han enterado. Pero si ellos no son capaces de meterlo en vereda, lo haré yo —concluyó con energía.

Isabel se quedó callada, observándolo. Calen se dio cuenta de la profundidad con la que lo estaba examinado.

—¿Qué ocurre?

Isabel bajó la mirada y parpadeó como si así pudiera cerrar el acceso a sus recuerdos.

—Nada —respondió nostálgica, encogiéndose de hombros—. Te miro y veo a un intrépido guerrero. Me preguntaba dónde se ha escondido el hombre que conocí en la universidad. Esa persona apacible que iba a buscarme al trabajo todas las tardes, con quien igual podía salir a la terraza de mi piso para contemplar en silencio las estrellas durante horas, que pasar una tarde entera recostados en el sofá hablando sin parar, sin que en ningún momento nos faltara tema de conversación.

Calen se acercó para apoyar su frente en la de Isabel.

—Está aquí —contestó tras una leve pausa, sin separarse—. Ahora está un poco preocupado intentando resolver un problema, pero te prometo que, si todo sale bien, muy pronto estará a tu lado y no volverá a ocultarse.

A Isabel le pareció que el problema al que se refería no eran los Burg. Por primera vez parecía dispuesto a reconocer que había algo más que lo preocupaba hasta tal punto que le había hecho modificar su comportamiento.

—¿Tiene un problema? —inquirió Isabel utilizando la tercera persona para referirse a él— y, ¿crees que si yo conociera ese problema podría ayudar a solucionarlo?

Calen se separó y la miró a los ojos. Lo hizo durante varios segundos, tantos, que creyó que no tenía intención de responder.

—Sí, muy posiblemente, podrías —admitió tras lo que pareció una eternidad.

Isabel exhaló despacio todo el aire que había retenido en sus pulmones.

—Bueno, entonces, tal vez debería contármelo.

—Tal vez —respondió, esta vez de forma inmediata.

Isabel supo que, por el momento, debería darse por satisfecha con esa respuesta. Era mucho más de lo que había imaginado conseguir cuando se levantó esa mañana.

Calen tuvo ganas de rodearla por la cintura y pegarla a su torso. Quiso devorar con ansia su boca, pero se contuvo. El día anterior un beso muy similar al que ahora tenía en mente, había desencadenado la última de sus disputas. No correría el riesgo de volver a enojarla. Depositó un corto y casto beso en sus labios y se alejó hacia su caballo. Ya todos esperaban su orden para ponerse en marcha.

Isabel permaneció en el patio hasta que el numeroso grupo se ocultó tras la línea del horizonte. Le hubiera gustado una despedida algo más efusiva por parte de Calen, pero se conformó con su beso, rezando porque a la vuelta le recompensara su paciencia con una larga charla en la que la pusiera al corriente de eso tan grave que ocurría.



¿Acompañamos a Isabel al patio para despedir a Calen?

Fíjate, están tan ensimismados el uno en el otro que no son conscientes de toda la gente y actividad que tienen a su alrededor.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

Se echó la noche encima y nadie regresó. Y el día siguiente, pasó de nuevo sin noticias. Ni buenas ni malas. La gente del castillo siguió con sus rutinas, sin mostrar la más mínima preocupación. Allí nadie parecía barajar la posibilidad de que, en el enfrentamiento, tal vez alguno pudiera morir. Isabel era la única que no dejaba de darle vueltas a esa posibilidad. Estaba atacada de los nervios y asombrada por esa templanza que mostraban todos los demás. Se preguntó cuántas veces tendría que pasar por una situación similar para llegar a acostumbrarse y vivirlo como algo rutinario. No pudo engañarse. Estaba aterrada. Nunca podría ver aquello como algo normal.

Había pasado gran parte de la mañana asomada entre las almenas, haciendo guardia como un vigía más, dispuesta a echar a correr escaleras abajo en cuanto los viera aparecer. Pero no ocurrió.

Alargó la sobremesa, con la esperanza de escucharlos regresar, pero se dio por vencida y acabó subiendo a la alcoba. Egoístamente, no podía dejar de pensar en la posibilidad de que hubiera podido pasarles algo. Había sido una inconsciente lanzándose a semejante locura sin sopesar con calma todas las eventualidades que podían surgir en el transcurso de su aventura. ¿Y si en esta o en cualquier otra de sus «divertidas salidas» morían?

¿En qué lugar la dejaría eso a ella? Evidentemente, eso supondría su regreso inmediato a Salamanca. Otra alarma saltó en su cabeza. ¿Y si su regreso a su tiempo estaba supeditado a regresar los tres juntos? ¿Y si no podía regresar sin ellos y se quedaba sola, prisionera en un tiempo que no era el suyo? ¿Cuán preciso había sido el conjuro? No recordaba si había especificado algo así en el texto que habían elaborado.

Rebuscó entre sus pertenencias el folio en el que lo habían anotado, pero no lo encontró. Entonces recordó que, cuando llegaron al castillo, después de buscar un nuevo escondite para el retal de tela, Calen había mostrado su preocupación por que alguien pudiera descubrir la nota y le sorprendiera aquel papel tan fino y delicado, tan diferente al que se utilizaba allí. Los tres estuvieron de acuerdo en que, por si acaso, lo ocultara en un lugar seguro, fuera del alcance de ojos y manos indiscretas.

Basándose en todas las películas de misterio que había visto a lo largo de los años, hizo una lista mental de los posibles escondites. A continuación, decidió bajar a la biblioteca y empezar a buscar por ahí.

Registró concienzudamente la mesa, tratando de descubrir algún cajón oculto. Examinó con meticulosidad las piedras de la chimenea por si había alguna suelta tras la que se pudiera camuflar una oquedad secreta. Intentando localizar paneles falsos, revisó las estanterías y golpeó cada palmo de pared.

Durante más de una hora escudriñó sin éxito en los lugares más absurdos e insospechados. Todavía no se iba a dar por vencida. Se asomó al gran salón para echar un vistazo general. No le pareció la habitación ideal para esconderlo. A excepción de la larga mesa, las sillas, bancos y taburetes repartidos por la estancia, pocos escondites más quedaban. El mobiliario era escaso. Además, tenía el inconveniente de que era una sala abierta y transitada. Todo el personal del castillo, fuera a donde fuera, estaba acostumbrado a atravesarla si con ello acortaba camino. Podían sorprenderla husmeando en cualquier momento. Decidió que sería su última opción y se dirigió a la alcoba.

Tras más de otra hora de búsqueda, tuvo que reconocer que en un lugar tan grande como era el castillo, encontrar una hoja de papel podía resultar una misión imposible. ¡A saber dónde la habría guardado!

Abatida se dejó caer sobre la cama. Más le valía que no llegara a necesitar el dichoso conjuro, pensó. Entonces lo vio, plegado y escondido en uno de los ingletes que unían los travesaños de madera que sostenían las cortinas de la cama. Buen escondite. El folio solo se veía si te tumbabas sobre la cama, por lo que solo uno de ellos dos podría descubrirlo.

Isabel releyó el conjuro varias veces y no tuvo claro que su vuelta no estuviera vinculada a la de los hermanos. Soltó algunos improperios e ironizó prometiéndose a sí misma que la próxima vez que elaborara el texto de un conjuro, sería mucho más precisa. Bufó. «¡Cómo si fuera a haber más veces! ¡Ni loca!», afirmó rotunda en voz alta.

Respiró hondo y decidió dar el tema por zanjado. Se había pasado el día elucubrando y haciendo suposiciones, la mayoría posiblemente absurdas, que solo la habían llevado a una escalada de histeria, que le había provocado un tremendo dolor de cabeza. «¡Lo que tenga que ser, será!» sentenció de nuevo en voz alta.

Un escalofrío la obligó a aparcar definitivamente el tema. Se acercó a la ventana para correr el tapiz que hacía las veces de cortinaje, intentando eliminar la posible corriente de aire. Antes de hacerlo, dedicó un instante a mirar al horizonte. La ventana estaba orientada hacia el oeste. Desde ella se podía disfrutar de un hermoso bosque de encinas que cubría dos lomas cercanas, entre las cuales, se estaba ocultando el sol. Otro día sin noticias de Calen, pensó. Antes de que, otra vez, el pánico ganara terreno, abrió la puerta y puso rumbo al salón. Seguro que encontraría a alguien con quien mantener una mínima conversación para que su cabeza estuviera ocupada.

De nuevo, una corriente de aire frío la hizo arrebujarse en su capa con más esmero. El corredor disponía de varios ventanales que le proporcionaban mucha luz, pero a la contra, orientados al norte como estaban, lo convertían en un congelador. Estaba convencida de

que nunca se acostumbraría a esas corrientes de aire continuas. Aceleró el paso, dispuesta a pasar el mal trago lo más rápido posible.

Cuando pasaba por delante de la última abertura, de forma instintiva desvió la mirada hacia el exterior al detectar por el rabillo del ojo, movimiento en el patio. A su cerebro le costó unas milésimas de segundo procesar la imagen, tiempo suficiente para que tuviera que dar marcha atrás y desandar un par de metros. No había nadie en el patio a excepción de varios caballos que parecían estar esperando que los ubicaran en su habitáculo correspondiente en el establo.

En efecto, dos muchachos de no más de doce años, salieron de las cuadras y tomaron las riendas de sendos caballos para conducirlos al interior del establo, en medio de una animada conversación.

¡Habían regresado!

Isabel echó a correr escaleras abajo. Lo encontró en el salón. Calen estaba sentado con todos sus hombres alrededor. Hablaban a voces. Presumían y fanfarroneaban sobre lo fácil que había sido doblegar a los Burg. Ella pensó que muy fácil no habría sido cuando les había costado casi tres días, pero, en fin, tampoco se iba a poner tiquismiquis.

Uno de los hombres soltó otra mofa y Calen fue de los primeros en reír a carcajadas, al tiempo que golpeaba repetidamente con la mano derecha sobre la mesa a modo de aplauso. Entonces fue cuando Isabel se fijó en la herida tan fea que tenía en el antebrazo izquierdo y que lo obligaba a mantener la mano inerte, apoyada sobre el muslo. La estampa le pareció de lo más surrealista. Riendo y bromeando mientras se desangraba. ¡Increíble!

Se abrió paso entre los hombres para expresar en voz alta, algo obvio que parecía haber pasado desapercibido para todos.

—¡Calen! ¡Estás herido!

—¡Mo gharàdh! —exclamó sonriente, al tiempo que la sujetaba de la muñeca y tiraba hacia él para sentarla en su regazo —. Ven, bebe conmigo —invitó, ofreciéndole su propia jarra de cerveza.

—¡No! —respondió levantándose de inmediato como si el muslo de Calen le hubiera escaldado—. Hay que curar esa herida ya.

—Eso puede esperar —replicó contrariado—. Ven —insistió, haciendo un ademán con la mano sana para que volviera a su lado —, celebra el éxito con nosotros.

Isabel frunció el ceño. No daba crédito. El trozo de tela que llevaba anudado a modo de improvisado torniquete, estaba empapado de sangre, al igual que la manga de su chaqueta. ¿En serio iba a seguir bebiendo con sus amigotes mientras se desangraba?

—Debes curarla cuanto antes —dictaminó con los brazos en jarra—. Puede infectarse.

Calen la miró sin poder ocultar su enfado. En su expresión ya no había ni pizca de diversión. La cháchara y las risas habían cesado. Ahora todos estaban pendientes de su conversación.

—Hay que curarla ya —insistió empecinada—. Es urgente.

—Esto lo es más.

—¡Ah, genial! —exclamó fingiendo un entusiasmo que no sentía—. Pues nada, sigue haciéndote el machote, aquí, con tus colegas. Yo no pienso quedarme a ver cómo te desangras — sentenció cruzando los brazos.

Fue consciente de que, al contestar, había olvidado que no estaban solos. Tal vez, no debería haberle respondido así delante de sus hombres, pero estaba agotada y sus palabras se habían saltado todos los filtros. Había pasado el día en un puro sinvivir, muerta de miedo, esperando lo peor. Ahora, además de cansada, estaba aterrada. No entendía nada de medicina, pero aquella herida, a sus ojos, tenía muy mal aspecto. El tajo tenía por lo menos diez centímetros de largo. No se atrevió a mirar con el detenimiento necesario por miedo a marearse, pero estaba segura de que, con lo profundo que era, si el hueso no había quedado a la vista, le faltaba poco. Y sí, Calen ya le había explicado hasta la saciedad lo importante que era «celebrar las victorias» para elevar el ánimo colectivo, pero, por Dios, preservar la vida lo era más. ¿Es que nadie en aquel salón se daba cuenta de esa obviedad?

Aunque estaba deseando darse la vuelta y salir de allí, no lo hizo. Quiso darle una última oportunidad para que abandonara esa estúpida bravuconería. Lo vio coger la jarra de cerveza y echar un largo trago. Por un segundo le pareció que iba a entrar en razón. Pero entonces, levantó la mirada y con una media sonrisa llena de prepotencia, afirmó:

—Si no piensas unirte a la fiesta, vete a lloriquear a la cocina con el resto de las mujeres y déjame disfrutar tranquilo.

Hubo un momento en que Calen sí que pensó que iba a echarse a llorar y tentado estuvo de levantarse y abrazarla con su único brazo sano. Isabel no parecía comprender que, para mantener su nivel de liderazgo, tan importante como salir vencedor de una refriega, era parecerlo. Ya lo habían hablado en más de una ocasión, pero seguía sin entender la importancia de esas «puestas en escena posteriores». Sus hombres tenían que ser conscientes de que seguían a un jefe fuerte al que no era fácil doblegar. Y si eso requería aplazar la cura un poco más, aunque estuviera sintiendo como si cien ratas mordisquearan a la vez su antebrazo, lo haría.

Más tarde, con calma, se lo haría entender a Isabel. Ahora debía ser firme. No podía permitir mostrarse débil ni condescendiente con ella delante de todos.

La vio cerrar los ojos y aspirar muy hondo para llenar al máximo sus pulmones para, acto seguido, exhalar con calma. Cuando volvió a abrirlos, su mirada se había vaciado de toda la frustración y la rabia contenida que lucía segundos antes. Ahora lo observaba como si, en ese breve instante, hubiera pasado a ser un caso perdido. Un desahuciado. No pronunció ni un solo vocablo más. Recogió levemente su falda y con un porte digno de una reina, se dio la media vuelta y abandonó el salón. Los demás lo interpretaron como un triunfo por parte de su líder. A él, aquel último silencio, le dolió más que si lo hubiera abofeteado en público. Y, aunque lo intentó, no resistió el impulso de levantarse y salir tras ella. Tenía que hacerle entender que no podía hablarle así delante de todos.

Lethan, desde su posición al fondo del salón, había sido testigo de la discusión. Estuvo a punto de abordarla cuando pasó por su lado, pero se contuvo. Isabel necesitaba unos minutos de

soledad. Cuando vio que su hermano se levantaba y pretendía salir tras ella, se interpuso en su camino para interceptarlo e impedirlo, pero Calen lo esquivó y salió del salón. Lethan lo siguió y lo sujetó por el brazo para detenerlo. Calen pegó un tirón intentando zafarse, pero no lo consiguió.

—Hermano, es mejor que la dejes sola unos minutos.

Calen se detuvo. Miró la mano que lo sujetaba y fue ascendiendo la mirada, muy despacio, hasta fijarla en la cara de su hermano pequeño. Y, desde luego, si las miradas matasen, Lethan habría caído fulminado. El menor de los Callaghan no se achicó.

—Recuerda que esto es nuevo para ella —intentó justificar—. Está tratando de adaptarse, pero algunos de nuestros comportamientos —añadió bajando la voz—, para alguien que no es de aquí, puede que no resulten muy lógicos. Hazme caso —insistió —. No es buena idea que la abordes ahora. Solo la harás enfadar más.

—Suéltame. No te entrometas —ordenó Calen, con los dientes apretados.

—Lo vas a estropear más todavía. Ambos necesitáis unos minutos para tranquilizaros y poder hablar con calma. Ella no entiende…

—Exacto, ella no entiende y yo voy a dejárselo bien claro.

Cuando Lethan volvió a interponerse en su camino Calen afirmó, irritado:

—¡Maldita sea! Te estás convirtiendo en un problema.

Lethan le mantuvo la mirada. La tensión entre ambos era palpable. El silencio se alargó hasta rozar los límites de la incomodidad.

—Tienes un problema, pero no soy yo —sentenció Lethan, molesto por la obstinación de su hermano y, ya, igual de enfadado que él.

Sin más, se apartó y regresó al salón. Lo había intentado, no podía hacer más. En los días posteriores, se arrepentiría de no haberlo intentado con más ahínco.



La alcanzó en el corredor que conducía a la alcoba. Cuando se dio cuenta de que la había seguido, echó a correr e intentó atrancar la puerta antes de que él llegara. Forcejearon. Isabel llevaba las de perder y, al segundo empujón de Calen, la puerta se abrió de par en par. Pegó con tanta fuerza en la pared que retrocedió y la golpeó en el brazo.

—Vete, quiero estar sola —gritó, masajeando la zona dolorida.

—Entre estos muros no hay ningún lugar vetado para mí —advirtió él, con el dedo en alto—. No vuelvas a intentar prohibirme el paso a mi alcoba.

Isabel aún pensaba una réplica a la altura cuando él la increpó de nuevo:

—¿Cuántas veces voy a tener que explicarte que eso que estaba haciendo en el salón es tan importante como lo conseguido ahí afuera hace unas horas?

—Pues no sé —respondió ella a pleno pulmón—, supongo que las mismas que yo tendré que insistir en que curar una herida, para que no mueras desangrado, es más importante que reforzar cualquier hazaña que hayas podido llevar a cabo ahí fuera.

Si la situación no fuera tan tensa, habría sido hasta cómico verlos a ambos en la misma postura, sujetándose el brazo herido con la mano contraria, furiosos y jadeando como toros de lidia.

—¡Estoy muy, pero que muy harta! —afirmó sin disminuir el volumen de su voz—. Esto ni son vacaciones ni son nada. ¿No te das cuenta de que cada vez que cruzas esa puerta no sé si volverás o me quedaré sola en este maldito siglo? —recriminó, intentando que entendiera cómo se sentía—. Me paso el día sola, preocupada y aburrida. Que casi es mejor —añadió con sorna—, porque cuando te dignas a aparecer me ignoras, me regañas o me degradas.

—Yo no hago nada de eso —negó Calen, en un tono extremadamente bajo que contrastaba con el de Isabel.

—Por supuesto que lo haces, constantemente.

—Tengo mil frentes abiertos. Haga lo que haga tú siempre me exiges más.

Isabel lo miró desconcertada.

—No te reconozco —murmuró—. Desde que hemos llegado aquí, no te reconozco.

—Soy el mismo —afirmó sin poder disimular su desesperación—. Lo que ocurre es que tú pretendes que estemos en una fiesta constante y eso no puede ser. Tengo obligaciones. Soy el laird.

—¡Oh, sí! Tranquilo, lo sé. No dejas que lo olvide. El poderoso y *súpermegafashion* laird —añadió en un tono cargado de reproche.

—¡Cuidado, mide tus palabras!

—¿O qué?

Se desafiaron con la mirada. Se palpaba en el aire que el nivel de la discusión estaba en *crescendo* y que era cuestión de poco tiempo que cualquiera de los dos dijera algo que no sentía y de lo que se arrepentiría un segundo más tarde.

Isabel estaba fuera de sí. Acababa de decir que no reconocía a Calen, aunque, si era justa, tampoco se reconocía a sí misma. Había pasado el día aterrada con la idea de que él no volviera y ahora que lo tenía delante, solo deseaba que la abrazara. Pero, en lugar de hacer lo posible porque eso ocurriera, con su actitud y sus palabras, se estaba asegurando de dinamitar lo poco que quedaba de esa relación.

Calen se debatía entre tumbarla sobre sus muslos y darle unos buenos azotes o sentarla sobre ellos y comérsela a besos. No hizo ni lo uno ni lo otro.

—¡Maldita mujer! —exclamó, caminando hacia la puerta—. ¡Me vas a volver loco! No sé qué quieres de mí.

Se detuvo y volvió sobre sus pasos para intentar hacerla entrar en razón una vez más.

—¡Debes aprender a comportarte! —ordenó.

—¿Yo soy la que debo aprender a comportarme? ¡Lo que me faltaba! —exclamó sulfurada de nuevo.

—¡Aggg! Esto es exasperante —afirmó Calen, mirando al techo desesperado—. De verdad que no te entiendo. ¡No sé qué

quieres que haga! ¿Dime qué quieres que haga, dime qué quieres hacer? —exigió, acercándose hasta casi rozarla.

Isabel tomó aire un par de veces y lo soltó de forma abrupta. Le hervía la sangre. Las palabras de Calen la estaban haciendo daño y quiso que su respuesta también se lo hiciera a él.

—¿De verdad te interesa saber qué quiero? Pues te lo voy a decir. En este momento, lo único que quiero es volver a mi casa, sentarme en mi cómodo sillón, y degustar una Coca-Cola bien fría, sola, sin nadie a mi lado que me dé la murga.



AÑO 2025

Notó un ligero vahído y buscó un asidero al que agarrarse . Se quedó sin aliento cuando reconoció el tacto de la pared estucada de su salón. Se tapó la boca con la mano y dejó que su espalda resbalara por la pared hasta acabar sentada en el suelo.

Sintió que le faltaba el aire y empezó a jadear muy asustada. ¿Y Calen? ¿Dónde estaba Calen? Esperó. Esperó negándose a creer que no fuera a seguirla. Esperó, pero pasaron los minutos y tras casi media hora, se convenció de que era en vano. Entonces, se levantó y secó con rabia los restos de las últimas lágrimas e intentó pensar con claridad. Creyó que recorrer el pasillo adelante y atrás, le ayudaría a ordenar las ideas, pero no sirvió de mucho. Su mente era un torbellino de ira, enojo, irritación, impotencia…

—¡Estúpido! —gritó furiosa, fuera de sí— ¿Es que no piensas venir a buscarme?

Su voz rebotó en las paredes, sin más respuesta que el silencio. Y de nuevo, como había hecho nada más regresar, apoyó la espalda en la pared y se dejó caer hasta sentarse en el suelo. Y lloró. Lloró desconsolada, incapaz de pensar o razonar. Solo lloró.

—¡Maldita y traicionera Vadala! —gritó, en pleno acceso de ira—. Yo no quería —exclamó entre sollozos—. Yo no quería —repitió una y otra vez, hasta convertir la frase en una especie de susurrante letanía mística.

Tenía la mente tan embotada que todavía no había caído en la cuenta de que, aunque Calen hubiera querido venir a buscarla, le habría sido imposible. Ella había pronunciado el conjuro y lo había dado por finalizado. Calen no podía intervenir en el proceso y tampoco iniciar un nuevo viaje, mientras estuviera pendiente la resolución de su primera petición a Vadala.



La sensación de frío, la despertó. Estaba tumbada sobre el suelo del pasillo, hecha un ovillo. Se sentó y apartó los mechones de cabello de la cara. Se frotó las mejillas y se incorporó. Al pasar por la puerta de la cocina, de camino al baño, echó un vistazo al reloj. Las dos de la mañana. Llevaba tirada en el suelo… no tuvo fuerzas para calcular cuántas horas.

La imagen que le devolvió el espejo del baño era la de una persona triste y agotada, que coincidía a la perfección con su estado de ánimo.

Se acostó sobre la cama hecha un ovillo de nuevo. Sentía los músculos como si fueran de mantequilla. Necesitaba descansar. Mañana seguro que pensaría con más claridad y se le ocurriría algo para solucionar el problema.

A la mañana siguiente la mente seguía colapsada como el día anterior. No podía creer que hubiera sido tan estúpida como para pronunciar las palabras que la traerían de vuelta. Y, lo peor, aún no sabía cómo revertir esa situación.

Al fin, la neblina en la que había estado sumida durante las últimas horas empezó a disiparse, y comprendió que poco importaba que Calen quisiera venir tras ella o no. El problema no estaba en querer, sino en poder. Y él no podía. Ahora lo veía claro.

Pasó los dos días siguientes recordando conversaciones, reviviendo situaciones, intentando extraer cualquier gramo de información, por nimia que pudiera parecer. Y llegó a la conclusión de que quizá Calen no le hubiera dicho con palabras que la quería, pero se lo había demostrado con creces con sus actos, lo que era más importante. Aun así, no podía sacudirse la sensación de que le

había ocultado algo de manera deliberada. Algo fundamental. Y desde que había llegado a esa deducción, saber qué y por qué, se había convertido en una necesidad imperiosa.

Revisar los efectos personales que los hermanos habían traído de la pensión le pareció un punto de partida tan bueno como cualquier otro.

Extendió todo sobre la cama y lo ordenó por montones. El de la ropa y enseres de aseo regresó de inmediato a la mochila. Abrió la cajita, ahora vacía, que Calen había comprado para guardar el retal y la acarició con cierta nostalgia. Casi se perdió en los recuerdos que le evocaba. La cerró y la apartó de su vista. No estaba para distracciones. Apostó todo a una carta. Devolvió todas las pertenencias al interior de la mochila, todas menos una libreta. Regresó al salón y retiró el jarrón de flores secas que ocupaba el lugar de honor en el centro de la mesa. De uno de los cajones de la librería, sacó un fajo de folios en blanco y un bolígrafo y se sentó dispuesta a no dejar una línea sin leer.

La frustración no tardó en llegar. Mientras duró el hechizo ella había podido hablar y comprender su lengua, y ellos también la suya sin problema. Ahora, en cambio, aquellas notas garabateadas eran un galimatías imposible de entender.

Apoyó los codos en la mesa y se presionó las sienes con ambas manos. Había creído que en un par de horas tendría todo pasado a limpio, pero aquello le iba a llevar más tiempo de lo que pensaba. Cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Hacía tiempo que no hacía traducciones y estaba un poco oxidada, por suerte, ahora contaba con las nuevas tecnologías para que le echaran una mano. Se levantó y regresó con su portátil debajo del brazo. Lo encendió y se puso manos a la obra.



Se despertó con un dolor intenso en el cuello. Se había quedado dormida encima del ordenador. Giró el cuello en círculos, intentando que la tensión acumulada en esa zona remitiera. Se llevó las manos a los riñones y arqueó la espalda hacia atrás. Estiró las extremidades

con la intención de desentumecerse, pero solo consiguió que le diera un tirón en la pierna. Al segundo bostezo ya fue consciente de lo improductiva que había sido la noche y escenificó su derrota dejando caer la cabeza hacia delante hasta posar la frente sobre el teclado.

No había sido capaz de traducir más que alguna palabra suelta. Ambos hermanos se habían ido turnando sin seguir ninguna lógica ni orden para escribir. Para cuando comenzaba a acostumbrarse a los trazos del uno, intervenía el otro y tenía que volver a familiarizarse con su caligrafía. Y si algo tenían en común la letra de ambos era que resultaban ilegibles.

Decidió vaciar toda su frustración por el sumidero de la ducha y de regreso al salón, se detuvo para agasajar a un estómago cruel e injustamente maltratado durante los últimos días. Seguía con la mente algo embotada, pero, aun así, reanudó la tarea. A la desesperada, decidió probar con otro método. De perdidos al río, se dijo a sí misma. Hizo una foto a una de las páginas y una de sus aplicaciones habituales de inteligencia artificial. Para su asombro, a la IA se le dio bastante mejor que a ella interpretarla y buscar similitudes con el alfabeto gaélico-escocés.

Seguía habiendo lagunas, pero la tecnología consiguió descifrar algunas palabras clave por las que se podían deducir las anteriores y posteriores con un margen de error relativamente pequeño. Para media tarde, había conseguido traducir la mayor parte de las notas. Pero la satisfacción por los resultados obtenidos quedó sepultada bajo la desazón.

Si no había interpretado mal los trazos, y no lo creía porque lo había cotejado varias veces, si la mujer que Calen elegía como compañera lo rechazaba, él moriría. Peor aún: debería acompañar a Vadala al inframundo, fuera lo que fuese eso.

Calen le había omitido esa parte del relato. Sospechaba que no había sido un olvido, sino que lo había hecho con toda intención. Eso debía de ser lo que Lethan iba a compartir con ella aquella fatídica mañana en la que todo se fue al traste por los insufribles Burg.

Cuando fue consciente de las consecuencias de su abrupto regreso al presente, su esófago empezó a trabajar como el tubito de

las cafeteras italianas por donde el agua asciende a presión al hervir, solo que en Isabel lo que trepaba con la misma fuerza y rapidez eran la rabia y la frustración.

—No, no, no… —exclamó, hundiendo sus dedos en el cabello, cerrando el puño y tirando con fuerza de los mechones atrapados— ¡Qué he hecho, por Dios! —se lamentó desesperada.

Cerró la tapa del ordenador con brío y se tapó la cara con las manos, mientras repetía una y otra vez, consumida por la culpa.

—No puede ser, no puede ser…

Fue tal su desesperación que, sin mediar reflexión alguna, hizo la petición a Vadala para que la regresara al pasado. La gritó, la ordenó, la suplicó…

Golpeó la mesa rabiosa con ambos puños. Luego se llevó el derecho a la boca e hincó los dientes en el dedo índice exasperada, sin saber qué más podía hacer.

Secó con rabia una lágrima que pretendía escapar mejilla abajo. Miró al techo y respiró hondo, intentando serenarse y, al momento, se le ocurrió otra cosa. Bordeó la mesa y se sentó ante el ordenador de nuevo. Parecía que, sin el retal, el conjuro no iba a funcionar, pero tal vez podía sustituirlo por otra cosa.

Volvió a recurrir a su colaboradora, la IA, esta vez para que le localizara lugares con energías paranormales. Nunca había creído en esas pamplinadas, pero eso era en esa vida antes de Calen. Una vida que ahora le parecía muy lejana. En esta nueva vida, estaba dispuesta a probarlo todo antes de rendirse.

Su «nueva amiga» no tardó en ofrecerle varias alternativas. Leyó las opciones de carrerilla: El Tranco del Diablo, demasiado lejos. El Pozo de los Humos, una ruta de senderismo de aproximadamente una hora u hora y media. Descartada, no estaba para caminatas ni largos desplazamientos. Volvió a interpelar a la IA y, esta vez, acotó drásticamente los términos de búsqueda: solo lugares dentro del casco urbano. La lista se redujo a dos opciones. El altar esotérico del Tormes, según la IA, un altar improvisado y contemporáneo cerca de la Peña Celestina que Isabel no consideró una opción real en ningún momento. Y la Cueva de Salamanca: la cripta bajo la iglesia de San Cebrián, un lugar, según la leyenda, en

el que el Diablo enseñaba artes ocultas a grupos de siete alumnos. De cada grupo, uno quedaba a su servicio para siempre. La similitud con el trato que Calen había hecho con Vadala le pareció una señal. Tendría que servir, no había tiempo para un estudio más pormenorizado.

Cogió las llaves y salió a la carrera.



Las posibilidades de que funcionara eran escasas, pero fue duro tener que reconocer que todo el esfuerzo había sido inútil.

Entró en casa dos horas más tarde, con paso lento y la mirada vacía de un autómata. De camino a la habitación, dejó que el bolso resbalara por su brazo y cayera al suelo, y la cazadora acabó en el mismo lugar. Al pie de la cama, se descalzó ayudándose con los talones y se dejó caer sobre la cama. Se abrazó a la almohada, se hizo un ovillo y allí permaneció durante más de treinta horas. A ratos, dormitando y, otros, llorando desconsolada, como si hubiera enviudado. Y, si había que ser objetivos, eso era exactamente lo que era: una viuda, puesto que su gran amor llevaba más de setecientos años muerto.



Despertó desorientada sin saber si era de día o de noche. Tampoco le importaba demasiado. Se giró y volvió a arrebujarse bajo la manta, dispuesta a dejarse arrastrar por Morfeo de nuevo. Pero parecía que su esquivo amigo no tenía intención de regresar. Bufó de forma lastimera. Últimamente nadie parecía querer hacerlo. Nadie parecía querer regresar a su lado, se lamentó.

Daba igual. Dormida o despierta, decidió en ese mismo instante que no volvería a abandonar la cama. Nada tenía ya sentido si Calen no estaba con ella.

Ese pensamiento le hizo alargar la mano en un intento de encontrar su cuerpo junto al suyo.

Era curioso, siempre le había gustado tumbarse en medio de la cama y, sin embargo, desde que había regresado, a pesar de ser la única ocupante, por primera vez en muchas semanas, utilizaba solo la mitad derecha.

Palpó a tientas y acarició la sábana. Estaba fría y, aun así, sintió cierta tibieza, como si el algodón guardara todavía su recuerdo.

Se giró de medio lado y hundió la nariz en la almohada para aspirar su aroma. Seguía oliendo a él. Cerró los ojos con fuerza y casi pudo sentir el calor de su cuerpo pegado al suyo y el sonido de su pausada respiración rozándole el oído.

Se levantó de la cama de inmediato. Por muy malo que fuera lo que le esperara más allá de esas cuatro paredes, no podía ser más doloroso que la tortura que ella misma se estaba infligiendo.

Palparlo, oírlo, olerlo y verlo sin tenerlo a su lado. No, eso no.

Pese a estar destrozada emocionalmente, aún lo intentó una vez más. Se resistía a pensar que todo estuviera perdido. Se preparó un café y volvió a instalarse en la mesa del salón para revisar sus notas y releer las transcripciones: las condiciones del conjuro, las fechas…

Las comprobaciones solo confirmaron lo que ya sabía. El plazo que Calen había pactado con Vadala para convencer a una mujer de acompañarlo al pasado ya se había agotado. Todo era inútil. Era muy probable que en el mismo instante en que ella regresó al siglo XXI, Calen hubiera sido arrastrado al inframundo.



El primer día que tuvo que ir a trabajar, las náuseas y los calambres de estómago la obligaron a doblarse por la cintura en más de una ocasión, hasta que, a mitad de tarde, se dio por vencida y optó por irse a casa. Evitó hacerlo por el trayecto habitual: hasta eso le resultaba doloroso. Todo le recordaba a él. De hecho, una vez que abandonó la universidad, ralentizó el paso intentando alargar el camino porque, hasta la idea de llegar a casa, se le hacía cuesta arriba.

Tras más de media hora de zigzagueos aleatorios por entre calles, levantó la vista del suelo para situarse. El destino, siempre caprichoso, entre todas las rutas posibles, hizo que Isabel eligiera, sin saberlo, la Gran Vía. Allí, en la esquina con la calle Correhuela, los vistosos tonos anaranjados de la fachada de una agencia de viajes, llamaron su atención. Se detuvo ante las amplias cristaleras y, sin saber por qué, la leve sonrisa de la dependienta fue invitación suficiente para entrar.

Inventó un viaje ficticio a Escocia y la joven, ampliando su sonrisa, se lanzó a una exhaustiva y larga exposición de los encantos de aquellas tierras. Solo con escucharla hablar, los calambres estomacales se calmaron.

Abandonó la agencia casi tres cuartos de hora más tarde, con horarios de vuelos, itinerarios y una amplia oferta de lugares que visitar en la zona. Y lo más importante, con un folleto del valle de Glenbràith que guardó en el bolso con intención de hojear al llegar a casa. Pero no lo hizo. En cuanto cruzó el umbral regresaron los calambres, las náuseas y el malestar. Se preparó una manzanilla, se tomó un analgésico y una benzodiazepina y, sin ganas de nada, se metió en la cama.



Nadie sabe la fuerza de voluntad ni la capacidad de resistencia que posee hasta que una situación límite lo empuja a ponerlas a prueba.

Al día siguiente, a fuerza de pura cabezonería, se obligó a desoír las voces que le pedían quedarse en la cama. Ignoró calambres, náuseas y toda la batería de excusas que su cuerpo y su mente fabricaron y acudió a la universidad. Pese a las ganas de volver a casa y esconderse bajo las sábanas, resistió la tentación. Fue un acierto. A partir de ese día, todo resultó un poco más fácil.

Volcó en el trabajo la poca fuerza vital que le quedaba. Ya no se limitaba a catalogar, también cargaba las cajas del almacén y las llevaba hasta su despacho para clasificarlas. Tras maratonianas jornadas de doce horas, acababa tan cansada que, cuando llegaba a casa, caía rendida en la cama. Sus sueños estaban plagados tanto

de amargas pesadillas donde sombras oscuras arrancaban a Calen de sus brazos, como de dulces ensoñaciones en las que él vivía y caminaban juntos por un inmenso prado, cogidos de la mano. Así consiguió resistir toda la semana. Poco imaginaba la vorágine que traería consigo la siguiente.

Sobrevivió al fin de semana como buenamente pudo. El sábado lo dedicó a redactar el informe que elaboraba todos los meses y que entregaba al director para que, a su vez, lo remitiera al benefactor de la colección. En dicho documento detallaba los objetos añadidos a la exposición, su estado y las medidas adoptadas para su preservación. Informaba de aquellos que había decidido no incluir por estar en un estado más delicado y, si era el caso, de los desestimados definitivamente. También registraba cualquier otra incidencia o información relevante sobre la colección. Le gustaba ser minuciosa. Sabía que el informe acabaría en manos del propietario, y quería que quedara constancia de que todas las piezas se estaban tratando con sumo cuidado.

Cuando lo terminó, se sintió orgullosa de que, aunque le había costado el doble de lo habitual, hubiera sido capaz de hacerlo. Imprimió la copia en papel para el director y, al ir a meter el portafolios al bolso, encontró el folleto de la agencia de viajes. No había vuelto a acordarse de él. Se sentó y lo desplegó para ojearlo.

En la parte de la izquierda del tríptico se podía leer un breve resumen de la historia de la zona:

Al norte de Escocia, en el corazón de las Tierras Altas, se encuentra una región de sobrecogedora belleza y rico pasado: el valle de Glenbràith, hogar de uno de los clanes más antiguos de Escocia, el Clan Callaghan.

Se le erizó el vello solo de leer el apellido.

Se dice que, en un tiempo lejano, este hermoso valle era visitado con frecuencia por los antiguos dioses celtas. Las leyendas locales aún hablan de pactos sellados con fuerzas que escapan a la razón.

«Me lo dices o me lo cuentas», susurró Isabel, mientras pasaba al siguiente párrafo.

Zona de paisajes espectaculares: colinas cubiertas de pastos verdes, bosques milenarios, senderos solitarios y vistas de postal hacia el lago Loch Bràith.

La parte central del tríptico la ocupaba un mapa de la zona con pequeños apuntes geográficos: curso del río Tay, ciudades próximas…

En la parte de la derecha del folleto se podía leer: *Qué ver y hacer en la zona.* Hablaba de la gastronomía, las rutas de senderismo, las excursiones, los lugares que visitar… Pero hubo algo que llamó la atención de Isabel sobre todo lo demás. La primera de las sugerencias:

***Visita a la Mansión Callaghan**: aún en manos de la familia. Los martes y jueves, de 16:00 a 18:00 h, la mansión abre sus jardines y parte del castillo, cuyo origen se remonta al siglo XII, al público. Un paseo por sus estancias permite adentrarse en siglos de historia y tradición escocesa.*

¿Era posible que el castillo siguiera en pie, que se hubiera conservado hasta nuestros días? Solo por eso, pensó, merecía la pena plantearse un futuro viaje a Escocia.

Lo plegó, como el tesoro que era y lo guardó en el cajón de las cosas especiales. Esa noche soñó con verdes prados, bruma y sonidos del bosque.

El domingo lo pasó arrebujada en el sofá, empapuzándose de palomitas de maíz y dando buena cuenta de una caja completa de bombones, mientras fingía ver película tras película en Netflix, aunque no habría sabido resumir ninguna de ellas. Su cabeza no dejaba de repetir: ¿Será verdad que sigue habiendo Callaghan en el castillo o será un simple reclamo publicitario?



He conseguido este folleto turísico del valle de Glenbràith para ti.

Te vendrá muy bien si alguna vez decides visitar a los Callaghan.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Encaró el lunes con la ayuda de una dosis extra de determinación. Saber que le esperaba otra intensa y larga jornada laboral para otros habría sido motivo de desánimo. Para ella suponía una liberación, la excusa perfecta para mantener la mente ocupada.

Ese día se saltó su propia norma de pasar primero por la sala expositiva para tomar el pulso a las conversaciones de los primeros visitantes, y se dirigió directamente a las escaleras.

Seguía considerando un privilegio poder utilizar los mismos peldaños y la misma barandilla de hierro forjado que habían usado personajes tan ilustres como Góngora, Fray Luis de León o Unamuno. ¿Quién sabe? Quizá hasta alguno de ellos había estado dentro de su despacho, fantaseó taciturna.

La estancia que le habían asignado, a pesar del moderno sistema de climatización y de otros elementos añadidos para la mejor conservación de las piezas, mantenía su aspecto sobrio y antiguo gracias al mobiliario de madera maciza, oscurecido por el uso de muchos antes que ella. Y, como contrapartida al eco de esas voces antiguas que seguían resonando entre esas paredes, por el gran ventanal llegaban las conversaciones de los estudiantes en el patio o el sonido de las campanas de la Clerecía marcando el paso del tiempo.

Al entrar, cerró la puerta tras de sí y se dejó envolver por el silencioso sosiego. Encendió el ordenador. Revisó los datos de temperatura y humedad registrados automáticamente por el sistema

y los actualizó en sus tablas de Excel. Ya libre de distracciones técnicas, se sumergió en el trabajo de campo.

Unos golpecitos en la puerta la sobresaltaron. Levantó la vista y vio asomar el rostro sonriente de Celia, la secretaria.

—¿Has salido a comer? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—No, ahora bajaré —respondió Isabel de forma mecánica.

—Son las cinco de la tarde —informó Celia, con tono acusador, aunque sin perder la sonrisa.

—¿Las cinco? —repitió Isabel, comprobando la hora en su móvil—. ¡Mierda, me ha vuelto a pasar!

Celia se acercó y mostró la mano que había mantenido a la espalda.

—Me lo temía —dijo, posando sobre la mesa un pequeño paquete envuelto en papel de plata—. Pero aquí estoy yo para solucionarlo.

Isabel lo abrió y el intenso aroma a lomo embuchado llenó el despacho, recordándole que llevaba horas sin probar bocado.

—¡Mmmmm! ¿Cómo has sabido que es uno de mis bocadillos favoritos?

—No lo sabía, pero confiaba en que el olorcito del embutido despertara ese apetito tuyo, adormecido entre tantos papeles y cachivaches.

Celia se dio media vuelta y, antes de salir, ordenó:

—Comételo ya, y no te quedes hasta tarde, que nos conocemos.

—A la orden. Y gracias —voceó Isabel a una puerta ya cerrada.

Sacó de la pequeña nevera encastrada en uno de los nuevos muebles auxiliares, cortesía de su benefactor anónimo, una Coca-Cola para acompañar al bocadillo y lo devoró en pocos minutos.

No hubo más descansos en toda la tarde. Para las ocho había terminado con el último artículo que tenía sobre la mesa. Posada en el suelo ya solo quedaba una caja por abrir.

Se levantó, bordeó la mesa y se apoyó en ella, con las piernas estiradas, observando la solitaria caja, como si esperara una

señal que le indicara qué hacer. Le daba rabia no cumplir con los objetivos que se había marcado para ese día, pero sabía que, si empezaba con esa caja, no saldría de allí en horas.

La culpa había sido del último objeto catalogado con el que había sentido una extraña sintonía.

Era un escrito tamaño cuartilla. Más allá de su fino tacto, que ya evidenciaba un remitente de categoría, en un principio no había suscitado mayor interés. La conservación del documento, excepto por alguna pequeña grieta en los pliegues, era excelente. La caligrafía solemne y clara, salvo la parte donde figuraba el nombre del destinatario, en la que la tinta se había desvanecido o había sido borrada, era perfectamente legible. Una vez más, le sorprendió el mimo con el que las distintas generaciones de aquella familia habían preservado cada pieza.

Al traducir el contenido, la lectura la trasladó de inmediato al pasado. El texto convocaba al destinatario a acudir a la coronación de la Doncella de Noruega y no pudo evitar pensar que Calen habría recibido una carta igual. Ese pensamiento fue suficiente para pasar el resto de la tarde en su compañía. Sin dejar que la emoción la distrajera, realizó las comprobaciones habituales: verificó que la caligrafía y el estilo fueran coherentes con el año al que se suponía que correspondía la nota, y hasta redactó un correo a la National Library of Scotland, adjuntando fotos y pidiéndoles su opinión. Para una confirmación más rápida, escribió también a Nacho, un colega especialista en paleografía con el que mantenía contacto.

Entre lo uno y lo otro… la tarde se había esfumado.

Isabel permaneció inmóvil, mirando la caja. Y su mente empezó a buscar excusas que justificaran la decisión que, sin ser consciente, ya había tomado. Si se marchaba a casa ahora, no podría quitarse de la cabeza la dichosa invitación ni los recuerdos que despertaba en ella: su viaje a Scone con Calen, las conversaciones que tuvieron lugar en esos campamentos nocturnos improvisados… la frustración de él cuando le contó todo lo que la muerte de la joven Margarita traería consigo…

La caja era bastante voluminosa. Eso solía significar que los objetos eran grandes y, por lo tanto, escasos. Podía echar un vistazo

y hacer una primera valoración para, al día siguiente, empezar a trabajar a fondo.

No había terminado de razonar cuando ya estaba agachándose para cogerla. Y ¡cómo pesaba la condenada! Abrió las solapas y se asomó al interior. Arriba de todo había un gran portafolios de cuero negro, de esos que suelen presidir las mesas en los despachos. Así que dedujo que el resto del contenido serían también artículos de escritorio. Pero al retirar la carpeta, lo que encontró fue una caja de madera hermosamente tallada. La abrió y el olor a tabaco de pipa lo impregnó todo. La cerró rápido antes de que escapase la totalidad de su aroma.

—Sí que eres hermosa. Lástima que no pueda quedarme contigo —suspiró, al posarla en una de las estanterías.

El siguiente artículo era otra caja de dimensiones parecidas. Cuando la tuvo en sus manos y se fijó en el dibujo tallado en su tapa, el corazón golpeó fuerte su pecho. ¿Qué posibilidades había de que dos artistas del siglo XIII coincidieran en un diseño que evocaba, de forma tan exacta, el concepto actual del árbol de la vida como alegoría para decorar su obra? Era una casualidad casi imposible, pero ella había tenido la fortuna de ver ambas piezas.

Dejó que las yemas de sus dedos se deslizaran sin prisa por la superficie, olvidando lo tarde que era y concentrándose solo en sentir. Sus dedos localizaron unas hendiduras de una textura diferente al resto. Acercó la caja para observarla con más detenimiento y se dio cuenta de que muy bien camufladas, simulando ser unas raíces más del árbol, había grabadas dos parejas de iniciales separadas por lo que parecía ser el signo de infinito.

CC ∞ II

Fantaseó melancólica imaginando un posible significado: Calen Callaghan e Isabel Illa. Sí…, ellos habrían podido tener una caja igual de hermosa donde guardar sus tesoros.

Primero la carta y ahora esto, la tarde estaba siendo intensa. Al límite de su resistencia emocional, se sentó en el suelo, antes de que las piernas le fallaran, y apoyó la espalda en el frontal del

armario. Apretó la cajita sobre su pecho y se permitió la licencia de empezar a llorar.

«Sí», se dijo a sí misma, sin dejar de acariciar la cajita. «Si Calen hubiera tenido tiempo, habría sido muy capaz de grabar las iniciales en la caja. Pero no lo tuvo, por tu culpa», se fustigó. «Porque Vadala lo arrastró al inframundo por tu estúpido orgullo», se culpó, cortando el paso a las lágrimas que habían resbalado hasta su mandíbula.

Lloró bajito, lloró sin prisas. Lloró como única forma de soltar toda la congoja que sentía dentro. Y, mientras lo hacía, no dejó de estrechar la caja contra su pecho ni de acariciarla.

Así fue como sus dedos percibieron un cambio de textura en uno de los laterales. Parecía como si hubieran lijado la superficie para borrar parte del dibujo original y hubieran vuelto a tallar algo encima. Nada que ver con la calidad del resto de grabados. Esta inscripción estaba hecha con prisa, seguramente con un simple punzón. ¡Qué lástima! La pieza había quedado totalmente devaluada. ¿Quién podía haber hecho semejante sacrilegio? pensó, mientras se levantaba para colocar la caja bajo la potente lámpara de la mesa auxiliar y poder leer mejor la inscripción.

Sus ojos se abrieron de asombro y tuvo que agarrarse al borde de la mesa. ¡Era imposible! Se aproximó de nuevo para releerlo. No había error. Por improbable que pareciera el mensaje estaba escrito en un perfecto castellano del siglo XXI y parecía estar dirigido a ella:

Mo gharàdh, sigo esperando tu SÍ QUIERO.



¿A estas alturas y todavía no has visto el despacho de Isabel?

¡Qué despiste el mío! Este es el momento perfecto.

Entra y aprovecha para echar un vistazo al objeto que lo cambió todo… otra vez.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



La presión en el pecho fue en ascenso hasta que empezó a jadear. Abrió la ventana y boqueó como pez fuera del agua, como si la habitación se hubiera llenado de gas y sus pulmones suplicaran un soplo de aire fresco.

Agarrada al alféizar con ambas manos, siguió jadeando, esforzándose porque los niveles de oxígeno de su organismo volvieran a valores óptimos. No entendía nada. ¿Cómo había llegado la caja de Calen a formar parte de la colección? Su mente, el estrés, la pena… no sabía quién era el culpable, pero algo o alguien le estaba jugando una mala pasada. Se inclinaba por pensar que era su propia mente la culpable. Pero, ¿y si no había sido un engaño de su mente? ¿Y si, de verdad, era la caja de Calen y él seguía esperándola? ¿Y si Calen seguía vivo?

Tras unos minutos su respiración se normalizó. Se giró hacia el interior, pero sin atreverse todavía a alejarse de la ventana ni a soltarse del alfeizar. La caja seguía sobre la mesa. Era tan sencillo como acercarse y abrirla. Si ella era la destinataria del mensaje, ya sabía lo que iba a encontrar en su interior. *Solo tienes que dar siete pasos y abrir la caja*, se animó. *Así de fácil*. *Podía ser sencillo*, se recordó a sí misma, *pero, desde luego, no fácil*.

Aún pasaron otros cinco minutos antes de que tuviera el valor de dar el primer paso y luego el segundo… y así hasta siete. Y todavía permaneció otro minuto más con la caja en la mano sin atreverse a abrirla. *A la de tres: … uno… dos…. tres*.

En su interior, perfectamente doblado, estaba el viejo, raído y zarrapastroso trozo de tela que ella tan bien conocía.

Sintió como si, literalmente, alguien o algo la empujara. Trastabilló, dio dos pasos hacia atrás y en el retroceso se llevó por delante el taburete alto con ruedas que solía usar cuando utilizaba esa mesa y a punto estuvo de volcarlo y caer con él. Cuando logró estabilizarse, retrocedió hasta chocar con la pared. Entonces dejó que su espalda resbalara hasta quedar sentada en el suelo, con las rodillas recogidas entre los brazos. Así, balanceándose atrás y adelante, permaneció más de veinte minutos. Su cuerpo inmóvil. Su mente más activa que nunca.

¿No es posible? pensó con el ceño fruncido… ¿o sí? añadió con la esperanza asomando a sus ojos.

La inactividad física dio paso a un incesante ir y venir a todo lo largo de la sala. Hacía más de una hora que había descubierto el contenido de la caja y, desde entonces, repasaba mentalmente las conversaciones mantenidas con Calen, intentando extraer cualquier información relevante.

Se sentó tras la mesa y buscó un bloc donde anotar todo lo que pasaba por su mente. Parecían datos aleatorios y sin sentido, pero a ella le ayudaban. Cada minuto que pasaba estaba más convencida de que el mensaje iba dirigido a ella y de que su autor era Calen. Pero, a estas alturas, él ya debía de estar en el inframundo, se repitió por vigésima vez. ¿O no? Esa segunda opción la llevó a otra línea de pensamiento y a nuevas preguntas: ¿Era posible que Vadala le hubiera perdonado la vida? Descartó la idea en menos de un minuto. Por lo poco que sabía sobre ella, la compasión no era una de sus virtudes. Entonces… ¿qué fallaba?

Tras meditarlo largo rato, solo encontró una explicación. Al hacer los cálculos había partido de una información errónea. Estaba segura de recordar perfectamente las explicaciones de Calen. No cabía error en su interpretación. Lo habían hablado muchas veces y él había sido muy claro. Eso significaba que el error estaba en la parte que había deducido por su cuenta de las notas que habían tomado los hermanos al llegar al presente. La lógica indicaba que se había equivocado en la traducción de esas páginas. Fue a su

portafolios, extrajo las cuartillas y sonrió al darse cuenta de que seguía llevándolas consigo al trabajo todos los días. ¡El poder del subconsciente!

Volvió a sentarse y se concentró en hacer una nueva traducción de las hojas manuscritas por Calen. Media hora después, al fin localizó su error: había interpretado que Calen disponía de cuatro meses desde su llegada para localizar y convencer a su candidata. Pero no. El plazo empezaba a contar desde que la eligió como compañera. Su corazón volvió a galopar a toda velocidad.

Se levantó, descolgó el calendario de la pared y regresó a la mesa con él.

Habían viajado al pasado, para asistir a la fallida coronación, el veintisiete de septiembre. Marcó el día con un círculo rojo en el calendario y empezó a contar hacia atrás.

Los dos fines de semana que cogieron los sacos de dormir y se perdieron en medio de ninguna parte (hizo sendas muescas en el día veinte y en el trece). La excursión a San Felices de los Gallegos (muesca en el seis de septiembre). La escapada a Madrid para visitar el hipódromo (muesca en el treinta de agosto).

—¿Qué hicieron el fin de semana del veintitrés de agosto? —se preguntó con premura—. ¿Qué...? ¡Ah, sí! El viaje exprés a la playa. Sí, ahora lo recordaba: al final habían salido más tarde de lo que pensaban porque ella se había demorado en el trabajo, celebrando el cumpleaños de una compañera.

Respiró hondo, intentando concentrarse y no perderse en las anotaciones. Tenía que seguir retrocediendo hasta el día que había conocido a Lethan. Aquel día fue cuando Calen la eligió como compañera de vida. Hizo una gran cruz sobre el día en el calendario y volvió a revisar los cálculos dos veces más. Era vital no equivocarse. ¡Veintitrés de julio! Estaba segura de que fue el veintitrés de julio. Luego los cuatro meses se cumplían el veintitrés de noviembre.

Ni siquiera sabía a qué día estaba. Desbloqueó la pantalla del móvil para mirarlo.

Una nueva descarga de adrenalina la obligó a sujetarse con fuerza a los brazos del sillón. Apoyó los codos sobre la mesa y

entrelazó los dedos a la altura de la boca. Cerró los ojos y respiró profundamente hasta recuperar el control.

¡Tres de noviembre! Faltaban veinte días para que se cumplieran los cuatro meses desde que Calen le había presentado a Lethan.

Hundió los dedos entre el cabello y los deslizó hasta entrelazarlos en la nuca.

¿Es posible? ¿Es posible? Abrió los ojos y en su mente resonó una voz interna: ¡Sí, es posible!

Una vez que su mente aceptó que Calen seguía vivo, tuvo que pasar al siguiente punto. Calen la quería. Aunque su corazón posiblemente ya lo sabía, su mente se había resistido a creerlo, pero ahora sabía que, para no coaccionarla y que eligiera libremente, le había ocultado lo que le ocurriría si ella no aceptaba su oferta. ¿Qué más prueba de amor quería?

La tercera fase fue algo más difícil: ¿Abandonarlo todo por amor?: Su hogar, sus amigos, sus objetos queridos, su trabajo, su vida, su mundo y todas sus comodidades… ¿Valía la pena? Por supuesto que sí, eso no lo dudaba. Pero, cabía la posibilidad de que se hubiera vuelto a equivocar en sus cálculos, que su razonamiento volviera a ser erróneo. Entonces, llegaría al año 1290 y Calen no estaría esperándola. Se quedaría atrapada en aquella época y su renuncia no habría servido para nada. Cerró los ojos e inspiró con fuerza, apretando los puños. No, ni pensarlo. Eso no iba a ocurrir.



Eran las seis de la mañana y la decisión estaba tomada.

Se entretuvo en hacer un informe minucioso del trabajo que quedaba por hacer. No quería que la Universidad se viera perjudicada lo más mínimo por su marcha. Eran muy pocos los objetos que quedaban por catalogar. El grueso de la colección ya estaba expuesto y no necesitaba más elementos para destacar. Eso era lo que ella recomendaba. Supuso que el Museo estaría de acuerdo y consideraría suficientes las piezas expuestas, superaban con creces el mínimo que exigía el benefactor. Pero, por si decidían

contratar a un sustituto que terminara la catalogación, quería allanarle el camino lo máximo posible.

A las ocho y media en punto estaba en el despacho del director del MUSAL. Entregó el informe y, junto a él, la carta de renuncia. Alegó que había aceptado un puesto de trabajo de carácter permanente fuera de España y respiró aliviada cuando él no pidió más detalles. Después regresó al despacho para recoger sus pertenencias. Guardó las notas manuscritas de Calen en su portafolios y metió la cajita en su bolso. En ningún momento pensó que la estaba robando. Consideró que legítimamente la caja era suya.

Abandonó el despacho, se despidió de los escasos compañeros con los que había tenido cierto grado de cercanía y paseó despacio por los pasillos de la universidad, sabiendo que sería la última vez que lo haría. Por supuesto, hizo una última visita a la sala de exposiciones y se permitió sentir cierto orgullo por lo atractiva que resultaba a la vista. Y, a continuación, con cierta nostalgia, se dirigió hacia la puerta de salida.

Germán salió a su encuentro cuando pasó por delante de la salita de vigilancia.

—Me he enterado de que nos deja.

—Vaya, las noticias vuelan.

—Sí, ya sabe cómo funciona esto —Germán señaló sus labios con el dedo—, nos gusta mucho darle a la sin hueso.

Isabel sonrió.

—Le deseo todo lo mejor y, si el cambio es para bien, me alegro por usted.

—Lo es —respondió con rotundidad.

El hombre parecía sinceramente afectado por su marcha, cosa que emocionó a Isabel que, antes de dar media vuelta y continuar camino hacia la puerta, no pudo evitar acercarse y darle un cariñoso beso en la mejilla.

—Gracias por todo, Germán. Ha sido un placer trabajar contigo.

—Lo mismo digo, señorita Isabel —respondió con cierta congoja.

Isabel solo se había alejado una veintena de pasos cuando escuchó que la llamaba.

—Señorita Isabel, señorita… espere…

Isabel pasaba por el arco de control en ese momento y cuando la alarma se disparó, se quedó petrificada. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y su mente se llenó de imágenes de policías a su alrededor, cacheándola y esposándola tras encontrar la cajita en su bolso. Se giró y vio a Germán avanzar hacia ella todo lo rápido que su artrosis le permitía. No era capaz de inventar una excusa viable que justificara que la caja hubiera terminado en el interior de su bolso más allá de que se hubiera caído ahí por accidente, así que, la opción de echar a correr hacia la salida ganaba terreno.

Germán llegó a su lado mucho antes de lo esperado truncando sus planes.

—Eso intentaba decirle. Su tarjeta, ya la habrán desactivado.

No pasó desapercibida para el guardia la fuerza con la que Isabel soltó el aire de sus pulmones.

—Se ha asustado. Lo siento, ha sido culpa mía. Debí advertírselo.

—Sí —reconoció Isabel, con una risita floja, al tiempo que le entregaba la tarjeta identificativa—, por un momento pensé que iban a acusarme de ladrona —se atrevió a bromear.

Germán se echó a reír y, al momento, se puso serio y simuló que le apuntaba con un arma.

—¡Queda detenida! ¡Confiese!

Isabel no supo de dónde sacó las fuerzas para seguir bromeando, levantó los brazos y exclamó:

—A mí que me registren.

Germán abandonó su actuación de poli duro y volvió a sonreír, al tiempo que abría la puerta y le cedía el paso:

—¡Ande! ¡Márchese antes de que me arrepienta!

Ella salió y se despidió con la mano. Germán le devolvió el saludo antes de cerrar.

Isabel se detuvo un instante para recuperar el resuello. Consideró el desenlace una señal de buen augurio. Las cosas ya solo

podían ir a mejor. Volvió a tomar aire para serenarse. Lo iba a necesitar, el día iba a ser movidito.



Comenzó visitando su banco para sacar todos sus ahorros, que tampoco eran tantos. Liquidó las cuentas y dedicó parte de la mañana a recorrer varios establecimientos especializados para comprar todo el oro que su capital le permitió.

Llamó a su casera para rescindir el contrato de alquiler de su piso, utilizando la misma excusa que en la universidad. Y como había pasado con Germán, la señora lamentó de corazón su marcha. Ya habría tiempo para dar rienda suelta a las emociones. Ahora no podía permitírselas. Estaba desmantelando su presente para correr tras un futuro cuanto menos incierto. Si se detenía un instante a pensar o sentir, sabía que se desmoronaría.

Continuó con lo siguiente de la lista: desmantelar el piso. Por suerte, al haberlo alquilado amueblado, solo debía ocuparse de recoger sus objetos personales. Contactó con una ONG que quedó en pasarse al día siguiente para llevarse algunos de los enseres. Pasó dos horas despidiéndose por teléfono de los escasos conocidos y parientes, con la misma historia de un trabajo mejor y con la promesa de seguir en contacto. Nunca se había alegrado tanto de su escasa vida social. Lo cierto era que no tenía demasiados amigos, ni demasiados parientes. A última hora de la tarde pasó por el cementerio para visitar la tumba de sus padres.

Durante todo el día le asaltaron momentos de duda. No de indecisión, sino de miedo: miedo a estar equivocándose, miedo a correr tras una quimera o directa hacia un precipicio…

No.

Rotundamente, no.

Esa noche volvió a pasarla en vela.

Estuvo confeccionando su escrito para la petición a Vadala. Sabía que tenía que ser clara y lo más precisa posible si no quería acabar atrapada en el lugar equivocado, con el hombre equivocado. Tenía muy presente el comentario que siempre hacía Calen: «Nunca te puedes fiar de Vadala. Te tienta con lo que anhelas para luego engañarte y arrebatarte lo que ya posees».

A las cinco de la mañana se dio por satisfecha: toda la lista de puntualizaciones que había confeccionado con anterioridad estaba incluida. Había decidido que «aparecer» en el castillo podía resultar peligroso, así que había optado por hacerlo en el claro de Fàthach Bràith. Por lo que sabía, era un lugar frecuentado solo por Calen, y estaba segura que desde ahí, sabría llegar al castillo.

Se tumbó sobre la cama para hacer una última revisión de todo lo que había hecho y todo lo que faltaba por hacer.

Era consciente de que, en su estado de agitación, la opción de quedarse dormida era inviable, pero sí creyó que intentar realizar algún ejercicio de relajación de los aprendidos en yoga, sería muy beneficioso para la empresa que tenía en ciernes.

Se estiró, colocó los brazos a los lados, cerró los ojos y respiró hondo, al tiempo que contaba hasta cuatro, como le habían enseñado. Retuvo el aire durante siete segundos y lo dejó escapar lentamente mientras volvía a contar hasta ocho.

Tras unos minutos, su cuerpo agradeció ese pequeño descanso y se relajó, al menos mínimamente. Isabel, en cambio, fue incapaz de hacer lo propio con su mente. Esta siguió aferrada al universo de Calen, empecinada en no soltarlo ni un instante, como si temiera perder ese fino hilo que aún la mantenía unida a él: el del pensamiento.

Y el pensamiento, caprichoso como siempre, la llevó a recordar la tarde en la que conoció a Lethan. Aquel día, que entonces pasó como uno más y ahora resultaba ser clave para su futuro, Calen había comido en casa y, por comodidad, ella propuso que se encontraran con su hermano en el parque de la Alamedilla

que estaba muy cerca. Después de que Calen pronunciara aquellas palabras, habían paseado más de una hora por el parque. Entonces ella no había sabido interpretarlas. Ahora, consciente de lo importantes y reveladoras que habían sido, no podía quitárselas de la cabeza.

El plan tácito era sencillo. Hacer las presentaciones y después, para no forzar la situación, que ellos hubieran terminado la tarde por su lado y Lethan por el suyo. Sin embargo, el *feeling* con Lethan había sido inmediato y fue ella misma quien terminó proponiendo que se acercaran juntos al centro a picotear algo a modo de cena.

Habían terminado en un pequeño local cuya original decoración, con las paredes repletas de relojes, pensó que llamaría la atención de los hermanos. Y así fue durante un minuto. Luego, ambos dejaron de admirarlos para clavar los ojos en los tatuajes que un grupo de moteros, que acababan de acomodarse en una mesa cercana, lucían en sus brazos.

Isabel, aún con los ojos cerrados, sonrió al recordar lo que ocurrió a continuación.

A ella le había sorprendido entonces que los hermanos parecieran tan extrañados de que aquellos hombretones exhibieran con tanto orgullo sus tatuajes.

—No entiendo cómo pueden pasearse tan ufanos. Van marcados como si fueran reses o esclavos —había comentado Calen, de forma despectiva—. Yo, si fuera ellos, no permitiría que nadie los viera.

Ella, sin entender su extrañeza, había comentado:

—Bueno, hace mucho que los tatuajes dejaron de significar posesión o esclavitud. Ahora se consideran más bien un símbolo de identidad, de orgullo o de recuerdo de algo o alguien importante para uno mismo.

Isabel volvió a visualizar la cara de extrañeza de ambos.

—¿Marcarse la carne por voluntad propia…? Incomprensible —sentenció Calen, con cierto matiz de rechazo.

—A mí me parece una manera cuanto menos curiosa de querer vincularte con un concepto o una persona para siempre —

había afirmado Lethan, como si acabara de descubrir algo nuevo—. Quizá por algo realmente importante para mí, estaría dispuesto a hacerme uno.

—¿Tú? ¿Un tatuaje? No me lo creo —había replicado Calen, tras un bufido despectivo.

Habían seguido conversando mientras degustaban las tapas, aunque, de vez en cuando, las miradas de los hermanos volvían curiosas a la mesa del concurrido grupo de moteros. Antes de marcharse, ella se había levantado para ir al servicio y, al volver, se había encontrado la mesa vacía. Cual había sido su sorpresa al localizar a ambos en medio de aquellos hombretones, rodeados de brazos tatuados. Ella se había unido al grupo y los diez minutos siguientes permanecieron allí, escuchando las historias que había detrás de cada tatuaje.

Lo que no esperaba en absoluto era que, semanas más tarde, Lethan le mostrara orgulloso el tatuaje que se había hecho en su brazo izquierdo.

Isabel lo había observado con interés. A medio camino entre la muñeca y el codo, a todo lo largo del antebrazo, se podía leer la palabra «*mo chlann*». El tamaño de las letras no era muy grande, unos tres centímetros de altura, había calculado, pero el tipo de fuente elegido, de trazo robusto y contundente, y el negro profundo con que estaban grabadas las hacían resaltar sobre el tono claro de la piel.

—¿Qué significa? —había preguntado.

—Nada, si este no te enseña el suyo.

Entonces sí que se había sorprendido.

—¿Tú también te has hecho uno?

Calen había levantado la manga derecha de su camisa con fingida desgana, pero el brillo orgulloso de sus ojos lo había delatado.

En la misma posición y lugar que el de su hermano, con la misma tipografía y tamaño, en su brazo se podía leer «*mo uaill*».

—Entiendo que, juntos, conforman una frase, un único mensaje —había deducido ella.

Ambos hermanos habían juntado sus antebrazos y la frase había quedado completa:

—Mi orgullo —había afirmado Calen.

—Mi clan —había añadido Lethan a continuación, con la misma altivez.

Por entonces, por supuesto, ella todavía no conocía la singular procedencia de los hermanos ni el significado tan especial que tenía ese mensaje. Volvió a sonreír al recordar cómo había seguido la conversación.

En aquel momento a ella se le habían venido a la mente esas personas que se tatúan frases en sánscrito, tras un viaje a Nepal, porque dicen que les marcó para siempre, o en japonés porque se sienten conectados a esa cultura, sin entender ni una palabra del idioma, para descubrir después que el tatuador no grabó lo que creían.

En esos términos había bromeado con ellos, sin saber que el gaélico escocés era la lengua nativa de los hermanos.

—¿Seguro qué significa eso?

—¿Qué quieres decir? —le había preguntado Lethan.

—Bueno, no seríais los primeros que se hacen un tatuaje en un idioma que no conocen y pasado un tiempo, descubren que en vez de: «Amor eterno», llevan grabado para siempre en la piel «sopa de pollo». No sé…, ¿estáis seguros de que, en lugar de «Mi orgullo, mi clan», no os han tatuado, por ejemplo…, «sandalias baratas»?

Los dos, al unísono y sin mediar palabra, habían caído en tromba sobre ella, acribillándola a cosquillas hasta hacerla retorcerse de la risa.

A Isabel el recuerdo le había dibujado una sonrisa, pero al tiempo, aun con los ojos cerrados, algunas lágrimas se habían escapado mejilla abajo. Y la negatividad volvía a pugnar por hacerse un hueco en su mente: ¿Y si no vuelvo a verlos? ¿Y si nunca más pueden volver a acribillarme a cosquillas?

Se incorporó y se sentó al borde de la cama, rompiendo así esa línea de pensamiento y dando por terminado el descanso.

Ya solo quedaba hacer el equipaje. ¿Qué cosas descartas y cuáles decides llevarte cuando no piensas volver?

Antes de meterse de lleno en esa cuestión, optó por tomar una ducha, posiblemente la última de su vida. Después, se preparó algo de comer. Estaba famélica. No pudo recordar cuándo había sido la última vez que había comido. En el proceso, tampoco pudo evitar pensar: la última vez que enciendo la vitro, la última vez que pongo el lavavajillas, la última que acciono el interruptor de la luz, que enciendo el ordenador, que hablo por teléfono, que escucho *El lago de los cisnes*…. En lugar de dejarse vencer por el desánimo, una sonrisa empezó a nacer en sus ojos y no paró de crecer hasta llegar a sus labios. A cambio, se dijo, habrá muchas «primeras veces».

Terminó su taza de café y se encaminó hacia el dormitorio para acometer la tarea de preparar el equipaje. Fue difícil. Su primera selección tuvo que ser sometida a tres cribas más para reducirla y que fuera viable.

Un pequeño inciso por si quieres echar un vistazo a los famosos tatuaje.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

Para las doce, los voluntarios de la ONG ya se habían llevado las últimas cajas. Todos esos detalles que a lo largo de los años había ido añadiendo aquí y allá para hacer de aquellas cuatro paredes su hogar, y que ahora le parecía increíble que hubieran sido tantos, ya no estaban. El rastro de Isabel Illa en el piso había desaparecido, salvo por la caja con la pequeña selección de objetos personales que viajarían con ella.

Isabel había bajado al bazar de la esquina y comprado las tres bolsas de viaje más grandes que encontró. Su mochila de acampada la había llenado de botellas de Coca-Cola, una de sus debilidades, paquetes de café, caramelos y una botella de champán que pensaba abrir en cuanto estuviera a solas con Calen. Ahora llenaba otra de las bolsas con cuadernos, lápices y sus libros favoritos. Incluyó también dos libros de arquitectura que Lethan se

había dejado. Y, por último, sus tres álbumes de fotos: toda su vida resumida en un puñado de imágenes.

En otra bolsa metió algunas de sus compras de última hora: un reproductor de CD con un adaptador para poder conectarlo a un cargador solar, también de reciente adquisición que, en teoría, serviría además para cargar el móvil. Evidentemente, no podría llamar a nadie con él, pero sí hacer fotos y sudokus. No estaba segura de que funcionara, pero al menos debía intentarlo. Incluyó en la misma bolsa todos los CD que pudo meter: jazz, valses, rock, pop… Sabía que no podría dejar a la vista nada de aquello, pero planeaba adueñarse de la cabaña de *Fàthach Bràith.* Escondería allí todos sus tesoros y, solo allí, disfrutaría de ellos en secreto.

La última bolsa iba repleta de todos los medicamentos que pudo reunir: ibuprofeno, aspirinas, analgésicos, antiinflamatorios, vendas, gasas esterilizadas, *Betadine*… Los huecos que quedaron los rellenó con productos de aseo y un par de frascos de su perfume favorito. Esto último sabía que no era necesario, aunque seguro que haría la transición más llevadera.

Echó un vistazo a su armario ya vacío. Le hubiera gustado llevarse alguno de sus vaqueros, sus jerséis de lana, su blusa favorita de seda azul turquesa o el vestido que se compró por su cumpleaños y que aún no había estrenado… pero no podía ser. Cerró las puertas con ojos lastimeros y se colocó el vestido que había traído puesto en su último viaje.

A lo que no pensaba renunciar era a su ropa interior. Si hacía falta, se encargaría de lavarla ella misma a escondidas. Como no quedaba sitio en las bolsas, se colocó las diez mudas, una encima de otra, y debajo del vestido añadió dos pares de leotardos. Ya había sentido en propias carnes el frío de aquellas tierras y pensaba combatirlo con todo lo que pudiera. Un par de gorros de lana sobre su cabeza y dos bufandas completaban el ajuar. Y, sobre todo ello, se enfundó su chaquetón de cuero, forrado de borreguillo. Lo necesitaría en la caminata hasta el castillo. Ya lo escondería tras algún arbusto antes de llegar.

En un arrebato de última hora, rescató unos vaqueros de la caja que tenía cerrada para sacar a la basura y se los colocó también

bajo la voluminosa falda. Sabía que, como las bufandas o los gorros, nadie podría vérselos, pero, aunque solo fuera para usarlos en la casita del claro… Era demasiado cruel pretender que se deshiciera de todo a la vez. Si no quedaba más remedio, prescindiría de ello más adelante.

En los bolsillos había metido un par de guantes, algunos calcetines, una docena de cepillos de dientes, un reloj de su abuela, de los antiguos, de los que había que darles cuerda para que funcionaran y sus dos pares de gafas. Y, para terminar, se calzó las botas que utilizaba para sus largas caminatas. Sabía que echaría de menos muchos objetos de su vida cotidiana, pero no podía cargar con más.

Se colgó al hombro la bandolera con el cargamento de oro, su móvil y la caja de madera con la reliquia, echó un último vistazo a su presente y cerró la puerta del piso, rumbo a su futuro. Metió las tres maletas y la mochila en el ascensor y pulsó el botón del garaje. Justo cuando iba a salir recordó que había quedado con la dueña que le dejaría las llaves dentro del buzón. Así que pulsó de nuevo para subir a la planta calle, rezando entre risas para no cruzarse con ningún vecino que la viera de esa guisa. Su aspecto debía de ser como para hacerle una foto.

Por fin llegó al garaje donde la esperaba el regalo que pensaba llevar para Calen. Su moto.

Bueno, ahora venía lo difícil. Acomodar todo el equipaje. Solo eran suposiciones, pero, en teoría, cualquier cosa que estuviera tocando cuando hiciera la petición, viajaría con ella.

Se colgó una de las bolsas al hombro, cruzada por la cabeza. Y otra en el hombro contrario. Después colgó la mochila a la espalda. «Por Dios, aquello pesaba una tonelada». Todavía le quedaba la tercera. No sabía cómo ponerla. Optó por colgarla en el hombro. Imposible subirse a la moto con todo aquello. «Mierda», se había olvidado de sacar la reliquia y la nota. Ahora, con la bolsa no llegaba a sacarlo de su bandolera. Volvió a descolgar la bolsa y la posó en el suelo. Rebuscó hasta encontrar el folio con la petición y luego sacó con cuidado la reliquia y la posó sobre el asiento de la

moto mientras volvía a colgar la bolsa en su cuello. Si no se sentaba pronto el peso de la mochila la iba a vencer hacia atrás.

Sujetó el folio con los labios. Cogió el retal y pasó la pierna por encima de la moto. Y una risa tonta empezó a nacer en su estómago y según subía, iba en crescendo hasta que se convirtió en una sonora carcajada que retumbó en el garaje casi vacío. Estaba segura de que estaba sufriendo una crisis de ansiedad. No dejaba de imaginar el aspecto tan cómico que debía tener. La risa no cesaba, empezó a llorar y las costillas le dolían por el esfuerzo. Tuvo que respirar hondo varias veces y aunque se le resistió un par de minutos, al final consiguió dominarla. Pero entonces se dio cuenta de que no tenía puestas las gafas y al percatarse de que, para sacarlas del bolsillo, tendría que volver a empezar casi desde el principio, la risa floja resurgió. Se negó en redondo. A este paso no iba a acabar nunca. Lo había releído tantas veces que, pese a la penumbra del garaje y la falta de las gafas, se creía capaz de decirlo sin equivocarse.

«¡Allá voy!», se dijo a sí misma. «¡Que sea lo que Dios quiera!»

Una última inhalación para serenarse y empezó a leer en voz alta:

—Vadala, solicito tu ayuda para acudir junto a Calen Callaghan, quinto laird del clan Callaghan. Trasládame al mismo día de hoy, pero del año 1290, al valle de Glenbràith, concretamente al paraje conocido como Fàthach Bràith. Concede esta petición solo en el caso de que Calen siga con vida en esa fecha y siempre que se encuentre a menos de diez kilómetros del punto de mi llegada…

Pasó casi cinco minutos leyendo el pormenorizado escrito con todas las puntualizaciones que había creído necesarias hacer para acotar, en lo posible, una interpretación maliciosa o sesgada por parte de Vadala.

En cuanto terminó, sintió que su cuerpo se aligeraba. Cerró los ojos y rezó a Dios con más fervor que nunca para que cuando los abriera, Calen estuviera frente a ella. Pero su deseo no se cumplió.



AÑO 1290

Notó una brisa fresca en su rostro, abrió los ojos y se quedó sin aliento al reconocer el paisaje. Su aspecto era tal y como lo recordaba así que dedujo que había llegado al lugar acordado, en la fecha indicada. «Dos de dos. No iba mal la cosa» pensó, intentando ralentizar los latidos de su corazón. El siguiente pensamiento volvió a acelerarlos. «Estaba en el claro, pero Calen, no». No dejó que el pánico se adueñara de ella. Seguro que estaba en el castillo.

Cuando intentó pasar la pierna por encima de la moto, se desniveló. El peso de la mochila de la espalda ganó la batalla y cayó al suelo. Se reincorporó, no sin esfuerzo, y empezó a maldecir al tiempo que luchaba por desprenderse de las bolsas. Notó que se le humedecían los ojos. ¿Es que nada le iba a salir bien?

Una voz profunda que llevaba grabada en lo más hondo de su corazón, cortó el llanto de cuajo.

—¿Isabel? —escuchó a su espalda— ¿Eres tú?

Isabel se había deshecho de las bolsas, pero aún llevaba la mochila a la espalda. Al intentar mirar hacia atrás, el peso de esta la venció y cayó sobre ella. La visión del filo de una espada junto a su cabeza la hizo tragar saliva, pero al levantar la vista vio el rostro de Calen al revés y le pareció un modo absurdo y maravilloso de reencontrarse.

—¡Calen! —exclamó con alegría, todavía divertida por lo cómico que resultaba verlo patas arriba.

Calen se arrodilló a su lado y una inmensa sonrisa iluminó su rostro mientras sostenía la cara de Isabel con ambas manos.

—¡Eres real! Estos días no he dejado de imaginarte en todos esos cafés tranquilos que frecuentábamos. En aquel en el que el suelo de madera no dejaba de crujir bajo el peso de los zapatos. O en aquel otro con la pared llena de relojes en los que ninguno marcaba la hora exacta. Pero ahora, ¡estás aquí! No tengo que imaginarte.

Las lágrimas otra vez resbalaban por el rostro de Isabel cuando murmuró:

—Espero que cuando pensases en mí, lo hicieras con un aspecto menos patético que el que debo tener ahora.

Calen la abrazó con ternura.

—Por todos los dioses... ¡Estás aquí! ¡Has regresado! —exclamó feliz, sin dar crédito a lo que sus ojos veían.

Isabel afirmó con la cabeza y se dejó abrazar mientras aspiraba hondo para captar ese aroma inconfundible de Calen, que tanto había echado de menos.

—Pero ¿qué es todo esto? —dijo Calen, recorriendo con la vista todas las bolsas.

—Mi vida. Mejor dicho, mi pasado —rectificó—. Bueno, todo menos la moto que es un regalo para ti. También he traído algo para Lethan —añadió orgullosa de que en medio de toda la vorágine de tareas se le hubiera ocurrido.

Calen volvió a posar su vista en ella. Depositó un pequeño beso en sus labios y juntó sus frentes.

—Has venido —susurró incrédulo, sin todavía poder creerlo—. ¡Has venido! —gritó a pleno pulmón.

Volvió a besarla, esta vez con toda la pasión que llevaba dentro. Isabel volvió a caer hacia atrás, pero no le importó, la mochila amortiguó la caída.



Hacía más de una hora que se habían reencontrado y seguían analizando lo ocurrido. Isabel le contó que había encontrado su

mensaje en la caja de madera, aunque él estaba seguro de no haberlo escrito. Y en realidad, llegaron a la conclusión de que era así.

Dedujeron que, quizá, ese mensaje él lo había enviado desde una línea temporal paralela que, en esta realidad, nunca llegó a ocurrir. Supusieron que, en ese otro mundo alternativo, Calen, al no poder regresar al futuro, buscó la manera de contactar con ella.

Sabía que en 2025 estaría trabajando para la Universidad de Salamanca, así que se aseguró de que sus descendientes, en realidad los de su hermano Lethan, puesto que él nunca llegó a casarse, transmitieran el legado de generación en generación. De ese modo, en 2025, el Callaghan de turno haría llegar a la institución la donación que incluiría la caja grabada destinada a Isabel.

Isabel fue consciente entonces de que todos los artículos de la exposición eran propiedad de los Callaghan. Durante todos esos meses de trabajo, la esencia de la familia la había estado acompañando sin ella saberlo.

En esa línea de tiempo alternativa, habían pasado siglos hasta que Isabel tuvo en su poder la caja con el jirón de tela, en cambio en esta, solo habían trascurrido poco más de quince días desde que ella había desaparecido ante su vista.

Ninguno de los dos era experto en esos temas y, en los días sucesivos, seguirían dándole vueltas al asunto. En realidad, ocuparía muchas horas de conversación. Plantearon docenas de teorías y a todas terminaron encontrándoles algún fallo.

Por el momento, decidieron dejar a un lado las elucubraciones. Ya habría tiempo para ellas. Ahora, lo único que les importaba era que estaban juntos.

En esos días posteriores, aunque ninguno llegara a verbalizarlo, ambos también temieron que sus juegos con el destino pudieran haber repercutido en sus seres queridos y alterado de alguna forma su futuro. Pero eso quedaría para más adelante. En ese instante no pensaban en las consecuencias de sus actos. Solo existía la urgencia por abrazarse y besarse.

Estuvieron de acuerdo en que, al menos por esa noche, todo el equipaje de Isabel, excepto el morral con el oro y una pequeña

selección de artículos que no levantaran sospechas en el castillo, se quedaría oculto en la cabaña.

Por suerte, desde que Isabel se había marchado, Calen había pasado gran parte de los días en la soledad del claro, acondicionando la cabaña. El techo ya no tenía goteras y la puerta cerraba como debía, lo que permitiría guardar ahí todo, con un mínimo de seguridad.

Calen cargó con dos de las bolsas en el primer viaje y regresó una segunda vez para meter también la moto dentro. Esta tendría que quedarse allí de forma permanente. Sonrió ante la ocurrencia de Isabel de traerla. Esperaba que cuando la pusieran en marcha, el rugido del motor no se escuchara en todo el condado.

Lethan apareció una hora más tarde en el claro.

—¿Se puede saber qué haces? —inquirió todavía sin desmontar—. Estaba preocupado, te has ido al amanecer y nadie ha vuelto a verte en todo el día.

Calen se giró y lo miró sonriente, cosa que sorprendió a su hermano, ya que desde que Isabel se había marchado había perdido la costumbre de hacerlo.

—Ah, estupendo, dos manos más. Nos vendrán bien para acarrear cosas.

—¿Nos? —repitió Lethan, desmontando y mirando a su alrededor.

Acababa de fijar la vista en su hermano cuando escuchó que alguien lo llamaba. Tuvo el tiempo justo de girarse y soltar la espada que, como un acto reflejo había desenvainado, para sujetar a Isabel, que ya se había lanzado a su cuello.

La tomó de la cintura y la separó, manteniéndola en el aire sin esfuerzo, para comprobar que realmente no eran imaginaciones suyas. Isabel mantenía los brazos rectos y las manos sujetas a los hombros de Lethan y desde las alturas, seguía sonriéndole. Lethan miró a su hermano, buscando confirmación, como si hiciera falta. Volvió a mirarla y soltó una inmensa carcajada que resonó en todo el valle, mientras volvió a acercarla a su cuerpo para abrazarla y girar con ella en un círculo completo.

—Pero, criatura, ¿qué haces aquí? ¿Cómo has venido?

—Calen me mandó a buscar, aunque ahora no se acuerde.

La posó en el suelo y ella afirmó de forma contundente:

—He venido para quedarme.

El menor de los Callaghan miró a su hermano que, con las piernas separadas y los brazos cruzados en el pecho, en una de sus poses favoritas, lo miraba orgulloso, como queriendo decir: «¿Has visto como no me equivoqué en la elección?»

Lethan volvió a reír y la abrazó de nuevo. Esta vez le pareció que estaba más rellena. La separó y la hizo girar adelante y atrás, mientras pasaba revista a su figura.

—Muchacha ¿qué has estado haciendo desde la última vez que nos vimos? ¿No has parado de comer? Estás bastante más rellenita.

Calen no se había dado ni cuenta, pero ahora que se fijaba, sí que parecía haber ganado algunos kilos.

Isabel rió sin ofenderse.

—En las bolsas no me cabía todo. Algunas cosas tuve que traerlas puestas.

Los dos hombres la miraban con cara de incredulidad, así que ella, para demostrárselo, remangó las faldas y mostró sus vaqueros. Calen se tapó la boca con la mano para ocultar su sonrisa, pero Lethan rió sin pudor, doblado por la cintura, deleitándose en el aspecto tan cómico y desaliñado que presentaba la mujer.

Isabel no tuvo ningún problema en unirse a sus carcajadas. Tenía ganas de reír, y el motivo era lo de menos. Tuvo que volver a soportar las bromas de los hermanos cuando estos se pusieron a inspeccionar el resto de su equipaje.

—Bueno, hice lo que pude, no tuve mucho tiempo para planificar qué incluir y qué no —argumentó sin perder la sonrisa.

Regresaron al castillo antes de que anocheciera. Pronto se corrió la voz de que «la mujer que vino de lejos», había retornado. Nadie pareció extrañarse demasiado. Desde su primera visita todos eran conscientes de que algo especial la rodeaba, y lo asumieron como si fuera un rasgo más de su persona. Nadie cuestionó la decisión de su laird. Así era su nivel de lealtad.

Lo primero que hicieron fue ir a comprobar si el retal seguía donde Calen lo había guardado. Y no, no estaba. Esto provocó cierto desasosiego en los hermanos al comprender que la historia que contaba Isabel era cierta. En algún momento, algo o alguien se había encargado de que el retal llegara a la Salamanca de 2025.

Lethan expresó en voz alta el temor que compartían ambos hermanos:

—¿Qué habría pasado si algo hubiera salido mal? Sí…, perdóname, me alegro de que no haya ocurrido, pero era una posibilidad.

Hizo una mínima pausa y soltó de carrerilla:

—¿Y si no hubieras llegado donde debías? El retal se habría perdido para siempre. No estaría ni aquí ni allí.

Una vez más, sus teorías los llevaban a terrenos inexplorados. Isabel se aventuró a conjeturar:

—Yo creo que eso no habría podido pasar. Han sido movimientos sincronizados. Cuando uno aparece, el otro desaparece. No pueden superponerse, pero tampoco desvanecerse los dos a la vez.

Se encerraron en la biblioteca, a salvo de oídos curiosos, para ponerse al día de lo sucedido durante el tiempo en que habían estado separados. Los hermanos pidieron que les trajeran algo de comer, los tres se habían saltado el almuerzo y, entre bocado y bocado, siguieron especulando y formulando teorías sobre lo que implicaba ese nuevo viaje de Isabel.



Es el momento de recapitular.
De tener claros los hechos contrastados de los que siguen siendo meras suposiciones.
No quiero perderme esta conversación. ¿Vienes?



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

—Bueno —dijo Lethan en su acostumbrado tono jovial—, a la lista de certezas, y gracias al voluminoso equipaje que nuestra intrépida viajera ha conseguido traer consigo, ahora podemos añadir que cualquier objeto o persona que esté en contacto con el peticionario viaja con él.

Calen asintió y añadió de su propia cosecha:

—También sabemos que la reliquia es necesaria para el viaje de ida, pero no para regresar. Isabel volvió a su tiempo sin ella, pero para retornar aquí, aunque lo intentó, no lo consiguió hasta tener de nuevo el retal.

—Y, gracias a mí —añadió Isabel—, también sabéis que la custodia de la tela recae en el laird, pero, como ha quedado constatado, cualquier persona puede solicitar la ayuda de Vadala.

—Cierto. Por el contrario, seguimos sin saber si hay un límite de peticiones por persona —matizó Lethan—, ni si las consecuencias recaen en todo aquel que fracase o solo en el laird.

Lethan se percató de que acababa de meter la pata. Se suponía que Isabel no sabía las consecuencias que habría tenido para Calen que ella no hubiera regresado antes de la fecha límite. Por si no se había dado cuenta, la mirada con la que su hermano lo fulminó, fue esclarecedora, tanto que ni a ella le pasó desapercibida.

—No hace falta que lo conviertas en estatua de sal. Sé que no estuvo bien, pero rebusqué entre vuestras cosas para releer las anotaciones que habíais hecho sobre el conjuro, a ver si me daban alguna pista de cómo debía proceder.

Ambos hermanos bajaron la mirada, como niños pillados en falta.

—Debisteis habérmelo dicho.

—Yo quería hacerlo —se defendió Lethan—, pero el testarudo de mi hermano insistió en que debías tomar la decisión sin presiones.

—Sin presiones, sí, pero con toda la información sobre la mesa —recriminó sin malos modos.

—Bueno, lo hecho, hecho está —zanjó Calen, consciente de que llevaba las de perder—. Tienes que estar agotada —afirmó poniéndose en pie—. Será mejor que lo dejemos aquí. Seguiremos mañana.

Isabel no se hizo de rogar. Era verdad que, como las otras veces que había viajado en el tiempo, sentía como si sus músculos se hubieran convertido en gelatina.

El pequeño de los Callaghan la envolvió en un abrazo sentido, al que ella correspondió del mismo modo.

—Bienvenida a casa, hermana.

Depositó un beso en su frente y añadió:

—Descansa, tendremos tiempo de sobra para hablar.

Lethan los vio abandonar la biblioteca abrazados por la cintura y sintió alivio… y envidia. Alivio porque él, a diferencia de su hermano, siempre había creído en el poder de lo sobrenatural y en esas fuerzas místicas que afectan, influyen y controlan el destino de los hombres. Aunque no lo había dicho en voz alta, por miedo a que solo con decirlo se hiciera realidad, estaba aterrado ante la posibilidad de que su hermano no lograra encontrar esposa. Estaba convencido de que, en ese caso, cuando terminara el tiempo estipulado, Vadala se lo llevaría consigo.

Y envidia. Un sentimiento que no solía ser propio en él y, menos, dirigido a su hermano.

Recordó que esa mañana, al despertar abrazado a la cintura de Katy, una joven cariñosa y dispuesta que había entrado a servir en el castillo hacía pocos meses, había fantaseado con la posibilidad de volver a invitarla a su cama esa misma noche. Pero, tras el inesperado acontecimiento que el día había deparado, no le apetecía compañía femenina. Prefería estar solo. Se sirvió una generosa copa de hidromiel y se acomodó en uno de los sillones para seguir desgranando lo sucedido y las consecuencias que iba a acarrear.



Mientras Isabel se desnudaba, Calen añadió un par de leños a la chimenea para que el fuego se avivara. Los recolocó con la ayuda del atizador, y pronto el fuego volvió a chisporrotear con fuerza, llenando la estancia de un calor acogedor.

Se desnudó y, en cuanto ocupó su lado de la cama, ella se abrazó a su cintura y apoyó la cabeza sobre su pecho. Estuvieron callados durante mucho rato, dejándose envolver por la calidez del otro.

Isabel no podía creer que todo hubiera salido bien. Rememoró todo lo vivido en esas últimas semanas y, sobre todo, el pánico que había sentido en las últimas horas. ¡Había tantas cosas que podían haber salido mal…!

Para Calen era igual de increíble el hecho de tenerla, otra vez, acostada a su lado. Tras su marcha, se había quedado destrozado. Roto, sin saber qué hacer para revertir lo ocurrido y dando por sentado que sus días en este mundo tocaban a su fin, cosa que tampoco le importaba demasiado si iba a tener que vivir sin Isabel.

—¿Te has dado cuenta de una cosa? —afirmó Isabel, visiblemente asombrada—. Si estamos en lo cierto, la donación a la universidad, la exposición… todo ha sido una excusa para hacerme llegar la caja con el retal. Me parece un plan magistral.

Calen repasaba los hechos una y otra vez, y seguía encontrando fallos.

—Hay algo que no alcanzo a comprender… Dices que yo te mandé el retal para que pudieras regresar. Pero, si ahora estás aquí, en realidad yo nunca he llegado a enviarte la reliquia.

—No soy muy ducha en esto de los viajes en el tiempo. Estoy igual de perdida que tú. Si hace unos meses me hubieran preguntado, habría dicho que era imposible. Y, sin embargo, ahora creo que ambas cosas han pasado. En dos líneas de tiempo diferentes, pero a la vez. En una línea, tú viviste sin mí, pero hiciste que el retal me llegara. Y en otra, yo lo encontré y regresé a ti.

—¿Dos caminos?

—Algo así.

—¿Y cuál es el verdadero, el real?

—Los dos. Esa es la magia. En mi tiempo se utiliza el concepto de dimensiones paralelas. Universos o realidades que coexisten con el nuestro, que transcurren en paralelo compartiendo tiempo, pero que pueden albergar versiones alternativas o diferentes de nosotros mismos o de nuestra vida.

En nuestro caso, creo que no solo han coexistido, sino que, de alguna forma que tampoco entiendo, en algún momento se han entrecruzado e influido la una en la otra. Pensamos que el tiempo es una línea recta, pero ¿y si no lo es?

Volvieron a guardar silencio, sumidos ambos en la tarea de dar con una explicación lógica.

Calen trató de mantener la mente abierta, empeñado en encontrar un argumento coherente que explicara lo sucedido. Tal vez Isabel tenía razón y la línea del tiempo no era tal, sino una hebra de una madeja enredada. Quizá todo era cuestión de tirar del extremo correcto para deshacer el nudo.

Le costaba dar credibilidad a esa posibilidad de dos o más versiones paralelas. Al cabo de unos minutos, insistió en su razonamiento.

—Pero si tú te fuiste, yo no llegué a conseguir esposa, luego Vadala se me habría llevado con ella.

Isabel lo meditó un instante.

—Bueno, tal vez no es tan perversa como crees. Tal vez es una romántica… y en el último momento decidió echarnos una

mano.

Calen arrugó el ceño e Isabel supo que esa hipótesis, como a ella, no le convencía en absoluto.

Entonces se apresuró a plantear otra posible alternativa, basada en lo que había descubierto buceando en internet, pero, que aún, no quería desvelar por miedo a hacerle daño.

—O, tal vez, sí te llevó. Quizá —sugirió, intentando ocultar tras una caricia el peso de la información que todavía no se atrevía a compartir— tuviste el tiempo justo para tallar el mensaje en la caja y contarle tu plan a Lethan. Y fue él quien se encargó de cumplir tu deseo y hacerme llegar el retal.

—Pero ¿cómo?

—Como te digo, mis pensamientos en esta materia son tan erráticos como puedan ser los tuyos. Pero tal vez consiguió que todos los futuros Callaghan, desde hoy hasta mi tiempo se comprometieran a hacer lo que fuera necesario para que, la generación que le tocara vivir en 2025, me hiciera llegar la caja con el retal.

Al decirlo en voz alta aún le pareció más increíble.

—Es una tarea titánica, lo sé, pero si era la única manera de recuperarte, aunque fuera en otra vida, veo a tu hermano muy capaz de idear un plan para transmitir esa misión de generación en generación hasta llegar a mi tiempo.

Volvieron a quedar en silencio.

—Entonces, ¿en algún lugar hay otro «yo» que te dejó marchar? —planteó con un deje de crispación.

—No —se apresuró a negar ella—, fui yo la que me marché. Ese otro tú —añadió con ternura—, dedicó la poca vida que le quedaba a traerme de vuelta. Gracias a él, ahora estoy aquí —aseguró acariciando su mejilla.

El enojo de Calen se apaciguó. Tomó la mano de Isabel y se la llevó a los labios para depositar un beso cargado de devoción.

Durante unos minutos, los únicos sonidos que rompieron el silencio fueron el crepitar de las llamas y el suave susurro del viento colándose entre los riscos.

—No entiendo muy bien esas dimensiones paralelas de las que hablas —insistió Calen—. Pero, si son las responsables de que ahora estés aquí, les debo gratitud eterna.

Isabel sonrió y, sin mirarlo, levantó levemente la cabeza y depositó un beso sobre su pecho. Sin más, volvió a acomodarse sobre él y esta vez sí, el silencio la arrulló hasta conciliar el sueño.



Los días siguientes fueron plenamente felices. En cuanto tenían ocasión, se escapaban al claro. Mientras Isabel leía o escuchaba música, saboreando una Coca-Cola a pequeños sorbos, Calen aprovechaba para recorrer en moto el sendero cercano.

Sabían que tendrían que hacer frente a las consecuencias de sus decisiones, pero querían seguir un poco más en su burbuja de felicidad.

Lethan pasaba mucho tiempo estudiando los libros de ingeniería y arquitectura que Isabel le había traído. Aunque a veces se unía a ellos e inmortalizaban aquellos instantes tomando fotos con el móvil de Isabel que, por increíble que parezca, seguía funcionando gracias al cargador solar.

Y, por supuesto, las hipótesis sobre lo sucedido seguían a la orden del día. Cuando no era uno, era otro. Todos los días salía el tema a colación; debatían, a veces, tan solo unos minutos, otras, por horas, y al terminar seguían tan perdidos como al principio.

—Vamos a dejarlo por hoy —propuso Calen, tras una de esas largas charlas—. Estas conversaciones en las que no hallamos explicación a lo sucedido me agotan más que las constantes provocaciones de los Burg. No me gusta ser el juguete de nadie y mucho menos el de alguien tan caprichoso como el destino o, peor aún, Vadala.

Miró a Isabel y añadió algo más calmado:

—¿Te apetece que demos un paseo?

Isabel afirmó con la cabeza y se levantó de inmediato.

—Un momento —intervino Lethan con voz grave, mirándolos a ambos— solo una cosa más. Hay algo que no hemos tenido en

cuenta. Antes de que venza el plazo de Vadala deberíais formalizar vuestra unión.

De inmediato, captó la atención de ambos.

—No basta con que os améis —explicó—. Vuestro amor debe hacerse público y oficial. Debe quedar claro para Vadala que la petición se ha cumplido.

—¡Dios mío! ¡Tienes razón! —afirmó Isabel, llevándose una mano al pecho— ¿Cómo se nos ha podido pasar por alto algo tan fundamental? No podemos darle la menor excusa para que pueda reclamarte —añadió, afectada por lo cerca que habían estado de pasar por alto lo más esencial: escenificar su amor ante Vadala.

Calen arqueó una ceja, igual de sorprendido que Isabel ante la magnitud de su olvido.

—Es posible que, literalmente, me hayas salvado la vida —afirmó, apretando el hombro de su hermano en señal de agradecimiento.

—Una vez más —bromeó Lethan—. Te he salvado la vida, una vez más.

Calen retiró la mano del hombro de su hermano y le dio un buen pescozón.

Durante el paseo que dio la pareja a continuación, descartaron de inmediato preparar un gran banquete y una larga lista de invitados. Solo una ceremonia íntima, con los testigos suficientes. Así se lo transmitieron a Lethan a su regreso para la cena, cuando este insistió en hacerse cargo de todos los preparativos.

—Entendido. Ningún problema. Algo íntimo y sin ostentaciones. Dejadlo en mis manos.



La celebración tuvo lugar al atardecer, tres días más tarde. El lugar no podía ser otro que el claro de *Fàtach Bràith*, iluminado por el círculo de antorchas que Lethan dispuso y se encargó de encender. No hubo más adornos que la propia hierba, ni más música que el arrullo constante de gorriones y jilgueros regresando al cobijo de los

árboles para pasar la noche. El cielo, vestido de rojos y anaranjados, parecía uno más de los asistentes a esa unión.

La novia llevaba un sencillo pero hermoso vestido color marfil, que Lethan le había entregado la tarde anterior. Aunque no consiguió sonsacarle su procedencia, imaginó que se lo habría pedido prestado a alguna de sus amigas. La realidad era que Lethan había engatusado a las doncellas más hábiles con la aguja para que lo confeccionaran expresamente para ella, prometiéndoles una generosa gratificación si lo terminaban a tiempo. Lo hicieron y aún tuvieron margen para trenzar una hermosa corona de flores que lució sobre el cabello suelto de Isabel como la más lujosa de las tiaras.

Calen, erguido y solemne, ataviado con su mejor *plaid*, apenas podía apartar los ojos de la novia. Como testigos, un selecto grupo de miembros del clan, entre los que se podía distinguir los sonrientes rostros de Travis, el *constable* y una nutrida representación de los sirvientes más cercanos del castillo.

No hubo necesidad de sacerdote. Bastaron las sentidas y sinceras palabras que pronunció Lethan, como oficiante improvisado, y las de los novios al recitar la *troth*[21] y sellando con ello su promesa de amor. La anciana que hacía las veces de curandera en el castillo fue la encargada de llevar a cabo el *handfasting*[22]. Apareció acompañada de varias mujeres del clan que portaban cuencos con sal, pan, monedas y llaves, objetos utilizados en la época como símbolos propios de protección y prosperidad.

Especialmente emotivo fue el momento en que Calen rebuscó en la bolsa de cuero que llevaba colgada del cinturón y sacó un anillo de apariencia sencilla, discreto y, sin embargo, elegante, que colocó en el dedo de su esposa. A Isabel le sorprendió. No contaba con ello. Sabía que, en esa época, aunque en Europa ya empezaban a utilizarse las alianzas como símbolo de compromiso o de unión, en Escocia, esa costumbre aún no estaba generalizada.

A Calen le gustó ver esa emoción contenida en los ojos de Isabel mientras le colocaba el anillo. Gracias a ella había conocido la práctica, tan común en su siglo, de intercambiar anillos. Incluir aquel

gesto del siglo XXI en la ceremonia, le pareció un detalle perfecto para que se sintiera más a gusto.

Elegir la mejor opción para llevarlo a cabo, había sido un verdadero quebradero de cabeza para Calen. Primero pensó en forjar él mismo una sortija. Sin duda habría tenido un matiz más romántico que seguro Isabel no habría pasado por alto, pero debía ser honesto y reconocer que no habría tenido la calidad que exigía la ocasión.

También le cruzó por la cabeza encargar el anillo al artesano del pueblo. Había visto muchos de sus trabajos y eran muy buenos, aunque dudaba que con un plazo tan corto hubiera podido llevar a cabo un trabajo digno.

Empezaba a estar desesperado cuando recordó el joyero de su madre. No lo había visto en años, pero recordaba que su padre lo guardaba oculto en una de las piedras de la chimenea de la biblioteca. De vez en cuando, cuando creía que nadie lo observaba, Lethan y él lo habían visto sacarlo y palpar con veneración las piezas que escondía.

La tarde anterior, con la ayuda de Lethan, mientras Isabel estaba entretenida probándose el vestido para la boda, se había escabullido hasta la biblioteca y tanteado las ennegrecidas piedras de la chimenea hasta dar con la correcta. La sacó y dentro, envuelto en un paño, encontró el pequeño joyero. Ahora recordaba aquella leve presencia etérea que había sentido en esos instantes antes de abrirlo y que él interpretó de inmediato como una señal de su madre, de su beneplácito por lo que estaba a punto de hacer.

En cuanto vio el contenido de la caja, supo cuál de entre todas las sortijas debía elegir: un sencillo anillo de oro, sin adornos, pero cargado de simbolismo. Su madre siempre había lucido aquella sortija.

Había tenido miedo de que no fuera de la medida correcta, pero ahora que lo veía en la mano de Isabel, le estaba perfecto. Como si siempre le hubiera pertenecido. Y se sintió orgulloso de haber podido unir el futuro, una costumbre del siglo XXI, con el pasado de su linaje. Todo en un simple aro que ahora lucía en la mano de su esposa. ¡Su esposa! ¡Qué bien sonaba!

En cuanto Lethan bendijo su unión y les deseó un próspero y duradero linaje, los hombres presentes golpearon sus puños contra los escudos y el claro se llenó de vítores y alegría. Calen inclinó su rostro y besó a su mujer. Tanto Lethan como los novios sintieron que, con ese acto, habían dejado cerrado el capítulo hasta entonces abierto con Vadala. Aun así, sabían que no respirarían tranquilos hasta que el último segundo del plazo pactado, expirara sin sobresaltos.

Qué poco imaginaban lo cerca que estaba ya el momento de formular un nuevo conjuro.

No te quedes fuera.

El clan Callaghan te ha reservado un lugar especial para presenciar el "sí, quiero" de Isabel y Calen.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Era curioso, cuando estuvieron en el siglo XXI, pasaron muchas horas hablando de historia. Ella le fue narrando las guerras que habían asolado Europa, le mostró mapas y enumeró los países que conformaban el mundo actual. Calen quiso saber todo lo que había pasado en esos siglos que separaban su tiempo de esa nueva época, pero se cuidó mucho de preguntar por lo sucedido en Escocia en esos años. Isabel fue consciente de ello y lo respetó. Pero ahora era distinto. Ahora tenía que hablarle de ese descubrimiento que ella había hecho cuando regresó a su tiempo. Y aprovechó uno de esos ratos en los que estaban los tres para hacerlo.

—Quiero compartir con vosotros una información que me parece muy relevante —anunció para captar la atención de ambos—. Cuando regresé a mi tiempo, esperé pensando que me seguirías —comentó mirando a Calen—. Pasaron las horas sin que aparecieras y con ellas perdí toda esperanza. Y empecé a imaginar mil posibles causas. Supongo que la mezcla de mi desesperación y de mis ganas de mantener viva la conexión que seguía sintiendo contigo, me llevaron a buscar en internet información sobre vuestro clan. Cualquier cosa me valía con tal de poder sentirte más cerca —confesó con naturalidad.

Calen, conmovido, la sujetó por la nuca y la acercó para depositar un beso en su frente. Isabel le dedicó una dulce sonrisa y continuó hablando:

—Por fin encontré una página con la lista de los laird de un centenar de familias. Entre ellas, localicé la vuestra.

Los hermanos seguían en silencio. Isabel prosiguió.

—Nombraban a un tal Calen Callaghan, laird durante poco más de dos años. Lo registraban como fallecido, sin descendencia, en 1290.

Hizo una pausa que, a pesar de ser solo de un par de segundos, se hizo eterna.

—El siguiente laird eras tú —añadió mirando a Lethan—. Es tu estirpe la que llega hasta mi tiempo.

Lethan la miró sorprendido.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo contrasté con varias fuentes diferentes.

Isabel no dijo más y aguardó en silencio a que los hermanos sacaran sus propias conclusiones. Los miraba, tratando de adivinarlas, pero fue imposible. Ambos parecían haberse refugiado en un rincón recóndito de sí mismos.

Calen rompió el silencio poco después.

—Bueno, los motivos pueden ser muchos, aunque la realidad es solo una. Está claro que debo dejar de ser laird para que la historia siga su curso.

Tal vez esperaba que Isabel o Lethan lo rebatieran, pero lo cierto es que, en ese instante, ninguno de los dos encontró argumentos para hacerlo.

El *constable* eligió ese instante para entrar.

—Disculpad. Calen, ¿podrías venir? Hay que decidir qué hacer con el problema de la techumbre de las cuadras. Las lluvias de la semana pasada lo han debilitado demasiado. Me temo que, en cualquier momento, se derrumbará.

—Vamos —afirmó Calen, como si hubiera estado esperando una excusa para abandonar la sala.

Lo vieron salir y permanecieron en silencio. Enseguida, Lethan se levantó e imitó a su hermano.

—Discúlpame —murmuró, camino de la puerta, con la cabeza ya en otra parte.

La revelación de Isabel había dejado a Calen muy afectado. Saber que no formaría parte del futuro de su clan le dolió en lo más profundo. Y, como antes le había ocurrido a Isabel, necesitó tiempo para asimilarlo.

Los días siguientes apenas interactuó con los habitantes del castillo. Salía a cabalgar al alba y no regresaba hasta el almuerzo. Nadie lograba arrancarle más de dos frases seguidas. Isabel se sintió culpable por haberle revelado su futuro de forma tan abrupta y con tan poco tacto. No soportaba verlo tan taciturno. Él no era así.

Shhh…entra despacio, Isabel todavía duerme, ajena a la decisión que Calen acaba de tomar.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

La mañana del cuarto día, cuando Isabel despertó, palpó las sábanas y comprobó que, como los días anteriores, Calen ya no estaba en la cama. Al abrir los ojos lo vio sentado en el alféizar de la

ventana. Lo observó sin moverse, estudiando su expresión. Parecía absorto en sus pensamientos, con la vista fija en algún punto indeterminado. Al instante, como si hubiera detectado que ya no dormía, giró la cabeza hacia ella. Algo había cambiado. Su mirada volvía a ser clara. Lo que fuera que la hubiera enturbiado hasta entonces había desaparecido.

—Hola —musitó, con miedo a romper la tibieza de su mirada.

—Buenos días —respondió Calen, sin dejar de comérsela con los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí. Tenemos que hablar.

El corazón de Isabel se desbocó sin previo aviso, prueba inequívoca de que se avecinaban cambios. Sus latidos nunca la engañaban.

Calen había revisado una y otra vez todos los motivos que podrían haberlo llevado a abandonar el liderazgo. Al principio solo veía uno: la muerte. No se le ocurría otro motivo. Pero conforme pasaban las horas y revisaba todo lo referente a su viaje en el tiempo, había dado con otra posible explicación para su ausencia en la historia de su clan.

Lo que tenía muy claro es que, para bien o para mal, el único responsable de ese viaje en el tiempo era él. Y, por lo tanto, también debería afrontar en solitario sus consecuencias.

Al parecer, en el momento en que formuló el conjuro su destino cambió de rumbo y su nombre dejó de estar vinculado al de su familia. Tal vez, en una realidad había acompañado a Vadala, en otra había quedado atrapado en un tiempo extraño o, como temía Isabel, quizá, en esta, la muerte lo aguardaba en cualquier instante de los meses venideros. Daba igual la forma en la que sucediera, el resultado era el mismo. En los registros del clan, él desaparecía.

Y si debía ser así, prefería elegir él mismo la causa.

Habló con Isabel y le explicó sus argumentos. Revisaron juntos la línea de razonamiento y llegaron a la conclusión de que, si persistían en sus planes, en el mejor de los casos iban a alterar el futuro del clan. En el peor, como ya había constatado Isabel en los libros de historia, él moriría en breve.

El deber de un buen laird era proteger a los suyos. Calen había puesto en riesgo su futuro de manera inconsciente, pero tenía muy claro que no iba a hacer lo mismo con el futuro de su familia, aunque eso implicara renunciar a su título, a su clan y a la vida que había conocido hasta entonces.

Después de hablarlo con Isabel, decidir regresar al futuro, a pesar de lo ilógica y dolorosa que había sonado la idea en su cabeza, terminó pareciéndole la opción más apropiada.

Isabel también lo creyó así. Ahora que se paraba a pensarlo se dio cuenta de que ella nunca perteneció al pasado. Le hubiera gustado integrarse, pero siempre se sintió extraña, fuera de lugar. En cambio, Calen se había adaptado al siglo XXI mucho mejor que ella al pasado. Esa capacidad era algo que Isabel, tras haberlo experimentado en carne propia en su primer viaje, admiraba profundamente en él. Si hubiera tenido que quedarse en la Edad Media, habría acabado siendo una más, pero le hubiera costado mucho tiempo y esfuerzo. A Calen, sin embargo, era capaz de imaginarlo con facilidad, acudiendo al cine, viajando en avión o rodeado de electrodomésticos que le facilitaran el día a día. Incluso conduciendo una de esas máquinas infernales con ruedas, como él las llamaba.

Lethan también pasó un par de días taciturno y, por qué no decirlo, preocupado. Era un hombre de acción. Ante una situación de alarma o peligro reaccionaba y encontraba siempre una solución. Pero esto le tenía desconcertado. Peor aún, bloqueado. Optó por cambiar de táctica. Quizá, si mantenía la mente ocupada en otras cosas, la respuesta al enigma acabaría apareciendo sola.

Por eso se había pasado la tarde encerrado en sus aposentos, examinando con detalle uno de los libros que Isabel le había traído. Se habían convertido en su válvula de escape. Basándose en los mismos principios que mencionaba aquel volumen, aunque introduciendo algunos cambios para adaptarlo al terreno, creía poder instalar un sistema de alcantarillado en la aldea. Probaría primero en la parte alta del poblado y, si funcionaba… ¡oh!, si funcionaba sería

una auténtica revolución. Los desechos y la suciedad se reducirían al mínimo y, con ellos, muchas de las enfermedades que provocaban.

Le habían subido una bandeja con la cena, pero quiso bajar antes de acostarse para comentar con su hermano su proyecto. Estaba seguro de que lo aprobaría.



Supo que Calen e Isabel se traían algo entre manos en cuanto entró a la biblioteca. Supo que se lo contarían sin necesidad de preguntar y además supo, sin lugar a dudas, que no le iba a gustar.

Consiguió mantenerse callado mientras duró la explicación de su hermano, pero en cuanto terminó Lethan explotó.

—Ni hablar.

—Hermano, por favor, razona…

—He dicho que NO —lo interrumpió con énfasis y sin miramientos—. Tiene que haber otra forma.

—No la hay.

—Tiene que haberla —gritó dando un golpe sobre la mesa.

—Bien, pues dímela. Dime otra forma de solucionarlo.

—Dame tiempo, la encontraré.

—Lethan, no te das cuenta de que tiempo es lo que no tenemos —argumentó Calen—. Cuanto más esperemos, más cosas estamos modificando. ¿Qué hubiera pasado si no hubiera conseguido esposa en el tiempo establecido? Ya no estaría aquí. Vadala ya me habría llevado al inframundo. ¿Y si Isabel no hubiera conseguido regresar? Te lo dije antes de que ella volviera, habría renunciado a seguir como laird, no estaba dispuesto a casarme con otra.

Calen se plantó ante su hermano y extendió los brazos, como si la solución fuera evidente.

—Solo debes unir los dos destinos para saber lo que hay que hacer. Tú habrías acabado siendo el laird y, después de ti, tus hijos y tus nietos. Y yo habría desaparecido de este lugar y de este tiempo. Alégrate por mí. Ahora mi destino, al menos, es el futuro, no el inframundo.

—He dicho que no —volvió a insistir el menor de los Callaghan.

Se hizo un inmenso silencio. Solo las respiraciones profundas de los hermanos rompían la quietud. Isabel no se atrevía a intervenir. En parte se sentía responsable de todo aquello y así lo expresó.

—Siento todo esto. No pensé en las consecuencias. Yo solo quería…

—Tú no tienes la culpa de nada —afirmó Lethan, más alto y enérgico de lo que hubiera querido.

Tomó una bocanada de aire y, sujetando a Isabel de la barbilla, repitió con un tono mucho más suave.

—Tú no tienes la culpa de nada, ¿me oyes?

Isabel asintió con la cabeza, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Lethan —pidió Calen, también más calmado—, ¿no te das cuenta de que estamos poniendo en peligro a nuestros descendientes…, mejor dicho, a los tuyos? ¿Qué más pruebas quieres? —increpó a su hermano—. Así es como debe ser. Si seguimos actuando de forma irresponsable, cambiaremos el futuro de tus hijos y nietos, incluso podría ser que ni siquiera nacieran.

—¡No me importa! —gritó Lethan, fuera de sí, viéndose acorralado—. No conozco a esos hipotéticos hijos. No estamos matando a nadie. No existen. No han nacido. Otros nacerán en su lugar.

Calen intentó razonar una vez más:

—Pero no te das cuenta…

Lethan volvió a interrumpirlo. Golpeó la mesa y se inclinó sobre ella hasta dejar su rostro a escasos centímetros del de su hermano.

Entonces murmuró, con los ojos centelleantes.

—No pienso renunciar al único hermano que tengo por una posible descendencia que está por ver si existirá en algún momento.

Calen le sostuvo la mirada. Hubo un instante en el que Lethan creyó haberlo convencido y que juntos buscarían otra

solución que no implicara su regreso al futuro para siempre. Pero solo fue un segundo. Enseguida se impuso el pensamiento de laird.

—Lo harás, hermano. En cuanto consigas que tu corazón deje de gritar de dolor, escucharás con claridad a tu cabeza y sabrás que es lo correcto. Todo buen laird sabe que ha de anteponer el bien común al suyo propio. Y yo sé que tú vas a ser un excelente laird.

Lethan cerró los ojos y bajó la cabeza, derrotado. Se giró y salió con grandes zancadas del salón. No pensaba darse por vencido. Encontraría otra solución que no obligara a su hermano a rehacer su vida a más de setecientos años de distancia. Eso era demasiada distancia.



Calen e Isabel comenzaron con los preparativos para su viaje al futuro. Sabían que era cuestión de tiempo que Lethan aceptara la decisión de su hermano. Y así fue. Estuvo ausente cuatro días con sus cuatro noches, pero al quinto subió a la torre, donde Calen e Isabel había montado el cuartel general, y afirmó desde la puerta:

—No vais a cambiar de opinión, ¿verdad?

—Me temo que no.

Lethan cerró los ojos en un fallido intento de ocultar cuánto le dolía esa respuesta. Aún guardaba la esperanza de que, en esos días que había faltado, ellos hubieran hallado otra solución. Pero lo cierto es que había reflexionado mucho sobre las opciones. En su tiempo, con enfrentamientos continuos, si algo tenía claro era que, en cualquier momento, podías perder a un ser querido. Puesto a perder a su hermano, prefería saberlo en un lugar seguro, aunque fuera a siglos de distancia, en compañía de la mujer que había elegido como compañera de vida, que enterrado bajo tierra o esclavizado en el inframundo.

—Si van a ser tan escasos los días que nos quedan de estar juntos —afirmó, intentando sonreír—, no quiero seguir perdiendo minutos estando separados.

Los hermanos se miraron en silencio. En uno de esos silencios que transmiten más que mil palabras.

—Pasa —invitó Calen—, necesitamos tu opinión en varios asuntos. Tenemos mucho que planificar.



A medida que se acercaba el día de la partida, Isabel estaba más contenta y Lethan más apesadumbrado. Calen se debatía entre ambos sentimientos, sin poder discernir cuál de los dos pesaba más en su corazón y en su mente.

Hubo otro punto sobre el que debatieron durante horas sus pros y contras. Había quedado claro y de hecho fue la razón que los llevó a decidir trasladarse al futuro, que sus idas y venidas en el tiempo podían provocar, si no lo habían hecho ya, algún cambio importante en el devenir de la historia en general y la del clan en particular.

Por eso, si algo tenían claro era que, aquel viaje, para bien o para mal, sería el último y definitivo. No podían seguir jugando con fuego. Si no tenían intención de volver a utilizar el retal o tal vez para evitar tentaciones futuras, no tenía sentido que viajara con ellos. El lugar al que pertenecía era el pasado.

No estaban seguros de que pudieran viajar sin el jirón, a Isabel le había sido imposible, pero, tal vez, si en la propia petición incluía su renuncia explícita al derecho de realizar un viaje de retorno, Vadala, siempre dispuesta a jugar con ventaja, aceptaría el trato. Estuvieron de acuerdo en, al menos, intentarlo. Si el conjuro no daba resultado, siempre estarían a tiempo de repetirlo con el retal en su mano.

Los dos hermanos pasaban todo el tiempo que podían juntos, bien encerrados en la torre o bien paseando por las tierras. Hablaron de todo: del futuro del clan, de cómo proteger el legado… Calen compartió con su hermano todas las ideas y los planes que tenía pensados para mejorar la vida de los suyos a lo largo de los años. Ahora sería Lethan el responsable de llevarlos a cabo. Y aprovecharon para decir todo lo que ya no tendrían ocasión de decirse.

La planificación del viaje de regreso quedó a cargo de Isabel. Habían decidido instalarse lo más cerca del clan. Si a lo largo de esos años había sobrevivido, ellos querían formar parte de ese futuro. Por ello, Isabel debía elegir un punto concreto donde reaparecer, cercano a las tierras de los Callaghan.

Tenía que ser un lugar que no hubiera cambiado demasiado con el paso de los siglos. De lo contrario, podrían acabar apareciendo en el corazón de una montaña o en el fondo de un pantano. Pero a la vez, tampoco podía ser un lugar muy concurrido. Aparecer rodeados de público exigiría demasiadas explicaciones.

Para Isabel no era tarea fácil. No conocía la Escocia de su tiempo y no sabía cómo elegir el lugar apropiado. A ratos también trabajaba en el texto para la petición, intentando volver a ser lo más meticulosa posible porque los hermanos seguían insistiendo en que Vadala aprovecharía cualquier grieta para truncar su destino.

Cuando todo estuvo preparado, Calen hizo una propuesta a Isabel.

—Antes de irnos me gustaría hacer un viaje, solos los dos, para enseñarte lo hermosa que es mi tierra. Al final, casi no he tenido ocasión de mostrarte nada. Estaba convencido de que habría tiempo de sobra para enseñártelo todo sin prisas —explicó con cierto pesar.

—¿Crees que es prudente? —advirtió Isabel, sabedora de que cuanto más retrasaran la vuelta al futuro, más riesgo corría Calen de sufrir un percance fatal.

—Solo serán unos pocos días.

Isabel no fue capaz de negarle ese último deseo. Parecía importante para él.

—¿Dónde tienes pensado llevarme?

Calen sonrió, como pocas veces lo había visto hacerlo.

—Podemos ir a *Dunkeld*. Visitaremos la hermosa catedral que están construyendo. Tal vez, en tu tiempo, podamos regresar y verla terminada. Pasearemos por la orilla del río *Tay*, como antes lo hicimos por la de tu *Tormes*. Y podremos perdernos durante horas en el bosque de *Birnam.* Aunque te lo advierto: después de visitarlo,

tu *parque de la Alamedilla* te parecerá una diminuta ratonera —bromeó.

Siguió detallando todos los lugares a los que la llevaría sin saber que ella, aunque solo de manera virtual, ya los conocía todos. Isabel no le mencionó lo famoso que un tal *Shakespeare* haría al bosque de *Birnam* al nombrarlo en *Macbeth*, una de sus obras más conocidas. Ni que siglos después se llenaría de *frikis* de Harry Potter. Tampoco quiso anticiparle que la catedral que ellos verían aún en obras tardaría siglos en terminarse. Y que después sería destruida en dos ocasiones: una en plena Reforma Religiosa del siglo XVI y otra en la *Batalla de Dunkeld* en 1689, durante las guerras jacobitas. Y que sí, podrían visitarla en el futuro, pero solo el ala este, donde se encontrará el coro y se seguirán celebrando servicios religiosos, conciertos y bodas. El resto, toda el ala oeste, no se llegará a restaurar nunca. En 2025, seguirá en ruinas.

Ya habría tiempo de mencionar todo eso. Ahora, Calen se merecía disfrutar aquel último tour turístico de despedida por su tierra.



AÑO 2025

Isabel sintió, como las veces anteriores, que su cuerpo se aligeraba y que sus pensamientos se disolvían, pero no tuvo miedo. Era su tercer viaje, su tercer regreso a su tiempo, aunque muy diferente a los anteriores.

No era como el primero, cuando en el propio conjuro de ida había estipulado la vuelta para diez minutos más tarde, y menos mal que lo hizo. De haber permanecido un minuto más allí, el desenlace habría sido muy distinto.

Tampoco era como el segundo, en el que había expresado su deseo de regresar en pleno arrebato de mal genio. Un impulso del que se arrepintió al instante.

Este, por primera vez, era un retorno planificado, elegido y deseado.

Aun así, y puesto que habían decidido traerse de vuelta su moto, Isabel, sentada detrás de Calen, no pudo evitar rodear con fuerza su cintura, con cierto vértigo.

Habían optado por pronunciar el conjuro en el claro de *Fàthach Bràith*, lejos de miradas curiosas y al cobijo de la noche cerrada. Pese a ello, una vez en el presente, se bajaron de la moto algo temerosos de atraer la atención de algún testigo inesperado.

Pero no fue así. No se veía un alma. El presente los recibió con una calma extraña, como si el tiempo los hubiera estado

esperando, como si supiera que ese era su lugar y a nadie le importara que estuvieran allí.

Isabel no fue consciente de que las lágrimas que nacieron en 1290, mientras mantenía la vista fija en el tenso, pero a la vez sereno, rostro de Lethan, habían viajado con ella a 2025, hasta que Calen se las secó.

Ese último viaje de despedida que habían hecho en el pasado les había servido para elegir una ubicación segura donde reaparecer en 2025. La ribera del río Tay les pareció el lugar perfecto.

Ambos sonrieron al localizar justo a su espalda la imponente estructura de piedra del puente de Dunkeld[23], nueva para ambos, puesto que la última vez que habían estado allí, todavía no estaba construido, pero que les confirmaba que estaban donde querían estar.

Por si aún tenían dudas, al levantar la vista, en la orilla de enfrente, descubrieron la imponente silueta de la catedral.

Calen le rodeó la cintura y la apretó contra sí, en un silencioso gesto de alegría y complicidad.

—Funcionó —exclamó Isabel, tan sorprendida como aliviada —. Vadala ha aceptado que el retal se quede en el pasado.

—Puedes estar segura de que, si lo ha hecho, es porque le convenía —replicó él, convencido de que no había sido por hacerles ningún favor.

Isabel lo observó intentando analizar su estado de ánimo. Intuía la vorágine de sentimientos encontrados que tenía que sentir en ese momento: pérdida, excitación, miedo, tensión, ansiedad… Pero, para su sorpresa, su mirada solo reflejaba serenidad, templanza y seguridad. Su cuerpo seguía en alerta, pero al mismo tiempo parecía relajado. Y en la sonrisa que empezaba a dibujarse en sus labios, Isabel solo vio amor y determinación. Ella también sonrió más distendida.

—Vamos a buscar un lugar para dormir. Mañana comienza nuestra nueva vida —afirmó Calen con rotundidad.

Volvieron a subirse a la moto, esta vez con Isabel como piloto y pusieron rumbo al centro de la ciudad. No les costó demasiado

localizar un pequeño hotelito donde pasar la noche.

De nuevo en el siglo XXI.

¡Qué alivio! Parece que están donde debían estar.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

La calma y la serenidad que Calen había mostrado la noche anterior se habían esfumado con las primeras luces del día.

Isabel lo notó nervioso desde primera hora, aunque no hizo comentario alguno. Sabía el motivo. Ese día tenían previsto acercarse hasta las tierras de los Callaghan. Ella, la víspera, había intentado prepararlo para el impacto emocional que eso iba a suponer. Apenas habían pasado unas horas desde que ellos las habían abandonado, tenían muy fresco el recuerdo del aspecto que presentaban. Sin embargo, tras ese pequeño margen de horas que habían pasado, seguro que su apariencia sería muy distinta.

Lo primero que hicieron fue abrir una cuenta en un banco. Allí alquilaron una caja fuerte y dejaron a buen recaudo el oro que Isabel había llevado con ella al pasado, junto con un saquete de monedas de plata que, por sugerencia suya, Calen se había traído

consigo. Eran monedas de uso corriente en su época, pero era fácil imaginar que en 2025 tendrían un gran valor para cualquier coleccionista y que, por lo tanto, podrían valer una fortuna.

En la misma sucursal, cambiaron los pocos euros que Isabel había conservado como recuerdo por libras esterlinas.

Ese había sido uno de sus primeros escollos al volver al presente: la falta de efectivo para pagar la habitación. Por suerte, la recepcionista resultó ser la dueña del pequeño hotelito y, aunque la costumbre era cobrar la estancia por adelantado, hizo una excepción.

Una vez que dispusieron de dinero de curso legal, regresaron al hotel para pagar la habitación y recoger sus escasas pertenencias.

Si lograban dar con los Callaghan, suponían que les indicarían un lugar más próximo donde pasar la noche. De no encontrarlos, lo único que querrían sería alejarse cuanto antes de la zona. En cualquier caso, quedarse allí una noche más estaba descartado.

Y a pesar de que ya habían desayunado en el hotel, por insistencia de Calen, buscaron una cafetería cercana donde tomar algo. Isabel estaba segura de que solo pretendía ganar tiempo, retrasar el momento de enfrentarse a esa visión actualizada de su hogar. El comentario que hizo a continuación confirmó su, por otra parte, justificado desasosiego.

—¿Quedaría muy extraño si pido un vaso de whisky?

—Me temo que son unas horas un poco intempestivas para tomar whisky —respondió Isabel, divertida por ese nerviosismo tan atípico en él.

—Pues es una lástima, porque es justo lo que necesito —aseguró malhumorado.

Isabel se apiadó y sugirió algunas alternativas.

—Podrías pedir un *Irish coffee*.

—¿Qué es…?

—Café, whisky, azúcar y nata montada.

Calen arrugó la nariz.

—Mejor algo más contundente, con menos adornos, más licor y a poder ser suprimiendo tu imprescindible café mañanero.

Isabel sonrió sin disimulos. Estaba segura de que su sugerencia no iba a ser de su agrado, aun así, no había podido resistir la tentación de proponerla.

—Bueno… podemos disimular tu acuciante necesidad de alcohol, mezclándolo con… ¿chocolate?

Calen se recostó sobre el respaldo de la silla y al tiempo que afirmaba con la cabeza, concedió de buen grado:

—Esa me parece una opción más aceptable.

El camarero se presentó al instante e Isabel pidió un café expreso para ella y un chocolate con whisky para él.

Bastó con que Calen alzara el dedo índice para que el camarero se detuviera en seco.

—Mi chocolate, si es posible, corto de chocolate y largo de whisky, por favor.

El camarero, solícito, asintió sin mostrar signos de extrañeza y se alejó hacia la barra.

—Espero que esté a su gusto —afirmó, con cierta complicidad al regresar poco después con las consumiciones.

—Seguro que sí. Muchas gracias —contestó Calen, guiñándole un ojo.

Tras dar un par de sorbos a su diluido, pero potente chocolate y sentir el familiar calor abrasador recorrer sus entrañas, empezó a encontrarse mejor. Necesitaba esa ayuda externa para aplacar el enjambre de dudas, seguro que la mayoría infundadas, que se habían colado en su cabeza.

—Vamos, suéltalo ya —le apremió Isabel.

Calen se limitó a emitir un ruido gutural mientras levantaba las cejas en un gesto interrogativo.

—Si no relajas la mandíbula, te va a explotar la vena de la sien. ¿Qué pasa? —insistió Isabel.

Calen se animó a hablar. Tal vez si enumeraba en voz alta todas las preguntas que no dejaba de repetirse dentro de su cabeza, podría descartar alguna por infundada o descabellada.

—¿Y si no hay nada? ¿Y si no hay nadie? ¿Y si están, pero no creen una palabra? ¿Y si los míos desaparecieron hace siglos de la faz de la tierra?

—Sabes que eso no es verdad. Yo lo constaté a través de varias fuentes fiables. Además, se encargaron de enviarme la reliquia.

—Eso fue en el 2025 que tú abandonaste —debatió con vehemencia— ¿Y si este 2025 no es el mismo? Según esa teoría tuya de los mundos paralelos, podría ser, ¿no es cierto?

Isabel no se había parado a pensar en eso, pero le pareció un razonamiento tan válido como cualquier otro.

—No lo creo —discrepó tras pensarlo un solo instante.

—¿Por qué?

—No te sé decir. No te niego que siguiendo el mismo argumento que hemos aplicado al resto de nuestra loca teoría, sería posible. Aunque algo, mi instinto, mi intuición… llámalo como quieras, algo dentro de mí me dice que tu familia te espera a pocos kilómetros de aquí.

Calen la miró deseando creerla, con la misma mirada inocente y llena de esperanza de un niño que espera que su madre le confirme que sus compañeros de clase mienten y que, por supuesto, los Reyes Magos existen.

—Ojalá tengas razón, pero ha pasado tanto tiempo y tantas cosas…

Isabel temió que Calen hubiera viajado solo por la esperanza de reencontrarse con los suyos y que, si eso no ocurría, no tendría la fuerza vital suficiente para permanecer en ese presente. Era algo que tenía que aclarar de inmediato.

—Si no diéramos con ellos, ¿supondría que no podrías ser feliz aquí?

Calen se inclinó hacia delante y tomó la mano de Isabel.

—No te voy a negar que, si no encontráramos a nadie, no dejaría de ser un mazazo. Me conformaría con saber que aún hay media docena de Callaghan vivos. Aunque vivieran lejos y no llegara a conocerlos, me daría por contento solo con saber que existen.

Antes de continuar, Calen apretó con fuerza su mano, anticipando la importancia de lo que estaba a punto de decir.

—Pero mi felicidad aquí, no depende de mi familia. Mi felicidad aquí solo está supeditada a ti, a tenerte a mi lado. No

necesito nada más para ser feliz —sentenció con rotundidad.

El mundo volvió a detenerse. Todo lo que había alrededor se difuminó como ya había ocurrido en aquellos primeros días de relación en Salamanca.

Calen nunca sabría el alcance ni la importancia de aquella afirmación para ella. La pasión con la que la pronunció fue la mejor declaración de amor que podía haberle hecho.

No fue consciente de que hubiera estado aguantando la respiración. Vació los pulmones de golpe y volvió a llenarlos igual de rápido, para volver a retener el aire dentro, esta vez de forma deliberada.

Isabel vocalizó un mudo «te quiero» y Calen depositó un tierno beso en el dorso de su mano.

Apuraron sus bebidas y se pusieron en marcha. Destino: el valle de Glenbràith.



Todo estaba cambiado y, a la vez, todo resultaba familiar. Dejaron la moto a cierta distancia y Calen se colgó al hombro la pequeña mochila con las pertenencias de ambos antes de echar a andar. No encontraron vallas, verjas ni muros que les impidieran el acceso. Recorrieron la propiedad sin rumbo fijo, con una mezcla de ansiedad y temor difícil de calibrar. De vez en cuando, Calen creía reconocer un árbol o un recodo del antaño serpenteante y polvoriento sendero, ahora reconvertido en un ancho camino asfaltado. Al final decidieron dejar de andar campo a través y seguirlo, seguros de que los llevaría directos al castillo.

El hermoso sendero, a tramos estaba flanqueado por cuidadas hileras de bajos setos. En otros, lo acompañaban tejos o esbeltos acebos, y a veces sus cunetas se mostraban libres de todo obstáculo, permitiendo disfrutar de la vista de las grandes extensiones de hierba que lo rodeaban.

Guardaron silencio y aceleraron el paso. Ambos sabían que, desde lo alto del repecho, ya podrían admirar el castillo.



No estaba.

Cuando llegaron arriba y levantaron la vista, el castillo no estaba. Su lugar lo ocupaba una imponente casa señorial.

A Calen le estaba costando respirar. El dolor en las entrañas era tan físico que parecía que acababa de recibir un puñetazo en el estómago. En su ensoñación romántica, seguía visualizando su hogar inmune al paso del tiempo. Tal y como él lo había visto el día anterior.

Sintió que Isabel deslizaba los dedos entre los suyos.

—¿Estás bien?

Necesitó unos segundos para responder. Era una pregunta difícil.

—Estaba preparado para asumir algo de deterioro, tal vez algún desperfecto en los muros o en alguna de las torres. Estaba dispuesto a aceptar las transformaciones provocadas por las reformas en pos de la modernización de las instalaciones, pero esto… Esto no lo había contemplado.

—La verdad es que yo tampoco. El folleto de la agencia de viajes… —musitó sobre la marcha—. Seguro que tiene una explicación.

Isabel apretó su mano e hizo mención de echar a andar.

—Vamos —animó—, estoy deseando que nos cuenten qué ha pasado.

Calen no movió un músculo.

—Necesito un momento —confesó.

Un segundo estaba inmóvil como una estatua y al siguiente se había separado de Isabel y se frotaba la cara con ambas manos, intentando sacudirse la desolación que se estaba filtrando en su interior por cada poro de su piel.

—¿Y si no lo han logrado? ¿Y si no han sobrevivido al paso de los siglos? Puedo sobreponerme a la pérdida del castillo, pero no… —dejó la frase incompleta, incapaz de pronunciar en voz alta las palabras que faltaban—. ¿Y si soy el último Callaghan? —inquirió desolado.

Isabel sentía la misma incertidumbre, el mismo temor, pero Calen no debía saberlo.

—Que no esté el castillo no significa nada. Pudo ser pasto de las guerras, o simplemente del paso del tiempo. Puede que haya sido decisión de tus propios parientes tirarlo y empezar de cero.

Isabel volvió a entrelazar su mano izquierda con la derecha de Calen. Con la otra frotó cariñosamente el brazo masculino y afirmó con decisión:

—Solo hay una manera de saberlo.

Calen tomó aire y exhaló ruidosamente antes de afirmar con la cabeza y echar a andar hacia la puerta.



La mansión moderna es imponente, pero ¿te imaginas la decepción al descubrir que no hay ni rastro del castillo?



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

No se puede saber cuál de los dos hombres, a juzgar por sus caras, se quedó más perplejo. Calen tenía muy fresca la imagen de su hermano, solo hacía un día que había tenido que despedirse de él para siempre. Por eso podía afirmar con rotundidad que el hombre que tenía delante era la viva imagen de su querido Lethan. La misma estatura, la misma edad, el mismo color de pelo, idénticas facciones… Por un momento se emocionó al pensar que este había encontrado la forma de viajar también al futuro.

Su ensoñación terminó en cuanto el dueño de la casa habló por primera vez.

—¡Por Dios bendito! —exclamó, al parecer igual de sorprendido que los recién llegados—. ¡Calen! Eres Calen ¿verdad?

—Me temo que sí —afirmó este sin salir de su asombro.

Una inmensa sonrisa se dibujó en el rostro del desconocido.

—¡Madre mía! —volvió a exclamar sin dar crédito a lo que estaba viendo—. ¡Era cierto!

Los dos hombres siguieron observándose unos segundos más, con la incredulidad reflejada en los ojos de ambos. Un instante después, el desconocido se abrazó al cuello de Calen y repitió esta vez con más euforia.

—¡Era cierto! —proclamó, como si diera fe del hecho ante un público inexistente.

Calen le devolvió el abrazo, contagiado de su euforia.

—Soy Duncan —afirmó, separándose un poco—. Duncan Callaghan —añadió orgulloso, antes de volver a abrazar a Calen y golpear efusivamente su espalda.

Isabel observaba en silencio, conmovida por la escena. Duncan aún prolongó unos segundos más su abrazo antes de reparar en ella.

—Y, por supuesto, tú eres Isabel —exclamó, abrazándola sin esperar confirmación—. Gracias por traerlo de vuelta —le susurró de manera casi imperceptible.

—Perdonad, no tengo modales —afirmó apartándose y franqueándoles la entrada—. Por favor, pasad. Pasad —repitió, con calidez.

Una niña que no tendría más de tres años apareció por el lateral y se agarró con ambos bracitos a la pierna de Duncan.

—Hola, preciosa. Vete a buscar a mamá ¿quieres? Dile que venga. Tenemos visita.

La niña volvió a desaparecer a toda velocidad mientras llamaba a gritos a su madre.

—Por favor, pasemos a la sala, estaremos más cómodos —sugirió señalando el camino.

Entraron en una amplia estancia en la que una gran chimenea encendida caldeaba el ambiente.

—Sentaos, por favor —pidió señalando hacia un amplio sofá que tenían justo delante. ¡No me lo puedo creer! —exclamó, eufórico, llevándose ambas manos a la nuca—. No sabíamos exactamente cuándo ibas a venir. Y, bueno… estábamos empezando a ponernos nerviosos. La familia empezaba a perder las esperanzas. ¡Tantos años preparándonos para vuestra llegada…! La espera nos estaba matando. Pero estáis aquí ¡joder! ¡Es increíble!

Calen e Isabel, seguían de pie, mudos y expectantes.

—Por favor, poneos cómodos.

No la habían oído llegar, pero una mujer los observaba desde el quicio de la puerta, tan absorta como ellos.

—¿Son quienes creo que son?

Los recién llegados se giraron hacia la puerta.

—Susan, cariño, acércate —afirmó Duncan—. ¡Están aquí! ¿Te lo puedes creer?... ¡Madre mía! Creo que me va a dar un infarto —exclamó antes de soltar una carcajada.

Calen e Isabel lo vieron deslizar las manos entre los cabellos, en un gesto idéntico al que hacía Lethan cada vez que estaba pletórico por algo. La pareja se miró sin poder creer que «eso» pudiera transmitirse a través de los siglos y ambos sonrieron felices.

—Estamos en casa —afirmó, muy bajito, Isabel.

—Sin duda alguna —corroboró Calen.

Tomaron asiento y la siguiente media hora fue un batiburrillo de preguntas entrecruzadas y sonrisas contagiosas. A ratos, los cuatro enmudecían, superados por la realidad, incapaces de controlar la amalgama de emociones y de pronto, uno rompía a reír y los otros lo imitaban.

—Os esperan unos días muy ajetreados —anunció Duncan—. Tenemos tanto que contaros… tanto que mostraros.

—Duncan, no avasalles —le regañó cariñosamente su mujer —. Acaban de llegar. Hay tiempo de sobra.

—Sí, sí, por supuesto. Es que estoy pletórico. ¿Te das cuenta, cariño? ¡Están aquí! ¡Lo hemos conseguido! Lethan estaría orgulloso.

A Calen le emocionó oír referirse a su hermano con tanto respeto. Tenía una pregunta en la punta de la lengua hace rato y no aguantó más sin exponerla:

—Antes has dicho que la familia se estaba impacientando con nuestra tardanza. ¿Hay más Callaghan aparte de vosotros?

El matrimonio se dedicó una mirada cómplice.

—Ves, cariño, cómo corre prisa ponerlos al día —afirmó Duncan, luchando por contener una nueva carcajada.

—¡Calla! No empieces otra vez —lo amonestó Susan, antes de mirar a Calen y añadir—. Calen, somos muchos, más de cien.

Calen se echó hacia atrás en el sofá, como si hubiera recibido el impacto de un disparo. De inmediato, entrelazó sus dedos con los de Isabel y soltó un entusiasta:

—¡SÍ!

La pareja anfitriona, aplaudió divertida por su efusiva reacción. Al momento, Duncan se puso serio y afirmó:

—Calen, somos más que una familia. Seguimos siendo un clan en el amplio sentido de la palabra. Llevamos grabado a fuego ese sentimiento de pertenencia y nos sentimos orgullosos de ello. Ese es el gran legado que Lethan y tú nos habéis transmitido.

—No, yo no —negó Calen de inmediato—. Todo el mérito es vuestro. Vuestro y de mi hermano.

—Y tuyo también. ¿De dónde crees que sacó Lethan la fuerza para inculcarnos ese sentimiento de unidad? De ti. Todo lo que hizo fue por ti. Se encargó de que sus hijos y los hijos de sus hijos y así hasta nuestros días, entendieran que tú no solo merecías un futuro, sino un futuro rodeado de tu familia, de tu clan. Si somos es porque fuimos. Y, si fuimos, fue gracias a ti y a tu hermano.

El silencio fue el protagonista por unos instantes.

Duncan y Susan seguían sin dar crédito a la titánica proeza que los Callaghan habían realizado. Para la generación actual había sido fácil ilusionarse. Todos se involucraron ¡y de qué manera! Mejor no pensar en cuántas leyes habían tenido que bordear para «legalizar» la presencia de Calen en este tiempo. Pero tuvo que ser muy difícil conseguir que esas generaciones intermedias mantuvieran la llama de la misión viva durante tantos siglos. Si algo habían demostrado es que los Callaghan eran testarudos.

Isabel también estaba sorprendida de que hubiera sido tan fácil dar con los Callaghan. Era como si su única misión, durante todos esos años, hubiera sido esperarlos a ellos. ¡Era increíble! Todavía quedaban muchas cosas por aclarar, pero tenía la impresión de que Duncan había sido ese benefactor anónimo que había cedido al Museo de la Universidad de Salamanca la colección que, en primera instancia, la llevó a conocer a Calen y, después, la hizo llegar el retal del manto para que pudiera regresar al pasado a buscarle y traerlo consigo de vuelta. Seguía sin comprender las leyes que regían los saltos temporales y los viajes en el tiempo. Por mucho que intentaba enunciar una teoría lógica y factible, siempre llegaba a un punto en el que se producía un fallo en el razonamiento. En las

últimas semanas lo había intentado muchas veces y todas, el resultado era el mismo. Su mente se colapsaba.

Aunque, si había alguien en esa habitación que tenía la mente a punto de explotar, ese era Calen. El día anterior había abrazado a su hermano y ahora, menos de veinticuatro horas después, resultaba que llevaba siglos muerto. Solo había faltado unas horas del Valle de Glenbràith, pero ese pequeño lapsus de tiempo había sido suficiente para que no quedara ni rastro del castillo que creía inexpugnable. Había perdido a su hermano y ganado docenas de parientes, todo en cuestión de horas. Y, por si todo eso fuera poco, ahora, en el mejor de los casos con veintiocho años, en el peor, con unos cuantos cientos más, debía aprender a vivir en un tiempo en el extremo opuesto del suyo en todos los aspectos. Con una tecnología, unas leyes y unas costumbres que nada tenían que ver con lo aprendido y experimentado por él hasta entonces. Si aquello no era para volverse loco ¿qué lo era?

Isabel eligió justo ese instante para abrazarse a su cintura y traspasarlo con la mirada. Y como si pudiera leer en su interior y adivinar las arenas movedizas por las que se estaban moviendo sus pensamientos, afirmó, posando la palma de la mano a la altura de su corazón:

—Estamos juntos en esto.

Por cosas así la amaba tanto, pensó Calen.

—Lo sé —respondió tras apretarla contra sí.

—¿Dónde tenéis vuestras cosas? —oyeron que preguntaba Duncan.

—Como podrás imaginar, viajamos ligeros de equipaje —respondió Isabel con ironía—. Todas nuestras pertenencias están en esa mochila. No quisimos dejarlas en el hotel. Buscaremos algo por aquí cerca.

—Tonterías, os quedáis aquí —afirmó Susan de inmediato—. Esta noche os prestaremos lo que necesitéis. Mañana iremos de compras y terminaremos con esa escasez momentánea.

Fue curiosa la reacción tan diferente que tuvieron Calen e Isabel ante la propuesta de Susan. Él la aceptó sin la menor protesta, como la cosa más natural. Casi se habría sentido ofendido

si no les hubieran ofrecido su hospitalidad. Era lo que esperaba de su clan.

Isabel, en cambio, temió que lo hicieran por compromiso. Después de todo, eran dos extraños que acababan de irrumpir en su casa asegurando que eran alguien que no podían demostrar. Intentó oponerse, pero Duncan adivinó sus intenciones y no la dejó ni empezar.

—No se hable más. No es negociable —atajó con rotundidad, aunque con esa chispa traviesa que Isabel empezaba a intuir propia de los Callaghan—. Estáis en vuestra casa y, más adelante, entenderéis lo literales que son mis palabras.

Consultó su reloj de pulsera y, con ese gesto, pareció dar por terminado el tiempo de la tertulia. Se levantó y añadió:

—Bien, pongámonos en marcha. Hay mucho que hacer —dispuso, rebosante de energía—. Voy a informar de vuestra llegada en el WhatsApp de la familia. Seguro que los que están por la zona querrán pasar a conoceros de inmediato. Y…

A una muda señal de Calen, detuvo su retahíla organizativa.

—Si no os importa, ahora nos gustaría dar un paseo por los alrededores —propuso mirando a Isabel para obtener su aprobación.

—¿Ahora? —repitió, dejándose caer con aplomo sobre el sofá —. Mejor lo dejamos para después del almuerzo. Luego tendremos tiempo de sobra para…

Esta vez, fue su esposa la que le puso una mano en el muslo y, con ese gesto, lo hizo callar.

—Si no os importa —repitió Calen, calmado, pero firme—, preferimos hacerlo solos y ahora.

Duncan frunció el ceño, sorprendido por la rotundidad que se escondía tras el tono suave y conciliador de Calen. Al momento, destensó el gesto y sonrió. Había olvidado la posición que, hasta el día anterior, ostentaba Calen. En los últimos años, tal vez él había ejercido de cabeza de familia de los Callaghan, pero en esa habitación solo había un laird: Calen que, de muy buenas maneras, acababa de demostrarle que no estaba dispuesto a dejarse dirigir por un joven varios siglos menor que él.

—Perfecto, como queráis —cedió Duncan de buen grado—. Podemos almorzar tras vuestro paseo.

—Por favor, no modifiquéis vuestras rutinas habituales —pidió Isabel—. No queremos alterar vuestro día a día. Además, tal vez nos demoremos más de la cuenta en nuestra caminata.

—Sí, es muy probable —convino Calen, guiñando un ojo.

—¿Qué tal si os preparamos un tentempié y os lo tomáis sobre la marcha? —propuso Susan, sonriendo a Isabel.

—Si no es mucha molestia, eso sería fantástico —contestó esta, feliz de que hubieran comprendido su necesidad de una transición más pausada.

—Ningún problema. Acompáñame a la cocina. Seguro que encontramos algo de vuestro gusto.

Los hombres se levantaron y las vieron salir, charlando como si fueran íntimas amigas. Duncan quiso disculparse de inmediato.

—Perdóname, no quería resultar tan avasallador, pero es que tengo tantas ganas de saber y de contarte.

—Y yo también —respondió Calen, posando su mano sobre el hombro de Duncan y ejerciendo un ligero apretón, a modo de muestra de afecto, como tantas veces había hecho con Lethan—. No te puedes imaginar cuánto. Pero necesito un poco de tiempo.

—Por supuesto, por supuesto. No hay problema. Si en los próximos días me pongo en modo organizador, avísame.

Calen sonrió con la mirada y dio otro breve apretón en el hombro de Duncan antes de retirar la mano y preguntar:

—Dime ¿qué ocurrió con el castillo?

Duncan torció el gesto y bajó la mirada.

—Un incendio lo destruyó casi por completo.

—¿Hace mucho?

—Unos cien años más o menos. Si lo piensas, tiene su gracia —comentó, con cierto deje de ironía—. Soportó guerras, asedios, bombardeos… y después, un estúpido fallo en la instalación eléctrica casi acaba con él.

—¡Qué lástima! Supongo que el fuego lo devoró y tuvieron que derruirlo.

—No lo hicieron —respondió Duncan, algo confuso.

Ahora fue Calen el que lo miró sin entender.

—No lo hicieron —repitió Duncan, mientras se dirigía a uno de los grandes ventanales que ocupaban la pared que tenía a su derecha—. Quedó muy dañado. Solo se pudo salvar la estructura exterior, dos de los torreones y la bóveda central, pero te aseguro que esa parte está dispuesta a aguantar unos cuantos siglos más —aseveró descorriendo las cortinas.

Calen se había quedado parado en mitad del salón, de frente al ventanal. La panorámica que captaron sus pupilas, lo dejó sin respiración. Allí estaba su añorado hogar: erosionado por los elementos, ennegrecido por la acción del fuego, mutilado por el paso del tiempo, pero en pie, como el orgulloso guerrero que era.

Duncan no perdió detalle de ninguna de sus reacciones. Se sintió privilegiado por ser testigo único de ese momento. En los meses siguientes aprendería a apreciar y respetar a Calen por méritos propios, pero fue en ese instante en el que empezó a admirarlo y a sentirse orgulloso de pertenecer a la misma estirpe que él.

Mientras Isabel preparaba dos austeros bocadillos de queso *cheddar* con mantequilla, Susan depositó en un pequeño táper un puñado de frutos secos y, acto seguido, abrió el frigorífico.

—¿Qué os pongo para beber? ¿agua, cerveza, vino, refrescos…? —preguntó, asomándose desde detrás de la puerta.

—¿Un botellín de agua y un poco de vino sería mucho pedir? —sugirió con cierto apuro—. El paladar de Calen sigue siendo reacio al sabor de nuestra cerveza —aclaró a continuación divertida.

Metieron todo en una pequeña mochila que pudieran llevar colgada al hombro y en poco más de cinco minutos estaban de vuelta en el salón.

Isabel entraba por delante, pero se detuvo al ver a Calen inmóvil en medio de la estancia, con las piernas separadas, en esa pose tan suya, y con la vista fija en el frente. Él debió intuir su presencia por el rabillo del ojo porque, sin variar la postura ni dejar de mirar al frente, le hizo señas con la mano para que se acercara.

Ella obedeció algo preocupada. Parecía en trance. Iba a preguntarle el motivo, pero antes de que pudiera hacerlo, él la

sujetó por el cogote y ejerció presión para que girara la cabeza hacia el ventanal.

Isabel juntó sus manos delante de la boca.

—¡Sigue ahí! —exclamó, rozando la incredulidad.

—Sigue ahí, *mo gharàdh* —corroboró Calen, orgulloso.

—Pensamos que ya no quedaba nada de él, al no verlo… —explicó Isabel, mirando a Duncan y Susan—, pero solo se había escondido —añadió atribuyendo al edificio dotes escapistas dignas del mejor de los prestidigitadores.

Duncan consultó su reloj de muñeca.

—A las cuatro empieza una visita guiada, los martes y los jueves, lo abrimos al público. Si regresáis a tiempo de vuestro paseo, podéis uniros al grupo de turistas o disfrutarlo para vosotros solos mañana. Lo que prefiráis.

Isabel y Calen se miraron con la misma ilusión en los ojos que dos chiquillos a los que les acabaran de ofrecer entradas para ir al circo.

—Intentaremos hacer ambas cosas —acabó respondiendo Calen, tras recuperarse del acceso de inmovilidad.

Tomó la bolsa bandolera que portaba Isabel, se la colgó al hombro y echó a andar hacia la puerta con la mano de Isabel bien sujeta entre las suyas.

—Nos vemos luego ¿de acuerdo? —exclamó Isabel, igual de ansiosa que Calen por emprender la excursión.

—Claro, no tengáis prisa —afirmó Duncan—. Al salir, torcer a la derecha y seguir el sendero unos cien metros, luego…

Dejó la frase sin terminar al darse cuenta de que los excursionistas corrían ya hacia la puerta de entrada sin necesitar ni desear sus indicaciones.

—Me parece que esto va a ser un poco raro al principio —comentó, socarrón, a su mujer.

Susan estuvo de acuerdo.

—Desde luego: raro, extraordinario y divertido.

—Tengo la impresión de que conoce cada centímetro de la propiedad igual o mejor que nosotros —aseguró, sin poder explicarse por qué eso le hacía sentirse orgulloso.

Ambos se abrazaron entusiasmados. El día había empezado como uno más, pero se había convertido en único y especial.

—¿Los imaginabas así? —le preguntó Susan de manera reflexiva.

—No sé qué decirte —confesó Duncan, sin pudor—. Me daba tanto miedo hacerme ilusiones que creo que evitaba pensar con demasiado detalle en ellos.

Su cara se iluminó como la de un niño a punto de hacer una travesura y añadió guiñando un ojo:

—¡Vamos a anunciar las nuevas buenas! ¡Estoy deseando contárselo a todos!



Calen e Isabel salieron cogidos de la mano y tomaron el camino de grava, con paso lento y calmado. Pero, en cuanto calcularon que estaban lo suficientemente lejos para que los ocupantes de la casa no los divisaran, abandonaron el sendero entre risas y bordearon la vivienda rumbo a las ruinas del castillo. Les daba igual si había visitas de turistas programadas o no. Se unirían a ellos en otra ocasión. Ahora necesitaban verlo a solas, y verlo ya. Sin esperas.

Se detuvieron tras un murete de setos a pocos metros de la puerta. Estaba abierta de par en par. Como les había advertido Duncan, parecía que estaban ultimando los preparativos de la visita guiada.

—Espera, vamos a comprobar que no haya ningún vigilante —propuso Isabel—. Sería muy embarazoso tener que explicar quiénes somos y por qué queremos colarnos.

Calen miró con cautela en todas direcciones, divertido por la situación.

—¿De verdad estoy ocultándome para entrar a hurtadillas en mi casa? No me lo puedo creer.

A Isabel le dio un ataque de risa por su tono melodramático.

—¡Shhh! ¡Calla! —exigió él, siguiendo con la broma—. Por tu culpa nos descubrirán y tendré que atravesar a alguien con mi espada.

Su último comentario agudizó las carcajadas de Isabel.

Calen volvió a mirar a derecha e izquierda y tiró de su mano.

—¡Vamos! Parece que no hay nadie.

Corrieron semiagachados hasta la puerta. Seguían sin ver a nadie. Con otra corta carrera se colaron hasta el salón. Isabel sentía que el corazón le iba a cien por hora. No supo determinar si por la carrera o por la emoción. Una vez más, sus reacciones fueron completamente distintas.

A Isabel se le arrugó el corazón al no reconocer ninguno de los objetos que ocupaban el amplio espacio. Había que admitir que lo habían recreado con bastante exactitud: una mesa larga y robusta de madera, vajilla simulando una inminente comida, tapices cubriendo las ventanas… Todo similar a lo de antaño, pero nada era lo original.

Calen no parecía ver esas cosas. Solo admiraba orgulloso la estructura. Buscaba y localizaba los desperfectos y evaluaba la viabilidad de los arreglos necesarios.

Se acercaron hasta la puerta que daba a las cocinas. Un cordón impedía el acceso. Pasaron por debajo y entraron. De nuevo una recreación simulaba la distribución original. Y, otra vez, cada uno vio lo que quiso ver.

Escucharon voces que provenían del patio trasero y, sigilosos, volvieron sobre sus pasos, cruzaron el salón y torcieron hacia el pasillo que daba a la biblioteca. No hicieron caso del letrero de «prohibido el paso» y se colaron dentro. Calen fue directo hacia la chimenea y posó las palmas de las manos sobre ella, en un gesto muy parecido al que hizo sobre los muros del castillo de San Felices de los Gallegos, en aquella excursión que hicieron en Salamanca, que ahora parecía tan lejana.

—Mi padre siempre decía que esta chimenea aguantaría mil vidas —dijo Calen con orgullo contenido— y no parecía ir desencaminado —aseguró mientras empezaba a palpar las piedras del lateral interior izquierdo.

Isabel lo observaba intrigada y soltó un gritito cuando, tras la presión ejercida por Calen, una de las piedras cedió ligeramente,

permitiendo que la retirara. Se agachó para asomarse a la oquedad que había quedado a la vista.

—¡Señoras y señores! —anunció a media voz, como si fuera la guía de la visita que pronto comenzaría—. Si se acercan a la chimenea podrán admirar la típica caja fuerte del siglo XIII.

—Ni más ni menos —corroboró Calen, volviendo a presionar el resorte para colocar la piedra en su lugar.

Frotó sus palmas para sacudir el polvo, mientras daba un último vistazo general a la estancia.

—¿Nos vamos? —propuso, ofreciendo su mano a Isabel—. Ya he comprobado lo que quería. Tiempo habrá de visitas más calmadas.

Las voces sonaron más cerca.

—Sí, vámonos antes de que tengas que desenvainar la espada —bromeó Isabel, con el dedo sobre los labios, pidiendo silencio.

Salieron sin ser vistos. Era evidente que nadie temía que hubiera intrusos en los alrededores.

—¿Dispuesta para una corta caminata? Sé el lugar perfecto desde donde podremos tener una vista panorámica de todo el valle.

Les costó casi media hora llegar hasta el pequeño risco y casi otro tanto, subir a la cima. Isabel llegó jadeando, le había costado seguir el entusiasta paso de Calen, pero el esfuerzo valió la pena.

El valle estaba salpicado de pequeñas casas unifamiliares, de distintos tamaños y estilos, aunque, a la vez, todas seguían un patrón acorde y uniforme. La disposición recordaba mucho a la utilizada en su siglo para ubicar las granjas y cabañas de siervos, agricultores y ganaderos. En el punto central se alzaban los restos del castillo original y la edificación en la que les habían recibido Duncan y su esposa. Alrededor se distribuían todas las demás viviendas, a suficiente distancia para garantizar plena privacidad, aunque lo bastante cerca para que cualquiera de sus residentes pudiera acudir en busca de compañía o ayuda.

—¡Mira! —gritó Calen, alborozado, señalando hacia la izquierda—. ¡Tienen caballos!

En efecto, un vallado delimitaba uno de los prados y en su interior, un buen número de caballos pastaban a sus anchas.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! —exclamó exultante—. Parece que los muchachos lo han hecho bastante bien —añadió con orgullo, cruzando los brazos.

—Te recuerdo que «los muchachos» tienen una edad muy similar a la tuya.

—Ya me entiendes —replicó, dándole un pequeño empujón con la cadera.

Mientras daban buena cuenta del pequeño tentempié que traían en la mochila, siguieron observando el valle, tratando de empaparse de todos los detalles.

Duncan les explicaría más tarde que todas aquellas casas estaban ocupadas por miembros del clan. Algunos se habían trasladado a vivir a otras partes de Escocia, Reino Unido, incluso Europa o Estados Unidos, pero muchos seguían residiendo en el valle. Incluso habían habilitado una de las viviendas y contratado personal especializado para instalar cómodamente a sus mayores y así poderlos tener cerca.

En los días siguientes, también les pondría al día de la organización interna del clan y de sus finanzas. De cómo, en muchos aspectos, funcionaban como una gran comuna en la que todos aportaban y todos recibían. Para ello contaban con una red de compañías mercantiles propias, de las que todos eran socios y entre las que se distribuía el capital de la familia.

«Por suerte, al ser tantos, tenemos expertos en casi todas las materias», había comentado Duncan con cierta sorna. «Abogados, arquitectos, médicos, diplomáticos, informáticos, gestores de fondos de inversión, expertos en nuevas tecnologías… Cualquiera puede presentar propuestas de cómo invertir. El consejo de familia las estudia y decide cuáles son viables y cuáles no. Y, bueno, de momento, no nos va demasiado mal», había asegurado. Y, a la vista del aspecto que presentaba el valle, no exageraba. Para Calen, conocer la holgada situación económica de la familia había sido motivo de alivio. Cuando se enteró de que abrían el castillo a los visitantes pensó que era por necesidad. «No, para nada», había

respondido Duncan cuando se lo comentó. «Eso es solo por orgullo. Susan, cuando quiere pincharme, suele decirme, con mucho retintín, que lo hacemos por chulería porque los Callaghan necesitamos pasar por las narices al resto lo que es nuestro. Igual tiene razón», había terminado reconociendo, divertido.

Isabel propuso acercarse a Fàthach Bràith y Calen no solo secundó la idea, además sugirió que podían ir a pasar la noche allí. A ella le pareció perfecto. El impacto del regreso había sido, cuanto menos, intenso. El poder pasar unas horas solos seguro que los ayudaba a ir asimilando todo de manera progresiva.

Descendieron y pusieron rumbo a la casa con la idea de que les prestaran lo indispensable para su pequeña escapada nocturna.



Supieron que tendrían que posponer la excursión en cuanto Duncan les abrió. Pareció que hubiera estado esperándolos detrás de la puerta. No les dio opción ni siquiera a llamar. Les hizo señas para que pasaran, al tiempo que miraba hacia la puerta del salón desde donde llegaban ecos de una conversación bastante animada entre varias personas.

—Veréis, he avisado en el grupo de WhatsApp de la familia de vuestra llegada —informó a media voz—. Tenía que hacerlo, era mi responsabilidad —se justificó algo apurado—. He dejado claro a todos que, por hoy, habíais tenido suficientes emociones, que queríais descansar y estar tranquilos y que, ya en los próximos días, habría tiempo de las oportunas presentaciones.

Isabel y Calen guardaron silencio, pero expresaron su conformidad asintiendo.

Duncan, tras otra mirada fugaz hacia el salón, añadió:

—La mayoría lo han entendido, pero ha sido imposible disuadir a…

Dejó la frase a medias y los tres se giraron al ver aparecer en el umbral del salón a un torbellino en forma de joven sonriente, de larga melena rojiza, que echó a correr hacia ellos.

—¡Ya estáis aquí! —exclamó abalanzándose sobre Calen.

Este solo tuvo tiempo de ahuecar los brazos para dejar espacio al efusivo abrazo de la afectuosa joven. Miró hacia abajo,

sorprendido y encantado por su efusividad, intentando ver su cara, pero la tenía tan pegada a su pecho que le resultó imposible.

Duncan resopló y se frotó la mandíbula, contrariado.

—Como decía —afirmó con tono gruñón—, ha habido algunos miembros de la familia demasiado testarudos para obedecer unas simples indicaciones.

La joven se separó tan rápido como se había abalanzado, se giró hacia Duncan y lo sujetó por la barbilla con la mano, zarandeándosela levemente.

—Hermanito, no refunfuñes que te salen arruguitas, además, hoy es un día para estar felices, no enfadados. ¿A que sí? —preguntó plantándose ante Isabel y cogiéndole ambas manos entre las suyas, antes de darle un beso en la mejilla.

Sin tiempo a respuesta por su parte, la soltó, tomó la mano de Calen y tiró de él hacia el salón.

—¡Vamos! Papá está deseando conocerte.

Calen no tuvo más opción que seguirla. A Isabel le resultó gracioso verlos alejarse. Pese a la notable diferencia de estatura entre ambos, estaba claro quién mandaba allí.

—Lo siento —se excusó Duncan, igual de divertido que Isabel, por la escena—, lo intenté. De verdad que lo intenté, pero, como ya descubrirás, mi hermanita es como un terremoto, bastante difícil de dirigir.

Isabel ya tenía claro que su plan nocturno se había arruinado, aun así, sonrió feliz. No podía haber imaginado un recibimiento mejor para Calen por parte de su familia.

Duncan señaló hacia el salón, a modo de invitación.

—Adelante, por favor. Mi padre está deseando conocerte —anunció, mientras la guiaba con suavidad por la cintura.

Las siguientes horas fueron un regalo para Calen. Ni en sus mejores sueños había esperado contar en esta nueva vida con la compañía y el apoyo de su familia. Y todo aquello se lo debía a su hermano, que había hecho posible lo imposible.

El padre de Duncan resultó ser bastante más autoritario e intimidatorio que Duncan. Bueno, con todos menos con su hija Falon. En cierta forma su carácter le recordó al de su propio padre.

Primero quiso saber. Preguntó, preguntó muchas cosas y Calen respondió a todas de buen grado. Después estuvo preparado y dispuesto para también él compartir información. Así, Calen e Isabel se enteraron de que la casa en la que se encontraban iba a ser su hogar. Cuando intentaron protestar, Malcom, el padre de Duncan, dejó claro que no era opcional. Era un hecho, algo previsto y contemplado desde mucho antes. Saber que Duncan y Susan tenían su propia vivienda, terminada y lista para entrar a vivir desde hacía más de un año, apaciguó un poco la reticencia de Calen.

Después, Malcom empezó a narrar una parte de la historia de la familia que Calen no conocía. Les habló de sus padres, de sus hermanos, de los hijos de estos y de sus esposas. De cómo eran, dónde vivían, a qué se dedicaban…

Se extendió en detalles durante más de una hora y, mientras lo hacía, todos guardaron un silencio reverencial. Hasta la pequeña Isi, encaramada en los brazos de su madre, parecía no perder detalle de lo que decía su abuelo. Pero también había otra persona que no perdía detalle. Calen estaba entusiasmado escuchando fragmentos de todas esas vidas. Y con cada palabra se sentía más cerca de todos aquellos nuevos Callaghan. Se habría pasado toda la noche allí, pero no protestó cuando el patriarca dio por terminada la velada.

—Solo una pregunta más antes de que os vayáis.

Todos aguardaron en silencio.

—He disfrutado escuchándote hablar de nuestra familia. Mi hilo familiar mental se cortó hace unas horas a varios siglos de distancia. Al llegar aquí, encontré otro hilo familiar nuevo y esta charla ha servido para que dejen de ser dos hilos diferentes. En mi cabeza, la historia de los Callaghan vuelve a ser una.

En el rostro de Malcolm se dibujó una sonrisa que reflejaba la satisfacción personal que sentía al oírlo decir eso.

—Puede sonaros raro, pero desde que he llegado estoy deseando preguntarlo. Atrás dejé a la poca familia que tenía, pero también quedó el único enemigo que he conocido y necesito saber qué ha sido de él.

Hubo miradas cruzadas. Todos supieron a quién se refería. Falon fue la primera en responder:

—Ya sabes el dicho «mala hierba nunca muere». Siguen siendo un grano en el culo.

—¡Niña! —reprendió su padre de inmediato—, esa lengua—. Estate tranquilo —añadió mirando a Calen con expresión de autosuficiencia—, no usamos espadas, pero tenemos nuestros métodos para seguir haciéndoles morder el polvo.

Los dos hombres se mantuvieron la mirada por unos segundos y sin necesidad de más palabras, Calen supo que su familia seguía manteniendo a raya a los Burg. Apretó la mandíbula y asintió satisfecho.

—Te advierto —puntualizó Duncan— que lo de «morder el polvo», en muchas ocasiones, es literal.

En esta ocasión Malcolm no amonestó a su hijo. Al contrario, se cruzó de brazos y protagonizó otro de esos silencios que revelan más que el más efusivo de los discursos, lo que hizo que Calen sonriera abiertamente y se quedara con ganas de saber más del tema.

—Habéis conseguido que me pique la curiosidad. Estoy deseando conocer esos sustitutos vuestros a la espada.

—Bueno, cada uno tiene sus métodos —afirmó Duncan, señalando con la cabeza a su padre, dejando claro que en algún momento había sido uno de los protagonistas de esos toques de atención—. Hasta la mocosa se atreve a poner en su sitio a alguno de los jóvenes, sobre todo a uno —añadió, apuntando con disimulo a su hermana.

Calen supo que iba a disfrutar mucho escuchando esas anécdotas, pero tendría que esperar.

—Se hace tarde —indicó Malcolm, después de consultar su reloj—. Hijo, entrégale el sobre. ¿Lo tienes aquí?

—Sí, por supuesto, lo tengo preparado. Lo saqué antes de la caja fuerte —respondió Duncan, levantándose y extrayendo de un cajón un sobre grande, color paja, que entregó a Calen.

—¿Qué es? —preguntó este sin abrirlo.

—Es algo que esperamos te facilite tu nueva vida —contestó Falon—. ¡Vamos! ¡Ábrelo, ya! —ordenó, plegando las piernas sobre el sofá, realmente emocionada.

Calen obedeció. Rasgó el sobre y volcó el contenido sobre la mesita que tenía delante. Lo miró sin comprender muy bien qué era todo aquello, aunque Isabel ya empezaba a intuirlo.

Duncan se sentó junto a Calen y empezó a entregarle, uno a uno, los documentos.

—Esta es tu partida de nacimiento, tu pasaporte, tu certificado de estudios.

—Que conste —intervino Falon— que yo voté para que incluyeran algún sobresaliente, pero los muy tacaños no me hicieron ni caso. El argumento fue que no había que llamar la atención —añadió maliciosa.

Duncan esperó a que se callara y continuó:

—Tu NIN*o*[24], tu tarjeta del NHS[25], tu carné de conducir, válido en todo el Reino Unido. Aunque no conduzcas, te servirá como documento identificativo en lo cotidiano —explicó, al ver la expresión reticente de Calen—. Y, por último, aunque no menos importante, la documentación de la cuenta bancaria que tienes abierta a tu nombre en el banco, en la que desde hace meses se cargan los recibos de gas y luz de esta, tu casa.

—Tranquilos, hemos sido muy austeros —bromeó Susan—. No hemos despilfarrado lo más mínimo. ¿Verdad, cariño?

—Verdad, amor —respondió Duncan, siguiendo la broma.

Calen no era consciente de lo difícil que tenía que haber sido conseguir todo aquello, pero Isabel sí.

—¡No me lo puede creer! ¿Cómo habéis podido reunir todo esto? —inquirió, sin dar crédito.

—Ni bajo tortura conseguirás que revele esa información —aseguró Duncan, levantando los brazos de forma defensiva—. Pero sí puedo decirte que ha habido que echar mano de toda la picaresca y los encantos innatos de los Callaghan y, aun así, algunos caminaron al filo de la legalidad.

Tras un intercambio de miradas cómplices, abandonaron el escabroso tema.

Malcom se levantó, dando por terminada la velada.

—Basta por hoy. Duncan, antes de acostaros, muestra a Calen e Isabel su casa para que se vayan familiarizando.

—Por supuesto.

Malcom palmeó los hombros de Calen a modo de despedida.

—Bienvenido. Estamos muy orgullosos de tenerte con nosotros.

Calen no pronunció palabra, se limitó a hacer un respetuoso y casi marcial gesto afirmativo.

Antes de marcharse, Falon volvió a posar la mejilla en su pecho y a rodearlo con los brazos y esta vez Calen sí correspondió al abrazo.

Ya salía por la puerta cuando Susan la llamó. Su padre se apartó para dejarla entrar de nuevo.

—Isabel necesita algunas cosas. Mañana iremos de compras —informó Susan—. ¿Te apuntas a una mañana de chicas?

—Por supuesto —aceptó encantada—. Me dais un toque cuando sepáis la hora y estaré aquí en un periquete.

Se giró para salir, pero cuando su padre ya se disponía a seguirla, volvió a apartarlo para regresar sobre sus pasos.

—Mejor aún, vendré a desayunar —dijo, girando otra vez en redondo.

Su padre suspiró ruidosamente antes de echar a andar tras ella.

Al día siguiente, Calen e Isabel pudieron escabullirse para acercarse hasta Fàthach Bràith y pasar la tarde allí solos. Para Calen, en los meses y años venideros, el claro se convertiría en el nexo de unión de sus dos mundos. Era el único lugar que había permanecido invariable. Siempre que sentía nostalgia, se acercaba de nuevo a ese claro y su alma lo reconocía como su hogar primigenio y se calmaba.

La semana comenzó con un desfile continuo de miembros del prolífico clan, que se prolongó hasta el fin de semana siguiente. Todos estaban deseosos de conocer al más antiguo y, a la vez, más

reciente de los Callaghan. Cada uno de ellos fue aportando su porción de historia y, gracias a ellas, fueron armando las piezas del rompecabezas familiar.

Como Duncan y Susan ya se habían trasladado a su propia vivienda, durante esos días Calen e Isabel se fueron habituando a la casa y, poco a poco, la fueron haciendo suya con pequeños toques personales aquí y allá.

Después de desayunar solían salir a caminar sin rumbo. Algunos días cogían el coche y se acercaban hasta Perth o Pitlochry. Calen había desarrollado una especie de atracción por los mercados locales. Le fascinaba observar a la gente y curiosear entre los puestos. Isabel lo seguía divertida, sabiendo que aquel mundo era nuevo para él, pero al mismo tiempo tenía la impresión de que esos lugares guardaban para Calen alguna reminiscencia de su pasado y le hacían sentirse en su ambiente.

También sacaron tiempo para regresar a Dunkeld. Tenían muy fresco en la memoria cómo era en 1290 y fueron inevitables las comparaciones.

Era habitual verlos deambular por las ruinas del castillo, cinta métrica en mano, perfilando la mejor manera de devolverle su esplendor. Si las obras de restauración no habían avanzado más deprisa era porque Duncan y su padre querían ser fieles al original, y para ello debían invertir mucho tiempo investigando, ya que el propio incendio que lo destruyó había dado al traste también con gran parte de la documentación: planos, fotografías… Aunque ahora, con la ayuda de Calen y sus meticulosas descripciones, todo iría más rápido.

No había día en que no recibieran la visita de alguno de los Callaghan del valle. Falon casi venía a diario. «Visitas de médico», las llamaba ella. A veces se presentaba cuando estaban desayunando, les robaba un *croissant* y salía disparada, en mitad de una conversación, cuando se daba cuenta de que llegaba tarde a clase. Otras, se asomaba al recibidor, preguntaba por sus planes para ese día o avisaba de que su padre se pasaría más tarde y desaparecía tan rápido como había llegado.

Los más asiduos eran Duncan y Susan. No pasaban más de dos o tres días sin que se dejaran caer. Normalmente llegaban a media tarde y terminaban quedándose a cenar. Calen e Isabel les estaban muy agradecidos. Se había creado un vínculo entre las dos parejas y, pese a conocerse desde hacía tan poco, podían hablar de cualquier cosa con la confianza y la familiaridad que da el trato continuado. Eran una fuente fiable e inagotable de información y conocimiento sobre cualquier aspecto relacionado con su nueva vida.

Una de esas noches, durante la cena, volvió a salir el tema de sus viajes en el tiempo y de esa sensación de impotencia que aún los acompañaba al no encontrar una lógica coherente y sin fallos que explicara cómo había podido suceder.

Aquel fenómeno, tan enigmático como extraordinario para todos, era motivo recurrente de conversaciones, aunque siempre solían abordarlo desde el prisma de los viajeros. Aquella noche, cuando Susan e Isabel se escabulleron con la excusa de recoger la cocina y los dos Callaghan se quedaron solos, Duncan retomó el asunto, pero desde una perspectiva que Calen nunca había considerado: la de quienes esperaban su llegada.

—No te puedes imaginar lo difícil que ha sido no hacer trampas —confesó Duncan.

Calen creyó apreciar cierto sentimiento de culpa en su voz.

—¿Trampas? —repitió extrañado.

—Contacté con la Universidad de Salamanca para ofrecer la colección sin tener la certeza de que existiera una tal Isabel. Sin saber si las especificaciones que puse como condición a la hora de elegir a la persona que organizaría la exposición, eran lo bastante selectivas. Cuando llegó el correo electrónico del director del museo comunicándome que ya tenían a la persona idónea, me salté el resto del texto hasta llegar a la línea donde describía su currículum y aparecía el nombre de la elegida: Isabel Illa. Nunca he tenido en mis manos un boleto ganador de ningún tipo de rifa o sorteo, pero la sensación debe de ser muy parecida al júbilo que sentí al leer ese bendito nombre —confesó, casi tan emocionado como aquel día—. Y entonces empezó lo realmente difícil.

Calen lo miró sin comprender. Por fin, lo que llevaban siglos esperando había ocurrido, ¿dónde estaba la complicación?

Duncan se apresuró a aclararlo.

—Ese correo nos confirmó que existía una tal Isabel Illa. Si esa parte era cierta, todos dedujimos que el resto de la historia también lo era. Eso significaba que faltaban pocas semanas para que tú y Lethan llegarais a Salamanca.

Duncan hizo una pequeña pausa y añadió:

—¿Sabes lo difícil que fue para toda la familia resistirse a tomar un avión y viajar allí para comprobarlo por nosotros mismos? Ponte en nuestro lugar.

Calen lo hizo y cabeceó afirmativamente al darse cuenta del dilema moral que habían soportado.

—Tuvo que ser toda una tentación, sí —comentó, con un deje divertido en la voz.

—Ni te lo imaginas. Toda la familia estaba expectante. En cuanto empecé las negociaciones con el museo, el grupo de WhatsApp se convirtió en un hervidero. Para cuando encendía el móvil por la mañana, ya tenía veinte o treinta mensajes: «¿Hay noticias? ... ¿Sabemos algo? ... ¿Por qué no les llamas? ... »

Calen reprimió la sonrisa. Duncan parecía agobiado solo de recordarlo.

—Me pasaba el día escribiendo: «No, todavía no… Aún no sé nada… En cuanto sepa algo, os digo…» Así que, cuando hubo noticias, tuve la brillante idea de invitar a casa a los de la zona, contactar por Zoom con el resto y compartir la información con todos a la vez.

Duncan hizo un gran aspaviento antes de continuar.

—Aquello se descontroló a los cinco minutos. La alegría inicial dio paso a una euforia colectiva que se retroalimentaba con cada intervención de un nuevo pariente entusiasta. Para cuando quise darme cuenta, estaban proponiendo fletar un vuelo chárter y presentarnos allí como un grupo de turistas más, hasta dar con vosotros. Falon quería incluso que fuéramos al museo a visitar la exposición.

A Calen le hubiera gustado ser testigo mudo de aquella reunión de Callaghan. Ahora que los iba conociendo y sabía cómo se las gastaban cuando estaban juntos, podía imaginar perfectamente la algarabía general que se había originado.

—Les dije que debíamos esperar y que fuerais vosotros quienes vinierais a nosotros, como ponía en los diarios que sucedía. Si cambiábamos algo, si nos presentábamos en Salamanca y os soltábamos a bocajarro todo lo que estaba por suceder, quizá no llegara a ocurrir nunca.

Duncan lo miró y, con evidente perplejidad, añadió:

—No me hicieron ni caso. En cuanto cerré la boca, continuaron planificando el viaje a España añadiendo detalles cada vez más escabrosos a la escapada.

A Calen, viendo la creciente desesperación de su pariente, por tan solo recordar el incidente, le estaba resultando muy difícil mantener la compostura y no soltar una carcajada. Si lo consiguió fue porque, de algún modo, se sentía identificado con Duncan. Fueron muchas las veces que, él mismo, tras un ataque de los Burg, había tenido que calmar los ánimos y descartar las descabelladas ideas de revancha que proponían algunos de los miembros del clan, aunque personalmente estuviera deseando llevarlas todas a cabo.

—A duras penas conseguí convencerlos de que eso era muy peligroso. De que podíamos poner en riesgo todo el proceso si interveníamos antes de tiempo.

—Es muy probable que eso fuera lo que hubiera ocurrido —convino Calen, para demostrarle su apoyo y su buen hacer—. Por suerte, pudiste evitarlo.

Duncan agachó la cabeza y se masajeó la nuca.

—Sí, mi argumento fue tan bueno que me convenció hasta a mí —confesó, guiñándole un ojo—. Después de eso no tuve agallas para usar el billete de avión que había comprado el día anterior para viajar a España.

La expresión de sorpresa de Calen demostró que no esperaba ese final. Fue Duncan quien terminó soltando una carcajada.

—Y, llegados a este punto, repito: ¿Sabes lo difícil que ha sido resistirse a la tentación de ir a buscaros a Salamanca? —inquirió,

con los brazos levantados y un fingido tono de desesperación.

—Empiezo a hacerme una idea —respondió Calen, riendo, ahora sí, a mandíbula batiente.

Antes de salir de la sala, Duncan se detuvo y cortó el paso a Calen.

—De esto, ni una palabra a nadie. Ni Susan sabe de la existencia de ese billete. Tengo una reputación que mantener.

—Tu secreto está a salvo conmigo —aseguró Calen, siguiéndole la broma—. De hecho, si te sirve de consuelo, yo también tengo algún pasaje en mi pasado que, si saliera a la luz, debilitaría mi credibilidad como laird.

Ahora fue Duncan el sorprendido.



La reunión que tuvo lugar el primer fin de semana de diciembre, programada al parecer desde hacía meses y dando por sentado que para entonces ellos ya habrían llegado, congregó a casi ciento treinta Callaghan y sirvió para que Calen e Isabel pudieran conocer al resto de la familia.

Los Callaghan tenían por costumbre juntarse todos los años para celebrar la Navidad, pero ese año, esperanzados como estaban de que fuera cierta la inminente llegada de su pariente viajero en el tiempo, habían fijado de manera extraordinaria este otro encuentro.

No era sencillo elegir una fecha en la que todos los Callaghan pudieran acudir, pero al haberlo previsto con más de un año de antelación, lo lograron y asistió la mayoría.

Duncan y Susan se acercaron hasta la entrada, e invitaron a Calen e Isabel a acompañarlos y fueron haciendo las presentaciones. Nadie parecía sorprendido por la aparición de Calen, sin embargo, todos demostraban asombro al comprobar el extraordinario parecido que guardaba con los retratos que Lethan había hecho de él y de los que la gran mayoría tenía una copia en su casa.

Muchos de los parientes varones lucían el kilt con el tartán del clan. Habían mantenido la tradición de usarlo en ocasiones especiales y, sin duda, esta lo era.

El propio Calen vestía uno, obsequio de Duncan. No se parecía en nada a la vestimenta que él había llevado en su tiempo. Entonces la lana de sus *plaids* era tosca y pesada, hilada a mano.

Solo hacía falta palpar la de esta nueva prenda para notar la perfección del tejido.

Aunque todavía le impactó más el color. Según le explicó su anfitrión, la familia había adoptado el diseño moderno hacía décadas y elegido los colores basándose en los que el clan había utilizado siglos atrás. Pero a Calen aquellos tonos no le resultaban especialmente reales o reconocibles. En su siglo eran tonos mucho más mates. Los de ahora tenían una viveza y una simetría que solo la tecnología podía lograr.

Además, al principio se sintió extrañamente expuesto vistiendo ese kilt tan corto que dejaba las rodillas a la vista. Echaba de menos el volumen de su antiguo plaid, aquella manta inmensa que le cubría desde los hombros hasta las rodillas y que le servía de lecho en las noches de campaña. Pero como había pasado con las camisas y pantalones modernos, pronto se acostumbró y dejó de sentirse incómodo.

Fue una jornada larga, en la que Calen tuvo ocasión de hablar con cada uno de los miembros de su familia. Y así, poco a poco, se fue poniendo al corriente de los parentescos que los unían y de las costumbres y tradiciones que su clan había conservado.

También percibió lo orgullosa que se sentía esta generación al saber que serían ellos los encargados de dar la bienvenida a su pariente viajero en el tiempo. Siglos de espera, siglos de transmitir la historia, siglos de mantener viva la esperanza… y, por fin, el momento tan esperado había llegado. Fue un día festivo, alegre e inolvidable para todos.

En aquella reunión, Calen tuvo la suerte de disfrutar de distintas versiones de Lethan. Había Lethan de dos años, otro de cinco, de doce, de dieciocho, de veintiséis…. Con esas versiones jóvenes, Calen pudo recordar al Lethan de cinco años al que él le soplaba la herida que se había hecho en la rodilla para que le escociera menos. Al que, con ocho, ayudaba a trepar a los árboles y al que, con dieciséis, lo utilizaba de coartada para sus travesuras. O al que, con dieciocho, le servía de confidente en sus primeras experiencias amorosas. Incluso pudo rememorar a ese otro Lethan de veintiséis, con el que una noche se había emborrachado y en

presencia del cual había formulado la petición a Vadala, arrastrándolo a un viaje a través de los siglos.

Y luego estaban esos otros Lethan que él no había llegado a conocer: de treinta y cinco, cuarenta o sesenta años. Observando a todos ellos podía hacerse una idea bastante exacta de cómo habría ido envejeciendo el rostro de su hermano con los años.

Más tarde, fijándose en el padre de Duncan, podía imaginar a Lethan con esas mismas pinceladas plateadas en sus sienes y esas marcas de expresión junto a los ojos.

Y le embargaba la ternura cuando miraba al padre de Malcom y pese a la debilidad de sus piernas, era evidente que aún conservaba esa mirada orgullosa que los años no habían podido doblegar.

Había perdido a un hermano, pero había ganado docenas de versiones diferentes que no iban a dejar que lo olvidara nunca, si es que eso era posible. No era lo mismo, pero era un consuelo inesperado.

Pero no todos en aquel encuentro se parecían a Lethan. Isabel localizó a un miembro de la familia que guardaba un parecido extraordinario con Calen. Resultó ser uno de los sobrinos de Malcom.

—Soy algo mayor que tú —comentó cuando se acercó a saludar, provocando la risa en los que estaban a su alrededor—, bueno, técnicamente, tú lo eres más… ya me entiendes lo que quiero decir. Tengo unos muy bien llevados treinta y cinco años —presumió, provocando esta vez una ola de abucheos— y puedo afirmar con orgullo que, gracias a mí, tienes carné de conducir. Dado mi extraordinario parecido contigo, fui el encargado de examinarme en tu nombre. Me costó lo mío —confesó entre risas—, aprobé al segundo intento y eso que llevaba más de diez años conduciendo por Roma. Pero el volante al otro lado me jugó más de una mala pasada.

—También por votación popular —añadió Duncan, pasándole un brazo por encima del hombro— fue el elegido para personarse en el banco y abrir una cuenta a tu nombre.

—No me lo recuerdes, desciendo de una familia de valientes guerreros, pero para vergüenza de todos ellos, casi me cago los

pantalones durante los interminables diez segundos que el interventor se pasó mirando la foto del pasaporte y mirándome a mí, y otra vez la foto y otra vez a mí. Lo absurdo era que la fotografía era mía, pero ese pequeño detalle no impidió que me pasara todo el rato pensando que, en cualquier momento, iba a levantar la vista y decir: «Muy bien, caballero, ahora explíqueme por qué intenta hacerse pasar por Calen Callaghan. Y procure ser convincente si no quiere tener que repetirlo en comisaría».

Todos irrumpieron en un coro de estruendosas carcajadas porque sí, la confesión parecía muy sincera.

—Bueno, pese a tu miedo, lo hiciste y te doy las gracias por ello —afirmó Calen, estrechándole la mano con afecto—. Puedes estar orgulloso. Eres un digno representante de tu casta porque, en realidad, eso es ser valiente: tener miedo y enfrentarte a él. No tener miedo en situaciones difíciles no es ser valiente, es ser un loco, un temerario o peor aún, un estúpido. Y los Callaghan no lo somos —aseveró como si fuera una verdad indiscutible.

George, que así se llamaba, se sintió un poco azorado.

—Si lo conseguí fue porque los supervisores hicieron la vista gorda, gracias a los contactos y los hilos que movieron otros Callaghan.

—Un brindis por George Callaghan —gritó uno de los presentes.

Y todos, entre vítores, secundaron la propuesta.

Duncan los hizo callar.

—Bueno, creo que es el momento perfecto para mostraros, a los que venís de fuera, los avances en la restauración del castillo desde vuestra última visita. ¿Os parece?

Todos estuvieron más que dispuestos. Repartió algunas linternas y otros usaron las de sus móviles.

Aunque adaptaron el paso a los más lentos, fue inevitable que el grupo terminara por estirarse en una larga línea que serpenteaba entre los setos y las rosaledas.

Desde lo alto, la imagen de tantos Callaghan caminando y conversando sin prisa en mitad de la noche, habría resultado impactante.

Duncan se adelantó para abrir puertas y encender luces. Isabel y Calen fueron de los primeros en entrar. Creían haberlo visto todo en sus visitas de días anteriores, pero la noche aún guardaba sorpresas. Duncan los llevó derechos a una puerta que, en el castillo original, no existía.

—Esta puerta no estaba en mi tiempo —afirmó categórico Calen—. Pensaba que su función era delimitar la parte restaurada de la que no.

—Sí, pero no —respondió Duncan, divertido y enigmático—. Como sabes mejor que nadie, detrás de esta puerta está el pasillo que conecta con las escaleras que suben a las habitaciones. La segunda planta, como también sabes, digamos que sigue cogida con alfileres: techos, tabiques y poco más. De momento, este pasillo no lleva a ninguna parte. Por lo tanto —añadió, señalando la puerta como haría un mago a punto de comenzar su número—, es de lo más lógico que exista una puerta que cierre el paso.

—Y sí —intervino Susan, que acababa de llegar a la cabecera del numeroso grupo—, evidentemente, la puerta se eliminará cuando las obras terminen.

—Pero… —continuó Duncan, haciendo una pausa cargada de suspense— este pasillo, a partir de ahora, tendrá una doble función…

—Y aunque, por ahora, es un pasillo que no conduce a ninguna estancia —añadió Susan divertida, siguiendo el juego a su marido—, ya está listo para cumplir esa segunda función.

Isabel miró a Calen y en su mirada encontró la expectación que esperaba. Se giró buscándola en los demás Callaghan, pero no halló la más mínima curiosidad, solo diversión compartida.

—¿Por qué tengo la impresión de que somos los únicos que no sabemos lo que hay detrás de la puerta? —preguntó, aunque intuía la respuesta.

—Porque sois los únicos que no lo sabéis, obviamente —respondió Susan, sin dejar de sonreír—. Los demás no lo han visto, pero saben lo que hay. De hecho, la propuesta contó con el voto unánime de toda la familia.

«Otra vez, todos a una», pensó Calen, convencido de que, fuera lo que fuese lo que hubiera al otro lado de la puerta, si contaba con la aprobación previa de todos, le iba a gustar.

—¿Preparados?

—Más que preparados —respondió ansioso.

Duncan abrió la puerta y les cedió el paso. Los demás esperaron fuera. Calen e Isabel cruzaron el umbral de la mano. Tardaron unos segundos en acostumbrarse a la semioscuridad y, cuando Duncan encendió la luz, entrecerraron los ojos ante el brusco cambio.

Isabel se adaptó antes y, casi sin haber abierto del todo los ojos, Calen sintió la presión de sus dedos en el brazo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Retratos! —exclamó acercándose al que tenía delante—. ¿Son quiénes creo que son?

No hizo falta que respondieran. Se acercó aún más para leer la placa de metacrilato fijada a la pared: «Domhnall Callaghan, alias: El protector de los caminos. 1125—1185».

Anduvo, sin demora, hasta la pintura contigua para leer la placa: «Malcolm Callaghan. Primer laird de Glenbràith. 1155—1195».

En cuanto terminó, visiblemente entusiasmada, pasó a la siguiente. Pero Calen seguía inmóvil. Era incapaz de mover un músculo. Duncan, parado a su lado, empezó a relatarle todo el proceso:

—Hace casi dos años acudimos al estudio de un artista de la zona, conocido por recrear retratos de antepasados con ayuda de la Inteligencia Artificial. Le mostramos los bocetos que Lethan había hecho de tu padre, de ti y de él mismo, y compartimos la información de los diarios sobre el aspecto y la personalidad de cada laird. Al ver el primer borrador, todos reconocimos algún rasgo que nos resultaba familiar. Tras casi dos años de trabajo exclusivo, hace apenas un mes que nos entregó el último de los retratos y nos apresuramos a montar la galería cuanto antes. Queríamos que estuviera completa para cuando llegarais.

Calen seguía plantado ante la imagen de su trastatarabuelo, del que poco sabía más allá de que era un hombre de armas, de origen gaélico-irlandés, que no tenía dónde caerse muerto. Aun así,

consiguió hacerse con un nombre y el respeto de las gentes del valle ofreciéndose como protector del Priorato de Beannachain y como guardián de los caminos colindantes.

Isabel ya había llegado hasta el fondo y regresó para tomar de la mano a Calen y arrastrarlo con ella hasta cuatro cuadros más allá.

Calen no pudo evitar dar un paso atrás. Su padre, porque sin duda aquel era su padre, lo miraba directamente.

Isabel no aguantó más y preguntó:

—Dinos, ¿se parece?

Calen describió de forma superficial lo que sus retinas absorbían e intentaban retener en su memoria:

—El fuego de la chimenea tras él, sus dos perros tumbados a sus pies, su pose, con el brazo apoyado en la repisa, su gesto serio, exigiendo una explicación sobre nuestra última trastada… Todo es tan fiel, tan real que por un momento he vuelto a viajar a ese salón, esta vez sin necesidad de la reliquia. Creo que me está empezando a doler el trasero sabedor de los varazos que seguían a esta escena.

—Esta pintura en concreto es una copia fiel de uno de los dibujos de Lethan. Supongo que la escena familiar —afirmó Duncan, con cierta sorna— también permaneció grabada a fuego en su memoria a través de los años.

Isabel compartió con ellos el recuerdo de una conversación mantenida con Lethan.

—En Salamanca fuimos los tres a ver una exposición itinerante que hubo de un retratista de la corte del rey Carlos IV, ¿te acuerdas? —preguntó a Calen.

Cuando este hizo un gesto afirmativo, continuó el relato:

—Después, cuando viajamos al pasado, Lethan me dijo que le gustaría emular lo que habían hecho en el museo y tener su propia galería de retratos familiares en el castillo.

Isabel sonrió y añadió:

—Poco imaginaba que el castillo acabaría albergando en su interior esa galería de retratos que él ansiaba.

Duncan también sonrió satisfecho. Desconocía ese dato. La idea había nacido como un homenaje más a sus antepasados. Ahora

que sabía que también era el deseo de Lethan, tenía más valor si cabe.

Calen dejó a Duncan e Isabel charlando ante el retrato de su padre y se acercó a observar el de su abuelo.

«Duncan Callaghan. Tercer laird de Glenbràith. 1210-1268». No le habría hecho falta leer la placa. El parecido era visible.

Dio dos pasos a la derecha y observó el siguiente retrato. Un hombre, ataviado con un *plaid* con los colores típicos de los Callaghan, arrodillado ante su rey. En la placa se podía leer: «Ian Callaghan. Segundo laird de Glenbràith. Alias: El mártir del paso norte. 1175-1230».

No necesitó leer la placa de la siguiente pintura. Un hombre yacía sin vida a los pies de una hermosa mujer que sostenía en la mano un retal de tela.

Tras unos segundos, Calen volvió sobre sus pasos, dejó atrás la pintura de su padre y se detuvo ante la siguiente. Sonrió divertido al verse reflejado como si estuviera ante un espejo.

Isabel y Duncan lo alcanzaron.

—Creo que, con diferencia, soy el más apuesto de los Callaghan —afirmó con cinismo.

—Ten en cuenta que el retrato está basado en los bocetos de Lethan y es muy probable que su recuerdo estuviera bastante idealizado —bromeó Duncan, con ironía.

—Piensas eso porque todavía no has visto este —replicó Isabel, haciéndole una seña para que se acercara a ver el siguiente retrato: el de su hermano.

De nuevo Calen sintió un latigazo en el corazón. El cuadro representaba a un Lethan de unos treinta o treinta y cinco años, no más, en todo su esplendor. El parecido era asombroso.

Isabel emocionada a punto de las lágrimas, se abrazó a su cintura. Él la cobijó bajo su brazo y le besó el cabello.

—Sí, tienes razón —reconoció, intentando ocultar su nostalgia —, siempre fue más resultón.

Todos los Callaghan entraron en tropel y los comentarios, las bromas y las risas, terminaron con ese fugaz ramalazo de melancolía.

Entremos también a ver la Galeria de Retratos.

Seguro que entre tanto Callaghan ni se dan cuenta.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

Fue un fin de semana inolvidable para todos los presentes. Hubo conversaciones de todo tipo, algunas interesantes y otras banales. También largas charlas o tensas y pasionales discusiones… Y, sobre todo, risas. Muchas risas.

Y para Isabel hubo un momento especialmente emotivo: cuando Calen, para su sorpresa, la llamó a su lado y delante de toda su familia repitió las palabras que en su día formuló ante Lethan, presentándola ante todos como su elegida, su candidata perfecta. «Esta es la mujer con la que quiero compartir el resto de mi vida», anunció con voz firme. «Si voy a tener un futuro, será con ella, con nadie más».

Cuando terminó, Duncan, su padre y su abuelo, se acercaron a ellos.

—Traes contigo un pasado que solo a ti te pertenece —aseguró Duncan con solemnidad—. Nos alegramos de que hayas encontrado a tu compañera de vida para ese futuro que ahora comienza y nos sentimos orgullosos de que ambos queráis compartirlo con nosotros.

—Bienvenido a la familia —añadió Malcom, con la misma solemnidad—. Bienvenidos ambos.

Y para escenificar esa bienvenida se fundieron en un abrazo, tras el cual volvieron a escucharse los gritos, vítores y aplausos del resto de los Callaghan.



El domingo, a media tarde, empezó el desfile de los Callaghan hacia sus lugares de residencia. La mayoría volverían a reencontrarse en menos de un mes para celebrar la Navidad, por lo que no hubo caras tristes.

Una hora después, Calen, Isabel, Duncan y Susan despedían a los últimos y cerraban la puerta.

Las dos mujeres desaparecieron rumbo a la cocina, inmersas en una nueva conversación. La complicidad entre ellas era más que evidente. Parecía que se conocieran de toda la vida.

Cuando los dos hombres se quedaron solos, Calen dio una palmada en el hombro de Duncan y dijo:

—Gracias por organizar esta reunión. Me has ahorrado meses de ir puerta por puerta para presentarme y conocer a todos —bromeó—. Ha sido fantástico. Te estoy muy agradecido.

—No ha sido nada —contestó, sonriente, restándole importancia—. Hay una cosa más que me gustaría enseñarte antes de que acabe el día —añadió, poniéndose serio—. Para vosotros ha sido una semana un poco ajetreada. Desde que llegasteis, no habéis tenido un minuto de calma y, la verdad, no he encontrado el momento adecuado. Pero creo que no debo postponerlo más.

—Me estás asustando.

—No, no. No hay motivo, al contrario. Creo que te va a gustar mucho, pero por eso mismo, quería que lo disfrutaras con la

calma que se merece.

—De acuerdo, pasemos a la sala.

—No, mejor a la biblioteca, es ahí donde está mi sorpresa —rectificó Duncan, haciendo un ademán para que lo siguiera escaleras arriba.

La biblioteca, como Calen había descubierto en su primer recorrido por la casa, estaba en la última planta. Y, sin duda, había sido la estancia que más le había gustado de toda la vivienda. Era, sencillamente, perfecta. Estanterías de madera cubrían las paredes de arriba abajo. Unos amplios ventanales, que daban al jardín, proporcionaban una luz natural perfecta. Pese a lo que pudiera parecer, la amplia mesa de cristal con estructura de aluminio y el moderno sillón de oficina a juego, no desentonaban en absoluto con el resto de la decoración. Y las dos butacas de lectura, estratégicamente colocadas junto a los ventanales, de cara a la chimenea, aportaban un agradable toque hogareño.

Duncan entró en primer lugar y se dirigió directo hacia una vitrina de más de dos metros de ancho, que llegaba desde el suelo hasta el techo, repleta en su totalidad por una colección de cuadernos idénticos entre sí, de un tamaño similar al de una agenda anual actual. Solo se diferenciaban por el número grabado en el lomo que, al estar estampado en dorado, resaltaba sobre el cuero negro de las cubiertas.

Extrajo el primero de la fila de arriba y se lo entregó de forma ceremoniosa a Calen.

—Es una copia. Los originales de todos ellos están a salvo, en lugar seguro y en condiciones óptimas para garantizar su conservación. Pero tengo la impresión de que, lo de que sea una copia, no te va a importar.

Calen cogió el tomo, intrigado por ese matiz de superioridad que detectó en su voz. Como si dispusiera de información privilegiada que él desconocía. Abrió el libreto, aún con la mirada fija en el rostro de Duncan. Cuando por fin la bajó y reconoció la letra de su hermano, el corazón le dio un vuelco.

—Es el primero de una larga lista de diarios —explicó Duncan, observando cómo Calen admiraba la caligrafía de la primera

página—. Para nosotros, los volúmenes más antiguos fueron todo un galimatías incomprensible. Tanto que tuvimos que contratar los servicios de un especialista para traducirlos. Hasta que los autores no abandonaron el gaélico y empezaron a utilizar el inglés, éramos incapaces de entender una sola palabra. Pero tú no vas a tener problema con ninguno de los dos idiomas.

—Cuando nos has enseñado los retratos, has dicho que, para que el artista pudiera ser lo más fiel posible a la realidad, le habíais proporcionado las descripciones que contenían los diarios. Iba a pedirte que me lo aclararas porque no he sabido a qué te referías, pero ahora ya está claro.

Duncan afirmó con la cabeza y comentó a modo de aclaración:

—Lethan empezó y el resto de los lairds continuaron la tradición.

Tras una breve pausa, añadió solemne:

—Son para ti. En ellos se resume lo más importante de la historia de la familia.

Calen posó la palma de su mano sobre las hojas y cerró los ojos, intentando dominar sus emociones. Tenía tan vivo el recuerdo de su hermano… Para él solo hacía unos pocos días que lo había perdido, sin embargo, el cuaderno que tenía en sus manos evidenciaba que eso era una verdad a medias. La sensación de vacío y nostalgia fue tan súbita e inesperada que lo sobrepasó.

Duncan se dio cuenta y salió de la biblioteca para concederle la intimidad que necesitaba.

Bajó y se dirigió a la cocina con idea de sugerir a Isabel que subiera y acompañara a Calen en la lectura. Al llegar a la puerta, las vio inmersas en una fluida charla y al escuchar su nombre en boca de su mujer, se detuvo intrigado por saber cuál sería el tema de conversación.

—Vuestra historia me tiene fascinada —afirmó Susan, con cierto tono admirativo—. ¿Sabes? Cuando conocí a Duncan fue una de las primeras cosas que me contó sobre los suyos.

—¿En serio?

—Sí, pretendía demostrarme lo amorosos que son los Callaghan —respondió, poniendo ojitos—. Yo me había quejado de lo poco romántico y detallista que era y, para demostrarme lo contrario, os puso a vosotros como ejemplo.

Susan hizo una pequeña pausa y añadió:

—Por supuesto, no me creí ni una palabra. Pero cuando entré a formar parte de la familia, acabé por comprender que no era fruto de su imaginación. No sé la de veces que habré escuchado vuestra historia: en boca de Duncan, de mi suegro…, incluso del abuelo, pero hasta hace muy pocos días, debo reconocer que seguía pareciéndome increíble. ¿Cómo pudiste estar dispuesta a abandonar todo tu mundo por él?

—Bueno, de la misma manera que él ha estado dispuesto a hacerlo por mí —respondió con naturalidad.

Susan hizo un gesto afirmativo.

—Os queréis de verdad, eso se nota —afirmó segura de no equivocarse, mientras seguía recogiendo y recolocando las sobras de comida en fiambreras para poder guardarlas en el frigorífico—. Me parece que Calen no es de los que hacen grandes demostraciones de cariño en público, en eso se parece a Duncan y, sin embargo, el amor que te profesa es algo que a ninguno nos ha pasado desapercibido.

—Tienes razón en lo de los halagos y las demostraciones de cariño en público. Calen no es de esos —afirmó sin tapujos, mientras cogía la fuente que acababa de vaciar Susan y la dejaba a remojo en la fregadera—. Luego, en la intimidad, la cosa cambia —añadió casi sin darse cuenta, provocando una pícara sonrisa en Susan— ¿ya me entiendes?

—Sí, más de lo que crees. Cómo te decía, en algunas cosas, creo que Duncan y Calen se parecen bastante.

Ahora las dos rieron con complicidad.

Continuaron con la labor de devolver cierto orden a la cocina en silencio. Isabel lo rompió poco después.

—¿De verdad te lo parece?

—¿El qué?

—Que me quiere con locura —exclamó con tono teatral para intentar disimular lo importante que era para ella la pregunta.

—No te quepa duda. No sé cómo explicarlo, se percibe en cómo te acaricia con la mirada, en la admiración velada con la que te escucha, cómo te rodea la cintura o te echa el brazo por encima del hombro para atraerte hacia él en cuanto tiene oportunidad. O esa otra costumbre que tiene de situarse detrás de ti, como si se hubiera nombrado tu protector, disuadiendo a cualquier posible agresor solo con su presencia.

—Sí, sé a lo que te refieres —corroboró Isabel, recordando un episodio que habían vivido en Salamanca—. Me estoy acordando ahora de un día que estábamos en el parking del súper, intentando acomodar la compra para que nos cupiera todo entre el portaequipajes de la moto y la pequeña mochila que habíamos llevado. Yo soy un desastre para eso, pero a Calen se le da bastante bien, así que él se quedó batallando con las bolsas y yo fui a devolver el carro a su sitio. Cuando ya venía de regreso, se me acercó un señor a ver si podía darle algo. Se puso algo intenso cuando le dije que no llevaba dinero, cosa que, por cierto, era verdad. Solo había cogido la tarjeta de crédito. Él insistía en que le diera unas monedas y yo seguía intentando explicarle que, en esta ocasión, no era no. Y en un momento dado, de repente, dejó de insistir de forma drástica. Se dio media vuelta y se alejó. No me hizo falta girarme para saber que Calen estaba pegado a mi espalda, asomado por encima de mi cabeza y con cara de pocos amigos —añadió, dejando que una leve sonrisa iluminara su rostro.

—Entiendo que para el hombre —comentó Susan, imaginándose la escena— ver aparecer a tu espalda a un tipo con la altura suficiente para mirarlo por encima de tu cabeza, sin necesitar ponerse de puntillas, tuvo que ser bastante intimidatorio. Pero hay veces que la gente no entiende que la insistencia desmedida se vuelve incómoda.

—Lo fue. Era asiduo del aparcamiento y desde ese día no volvió a acercarse a nosotros. Y no fue un caso aislado —aseguró con cierto apuro—. A veces intentaba alcanzar la barra de un bar

abarrotado para pedir las consumiciones o me engullía un tumulto inesperado de gente en la calle o a la salida del cine, en cualquiera de los casos, no dejaba de recibir empujones, y de repente la marea humana se separaba, como si fuera el Mar Rojo, y me hacía pasillo. Entonces me giraba, orgullosa de mi hazaña, y lo encontraba pegado a mi espalda.

Susan rio, divertida y cómplice. La entendía bien, ella había sentido algo parecido en más de una ocasión.

Isabel incidió en el tema añadiendo una nueva reflexión:

—Sé que puedo cuidarme sola —aseguró con rotundidad—, lo he hecho toda la vida, pero hay algo en la forma en la que él me cuida que me hace pensar que ahora ya no tengo que estar siempre en guardia.

Supo que Susan la entendía y sonrió de nuevo. Unos segundos después confesó, algo ruborizada:

—Yo soy consciente de esas miradas que me acarician el alma y de esa atención con la que me escucha siempre, aunque hablemos de cosas banales. Las percibo con claridad, pero no creí que fueran tan visibles a los ojos de los demás.

—Pues ya ves que lo son. Eres afortunada.

—No tengo ninguna duda al respecto —confirmó Isabel al instante—. Me hace sentir especial. Nunca antes nadie me había tratado así —confesó, con cierto pudor—. A su lado me creo la mujer más deseada del mundo y la más inteligente.

Sin darse tiempo a pensar, añadió de forma precipitada y con cierto deje de incredulidad:

—Me hace sentir importante, imprescindible, útil, amada, hermosa…

Detuvo de forma abrupta la lista de adjetivos para terminar la frase con un tono más calmado y otra afirmación rotunda:

—Con él a mi lado siento que puedo con todo.

Susan dejó el plato que llevaba sobre la encimera y le apretó la mano con cariño:

—¡Puedes con todo! Eso ha quedado demostrado. ¡Madre mía! ¡Si la gente supiera tus andanzas!

—¡No! ¡Mejor no! —negó Isabel entre risas—. Si tan siquiera lo sospecharan, allí habría terminado en la hoguera, aquí, seguramente, en el manicomio.

Susan se unió a las risas y de esta manera, dieron por terminado el tema de conversación al ver que Duncan entraba en la cocina.



Calen se había acomodado en uno de los sillones de lectura que había junto al gran ventanal. Durante unos minutos mantuvo cerrado el pequeño cuaderno, mentalizándose para lo que iba a sentir al abrirlo y comenzar a leer.

Sonaron unos golpecitos en la puerta e Isabel se asomó.

—Duncan me ha dicho que estabas aquí y que tal vez querrías compañía. ¿Todo bien?

—Ven. Mira. Es de Lethan.

Isabel se acercó y Calen la tomó en su regazo. Ambos se quedaron absortos mirando el cuaderno. Un silencio reverencial precedió a la lectura.

Por fin, Calen se animó a abrirlo y empezó a leer.



Shhh... Calen está leyendo los diarios de Lethan.
Ven, acaba de empezar.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

Mis queridos hermanos, solo hace unas horas que habéis partido y ya os echo de menos como si fueran años. ¡Qué paradoja! Si todo ha salido como espero, para vosotros, cuando leáis estas líneas, solo habrán pasado unos días, semanas a lo sumo. Y, sin embargo, yo llevaré siglos enterrado. No temáis, a estas alturas no voy a volverme un sensiblero. No voy a pasarme la vida lamentando vuestra marcha. Fue vuestra decisión y yo la acepto y la respeto. Sé además que, mientras estéis juntos, el lugar no influirá demasiado en vuestra felicidad.

A partir de hoy me propongo relataros todo acontecimiento relevante que se produzca en nuestro clan. A mí me servirá para sentiros cerca y a vosotros para saber de primera mano lo que os habéis perdido. Y no solo eso, sino que pretendo que, si alguna vez tengo hijos y nietos, perdón, rectifico, cuando tenga hijos y nietos, porque según Isabel, así va a ser, ellos también sigan con esta costumbre…

La pareja permaneció hasta bien entrada la madrugada sin salir de la biblioteca. Y a partir de ese día, todas las tardes se recluían allí durante horas, hasta que terminaron de leer los más de trescientos

cuadernos. A veces reían con las anécdotas divertidas que contaba el narrador de turno. Otras, quedaban sumidos en la tristeza al ir descubriendo las penurias acontecidas, pero siempre con la sensación de estar muy cerca de los suyos.

Hubo algunos narradores que, abiertamente, confesaban no creer en la profecía. Contaron su historia desde la negación, convencidos de que aquel pariente viajero en el tiempo nunca existió o, en el mejor de los casos, se perdió en el inframundo y no llegó nunca a ese ansiado futuro. Aun así, narraron la historia de su generación y se encargaron de pasar el relevo a la siguiente, para que cada una decidiera libremente si creer o no. La mayoría de las veces, una o dos generaciones más tarde, cogía la pluma un nuevo laird que tomaba el testigo con renovados bríos.

El escritor más prolífico fue Lethan. Su hijo y su nieto no se quedaron atrás. Después hubo otros menos dados a la escritura, aunque, de vez en cuando, resurgía alguno que volvía a emular a sus ancestros en el arte de contar la historia de los suyos. Todos, en mayor o menor medida, habían dejado algo escrito destinado a que lo leyera aquel pariente viajero en el tiempo.

Lethan había detallado con precisión cada minúsculo acontecimiento y, aprovechando su extraordinario don para el dibujo, añadió algunos como complemento a sus explicaciones. Al principio eran caricaturas bastante acertadas de momentos vividos en su compañía. Por ejemplo, la aparatosa reaparición de Isabel en el claro, con la moto y las bolsas esparcidas a su alrededor. Esa ilustración les arrancó más de una carcajada. Luego empezó a hablar de una joven, a la que describía como vivaz, risueña y de mirada franca, e incluyó algún retrato. Calen e Isabel releyeron el capítulo que dedicó al nacimiento de su primogénito veinte veces.



¿Quieres ver las dotes artísticas de Lethan?



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

Mira con qué sorna inmortalizó la aparatosa llegada de Isabel al siglo XIII.



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

Lethan había escrito todo aquello a lo largo de los años y los cambios en su carácter habían sido lentos y graduales, pero para Calen e Isabel, que los devoraban tarde tras tarde sin descanso, la transformación era mucho más brusca. En una cuartilla les relataba sus correrías tras las mozas o sus incursiones correctivas contra los

Burg y unas pocas páginas más atrás, describía sus miedos, sus dudas, el peso de las responsabilidades… Calen e Isabel percibían su evolución como un proceso mucho más rápido de lo que en realidad fue.

Nada presagiaba que aquella tarde iba a terminar de forma tan triste. Acababan de leer otra de las anécdotas de Lethan. Ya tenía más de sesenta años, pero no había perdido la frescura de las primeras historias. Relataba hechos relevantes, pero también incluía pequeñas escenas de la vida cotidiana.

La pareja todavía tenía la sonrisa en la boca cuando pasaron la página y advirtieron que la letra era diferente.

El hijo de Lethan, Nail, había tomado el relevo. Narró cómo hacía menos de un mes, los Burg habían incursionado en las tierras del clan. Lethan, pese a su edad, se mantenía en perfecta forma física y seguía participando en las contiendas y esta vez no fue una excepción. Los atacantes los duplicaban en número, ya había pasado otras veces y no había sido algo decisivo. Pero, esta vez, en cuanto identificaron al laird cargaron contra él.

El escrito de Nail dejaba entrever el orgullo que sentía por su padre cuando contaba cómo luchó contra cuatro hombres a la vez. Pero cada vez que abatía a uno, otro ocupaba su lugar, hasta que las fuerzas le faltaron. El propio Nail tuvo que combatir con otros tantos y tuvo que ver impotente cómo su padre caía en el campo de batalla. Su relato terminaba confirmando que habían ganado y expulsado, una vez más, a los Burg del valle. Fue una victoria cara. Muchos de los suyos quedaron tendidos sin vida, entre ellos Lethan Callaghan.

Calen se levantó, dejando caer al suelo el libreto.

—¡Hijos de mala madre! —bramó, rabioso, enterrando los dedos entre el cabello, como hacía siempre que perdía los nervios—. ¿Cuándo piensan dejar de matar a los Callaghan?

Isabel se agachó para recoger el cuaderno y, tras comprobar que, pese a la abrupta caída, no había sufrido daños, lo colocó sobre el sillón.

Calen permanecía junto a la ventana, con los brazos estirados, sujeto con ambas manos al marco. Tenía la cabeza gacha,

con la frente casi rozando el cristal, mirando al suelo con impotencia.

Cuando Isabel lo abrazó por detrás, pareció reaccionar. Enderezó la espalda y elevó la cabeza para fijar la vista en el horizonte.

—¡Malditos Burg! —murmuró, desolado—. ¡Están empeñados en aniquilar a mi familia!

—Tal vez, pero tú y yo sabemos que no lo van a conseguir.

Isabel pegó la mejilla a la espalda masculina y siguió abrazada a él. Calen posó la mano sobre la que Isabel tenía apoyada en su pecho y mantuvo la vista fija en el horizonte, intentando asimilar que, una vez más, acababa de perder a su hermano.

Tardaron algunos días en retomar las lecturas. Pero lo hicieron ilusionados por seguir conociendo de primera mano todo lo acontecido durante ese largo periodo de tiempo.

Así llegaron a los últimos cuadernos, los escritos por el abuelo y el padre de Duncan, en los que se empezaba a respirar ese nerviosismo anticipatorio por la inminente llegada del pariente viajero en el tiempo. Los escritos se dividían entre las dudas que tenía la familia sobre si la leyenda transmitida durante tantas generaciones sería cierta y las ganas de que lo fuera.

Malcom había empezado a planificar los detalles para que esa llegada fuera lo menos traumática posible y con ello había vuelto a insuflar una buena dosis de entusiasmo en la familia.

Y Duncan, con la ayuda del resto de tíos y primos, igual de involucrados y comprometidos, había llevado a la práctica la larga lista de preparativos pautados por su padre.

La noche en que, una vez leído, devolvieron a su lugar en la estantería el último de los cuadernos, sintieron un batiburrillo de emociones: el vacío de quedarse sin lectura, la nostalgia de tantas horas compartidas en aquella sala, la euforia de haber comprobado que, a pesar de las penurias de algunos períodos, la familia había logrado sobreponerse y seguir adelante, o el orgullo que Calen no pudo evitar expresar en voz alta: «¿Te das cuenta, *mo gharàdh*? Por negro que esté el panorama, un Callaghan no tira nunca la toalla».



Duncan y su esposa fueron cruciales para terminar con esa pasajera negrura emocional que siguió a la finalización de la lectura de los libretos. Faltaba poco para las Navidades. Con ellas llegaría, otra vez, la avalancha de Callaghan y había que empezar con los preparativos.

Susan, con la excusa de darle un aire diferente al de años anteriores, convenció a Isabel para que se encargara de la decoración de la casa y los exteriores. Y Duncan reclutó a Calen para que lo ayudara con la contratación del catering, el alquiler de las carpas para el jardín y las actuaciones, incluida la visita del mismísimo Santa Claus, que todos los años preparaban para deleite de niños y mayores.

Calen estaba sorprendido por toda la parafernalia montada alrededor de la festividad religiosa. Se lo comentó a Duncan cuando ambos forcejeaban para poner de pie el enorme abeto que acababan de traer, para que Susan e Isabel pudieran empezar a decorarlo con las luces y el espumillón.

—¿En serio hay que organizar todo esto para celebrar la Navidad? —preguntó entre resoplidos, luchando para que las ramas no lo engulleran—. En mis tiempos, unos oficios religiosos algo más largos y ceremoniosos que de costumbre y quemar el tronco de Yule en la chimenea para espantar los malos espíritus eran celebración más que suficiente.

—A mí no me digas —replicó Duncan desde el otro lado del árbol, igual de agobiado por el peso y la envergadura de aquel

coloso verdoso—, yo soy de la misma opinión, pero Susan no piensa lo mismo.

Consiguió que su cara emergiera de entre las ramas y, con una sonrisa cargada de picardía, añadió:

—Te aseguro que es agotador llevarle la contraria. Sin embargo, recibir sus muestras de cariño y agradecimiento cuando le muestro mi apoyo en cosas como esta, digamos que es igual de agotador, aunque mucho más placentero.

Ambos sonrieron socarrones e hicieron chocar las palmas de sus manos. Era un gesto que Calen había aprendido hacía poco e incorporado de inmediato a su repertorio de ademanes. Le parecía un guiño cargado de complicidad, perfecto como demostración de hermanamiento.

Al levantar el brazo, la manga de la camisa de Duncan se había deslizado hacia arriba, dejando al descubierto un pequeño tatuaje que no pasó desapercibido para Calen.

—*Mo chlann* —pronunció en un gaélico perfecto.

—Mi clan —respondió Duncan en inglés, adelantando su brazo para mostrar orgulloso el grabado.

—¿Por qué te lo has hecho?

—Muchos Callaghan lo llevamos. Es una tradición. No te puedo decir desde cuándo. El abuelo es un apasionado de la historia, en concreto del periodo de las guerras jacobitas…

—Desconozco esas guerras.

—Es verdad, perdona, a veces olvido tu salto en el tiempo. No importa, el caso es que tras la lectura de un documento en el que se relataba una batalla ocurrida en 1745, cerca de Cornualles, el narrador ensalzaba a los combatientes y hablaba de nuestro clan, de su decisivo papel en la contienda, y describía con precisión el característico tatuaje que todos los miembros del clan lucían en su brazo. En algún momento del pasado se perdió esa tradición, pero el abuelo la recuperó. Se lo mandó tatuar, sus hijos siguieron su ejemplo y la mayoría de mis primos y yo mismo, los hemos imitado. Como te digo, no sé qué miembro del clan sería el primero en hacérselo, lo importante es que vuelve a ser un distintivo del clan.

—Yo puedo darte ese dato que te falta. Sé quienes fueron los primeros —replicó Calen con cierta superioridad.

Se hizo el silencio. Duncan frunció el ceño y, cuando Calen calculó que había llegado a la conclusión correcta, levantó la manga de su jersey y mostró su tatuaje.

Duncan se acercó entusiasmado para examinarlo de cerca. La tipografía no era exactamente la misma, pero se apreciaba la similitud entre ambas, y quedaba claro que juntas formaban una única frase.

—He de confesar que mi conocimiento del gaélico es muy limitado —reconoció Duncan, sin apartar la vista del grabado—. ¿Qué significa?

—Mi orgullo. Lethan se tatuó la otra mitad de la frase.

Calen retiró el brazo y volvió a extenderlo con solemnidad, al tiempo que repetía:

—Mi orgullo.

—Mi clan —respondió Duncan, imitando su gesto y colocando su brazo a la par del de su pariente.

Esa noche, cuando terminaron las tareas y los dos matrimonios se sentaron a cenar, Isabel y Calen compartieron encantados la historia de los moteros tatuados y de cómo el encuentro con ellos influyó para que los hermanos terminaran haciéndose también un tatuaje.

—¡Qué te parece! —exclamó Duncan, fingiendo un tono lastimero—. Nosotros pensando que era un antiguo lema de la familia, transmitido de generación en generación, y resulta que la idea surgió en pleno siglo XXI, a consecuencia del encuentro fortuito con unos moteros salmantinos.

Los cuatro rieron, divertidos por el modo en que la vida, a veces, se burla de nosotros.



El veinticuatro de diciembre, Duncan y su mujer pasaron a la casa grande a primera hora para coordinar las últimas tareas. Habían montado una carpa en uno de los jardines y colocado estufas que

caldearan el frío ambiente propio de la época. Habían decorado algunos de los árboles cercanos a la carpa con luces y, por supuesto, el tremendo abeto que Calen y Duncan se habían encargado de elegir para el recibidor de la casa, llevaba días engalanado, esperando los paquetes que hoy irían depositando los asistentes a la fiesta y que, como todos los años, se repartirían justo antes de la cena. Pero aún había que despejar la cocina para ubicar todo lo que el catering traería en pocas horas y habilitar la pequeña sala de estar contigua al recibidor, como guardarropa improvisado.

A media mañana, ya había un ejército de Callaghan moviendo mesas, colocando sillas, hinchando globos y echando viajes de la casa al jardín sacando todo lo necesario. Y entre risas y bromas, todo estuvo listo para la hora prevista.

Calen volvió a sentirse orgulloso de su familia, de lo coordinados y lo bien que trabajaban en equipo, del buen ambiente y la sintonía que se respiraba cuando todos estaban juntos, y dio por bien empleado todo el esfuerzo de organización. Ver disfrutar a todos los asistentes fue la mejor de las recompensas.

El tatuaje familiar dio mucho juego durante la velada. Fue motivo de bromas y chanzas, y protagonizó más de un momento divertido. Se corrió la voz enseguida y, en cuanto todos estuvieron al tanto de que Calen, no solo tenía un tatuaje similar, sino que, junto con Lethan, había sido uno de los artífices de la idea, cada vez que alguien se cruzaba con él, se subían la manga de la camisa y con gesto marcial, le mostraba el suyo.

El gesto se convirtió en la contraseña secreta de la jornada. La mayoría había elegido el brazo para tatuárselo, respetando así el lugar original, pero algunos levantaban la pernera del pantalón para mostrar el tobillo; otros, directamente se los bajaban hasta media pierna para mostrar el muslo donde lo llevaban grabado; y otros desabotonaban la camisa para mostrar su hombro o la espalda.

Las carcajadas fueron generalizadas cuando una de las tías octogenarias de Duncan aseguró a Calen que ella también se lo había tatuado, concretamente encima del corazón, y ante la cara de asombro de este, empezó a desabrocharse la blusa para enseñárselo.

Calen, visiblemente apurado, tuvo que insistir, y mucho, para convencerla de que la creía sin necesidad de que se lo mostrara.

Y, entre juegos, la visita de Santa, la apertura de regalos y la larga y pausada sobremesa tras la abundante y exquisita cena, la velada fue llegando a su fin. A Calen le costaba creer en lo que había derivado la leyenda del *Bodach na Nollaig.* En su época, aquel anciano del invierno era un espíritu temible que bajaba por la chimenea para asustar a los niños desobedientes si no le dejaban ofrendas. Ver ahora a ese Santa Claus, vestido de rojo, cargado de juguetes y sonrisas, le parecía un cambio tan brusco que casi le resultaba hasta cómico.

Parece que Calen ha conseguido lo imposible: integrarse en el siglo XXI, sin perder su esencia del siglo XIII. Convertirse en un caballero perfecto del presente, sin dejar de ser el guerrero que fue en el pasado.

¿Nos unimos a la celebración de los Callaghan antes de que toque a su fin?



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Calen no quiso que la noche terminara sin volver a agradecer a todos la cálida acogida que le habían dispensado.

—Bueno, es evidente que planificar las cosas con tiempo tiene sus ventajas —aseguró Duncan—. Tuvimos años para aproximarnos a la gente adecuada. Algunos obsequios estratégicamente distribuidos, unas cuantas suplantaciones de personalidad… —bromeó— y se hizo el milagro.

Todos rieron divertidos porque, aunque sonara a broma, la realidad se acercaba bastante a eso. Algunos habían tirado de amistades para pedir favores, y otros habían aprovechado algún trámite confuso o extravío para justificar la falta de documentación y así poder solicitarla de nuevo.

—Sois increíbles, en serio. No sé cómo voy a pagaros.

—Bueno, por lo que nos ha dicho Duncan —voceó uno—, has hecho una más que generosa contribución a las arcas de la sociedad familiar.

Era cierto, hacía unas semanas, Calen e Isabel habían vendido parte de las monedas que se habían traído del pasado y habían entregado el dinero conseguido a Duncan. Querían formar parte real de esa sociedad financiera familiar.

—No es para tanto —bromeó Calen—, solo vacié mis bolsillos de calderilla.

Se oyeron carcajadas y abucheos por igual. Isabel también rió con ganas. La verdad es que a ambos les habían sorprendido descubrir que aquellas monedas tan corrientes en el siglo XIII se hubieran convertido en una pequeña fortuna en el presente.

—No seas tan modesto —gritó otro desde uno de los corrillos del fondo—, para ti igual es una minucia, pero a nosotros este año no nos ha hecho falta participar en la rifa que organiza la parroquia para hacernos con el primer premio.

Calen carcajeó, divertido. Estaba fascinado con su clan. Era numeroso, pero, sobre todo, estaban unidos, se sentían una sola cosa y estaban orgullosos de ser Callaghan. Lo averiguaría con el tiempo, pero tenía la impresión de que, si alguno estaba en apuros, todos arrimaban el hombro.

A una señal de Duncan, las bromas cesaron y todos se pusieron en pie para participar en el brindis colectivo.

—Padre, ¿quieres hacer los honores?

Malcolm asintió, alzó su copa y, con voz firme y orgullosa, pronunció el tradicional brindis de los Callaghan:

Por la sangre que nos une
y el fuego que nos da fuerza.
Por los lazos que el tiempo no rompe,
ni la distancia enfría.
Y porque el futuro
siga siendo generoso con nosotros.

Que nunca falte valor en nuestros corazones
ni pan en nuestra mesa.
Que las generaciones venideras honren,
como nosotros honramos hoy,
la memoria de los primeros Callaghan,
que abrieron camino y, con su sacrificio,
nos permitieron llegar hasta aquí.

Llegado a este punto, Malcolm hizo una breve pausa para que todos corearan la última parte del brindis, juntos:

Como valientes lucharon.
Como héroes murieron.
Honor y gloria a los que dieron su vida por el clan.

Calen ya había escuchado el brindis en la reunión de principios de mes, pero eso no impidió que le recorriera un latigazo de orgullo de los pies a la cabeza al volver a oírlo. El brindis era perfecto. No se podían resumir de mejor manera los fundamentos de un buen clan: unidad, valores, deseos de prosperidad, y respeto y agradecimiento a los antepasados. Bebió de un trago todo el líquido

de la copa y lamentó más que nunca que su hermano no pudiera estar a su lado. Por suerte, tenía a Isabel que, aunque no había podido contener las lágrimas, sonreía igual de orgullosa de su clan que él.

A Calen todavía le aguardaba una sorpresa más.

Al día siguiente Duncan vino a visitarlos.

—¿Podemos hablar? Aún me queda una última cosa que entregaros.

—Por supuesto. Adelante.

Se acomodaron en la sala.



De nuevo un salón es testigo de secretos, confidencias, recuerdos, magia, tradición

El salón del piso de Isabel fue el escenario de esa primera revelación y su constatación de veracidad,

tras el viaje de Isabel al pasado.

El salón del castillo fue el lugar en el que Lethan presentó a Isabel a los suyos a través de la historia de los objetos celosamente guardados durante años por su familia

Ahora, de nuevo un salón, el de la nueva mansión de los Callaghan, es testigo de retazos de historia, determinación, propósito, esperanza y regocijo.

Ya conoces los otros dos, ¿quieres echar un vistazo al tercero?

Tres estancias diferentes y un elemento común en ellas. ¿Sabes cuál es?

ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO



Duncan portaba una bolsa de plástico rígido e impermeable, con asas, que posó sobre la mesita, extrayendo de ella, con extremo cuidado, una caja cuadrada de madera tallada que Calen e Isabel reconocieron al instante. Había oscurecido su color, pero aun así era inconfundible. Isabel extendió su mano para acariciarla mientras afirmaba:

—Es la caja que tallaste para tu padre.

—No —corrigió Calen, sin necesidad de examinarla más de cerca —. Esta es la que le regalé a Lethan.

—Aunque los diarios iban dirigidos a vosotros —comenzó a explicar Duncan—, su contenido ha sido un tesoro compartido por

todo el clan. Supongo que, durante mucho tiempo, mientras en el valle aún se hablaba nuestra antigua lengua, en las reuniones familiares siempre se leyeron fragmentos de los cuadernos. Después entiendo que, y esto son solo conjeturas mías, al adoptar el inglés como idioma habitual, lo de leer los manuscritos escritos en gaélico o el dialecto antiguo se complicaría y dejaría de ser algo literal para convertirse en un relato oral más concentrado y resumido.

—En mis tiempos existía la figura del *seanchaidh*, el custodio de la historia —intervino Calen, intentando que su voz sonara mucho más calmada de lo que estaban sus emociones—. Él era el encargado de preservar la memoria del clan. Gracias a él pudimos, por ejemplo, conocer la vida de Domhnall Callaghan.

—Bueno, fuera el laird o el *seanchaidh*, fuera de manera literal o mediante relatos orales, el contenido de esos cuadernos siempre ha servido para darnos una conciencia única de clan. Pero, en algún momento, esa transmisión oral fue haciéndose cada vez más escueta hasta que se perdió y se convirtió en un simple recuerdo que engulló la propia leyenda. Por eso, nosotros, como te conté el otro día, decidimos contratar a un especialista que tradujera los tomos más antiguos, precisamente los de Lethan, sus hijos, nietos y biznietos e intentar recuperar esa tradición oral o, al menos, que todo el que quiera pueda leerlos por su cuenta.

Ahora fue Duncan quien, antes de continuar, palpó la caja con ambas manos, casi de manera reverencial.

—Esta caja, sin embargo, ha pasado de laird en laird sin que ninguno haya conocido su contenido. Tu hermano así lo ordenó. Hasta donde yo sé, todos la hemos cuidado con esmero, guardándola en las mejores condiciones posibles e intentando que el deterioro fuera mínimo. Pero ninguno hemos curioseado dentro o, al menos, nadie ha reconocido en público haberlo hecho —añadió con malicia.

Los tres quedaron absortos, mirando la caja, con la misma idea rondándoles en la cabeza: ¿era posible que el paño hubiera estado ahí durante todos esos años y que nadie lo hubiera usado?

Calen tomó la caja y la puso sobre sus rodillas. La abrió y hubo un segundo de decepción en su rostro. Había varias cosas en

su interior, pero ninguna era la reliquia que esperaban encontrar.

Lo primero que sacó fue la mitad de un broche. Lo acarició con la yema del pulgar por unos segundos. Estaba sucio y desgastado, pero sin duda era parte del broche que su padre le había regalado al cumplir los dieciséis años.

Echó mano al bolsillo de su pantalón y sacó una segunda mitad, esta, brillante y sin roce alguno, que encajaba perfectamente con la primera.

Para él solo habían pasado unos días desde que lo había partido en dos con un golpe certero de su espada y había entregado una de las mitades a su hermano.

Isabel se asomó y reconoció el siguiente objeto.

—Mirad, es mi móvil.

Sonrió mientras explicaba a Duncan:

—Le enseñé a Lethan a manejarlo y se lo dejamos para que lo utilizara como cámara.

Al igual que el broche, estaba muy deteriorado. Ilusa de ella, aún intentó encenderlo, esperando el milagro. Lo posó sobre el sofá decepcionada. Duncan lo cogió para examinarlo de cerca. Pese a su mal estado, era increíble que se hubiera conservado durante tantos años. Sin duda, el no haber sufrido cambios bruscos de temperatura, el haber estado en un lugar seco, sin humedad y preservada de posibles contaminantes atmosféricos, había sido decisivo para ello.

Isabel volvió a quitárselo de las manos.

—Déjamelo un momento, quiero comprobar una cosa.

Buscó la ranura de la tarjeta de almacenamiento y, mientras manipulaba en ella, explicó:

—Lo tenía configurado para que guardara las fotos en la tarjeta… tal vez… si consigo extraerla… —su entusiasmo fue creciendo mientras seguía hurgando en la ranura—, podríamos insertarla en otro dispositivo y…

Por fin, no sin cierta dificultad, ya que estaba adherida a la carcasa, consiguió extraerla.

—¡Aja! ¡Aquí está! —exclamó eufórica, mientras examinaba su estado—. Vamos a intentarlo —anunció, echando mano de su nuevo móvil—, no perdemos nada.

Duncan, que permanecía de pie, fue a sentarse al sofá junto a ellos. Las tres cabezas se asomaron expectantes para ver la pantalla. Un selfi de Lethan les dio la bienvenida y los tres rieron sorprendidos. Había más de trescientas imágenes en lo que parecían varios años de vida.

—Dios, es increíble —afirmó Isabel—. ¡El teléfono funcionó durante varios años! No pensé que el cargador solar pudiera aguantar tanto.

Primero solo salía Lethan, algunas eran del castillo o de las tierras. No se podía saber quién estaba más emocionado, si Calen por volver a ver su hogar, o Duncan por poder admirar en las fotos el castillo en todo su esplendor.

Después empezó a aparecer en las fotos una mujer y luego algunos selfis de Lethan abrazando o besando a la joven. En otra, Lethan sostenía en sus manos un recién nacido.

—Debe de ser Nail —había comentado Isabel emocionada.

Luego, un niño sujetaba con fuerza un dedo índice de un adulto, en lo que parecían sus primeros pasos. Más tarde, otro bebé recién nacido… y Lethan jugando con ambos…

Los años iban pasando y fotografía a fotografía, fueron viendo crecer a la familia. En las últimas, se veían cuatro cuerpecitos jugando en el claro, en un revoltijo de brazos y piernas, bajo la atenta mirada de su madre.

La caja de madera permanecía olvidada sobre la mesita. Los tres miraban y remiraban las fotos. Comentaban, elegían su favorita o elucubraban sobre el contexto de cada una. Más de una hora después, Calen recuperó la caja, volvió a colocarla sobre su regazo y extrajo de su interior un último objeto. Un pliego de papel amarillento, doblado en cuatro partes.

Duncan se levantó del sofá.

—Os dejo a solas.

—Puedes quedarte —advirtió Calen.

—No, intuyo que es algo privado. Nos vemos mañana —afirmó, mientras se dirigía a la puerta sin más demora.

—¡Duncan! —llamó Calen, antes de que lo hiciera—. Gracias —añadió cuando este se detuvo y se giró para mirarlo.

Duncan afirmó respetuoso con la cabeza y abandonó la sala.

De nuevo reinó el silencio. Calen sostuvo el papel en su mano, con suma delicadeza, como si temiera romperlo solo con el contacto. Tras unos segundos más, se decidió a desdoblarlo, pero lo hizo con extremo cuidado. Su pecho se infló al reconocer la letra de su hermano y dejó que el aire volviera a salir de él muy despacio. Por un instante cerró los ojos y se dio el gusto de imaginarlo, pluma en mano, totalmente abstraído en la tarea, como le sucedía cuando dibujaba.

Antes de que Calen empiece a leer ¿quieres que también imaginemos a Lethan, siglos antes, justo en ese instante, cuando se dispone a escribir la carta a su hermano?

¡Oh! Mira el retrato que ha hecho de su esposa. Desvela mucho sin necesidad de palabras. ¿Verdad?



ACCEDE AL CONTENIDO EXCLUSIVO

A continuación, comenzó a leer en voz alta.

Hermano, comienzo a escribir estas líneas sin la seguridad de que algún día puedan llegar a tus manos. Pero con la esperanza de que lo hagan.

Te confieso que no fue fácil tener que continuar sin tenerte a mi lado. En los momentos duros, he echado de menos tus consejos y templanza e intenté imaginar qué habrías hecho tú en mi lugar.

En estos años desde que te fuiste también hubo muchas alegrías, no te voy a engañar, aunque, el no poder compartirlas contigo dejó en ellas un pequeño poso de amargura y melancolía. Mi manera de paliar ese vacío que dejó tu ausencia, fue intentar mantenerte lo más vivo posible y, para ello, involucré a todo el clan. No permití que quienes te conocieron te olvidaran, y me aseguré de que los que entraron en mi vida después de tu partida, lo supieran todo de ti. Y creo que, por ahora, lo he conseguido.

Mis hijos te idolatran. Mi pequeña Megan me ha jurado por lo más sagrado que se encargará de que sus hijos y los hijos de sus hijos, sigan conociendo la valentía de su tío, que lo abandonó todo para viajar a otro tiempo y lugar solo por amor. Te juro que no sé de dónde ha sacado esa vena tan melodramática. Es la personita de seis años más hermosa que he visto nunca, pero, en su corta edad, ya ha cambiado de parecer en varias ocasiones sobre la decisión de contraer matrimonio, por lo que, entre tú y yo, no confío mucho en su juramento.

En mi primogénito, sin embargo, tengo más fe. Es estudioso, callado, reflexivo… y aunque no lo proclama a los cuatro vientos, como su hermana pequeña, sé que te adora del mismo modo. Eso me hace estar seguro de que se encargará de continuar mi estela y no permitirá que los años terminen con tu recuerdo.

Llevo años plasmando en papel todo lo que imagino te hubiera gustado saber de nuestro clan. Y mi intención es que él continúe cuando yo ya no pueda hacerlo. Espero que tanto estas líneas y la caja tan especial que las guarda, como esos

escritos, lleguen a tus manos. Tú viajaste al futuro y acompañaste a tu gran amor de vuelta a su tiempo. Yo voy a intentar que mi espíritu viaje hasta el futuro para hacerte llegar todo el amor que dejaste atrás. Ya ves, hermano, me he vuelto ambicioso. Pretendo llevar a cabo una gesta mucho más grande que la tuya. Ojalá lo consiga.

Calen dejó de leer en voz alta, pero sus ojos siguieron devorando el siguiente párrafo, al terminarlo, soltó una carcajada.

—Maldito hijo de…

Isabel le arrebató la hoja de papel antes de que terminara la frase y fue ella la que continuó con la lectura.

Muy a mi pesar, para ello he tenido que convertirte en una especie de héroe, exaltando tus escasas virtudes y difuminando en el olvido tus múltiples defectos…

Isabel tampoco pudo contener la carcajada. Calen hizo mención de quitarle el papel y ella lo alejó de su alcance y continuó leyendo.

…Es la única forma que se me ocurrió para conseguir que mi legado llegara hasta ti. De momento ha funcionado. Te he convertido en un mito. En el protagonista de una hermosa historia que todos querrán compartir y transmitir de generación en generación. Tiene todos los elementos para convertirse en un *best-seller* de esos que tanto le gusta leer a Isabel. Acción, misterio, romance… y un protagonista con personalidad arrolladora y atributos físicos sin parangón.

Los dos volvieron a reír a carcajadas. ¡Lo sentían tan cercano! Rieron con ganas unos segundos y luego, casi al mismo tiempo, el pensamiento de ambos llegó a la misma conclusión: Con lo vivo que seguía estando para ellos en ese instante, ¿cómo podía ser que aquel trozo de papel llevara cerca de setecientos años encerrado en esa caja?

No dijeron nada, pero ambos se quedaron atrapados en la melancolía que ese razonamiento había provocado en su corazón.

Tras un par de minutos, Calen recuperó la hoja de papel que había quedado olvidada entre los dedos de Isabel y continuó leyendo.

Sé que, a estas alturas de mi carta, te estarás preguntando qué pasó con la reliquia. Al no estar en la caja, habrás deducido que ya no la tengo conmigo, pero quiero que sepas que fui yo el que la destruyó y también quiero que sepas el motivo por el que lo hice.

Calen arrugó el ceño e hizo una pequeña pausa, algo sorprendido. Habría apostado a que habría sido pasto de las llamas o que habría caído en manos de algún enemigo que nunca supo el poder que tenía. Jamás habría imaginado que fuera el propio Lethan quien lo destruyera. Siguió leyendo, deseando saber los motivos que le habían llevado a ello.

No fue una decisión fácil —continuaba Lethan en su escrito—. Dudé si mi condición de laird me otorgaba la autoridad suficiente para hacerlo. Lo medité durante mucho tiempo, créeme, pero en cuanto llegué a la conclusión de que sí, de que la obligación principal de un laird, como tú me enseñaste, era velar por la seguridad de su clan, tuve claro que tenía que deshacerme de ella para siempre. Que el clan tuviera la posibilidad de viajar al futuro, no era seguro.

¿Sabes, hermano? Creo que subestimamos a Vadala. Pensamos que su trampa se había limitado a burlarse de nosotros, en nuestro primer viaje, al tergiversar con malas artes nuestra forma de enunciar la petición, pero su mayor maldad fue otorgarnos la posibilidad de burlar el tiempo. Ahí estaba su verdadero engaño.

Cuando os dejó marchar sin el retal, creí que su corazón se había ablandado, pero su decisión fue fría y calculada. Puesto que vosotros no teníais intención de utilizarlo, mejor que se quedara en el pasado. Así, cabía la posibilidad de que algún incauto volviera a caer en sus redes.

Espero que apruebes y entiendas mi decisión de destruirlo. Yo mismo tuve que vencer cada día la tentación de utilizarlo y viajar al futuro para veros. Tuve que cortarlo de raíz. Temí que, tarde o temprano, alguien de nuestro clan quedara atrapado en un tiempo o en un lugar no deseado. No podía arriesgarme.

En fin, hermano, hoy pongo a buen recaudo estos tesoros, con la esperanza de que algún día puedas disfrutar de ellos. Confío en poder vivir muchos años más, pero eso es algo de lo que solo Dios, nuestro Señor, tiene certeza absoluta. Así que, por lo que pueda suceder, no he querido demorarme en la tarea de guardarlos en lugar seguro y disponer todo lo necesario para que lleguen a ti.

Firmado:

Lethan, el hermano que nunca te olvida.

P.D. Tus tres hijos son preciosos. Los dos varones son tu viva imagen, aunque he de confesar que la pequeña Isabela me robó el corazón en cuanto la vi.

Ante esta última revelación, Calen e Isabel volvieron a mirarse con el entrecejo fruncido. Al comprender lo que significaba la última frase, Isabel abrió la boca y los ojos desorbitadamente, mientras a Calen se le dibujaba una inmensa sonrisa.

Por supuesto, la opción de regresar a vivir a España, si es que en algún momento había sido una opción, fue descartada. Su lugar estaba ahí, más ahora que sabían que cabía la posibilidad de poder volver a ver a Lethan en un futuro no demasiado lejano.

FIN

Es hora de desvelarte qué es real, en esta historia,
y qué fruto de mi imaginación.

Las novelas, por lo menos las mías, tienen como ingrediente principal la imaginación. Pero a veces necesitas entrelazar esa parte inventada con datos, hechos o lugares reales para hacerla más creíble. En esta historia, que lleva como componente extra esas pinceladas de historia, esos toques de realidad eran indispensables.

Así que, sí: todas las calles de Salamanca que nombro a lo largo de la novela existen en el momento en que escribo estas líneas.

El pueblo de San Felices de los Gallegos y las ruinas de su castillo medieval, el rollo jurisdiccional de la localidad de Vilvestre, la cueva de Salamanca y la cripta de San Cebrián son lugares que se pueden visitar en la actualidad. Como lo son los populares Café Erasmus y Las Caballerizas, que gozan de muy buena salud y son muy frecuentados por los estudiantes y por los que ya no lo son tanto.

Todo lo que he contado sobre Dunkeld y la construcción, destrucción y posterior reconstrucción de su catedral son datos verídicos. Al igual que la existencia del río Tay, el emplazamiento de Scone o el legendario bosque de Birnam, que Shakespeare inmortalizó en su obra.

Para anclar los viajes en el tiempo a la realidad, me serví de figuras históricas que marcaron el destino de Escocia: Juan Sin Tierra (Juan I de Inglaterra), Guillermo I y Alejandro II, los aspirantes al trono Robert Bruce y John Balliol o el ambicioso Eduardo I de Inglaterra son personajes reales. Como también lo fueron la batalla de Largs en 1263, en la que escoceses y noruegos midieron sus fuerzas, la triste pérdida de la pequeña Margarita I, la Doncella de Noruega, en septiembre de 1290 en las Orcadas o el

Tratado de Birgham. Son fragmentos de la historia sobre los que te invito a profundizar si, como a Isabel, te apasiona este periodo.

Todo lo anterior son hechos ciertos y lugares visitables, pero… mis personajes, permíteme la licencia, se merecían un ecosistema único y exclusivo. Un lugar que fuera solo suyo, que nadie pudiera rastrear o visitar.

Y, puestos a imaginar, empecé haciéndolo por el gran motor de toda esta aventura: el clan Callaghan. No hay constancia de que haya habido nunca ningún clan escocés con ese nombre, o al menos yo no la he encontrado tras investigarlo a fondo. Tampoco sus odiosos vecinos, los Burg, existieron jamás. Y la malvada Vadala también es fruto de mi imaginación.

Un clan tan especial necesitaba un lugar especial donde vivir, por eso inventé un valle entero solo para ellos. Así que no, por mucho que dispongas de un folleto turístico que lo describa, lamento decirte que nunca podrás visitar el Valle de Glenbràith, su priorato de Beannchain o Caol Gleann. Y pensé que un valle tan hermoso se merecía un impresionante lago que lo embelleciera aún más, lo que significa que Loch Bràith… lo has adivinado: es inventado. Y lo siento: el romántico y acogedor Fàthach Bràith tampoco existe.

Sin embargo, aunque no aparezcan en ningún mapa geográfico, me alegra saber que todos estos lugares existen ya para siempre en el universo de esta historia y, ojalá, también en tu memoria.

Y termino con mi gran invención para esta novela: algo que no había hecho en ninguno de mis libros anteriores y que me ha supuesto un viaje de aprendizaje increíble (a ratos tan desafiante y complicado como el de Isabel a través del tiempo). Lo que comenzó como unas breves pinceladas aquí y allá, acabó conquistando toda la trama hasta convertirse en un elemento diferenciador: los códigos QR.

Al crearlos, descubrí que la inteligencia artificial tiene sus propias reglas, casi tan caprichosas como las leyendas del siglo XIII. Intentar que plasmara los rostros de mis personajes tal y como yo

los visualizaba fue un desafío constante, una especie de negociación permanente con la tecnología.

Pero ¿sabes? Me di cuenta de que lo importante no era la homogeneidad entre escenas, sino capturar la atmósfera de un instante compartido. Lo importante no era cómo lo imagináramos la IA o yo, sino cómo lo hicieras tú. Los QR solo debían ser ese punto de partida desde el que pudieras desplegar tu propia fantasía.

Me encanta la idea de leer con algo más que con los ojos y de jugar a contrastar tu imaginación con la mía.



Agradecimientos:

Gracias, fundamentalmente, a ti, que has leído mi novela. Porque, como digo siempre, si tú no estás a ese lado de la página, leyendo, ¿qué sentido tiene que yo esté a este lado escribiendo?

Y, al hilo de esa segunda parte de la frase, mi agradecimiento más sincero a mi especial, selecto e incondicional grupo de apoyo, por mostrar interés por esta historia cuando todavía estaba en pañales y ayudarme con sus preguntas y su viva curiosidad a darle forma. Y por conseguir que, cuando las voces internas insisten en susurrarte que no merece la pena seguir, ellos no se cansen nunca de gritarte: «Ni caso, nena, tú vales mucho».

Creo que nunca podré dejar de escribir las historias que mi imaginación crea sin descanso, pero sin ese grupo fiel y reducido de susurradores de palabras de aliento, esta historia, una vez escrita, habría pasado a ocupar su lugar en el cajón. Nadie habría sabido de su existencia, nadie excepto yo la habría conocido y, por lo tanto, tú no habrías podido leerla. Así que, si tú y yo estamos en este punto, se debe en gran parte a esa labor de fondo.

Un último favor: si te ha gustado la historia de Isabel y Calen, me ayudaría muchísimo a que más lectores pudieran conocerlos que dejaras constancia de tu opinión. Puedes hacerlo en tus redes sociales: si frecuentas algún blog literario, en tu muro de Facebook, en tu cuenta de Instagram o TikTok y, sobre todo, en la plataforma de Amazon.

Creo que nada más. Toca despedirse. Gracias de nuevo por tu tiempo y por dar una oportunidad a mi historia. Hasta una próxima ocasión.

Ah, una cosa más… ¡ya sabía yo que se me olvida algo! Tengo un pequeño obsequio para ti en mi blog. Si entras, aparte de un poco de información sobre mí y los libros que he publicado, te he

dejado un apartado donde podrás leer las primeras páginas de todas mis novelas. Quiero que puedas conocer un cachito de cada una de mis historias antes de que decidas tu próxima lectura. Estoy segura de que, entre ellas, vas a descubrir grandes candidatas para ese puesto.

https://elblogderosasaenz.blogspot.com

Y ahora sí, un abrazo y hasta pronto.

Descubre más historias de Rosa Sáenz

Matrimonio pactado



<u>Sinopsis:</u>

Roxana tuvo que abandonar su hogar tras el asedio que este sufrió y en el que murieron sus padres. Ahora, regresa pensando que será para siempre, pero su tía, su tutora legal, tiene otros planes para ella y se descubre comprometida con un desconocido con el que debe partir inmediatamente.

Por su parte, Dániel su prometido, teme quedar ligado para toda la vida a una mujer demasiado joven e inmadura. Pese a ello, está dispuesto a darle un voto de confianza e incluso a concederle tiempo para que se aclimate a su nueva vida.

Y cuando, al fin, parece que todo empieza a funcionar, de nuevo sus vidas sufren una nueva conmoción que pondrá a prueba sus sentimientos.

Recompensa, una familia

Sinopsis:



Rebeca fue condenada a un año de prisión por agresión cuando, en realidad, su única falta había sido defenderse de lo que, de otro modo, habría terminado siendo una violación. Lo que empieza como una gran tragedia para ella, acaba convirtiéndose en una bendición. Ese paréntesis forzoso que sufre su vida, le va a proporcionar lo que su severa rutina de estudio le había impedido tener hasta ahora: una familia.

Arturo se tiene por un patrón justo. Cuando una persona empieza a trabajar para él, solo le

advierte dos cosas. Que no permite que le desobedezcan y que no soporta que le mientan. Y, personalmente, solo tiene una norma: mantener siempre la relación con sus trabajadores en un plano estrictamente laboral.

Hasta ahora, con esas sencillas pautas, había sido suficiente. Hasta ahora.

Cuando conoce a Rebeca, ella le hace saltarse sus propias normas e incluso pone su vida en peligro con tal de protegerla.

Recompensa una familia, es una novela romántica, que lleva implícita un canto a la positividad porque, a veces, hasta de las peores experiencias, surgen cosas maravillosas.

Tremendo Malentendido



Sinopsis

Marian es una mujer joven y dinámica, volcada en conseguir que su recién inaugurada empresa de publicidad despegue definitivamente.

Andy es un hombre con una más que holgada posición económica, que se ha ganado el respeto y el reconocimiento de todos al recuperar, con gran esfuerzo, la fortuna familiar perdida tras la muerte de su padre.

Sus caminos se entrecruzan cuando Carlos, un amigo adolescente común, los invita a ambos a un acto benéfico para conseguir juguetes para los niños más desfavorecidos de su barriada.

Marian da por hecho que Andy pertenece a un estatus social mucho más bajo del que en verdad ostenta, sin por ello, poder dejar de sentirse atraída

por su personalidad. Al mismo tiempo, en el ámbito laboral, persigue, insistentemente, a un magnate de la industria hotelera porque sabe que, si lo consigue como cliente, le dará el empujón definitivo que necesita su negocio. Todo esto sin saber que, ambos hombres, son la misma persona.

NI SIQUIERA YO



¿HASTA DÓNDE ESTARÍAS DISPUESTO A LLEGAR POR VENGAR A TU FAMILIA? y ¿POR DEFENDERLA?

Sinopsis

En el corazón de Óscar Benton no hay sitio para nada que no sea el odio y la sed de venganza que siente hacia la familia Suans, a la que culpa de haberlo arruinado usando malas artes y del posterior suicidio de su esposa embarazada.

Sus principios se tambalean cuando se da cuenta que no puede llevar a cabo su planificada venganza a cualquier precio y, la coraza protectora de pura roca

en la que ha encerrado su corazón, comienza a desquebrajarse.

Para Eva Suans, lo más importante en la vida es el honor y la familia y, por defender cualquiera de los dos, está dispuesta a lo que haga falta porque los cree merecedores de cualquier sacrificio.

Todo su mundo se derrumba cuando descubre que, esa familia, por la que ha puesto la mano en el fuego, no es merecedora de semejante padecimiento.

Dos personajes torturados por sus propios principios que, a fuerza de puro dolor, se darán cuenta de lo equivocados que eran sus planteamientos y una vez aceptada esa verdad, el amor les abrirá las puertas a un nuevo comienzo.

MI TESORO



Sinopsis

Karen está en un buen lío. Se limitó a desarrollar un plan perfecto para entrar a robar en el museo y demostrar así su deficiente seguridad. Un amigo lo publicó en una revista de arte y, ahora, alguien ha llevado a la práctica su plan teórico de robo

¿Quién puede culpar a la policía por pensar en ella como principal sospechosa?

Lo más asombroso para Karen es que, un completo desconocido, se haya convertido en una de las pocas personas que parece creer a ojos ciegas en su inocencia.

¿Cómo no se va a enamorar de él, pese a lo diferentes que son?

Anabela

Sinopsis

Inglaterra de 1745.



Anabela, bajo la tutela de su padre, había crecido como un espíritu libre. Sin ninguna cortapisa.

Adiestraba a sus animales, montaba a caballo, leía, ayudaba a su padre en la administración del castillo y disfrutaba llevando a la práctica, en su sala de investigación, cualquier experimento que llamara su atención.

Era feliz con su vida tal como estaba. No tenía ningún interés en contraer matrimonio y verse

obligada, con ello, a tener que renunciar a esa libertad.

Warren, en aquel viaje, solo tenía intención de hacerse cargo de sus nuevas tierras. Nunca entró en sus planes conseguir, además, una esposa. Pero fue inevitable que esa posibilidad se abriera camino en su mente, en cuanto conoció a Anabela.

Una novela romántica, que nos adentrará en los convulsos acontecimientos históricos de la época. Y descubriremos cómo estos, dificultan y ponen a prueba, una y otra vez, la relación entre los protagonistas.

Breves, pero intensos

80 microrrelatos rebosantes de retazos de vida

Sinopsis



Breves historias, de no más de 200 palabras, que intentan fijar el foco de atención en las pequeñas y las grandes cosas de la vida. En esos fugaces instantes, a los que no solemos dar importancia y que, sin embargo, casi sin darnos cuenta, se convierten en un punto de inflexión en nuestro devenir y, también, en esos otros bruscos y colosales momentos que, para bien o para mal, marcan un antes y un después en nuestra existencia.

Algunos tratan temas tan serios y profundos como la guerra, los miedos, la violencia, la muerte, la enfermedad o la pérdida. Y, otros, temas tan livianos y agradables como el amor, la amistad, la esperanza, la inocencia de la infancia o la sabiduría de la vejez.

Con muchas de las historias, te identificarás. Otras, te emocionarán. Algunas, te harán reflexionar o, tal vez, recordar tiempos pasados. Y espero que varias te hagan, incluso, hasta sonreír.

---

[1] *Plaid* = Manto de lana, a menudo con dibujos de tartán, que los escoceses de esa época usaban para abrigarse y dormir. Con el paso de los siglos, esta prenda evolucionaría hacia el féileadh mòr y, finalmente, al kilt moderno.

[2] *Las Españas* = Aunque el término «las Españas» se popularizó tras el descubrimiento de América, especialmente en el siglo XVI, cuando Carlos I empezó a referirse a sus dominios europeos y americanos de esa manera, es una expresión que tiene raíces medievales. En esa época, «las Españas» era una forma genérica de referirse al conjunto de reinos cristianos y soberanos que ocupaban la península ibérica.

[3] Constable = responsable militar del castillo, encargado de su defensa y de la guarnición.

[4]MUSAL = Museo de la Universidad de Salamanca. Estructura oficial, dependiente de la propia universidad, responsable de conservar, investigar y exponer el patrimonio histórico-artístico de la misma.

[5]Higrómetro = Dispositivo que permite monitorizar con precisión tanto la humedad relativa del aire como la temperatura ambiental. Suele utilizarse como

herramienta habitual en la conservación de objetos y documentos para poder asegurar las condiciones óptimas de preservación.

[6] *Skene* = Cuchillo o daga tradicional de las Tierras Altas de Escocia, de un solo filo y tamaño medio, utilizado tanto como herramienta cotidiana como arma de defensa.

[7] *Cuarans* = Calzado medieval escocés elaborado de forma artesanal con una pieza de cuero crudo o piel de animal, que se moldeaba directamente al pie y se ataba con tiras de cuero.

[8] Limosnera = Bolsa o escarcela de cuero o tela que se llevaba suspendida del cinturón en la Edad Media para transportar monedas, yesca, herramientas u objetos personales de uso diario.

[9] Callaghan = El apellido Callaghan es de origen irlandés y deriva del gaélico *Ó Ceallacháin*. En el siglo XIII, su pronunciación distaba mucho de la fonética actual. Sería mucho más gutural y ruda que la versión anglicanizada que conocemos hoy en día. Sonaría aproximadamente como *Kyal-la-ján*.

[10] *Mo gharàdh* = mi amor en gaélico

[11]*A Bhean Uasal* = noble señora, en gaélico escocés.

[12]Hornazo = Alimento típico salmantino. Consiste en una especie de empanada grande, de masa dorada y consistente, rellena habitualmente de lomo adobado, chorizo y jamón, y a veces también de huevo duro.

[13]*Solitud*: La palabra *solitud* se utiliza aquí para referirse a una soledad buscada de forma intencionada, por voluntad propia.

[14] *Brogues* = Zapato tradicional escocés de cuero con perforaciones para drenar el agua de las tierras pantanosas.

[15]*Braccae* = Prenda de origen celta similar a unos pantalones ajustados, normalmente hechos de lana. Se llevaban bajo la túnica y podían ir ceñidos con

correas o atados a la cintura. Eran comunes entre los hombres escoceses de la Edad Media, especialmente al montar a caballo o en climas fríos.

[16] Celda monástica = Pequeña comunidad religiosa dependiente de un monasterio principal, donde vivían unos pocos monjes, a veces incluso uno solo, para llevar una vida de oración, retiro o misión.

[17] Pellejo = Recipiente tradicional hecho de piel de animal curtida, usado para transportar y conservar líquidos como vino, agua o cerveza.

[18] *Steward* = Oficial encargado de la administración de las tierras y del gobierno del castillo en ausencia del laird; equivalente al senescal en otros reinos medievales.

[19] Fàthach Bràith = El refugio de Bràith

[20] Obispo de Durham = Durante la Edad Media, el obispo de Durham era una figura con una autoridad muy singular. Además de sus funciones religiosas, ejercía poderes civiles y militares. Gobernaba el llamado *palatinado de Durham* y tenía potestad para recaudar impuestos, impartir justicia e incluso levantar ejércitos. En la frontera con Escocia, su poder despertaba tanto respeto como recelo, lo que hace más irónica la idea de que una mujer indómita como la tía Fiona pudiera incomodarlo más que cualquier enemigo.

[21] *Troth* = Promesa solemne de fidelidad y unión, pronunciada en el momento del matrimonio.

[22] *Handfasting* = Atado de manos de los contrayentes con una tira de tejido o cordón, como símbolo visible de la unión.

[23] Puente de Dunkeld = Diseñado por Thomas Telford y construido en 1809.

[24] NINo = National Insurance Number. Equivalente al número de la seguridad social en España. Imprescindible para trabajar legalmente, cotizar y acceder a beneficios.

[25] NHS = National Health Service. Número de inscripción en el sistema sanitario.